

Selección RNR



*Dulce
aventura*

Dulce Londres 4

EVA BENAVIDEZ



Romance Histórico

Dulce aventura
Saga dulce Londres 04
AMOR PLATÓNICO

Eva Benavídez



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

PRÓLOGO

(...) A menudo, una carta puede expresar más que una conversación extensa o que el rostro más expresivo, pues, en la seguridad del anonimato, nos atrevemos a develar hasta el pensamiento más íntimo (...).

Dama anónima

Fragmento de la carta enviada al Caballero desconocido

C*ostwold, Inglaterra. Julio, 1805.*

El sol estaba en su esplendor aquella mañana de verano.

El almuerzo organizado por lady Honoria, duquesa de Stanton, había sido dispuesto en los jardines de Sweet Manor. Los adultos continuaban sentados sobre las mantas, conversando y observando a sus hijos jugar.

Lord Clayton, el duque, y lord Steven, conde de Baltimore, comentaban sobre caballos mientras lady Honoria y Rosalie, sus esposas, reían con sus cabezas rubias juntas. Los jóvenes Nicholas y Steven competían en una partida de ajedrez.

Y por último, lo más pequeños correteaban junto al lago.

—¡Daisy! Ya ven —le rogó lady Clarissa, moviendo su cabello rubio claro, frustrada.

—¡Sí, hermana, deja ese libro! —exigió, frunciendo el ceño, lady Violet.

Daisy las miró dudosa, apoyando el libro en sus piernas. Lady Clarissa, que tenía su misma edad, estaba muy bonita con su vestido celeste, al igual que las gemelas, Rosie y Violet, vestidas de rosa.

Pero el motivo de su indecisión no eran ellas, sino el delgado y alto niño parado un poco alejado de las niñas.

Con solo mirarlo, sus mejillas se colorearon. Siempre su timidez se

intensificaba cuando debía interactuar con algún niño. No estaba acostumbrada, pues la familia Bladeston pasaba prácticamente todo el año en Londres, y ellos lo hacían en el campo.

Andy siempre estaba bromeando. Y eso la intimidaba, ya que su torpeza se acrecentaba y se volvía foco de sus pullas.

Las niñas continuaban llamándola, así que, indecisa, se puso en pie. Bajó con lentitud la colina, sintiendo su vestido floreado de volantes levantarse por la brisa. Al verla venir, las demás gritaron de emoción y corrieron en diferentes direcciones para ocultarse de su vista.

—¡Te toca contar! —aulló Violetta desde alguna parte.

Daisy suspiró, otra vez la habían engañado y tendría que pasar el resto del día intentando atraparlas.

Odiaba correr, no se le daba bien. Era muy pesada para moverse con rapidez. Su madre le decía que no era pesada, solo algo robusta. Su madre la amaba demasiado, pues la verdad era que estaba tan redonda como un barril.

Lord Andrew la miró desde la orilla del lago, con una mueca de burla, y corrió tras unos árboles.

«Oh, no... Él también juega. Eso no predice nada bueno», pensó, contrariada, Daisy mientras contaba.

Al llegar a cien, abrió los ojos y, ajustando sus lentes sobre su pequeña nariz, comenzó la caminata. Luego de un rato de búsqueda infructuosa, dio con Rosie. Hallarla había sido fácil, debido a que la orilla de su vestido sobresalía de un arbusto. La niña chilló al verse descubierta; riendo, Daisy prosiguió con el juego.

A continuación, descubrió el escondite de lady Clarissa, estaba agazapada detrás de una enorme piedra, pero podía ver su pelo claro. Por último, encontró a Violetta acostada debajo de una montaña de hojas. Esta bufó molesta, alegando que su escondite era muy bueno.

Solo le quedaba buscar a Andy.

Los minutos pasaron mientras Daisy rastreaba toda la zona. De repente, algo golpeó su cabeza suavemente. Aturdida, miró hacia arriba y vio al niño subido a la rama de un árbol. Él le había tirado una piedrecita y en ese momento la observaba hilarante.

—Has perdido —le dijo molesta, sobando su cabeza dolorida.

—No, tú has perdido. Tendrás que volver a comenzar el juego —le respondió con una sonrisa malévola.

Daisy lo miró boquiabierta, los ojos azules del niño brillaban con oculta intención.

—¿Qué?! ¿Por qué?! ¡Te he encontrado! —protestó Daisy.

—¿Estás segura? —le dijo el niño de pelo claro, sonrió con maldad y levantó un libro en el aire.

Daisy jadeó de sorpresa al ver su amado libro en manos de Andrew.

—Por favor, no. Devuélveme mi libro —le suplicó la niña con la barbilla temblando.

—Te lo daré solo si admites que gané el juego —dijo Andy, bajó de un salto del árbol y se acercó al lago con deliberada lentitud.

—Pero eso no es justo. Por favor, devuélvemelo —volvió a suplicar ella abriendo los ojos como platos cuando adivinó su intención.

Él chasqueó la lengua.

—Respuesta equivocada —respondió, negando con la cabeza con fingida mueca de pesar.

—¡Noo! —gritó Daisy, pero ya era tarde.

Andrew había tirado su preciado tomo al agua, lanzando una carcajada cruel.

En ese momento, todo se volvió rojo a su alrededor y, con indignación y profunda cólera, Daisy arremetió contra el delgado niño. Andrew abrió los ojos conmocionado cuando el cuerpo de la nena impactó contra el suyo. Su sonrisa se borró y sus brazos se sacudieron en el aire buscando de qué agarrarse con desesperación. Lo siguiente fue que su cuerpo rodó por la corta pendiente y aterrizó con un chapoteo sobre el agua del lago; un grito agudo salió del niño segundos antes de que su cabeza se hundiera.

Alertados por la ruidosa pelea, aparecieron las niñas y el resto de la familia, quienes se quedaron observándolos atónitos. Nicholas se apresuró a sumergirse para ayudar a levantar a su hermano. Con dificultad, depositó al niño en tierra mientras este escupía y farfullaba, todo su cuerpo empapado y cubierto de lodo; una planta colgaba de su cabeza.

—¡Tú, adefesio, te mataré! —gritó, furioso y desencajado, Andrew.

Daisy lo miró de arriba abajo, indignada, y, encogiéndose de hombros, dio media vuelta.

—No te temo, ¡Andy el apestoso! —le respondió ella con voz altiva, levantado la barbilla.

Andrew palideció y abrió la boca, pasmado, justo cuando el grupo entero estallaba en carcajadas.

CAPÍTULO 1

(...) Debo confesarle que, a pesar de mi resistencia, no he podido evitar confiarle mis más íntimos secretos. Creo que no conocer su nombre ni su rostro es un aliciente a la hora de atreverme a confesar lo oculto (...).

Caballero desconocido

Extracto de una carta enviada a la Dama anónima

Londres, Inglaterra. Abril, 1811.

Llevaba semanas esperando ese día. Había preparado cada detalle con minuciosidad y, en el momento en que había llegado, sus nervios le estaban jugando una mala pasada.

«*¡No puede ser! ¡Vamos, Andy, serénate, amigo!*», se dijo a sí mismo, intentando alentarse, recuperar el equilibrio.

Su carruaje se detuvo frente a la fachada de una descuidada y despintada casa de dos pisos. La propiedad no estaba ubicada en la zona de los suburbios de Londres, pero sí fuera de los barrios elegantes que se ubicaban principalmente en Mayfair y Berkerley Square.

De inmediato, la desvencijada puerta se abrió y una figura delgada cubierta por un largo abrigo negro salió y cerró con sigilo. Su corazón se aceleró de emoción y anticipación con solo verla. Esta subió, se sentó frente a él y echó hacia atrás la capucha de terciopelo de su capa, inundando el interior con su atrayente fragancia floral. Un precioso y lacio cabello rubio platino quedó a la vista, y Andy volvió a quedar cautivado por esa belleza, como la primera vez que la vio.

Había asistido obligado por su madre a un baile de presentación en Almack's. Cuando el mayordomo presentó a la señorita Amelia Wallace, él no

se había interesado y prosiguió la conversación con un conocido, Colín Benett, conde de Vander. Pero al ver la expresión de pasmo que el conde había esbozado, volteó hacia la gran escalinata del salón y entendió la reacción de su amigo y del resto de los invitados masculinos.

La dama que descendía por esos escalones era la visión más magnífica que sus ojos habían visto. Cabello como el más fino oro, ojos resplandecientes como un cielo de verano, una figura esbelta y bien dotada en los lugares adecuados, como una seductora sirena. Ella era exquisita, perfecta, irreal, etérea. Y Andrew se sintió embelesado al segundo.

Esa misma noche, había logrado que los presentasen a través de su hermano, que conocía al padre de la muchacha, un hombre rechoncho que, a pesar de tener el título de barón, había perdido todo por su adicción al juego y, según le había advertido Nick, andaba buscando algún pez incauto que cayese en su red y así pudiera casar a su única hija.

Aun así, no le importó al vizconde. Solo quería conocerla, hablar con ella. Y al hacerlo y percibir su timidez, sencillez y nobleza, había pasado del embeleso a estar totalmente cautivado.

La sin igual belleza de la señorita Wallace había ocasionado que decenas de caballeros la asediasen en cada baile, y su lista de admiradores y pretendientes no tardó en crecer.

Pero esto no había desanimado a Andrew que, con solo ese encuentro, pudo sentir que una gran conexión había surgido entre ambos, por lo que recurrió a buscar su propia manera de acercarse a la joven sin tener que preocuparse por la competencia, y lo había logrado apareciendo cada mañana en Hyde Park, donde ella daba un paseo matinal acompañada por su doncella.

Dos semanas después, el lazo entre ellos se había fortalecido, pero lo que parecía ser color de rosa se había oscurecido cuando una mañana Amelia apareció alterada y llorando profusamente.

Andrew se había preocupado y, tras insistirle en que confiara en él, la dama le confesó que su padre había aceptado una petición de matrimonio y que la casarían con un duque treinta años mayor, extremadamente adinerado.

Andy se horrorizó y sintió su corazón dolorido con el solo pensamiento de que la alejasen de su lado. Así que se armó de valor y, a pesar de no haber mostrado ante ella ninguna segunda intención ni insinuación alguna, le confesó

que la amaba. Amelia lloró más, se lanzó a sus brazos y le dijo que correspondía sus sentimientos.

Una semana después, tras ella asegurarle de que su padre no lo aceptaría como candidato y que estaba decidido a casarla con el viejo duque, Andrew le había propuesto matrimonio y habían decidido que se fugarían a Gretna Green. Ese día fue el más feliz de su vida, no podía creer que esa mujer tan bella se hubiese fijado en él. Y nadie lo sabría, por lo menos hasta que todo estuviese hecho. Por supuesto, nadie podía conocer su plan, pues podrían impedirlo o arruinar la reputación de Amelia.

A los pocos días de cumplir un mes desde la primera vez que vio a su prometida, Andrew estaba en el carruaje de la familia con todos sus ahorros y las tres mesadas que Nicholas le había adelantado cuando le dijo que saldría de viaje por unos días.

—Drew... —dijo ella con su voz suave y delicada. Su rostro estaba sonrosado y su respiración, tan acelerada como la suya.

—Amelia, no te preocupes. Tengo todo bajo control —le aseguró él, tomando sus manos enguantadas y besándolas con embeleso.

—Debemos darnos prisa, he logrado escabullirme de mi nana. Mis padres no han regresado del baile al que debían asistir hoy, pero mi doncella puede entrar a mi cuarto con cualquier pretexto y dar la alarma al no encontrarme durmiendo —le informó la joven, con sus enormes ojos celestes abiertos con aprehensión.

—Ahora mismo partimos, todo saldrá bien. Estoy seguro de que tu padre terminará por darte su bendición cuando sepa quién soy —le prometió Andy.

Golpeó el techo del carruaje y este arrancó, él miró a su novia y procedió a sentarse a su lado. Tomó su cara entre sus manos y la besó con pasión. Cuando se separaron para tomar aire, ella le sonrió con dulzura y Andy acarició su cabello atado en un moño, con ternura.

—¿Dónde viviremos?, supongo que en tu mansión está la actual duquesa y tu hermano, pero una vez que te cases, ¿ellos ocuparán otra propiedad? —lo interrogó Amelia con expresión curiosa.

—¿Qué? No, es decir, la mansión es la residencia de la familia. Nicholas, mi madre y Clarissa viven allí, al igual que yo, claro. Pero es muy grande, podremos hospedarnos allí, si no te molesta, hasta que pueda hablar con mi

hermano al respecto. He pensado que podríamos ocupar alguna de las casas más pequeñas, que no pertenecen al ducado —respondió él, perplejo ante su pregunta.

—Pero... pero ¿cómo llevarás los asuntos del ducado desde otra residencia? —balbuceó, con gesto confundido, la joven.

—¿Cómo? ¿Acaso estás de broma? —inquirió, entre risas, Andy, más al ver cómo su semblante se oscurecía, se quedó mirándola sin entender—. Amelia, yo no me ocupo de la administración de la herencia familiar. Eso lo hace mi hermano —le aclaró.

—No... no, no lo entiendo. ¿Por qué es tu hermano el que administra tu herencia? —dijo, en un resuello, la dama.

—Pues porque es su deber, es su fortuna. Nicholas es el duque de Stanton —afirmó, desorientado por las dudas de ella.

—¡Oh, por Dios! —exclamó ella con gesto desencajado y la cara pálida.

—¿Amelia...? ¿Qué te sucede? —dijo, preocupado, el vizconde, tomando su mano.

—¡Detén el carruaje! —gritó la joven, liberó su mano y se pasó al otro asiento como si él tuviese una enfermedad contagiosa.

—¿Qué?! Pero... ¿por qué?! —protestó él, incrédulo.

—¡Detenlo ahora! ¡Y llévame a mi casa! ¡No puedo casarme contigo! —vociferó, furiosa, la dama.

—No comprendo... Tú... ¿Qué está pasando? ¿Es por lo de la mansión? Puedo ver la manera de... —comenzó a decir Andrew acelerado y nervioso.

—¡Basta! ¡No es por eso! No querrás saberlo, solo pide que el coche regrese —repuso, envarada y tensa, apartando la vista con irritación.

Andrew, estupefacto, observó su postura inflexible y ordenó a su cochero volver.

Durante el camino, intentó sin éxito convencer a la joven de hablar con él, pero ella lo ignoró todo el trayecto. Cuando llegaron a su vivienda, la muchacha se precipitó hacia afuera. Andrew sintió su corazón desgarrarse y se odió por haber molestado a su amor de alguna forma. No soportaba verla alejarse, así que, con sus emociones a flor de piel y negándose a aceptar su rechazo, corrió tras ella y la alcanzó justo en la puerta.

—Espera, Amelia..., por favor, al menos dime por qué... qué hice para que

cambiaras de opinión —le suplicó Andrew, sujetándola y mirándola con el corazón en la mano.

—Escucha, Drew, lo siento. No has hecho nada, solo nacer demasiado tarde. Olvídate de mí, no puedo casarme contigo —contestó ella con frialdad y tono cortante, tirando de su brazo con brusquedad. Y, a continuación, entró en la casa sin mirar atrás y cerró la puerta de un golpe.

El sonido rebotó en el pecho de Andrew tan fuerte como el estruendo de sus sueños, sentimientos e ilusiones haciéndose añicos.

Más tarde, Andy subía la escalera de la mansión, dispuesto a encerrarse en su alcoba, cuando una mano se posó sobre su hombro y lo detuvo.

—¡Andy! ¿Qué haces aquí? Te hacía en Bristol —comentó, asombrado, su hermano.

—El viaje se canceló —respondió, con sequedad, Andrew y, sintiendo su pecho arder al igual que sus ojos, se giró para seguir el ascenso.

—Pero ¿estás bien? Ya habrá otra oportunidad —lo consoló Nick creyendo que su semblante decaído se debía a que lo habían rechazado para formar parte de una expedición de estudiosos.

—No lo creo. Por lo que me dijeron, esperaban reclutar a un duque y, como sabes, solo soy un vizconde —repuso él con desazón.

Su hermano no contestó, solo se limitó a darle una palmada en la espalda, y Andrew se lo agradeció en silencio. Era obvio que Nick sospechaba algo, y le agradecía que respetara su necesidad de callar.

Al entrar en su habitación, recordó que no había bajado su equipaje, enviaría a un criado a hacerlo. Con la ira ardiendo en su interior, Andrew se quitó su saco y lo aventó contra una silla. Al hacerlo, un objeto cuadrado salió despedido de uno de los bolsillos internos. Airado, lo levantó y observó el sencillo anillo de un diamante que había comprado con muchísimo esfuerzo. Y al sentir otra vez ese nudo en la garganta, caminó hasta la chimenea encendida y lanzó la caja de terciopelo azul al fuego.

La traición de Amelia Wallace le había causado un gran daño, eso no podía negarlo. Lo que sí podía era asegurarse de que eso no se repitiera. Nunca más le daría el poder a una mujer de jugar con sus sentimientos, no volvería a exponerse de esa manera. Ya había aprendido la lección y no la olvidaría en lo que le quedase de vida.

A partir de ese día, viviría regido por una única regla: nunca confiar en una mujer.

CAPÍTULO 2

(...) He descubierto, no sin sorpresa, que se ha convertido en mi nuevo confidente. Creo que mis flores estarán muy celosas de usted (...).

Dama anónima

Extracto de una carta enviada al Caballero desconocido

Inglaterra, Costwold. Junio, 1815.

El jardín de Great Palace era una obra de arte para la vista. Inicialmente, había sido plantado por la última condesa, mas desde su muerte diez años atrás, era su hija quien se encargaba a diario de él. Allí se encontraba Daisy, enlodada, sucia y desarreglada, pero feliz.

Trabajar en el jardín la ayudaba a descargar sus inquietudes, ansiedades y problemas. Una pasión que no compartían sus hermanas gemelas, quienes la consideraban un poco loca por su costumbre de conversar con las flores. Algo que no le afectaba, puesto que ellas también hacían gala de sus excentricidades. Violetta era amante de los caballos y el esgrima, y Rose pasaba largas horas durante el invierno realizando en el hielo peligrosas acrobacias sobre sus patines. Así que Daisy COMPENSABA dedicando cada primavera a su pasión, poniendo nombre a cada flor y confiándole sus tristezas y esperanzas.

Inclinándose para cortar unas raíces, pensó que ese tiempo de paz pronto acabaría, ya que sus hermanas y ella serían presentadas en sociedad en la próxima temporada. Tendrían que abandonar Costwold y el hogar donde residían desde niñas, y tal vez no volviesen en mucho tiempo. No si lograba conseguir un marido, como su hermano esperaba y su círculo social pretendía.

Aquel pensamiento la llenaba de desazón e incertidumbre, pues no sabía lo

que el futuro le depararía y no lograba imaginar una vida lejos de sus hermanas, para quienes, a pesar de la corta diferencia de edad y de que jamás podría ser como una madre, se había convertido en su apoyo y protectora incondicional, y, en ocasiones, las sentía más como hijas que como las hermanas que eran.

Esa era la única vida que conocía; encargarse de la crianza de dos niñas junto a su hermano Steven, quien además de ser el cabeza de familia por ser mucho mayor que ellas, había tomado el puesto vacío que la muerte de sus padres había dejado.

Sin embargo, si todo salía según lo planeado, al terminar el verano, viajaría a Londres y, en unos meses, ella sería una mujer casada y ya no podría cuidar el jardín de su madre.

Londres, Inglaterra. Julio de 1815.

Daisy, junto a las gemelas, daba un paseo por Hyde Park. La tarde era muy calurosa, pero corría una suave brisa que aliviaba el sofoco de la concurrencia noble al parque.

Las hermanas caminaban saludando con la cabeza, pero no se detenían a conversar con nadie, pues no se les estaba permitido hasta que fueran presentadas en sociedad oficialmente. Debido a esto, no eran muchas las posibilidades en las que podían codearse con sus pares; sus salidas estaban limitadas al parque, museos o ir de compras a Bow Street. Por lo que, mientras caminaban, las seguían decenas de ojos curiosos e intrigados.

—Esto es realmente renovador, ¿no creen? —dijo Rose con su habitual tono suave, suspirando feliz.

—Ya lo creo, me estaba desesperando encerrada en esa casa. Extraño el campo, no me acostumbro a esta apestosa ciudad —respondió, enérgica y ofuscada, Violet.

—Violet —advirtió, severa, Daisy—. Debemos disfrutar de nuestro poco tiempo de libertad. En otoño, cuando comience la temporada y seamos presentadas en sociedad, todo cambiará.

—Eso es cierto, aunque por mi parte no puedo evitar sentirme emocionada. Además, Londres tiene un innegable encanto —adujo, con los ojos brillantes,

Rose, ignorando el bufido incrédulo que soltó Violetta.

Daisy negó con la cabeza. Sus hermanas no tenían remedio, una era una soñadora incurable y la otra, una escéptica empedernida. Eso sí, nadie podía negar su belleza y encanto. Rose estaba especialmente guapa con su vestido de muselina rosa y la capelina rosada envuelta por una cinta de seda color crema. Por su parte, Violetta derrochaba belleza embutida en un vestido verde manzana, con su capelina y sombrilla a juego. Después estaba ella que, si bien presentaba un aspecto inmejorable, no podía competir con el encandilante atractivo de las gemelas. Y tampoco aspiraba a ello, pues estaba muy orgullosa de sus hermanas, las gemelas eran la razón por la que había seguido en pie tras la trágica muerte de sus padres. Eran sus pequeñas lucecitas, su paz y felicidad.

—Daisy, ¿crees que Steven se repondrá del todo? —la interrogó, nerviosa, Rose, volviéndose a mirarla cuando llegaron hasta La Serpentine.

Días atrás, un mensajero había llegado a Great Palace con una misiva del duque de Stanton, quien además de su vecino era el mejor amigo de su hermano. En este les informaban que Steven había sufrido un accidente. Alarmadas y desesperadas, las tres salieron hacia Londres y encontraron al conde inconsciente por una herida de bala. Por gracia de Dios, y bajo el estricto cuidado de lady Clarissa, hermana menor del duque y por lo que parecía, la futura esposa de su hermano, Stev había despertado, pero lamentablemente con la terrible consecuencia de haber perdido la visión.

—Debería, teniendo en cuenta que el médico dijo que su cuadro es netamente mental, pues sus globos oculares no presentan anomalías —intervino Violetta, sacó de su bolso una hogaza de pan y comenzó a dejar caer migas en el agua artificial para ver a los patitos comer presurosos.

—No se preocupen, Steven recuperará su visión. Solo necesita descansar y estar tranquilo —las calmó Daisy.

Sin embargo, no fue del todo sincera con ellas, puesto que tenía muchas sospechas sobre el cuadro de Steven. Más bien tenía la certeza de que su hermano había recuperado la vista, sino en su totalidad, lo suficiente como para robarse su pudín favorito de la bandeja que subían para ella cuando permanecía a su lado cuidándolo.

El conde veía desde hacía tres días por lo menos. Pero, al parecer, él quería

ocultar ese hecho, y ella no lo delataría, debía respetar su voluntad y esperar a que decidiera admitirlo. Aunque la curiosidad sobre los motivos de su encierro y negativa a confesar su recuperación la estuviera matando. Claro que Daisy podía hacerse una idea, ya que estaba claro que Steven tenía problemas con determinada dama.

—¡Oh, miren!, por allí viene lady Clarissa. ¡Lady Clarissa, aquí! —gritó, contenta, Violet, alzando la mano en un gesto nada femenino pese al susurro enojado de Daisy y el rostro sonrojado de Rose.

—Hola, qué alegría encontrarlas aquí —las saludó, sonriente, Clarissa, dándoles un beso en la mejilla a cada hermana.

—Oh, Clarissa. Qué hermoso atuendo —dijo Rose admirando el vaporoso vestido color durazno de la joven rubia.

—Gracias, pero ustedes no se quedan atrás. Están hermosas las tres, Londres les sienta perfecto —respondió Clarissa apretando sus manos.

—Lady Clarissa, la hemos extrañado, ¿por qué no volvió a nuestra casa? —la interrogó Violet con su acostumbrado modo directo.

—¡Violet!, no seas impertinente... Lady Clarissa debe haber... —la reprendió, tartamudeando incómoda, Daisy.

—No se incomode, lady Daisy, somos amigas. Yo también las extrañé, pero su hermano necesitaba un tiempo a solas —interrumpió, amablemente, ella.

La gemela iba a contestar, pero un graznido enojado la interrumpió.

Todas voltearon hacia el lago, donde la mamá pato y una larga fila de patitos exigían a Violet más alimento. Cuando la joven, solícita, les acercó el pan, un ansioso patito se lo arrebató, lo que hizo sobresaltar a Violet, que saltó hacia atrás y soltó un pequeño gritito alarmado; las jóvenes prorrumpieron en divertidas e hilarantes carcajadas.

En otro sector del Hyde Park, un elegante carruaje se detuvo para dejar descender a sus nobles ocupantes.

—Puede regresar a la mansión con el coche, volveremos a pie —dijo, con un ademán elegante a su cochero, el hombre más joven.

—Entonces, estimado amigo, ¿fue benevolente la travesía? —preguntó el acompañante mientras iniciaban la caminata y se quitaban sus sombreros para

saludar a las damas que cruzaban y los miraban boquiabiertas y ruborizadas.

—Puede decirse que sí. El barco ancló a la madrugada en el puerto y agradecí poder pisar por fin algo que no se moviera bajo mis pies —respondió el serio joven, escudriñando con la vista el terreno del parque.

—Es bueno tenerte de vuelta, yo regresé hace poco de Francia. Todavía no he asistido a ningún evento, por lo que agradezco tener una cara amiga entre las fieras que se lanzarán sobre nosotros —bromeó el hombre más maduro.

—No me lo recuerdes, Prescott. Ni bien me vio la cara, mi madre me endosó la invitación para el baile de lady Tiger. Así que hui de allí antes de que me comprometiera en matrimonio —arguyó, molesto, el conde, recordando su escapada al club, donde se había reencontrado con su amigo.

—No lo dudo, camarada, toda madre sueña con ver atrapado en la prisión del matrimonio a sus hijos. De más está decir que las masas debutantes y damas en edad casadera serán implacables con nosotros por ser una novedad nuestro regreso al redil —respondió, con una mueca divertida, el yanqui, y él se estremeció ante su augurio.

—No puedo esperar, Prescott —contestó, con sarcasmo, el joven—. Por ahora, disfrutaré de la compañía de la única mujer con la que viviría gustoso y feliz —siguió diciendo, observando cada grupo en busca de la dama—. Si la encuentro, claro.

—¿Lady Clarissa, no? No tengo el placer de conocerla, pero puedo imagin... —comenzó Brandon, pero Andy no siguió escuchando, sus ojos habían dado con su hermana por fin, pero no estaba sola.

Un grupo de jóvenes reían estrepitosamente, lo que no era propio de una dama, pero tampoco tremendamente escandaloso. Como sí lo era encaramarse a un tronco y equilibrarse peligrosamente sobre el profundo lago artificial, tal como lo estaba haciendo una regordeta joven vestida de color azul cielo. Una joven que conocía desde niño y que, además de insufrible, al parecer, era una insensata.

—¡Pero qué está haciendo! —siseó, furioso, el vizconde, arrugando aún más su ceño mientras la mujer se tambaleaba sobre el tronco, se estiraba hacia adelante y pinchaba algo dentro del agua con una larga rama, animada por las demás jóvenes, todas altas delgadas y rubias.

—¿Ella es lady Clarissa? —preguntó su amigo detrás de él, que se dirigía

hacia ellas, airado, pero el grito eufórico que se oyó respondió por él.

—¡Andy! Volviste, no lo puedo creer —dijo, alegre y emocionada, la joven más alta y de cabello más claro, alejándose un poco de las demás cuando lo vio acercarse.

—Buenos días, hermana —respondió todavía tenso, pero correspondiendo el beso de su hermana menor.

—Déjame presentarte a un querido amigo, viene de América, allí lo conocí. Sir Brandon Preston, ella es mi hermana, lady Clarissa Bladeston. —Su hermana, que esbozaba una preciosa sonrisa, volteó sorprendida de ver a otra persona.

—Un placer, lady Bladeston —le dijo su amigo, dedicándole una sonrisa y enderezándose ágilmente.

—Gracias, sir. Y Andrew, como ves, estoy con nuestras viejas vecinas. Todavía no pueden departir en sociedad, pero puesto que ya las conoces, podemos prescindir del protocolo social —dijo señalando a las tres jóvenes, la más baja seguía sobre el tronco y las otras intentaban infructuosamente acercarlo a la orilla, riendo sin parar.

—Sí, ya las vi —dijo, con acritud, el vizconde, regresando el gesto hostil a su cara.

—Ven, debes auxiliarla antes de que caiga al lago —contestó Clarissa y caminó, ansiosa, hacia ellas.

—Ohh, lady Clarissa, Daisy logró librar al patito de las ramas, pero el tronco se alejó de la orilla y no puede bajar —explicó, preocupada, la joven de cabello rubio dorado y ojos verdes, mientras su hermana, ligeramente más delgada, asentía con su rostro asombrosamente idéntico, salvo por un lunar sobre su labio superior, que las diferenciaba.

—Yo me ocuparé —intervino, adusto, Andrew y dio grandes zancadas hacia la joven de pelo rojizo. Daisy Hamilton no había cambiado nada, su cabello rizado se le había escapado del moño y era un revoltijo, y todavía llevaba aquellos espantosos y enormes lentes.

Las gemelas agrandaron los ojos al verlo y lo saludaron con una reverencia rápida. Mientras se acercaba, Andy vio en los ojos de Daisy, abiertos por la sorpresa, el reconocimiento inmediato. Pues, si bien hacía por lo menos cuatro años que ellos no se veían, de niños, ellas habían jugado con Andy a menudo,

y a pesar de que él había crecido y sus formas eran más definidas y masculinas, su cara no había cambiado mucho.

Seguía siendo endemoniadamente apuesto, y Daisy no daba crédito a lo que veía. El hombre de gesto adusto no era otro que su pesadilla de la infancia, Andrew Bladeston. Llevaba su pelo castaño claro algo largo, su piel estaba bastante tostada, seguramente por sus viajes en alta mar, lo que hacía destacar sus ojos azules enmarcados por gruesas pestañas claras.

Sin mediar palabra, Andrew se quitó su sombrero y se arremangó las mangas de su chaqueta gris y el pantalón y se sumergió con las altas botas de caña en la fangosa agua. Daisy, que estaba en precario equilibrio, se puso evidentemente tensa y nerviosa. Lo vio abrirse camino hacia ella, por lo que comenzó a tambalearse justo cuando el vizconde alcanzaba el tronco.

—No, no, ¡no se mueva! —gruñó Andy impaciente.

Él comenzó a arrastrar despacio el tronco hacia la orilla; cuando llegó a tierra, estiró su mano hacia ella que, inestable y ruborizada, la aceptó, saltó torpemente al suelo y lo soltó. Pero al descargar su peso del tronco, este se elevó, salió impulsado hacia adelante y golpeó con fuerza, de improviso, en la parte posterior de la cabeza de Andrew que, visiblemente desconcertado, se llevó la mano a la nuca y en su cara se leyó que no esperaba ese infortunio.

Acto seguido, las cuatro jóvenes, desde la orilla, soltaron una exclamación horrorizada al ver hundirse boca abajo el cuerpo desmayado del vizconde de Bradford.

CAPÍTULO 3

(...) Espero no espantarle con lo que diré, pero tengo la necesidad de confesarle que a diario me sorprende pensando en cómo serán sus labios, e imaginando cuán dulce me sabrían sus besos (...).

Caballero desconocido

Extracto de una carta enviada a la Dama anónima

El lodo y la contaminada agua se colaron por los orificios nasales de Andy que, aturdido y mareado, sintió cómo muchas manos lo tocaban y lo arrastraban fuera del lago. Su cabeza dolía mucho y sentía el cuerpo entumecido, por lo que permaneció boca arriba sobre el césped, inmóvil y con los ojos cerrados.

—¡Andy! —escuchó gritar, alarmada, a su hermana, pero antes de poder juntar fuerzas para responder, otras voces se sumaron e iniciaron una acelerada conversación.

—¡Por Cristo, está inconsciente! —agregó una de ellas con tono enérgico.

—Oh... y está tan quieto que no parece estar respirando —comentó otra dama con voz suave.

—¡Diantres!, tal vez le entró agua los pocos segundos en los que estuvo sumergido. ¡Debo llamar a un médico! —dijo, exaltada, su hermana, revisando su cabeza.

Andrew abrió la boca para tranquilizarla, pero nuevamente lo interrumpieron.

—La acompaño —dijo una de las hermanas de Steven, y la respuesta de la de él se oyó lejos.

—¡Daisy, haz algo, tú sabes cómo reanimarlo. Tal vez funcione el truco que

hiciste cuando Rosie cayó al agua hace unos años. ¡Hazlo antes de que se muera! —apremió la voz enérgica que reconoció como la de lady Violet.

Su cráneo le martillaba y no se atrevía a abrir los párpados, pero debía avisar que estaba consciente.

«O tal vez no, mejor haré sufrir un poco a la insufrible lady Daisy. Por su insensatez y torpeza he hecho el ridículo en pleno Hyde Park; además, me duele la cabeza como el infierno», pensó con secreta satisfacción, reprimiendo una sonrisa sardónica.

—¡Diablos, diablos, diablos! Está bien, Violet, ve por unas sales o algo para intentar reanimarlo —habló por primera vez esa voz ronca y melodiosa.

—Claro —aceptó la gemela y pareció marcharse.

—¡Esto solo me sucede a mí! Espero que no muera. Aunque no sería una gran pérdida para el mundo —rezongó la joven, inclinándose sobre él.

Andrew pudo percibir el aroma a limón que ella despedía y unas manos delicadas tocar su pecho. Estas apartaron su pañuelo para posar sus dedos, sin guantes en ese instante, sobre el lugar donde su pulso latía.

Por extraño que pareciera, ese toque le causó un estremecimiento, y eso, sumado a la exquisita fragancia que rozaba su nariz, porque ella había apoyado la cabeza en su pecho, provocó que su deseo se despertara.

«¡Maldición, no puedo estar así por esta mujer insuportable que ni siquiera me atrae!», se reprendió, tratando de calmar su pulso desbocado. «¡Sí, claro, dile eso a tu emocionado amiguito!», le contestó su inoportuna conciencia, lo que hizo que se atragantara incrédulo.

—¡No, no, se está ahogando! —dijo, con desesperación, ella, y lo que siguió paralizó al vizconde.

Las manos de la joven tomaron su barbilla, lo instaron a abrir la boca y, antes de poder entender qué estaba haciendo, sintió posarse sus labios abiertos sobre los suyos y su cálido aliento soplar en su cavidad.

«¡¿Pero qué rayos hace?!», pensó, impresionado y locamente excitado, Andy.

Daisy repitió la acción varias veces, alternando movimientos frenéticos de sus palmas sobre su pecho, que seguramente le dejarían una marca. Cuando su boca volvió a cubrir la de él, no pudo continuar inmóvil ni seguir resistiendo ese ataque.

Su mano derecha subió como un rayo y apresó la nuca de la joven, esta soltó un jadeo asustado, pero él no le dio tiempo a resistirse; presionando su cabeza, tomó posesión de sus labios y los besó con lenta voracidad. La joven jadeó impactada, y él aprovechó para sumergirse más todavía en esa suave y candente cavidad. Cuando ella cedió y suspiró en su boca, el beso se convirtió en una hambrienta caricia. Andy no podía hilar un pensamiento coherente, solo saquear la boca de ella que respondía a sus embistes con asombrosa y ardiente pericia. Tan perdido estaba en ese momento, que olvidó el lugar en el que se encontraban; todos sus sentidos estaban subyugados por ese beso, y el gemido ronco que brotó de su interior daba fe de ello.

Entonces un grito se coló en su nube de pasión y, sin soltar a la joven, separó sus bocas y abrió los ojos para encontrar una atónita y oscurecida mirada dorada. Por unos segundos, se limitaron a mirarse estupefactos y agitados. Andrew estaba como hipnotizado, observando la expresión atónita y acalorada de la joven que se mordió el labio nerviosamente, y eso atrajo su vista azul y dilatada a su boca. De inmediato, ella se apartó de él como un resorte y Andy se incorporó mirando alrededor. Por suerte, lo habían arrastrado hasta una zona rodeada de arbustos, que estaba ubicada junto a la laguna y que proporcionaba sombra.

El vizconde suspiró aliviado. Menos mal, era capaz de tirarse frente a un carruaje a toda marcha antes de tener que casarse con el *adefesio Hamilton*.

—¡Ohh..., es... es usted un canalla! ¡No estaba desmayado, descarado! —le gritó, airada, la joven.

Andrew frenó la acción de sacudir sus desastrosas y empapadas ropas y levantó la cabeza. Lady Daisy estaba parada a unos pasos, apretando las manos en puños a los costados de su cuerpo y su cara estaba completamente roja. El vizconde la miró de arriba abajo con gesto despectivo, pasando por su cabello revuelto, sus horripilantes gafas y su regordete cuerpo embutido en un vestido azul.

—Sí, lo que pensé, lady Daisy Hamilton, el mismo adefesio de siempre —contestó con sarcasmo y mirada fría. Ella se envaró más todavía ante su escrutinio y comentario insultante.

—Y lo que sabía, lord Andrew Bladeston, el inconfundible cerdo apestoso —le espetó, colérica, ella, fulminándolo con la vista.

—Pues debería cerrar la boca, milady, porque este *apestoso* le acaba de salvar el trasero —contrató él, se puso de pie y se acercó con parsimonia hacia ella.

—¡Cómo se atreve! Tal parece que tanto convivir entre salvajes lo ha convertido en uno, ¡insolente! —lo acusó la joven, alzando la barbilla cuando lo tuvo enfrente.

—¿Salvaje, descarado? Creo que se confunde. No fui yo quien saltó sobre usted y se aprovechó de su debilidad para cumplir sus fantasías, milady —afirmó, con ironía y mirada indolente, Andy, disfrutando al ver cómo sus palabras abochornaban a la joven y la dejaban anonadada.

—Espero que lo haya aprovechado, querida, porque por supuesto no se repetirá. Ahora, con su permiso, me iré a cambiar, discúlpeme con mi hermana —prosiguió con su clásica expresión cínica y dura, y colocándose su saco y su sombrero, abandonó el lugar.

Daisy soltó un improperio y bufó exasperada, observando su retirada. Lo detestaba con todas las fuerzas de su alma, pero más se odiaba a sí misma por haber actuado como una estúpida. Intentado calmar sus frenéticos y desbocados latidos, Daisy salió del círculo de arbustos y esperó que apareciera el resto.

«¿*Qué me ha sucedido?*», se reprochó, llevando sus manos a sus labios. Acababa de recibir su primer beso y no había sido ni por asomo parecido a lo que había imaginado.

En primer lugar, porque ni en su peor pesadilla hubiese creído que su primera experiencia sería con el engreído y arrogante vizconde de Bradford, y en segundo, eso no había sido para nada su idea de un beso romántico. Más bien, todo lo contrario, había sido un brutal y devastador saqueo. Él no le había dado tregua y, prácticamente sin esfuerzo, la había reducido a una masa débil y anhelante.

¡Pero si hasta había olvidado que estaban en pleno parque! ¡Se había estado besando con descaro a la vista de media aristocracia, como una perdida!

Su estómago se encogió al pensar que podría haberse producido un escándalo y terminar comprometida con ese hombre detestable. Andrew Bladeston seguía siendo un amargado y un cínico. De niños, se habían llevado mal, ya que ella solía ser el blanco de sus bromas crueles y sus jugarretas

malvadas. Cuando crecieron, nada cambió, sino que sus diferencias se incrementaron. Y en cada ocasión en que le tocaba verlo, él se encargaba de amargarla con alguno de sus comentarios despectivos, y ella se reprimía para no darle el gusto de verla furiosa, pero casi siempre terminaba explotando y diciéndole unas cuantas verdades. En conclusión, ambos se odiaban y no podían estar en el mismo sitio sin pelearse como perro y gato.

Oraría día y noche, rogando no tener que volver a cruzarse con ese granuja. Esperaba que Dios escuchase sus plegarias y que el vizconde se embarcara en cualquiera de sus asiduos viajes. Después de cuatro años, tenía que venir a encontrarlo cuando menos lo esperaba, y, para sumar males, lo más probable era que si sus respectivos hermanos se casaban, tendría que verlo más a menudo de lo que deseaba. No sabía cómo soportaría tamaña tortura y no quería ponerse a pensar en tener que toparse con él cuando iniciara su temporada social. Ojalá lo hubiese dejado ahogar en el charco de la serpentina, como el asno apestoso que era.

Aturdida y sofocada, Daisy se agachó para levantar sus olvidados guantes blancos y se los volvió a poner. A la distancia, vio las figuras de las gemelas y de lady Clarissa que se acercaban seguidas de un hombre delgado y alto, seguramente, el médico.

Esto era un desastre, tendría que explicar la ausencia del vizconde y esperaba que sus hermanas no se percataran de su bochorno y de sus mejillas ruborizadas. No quería delatarse y que alguien se enterara de su humillación.

Eso sí, ¡Andy el apestoso pagaría por aquello! Ya se encargaría ella de hacerle tragar cada uno de sus insultos.

CAPÍTULO 4

(...) Debe saber que conocerlo me llevó a dejar de creer en las casualidades, para comenzar a creer en los dictados del destino (...).

Caballero desconocido

Fragmento extraído de una carta enviada a la Dama anónima

C*ostwold, Inglaterra. Julio, 1815.*

—¡Diantres, Violet, esto es tu culpa! —exclamó, ofuscada, Daisy, viendo a su hermana cabalgar en su silla de hombre.

—Nunca sentí tanta vergüenza —se quejó, mortificada, Rosie, quien montaba su caballo de costado, a su lado, tal y como hacía ella.

—¡Pfff..., no exageren, hermanas! —soltó, rodando sus ojos, la aludida.

—¿Te parece que exageramos, Violet? ¿Es que no te fijaste en la expresión de horror que pusieron lord Gauss y lord Withe al ver lo que estábamos haciendo? —inquirió, angustiada, la otra gemela, con sus mejillas todavía ardiendo.

—Estaban escandalizados, no todos los días un caballero puede ver a una dama vestida de hombre practicando dudosas maniobras con un acongojado sirviente —comentó, divertida a su pesar, Daisy.

—¡Bah! ¡Como si ese par de afamados granujas no hubiesen visto cosas mucho más escandalosas y pervertidas! —afirmó, con mueca despectiva, su hermana.

—¡Violet! —soltó, compungida y más colorada, Rosie.

—¿Qué?, es cierto. Además, qué nos importa a nosotras lo que ellos piensen. No estábamos haciendo nada malo, solo les enseñaba tácticas de defensa —argumentó encogiéndose despreocupadamente de hombros.

—Pues, visto de ese modo, no... ¡Oh, miren! —se interrumpió Daisy al ver una carreta volcada en mitad del camino.

—¡Es el señor Trump! —dijo Rosie.

Las tres cabalgaron hacia el hombre inclinado en la hierba. Parecía que se había partido el eje de la rueda del carro y este había volcado y su carga estaba esparcida a su alrededor.

—Buenos días, señor Trump —lo saludaron deteniendo sus monturas.

—Buenos días, señoritas —les correspondió el rechoncho cartero, frenando su acción de juntar las cartas esparcidas.

—Qué infortunio, ¿desea que lo ayudemos? —se ofreció Rosie con amabilidad.

El hombre comenzó a negar con la cabeza, pero en ese momento se levantó un fuerte viento y los papeles se empezaron a esparcir por doquier. El cartero protestó y corrió como loco en todas direcciones para intentar agarrar las cartas. Las hermanas se miraron con hilaridad y bajaron de sus caballos dispuestas a darle una mano. Menos mal que habían tenido la precaución de colocarse sus vestidos de día sobre su atuendo masculino, de lo contrario hubiesen proporcionado una escandalosa vista al cartero.

Daisy siguió un papel que, empujado por la ventisca, se elevaba alejándose del lugar. Varias veces estuvo a punto de atraparlo, pero se le escurría entre los dedos. Finalmente, el viento cesó y la carta aterrizó en un gran charco que había dejado la lluvia de verano de la madrugada. Haciendo una mueca, ella se inclinó y la sacó del agua lo más rápido que pudo. El papel estaba empapado y la tinta se había corrido.

—Oh, milady, voy a perder mi empleo por esto —se quejó el hombre cuando ella llegó hasta él y le entregó el sobre.

—Lo siento, no logré cogerla a tiempo —se disculpó Daisy.

—No es su culpa, milady. Ah, pero miren, el nombre del destinatario y la dirección no se leen, aunque sí la del remitente. De todos modos, ya no podré entregarla —dijo, pesaroso, el cartero, examinando el papel.

—Lo siento, bien nos despedimos entonces —contestó la joven, haciendo una seña a sus hermanas, quienes montaron nuevamente.

—Espere, milady, ¿podría entregar estas cartas? Son para los duques de Stanton —le solicitó el señor Trump.

—Claro, por supuesto —accedió Daisy, tomó los sobres y, una vez que se hubieron despedido, se alejaron hacia su casa.

Luego de cenar, Daisy se dirigió a la biblioteca para escoger un libro. Todavía era temprano y no sentía deseos de dormir. Escogió su obra favorita y volteó para dirigirse a su alcoba. Al tomar el farol donde llevaba la vela para iluminar su camino, golpeó el mueble y de este cayeron varios papeles. Rezongando, se agachó a levantarlos y entonces se percató de que se trataba de las cartas que le habían encomendado entregar y que en la mañana haría llegar a sus vecinos.

Pero llamó su atención uno de los sobres, era la carta que se había arruinado. El señor Trump se la debía haber dado por error. Tal como había dicho, los datos del remitente no estaban legibles. Curiosa, la dio vuelta y comprobó que el nombre del destinatario tampoco se distinguía, solo se leía la dirección postal desde donde se había enviado y que correspondía a París, Francia.

Sabiendo que no era correcto, pero incapaz de contener la intriga, Daisy rompió el sello lacrado y sacó el papel de su interior. Sintióse culpable, miró a su alrededor y abrió la hoja doblada pulcramente.

Bruselas, 7 de julio de 1815

Estimada:

No estoy seguro si leerás estas líneas, pues lo más probable es que ya hayas partido de viaje cuando llegue a su destino. Pero debo cumplir la promesa que te hice y, por eso, aquí estoy dando señales de vida. Te estoy enviando esta carta desde un lugar muy lejano, pero en breve me embarcaré rumbo a París. Estaré instalado un tiempo allí, razón por la cual sellaré esta misiva con mi nueva ubicación. Espero tener noticias tuyas, la última vez que nos vimos no tuve ocasión de decírtelo, pero a menudo extraño el hogar, mi tierra y, sobre todo, a ti. Creo que me estoy cansando de esta vida nómada. Añoro estar cerca de ti y, como me dijiste, quiero que sepas que tú también eres mi mejor amiga.

Hasta que sepa de ti.

Te quiere, el niño travieso que un día conociste.

Conmovida, la joven se dejó caer en la silla más cercana y releyó la misiva. Realmente eran unas hermosas palabras, tan concretas y escuetas, sin embargo, cargadas de sentimiento y de un profundo significado.

Lo más seguro era que se tratara de algún viajero que escribía a su dama. Era una carta dirigida a su amada y no sabía por qué, pero había percibido una gran soledad y tristeza entre esos párrafos. Era muy triste que la enamorada no la hubiese llegado a leer, ya que el viajero parecía necesitar con desesperación una respuesta.

«Ni lo pienses, Daisy», le advirtió su conciencia.

«Es por una buena causa», se defendió.

«Solo será una única vez», prometió con solemnidad.

Costwold, Inglaterra, 27 de julio de 1815

Amable Señor:

Lamento comunicarle que la carreta que trasladaba su carta sufrió un accidente y resultó imposible leer los datos de la persona a la que estaba destinada. Por casualidad, acabó en mis manos y, esperando que mi intromisión no lo ofenda, decidí informarle de la situación.

Junto a esta misiva le reenvío su carta y espero que pueda comunicarse con esa persona. Lamento haber invadido su privacidad y deseo que llegue usted a su destino en buen estado de salud.

Es usted muy afortunado por tener la posibilidad de conocer tan hermosos paisajes.

Saludos, una dama anónima.

Suspirando, Daisy se enderezó y observó con fijeza el papel apoyado sobre su escritorio. No pudo evitar el horrible hábito de morderse las uñas, algo que hacía cada vez que se sentía nerviosa o estresada. No estaba segura de lo que estaba por hacer; indecisa, levantó el mensaje y repasó el contenido.

Lo cierto era que, en general, su vida siempre había sido monótona y aburrida. Solo se dedicaba a cuidar de sus hermanas y a hacer de señora de la casa de su hermano. Algo que ya no era, pues Steven acababa de contraer

matrimonio con lady Clarissa Bladeston luego de toda la odisea que había supuesto la recuperación de su ceguera y los dos meses transcurridos, y ella sería la nueva ama de Rissa Palace. Daisy debía buscar su propio destino y convertirse en la esposa de algún lord, pues al término del verano iniciaría su presentación en sociedad.

Aun así, aquello era muy arriesgado y sería lo más impulsivo que alguna vez había hecho, ya que, si bien ella no era tan audaz como Violet, tampoco tan temerosa como Rosie.

Solo... era Daisy Hamilton, una dama corriente. Decidida, la joven cerró la carta, la metió en un sencillo sobre blanco y la selló con un poco de cera. Aunque primó la prudencia y anotó la dirección postal del correo del pueblo en el remitente. No podía arriesgar su reputación ni deseaba que el viajero desconocido adivinara su identidad ni que supiese su ubicación. No podía asegurar que no se tratase de un delincuente, aunque algo en su interior le decía que no era nada de eso. Mientras aguardaba que se secara, Daisy pensó que ese sería su secreto.

Su propia aventura.

CAPÍTULO 5

(...) La emoción me invade con solo imaginar que algún día podría ver mis ojos reflejados en su mirada (...).

Dama anónima

Extracto de una carta enviada al Caballero desconocido

Londres, octubre, 1815

El momento tan esperado había llegado, ese día sería presentada en sociedad. Su vida cambiaría a partir de que pusiera un pie en ese baile.

Parada frente al espejo, Daisy miraba su reflejo con absoluto pasmo. No podía creer que esa mujer que le devolvía la mirada, con sus ojos abiertos de par en par, fuese realmente ella.

Su doncella le sonrió orgullosa y, haciendo una reverencia, salió de su habitación.

Cuando dos meses atrás su cuñada Clarissa regresó de su viaje de novios y les informó que sería su madrina y patrocinadora, las tres hermanas habían sonreído aliviadas, pues la rubia esposa de su hermano no solo era de su edad, sino que tenía un gusto exquisito y, además, sabría escoger los mejores eventos.

No obstante, cuando Rissa había comenzado a inspeccionarlas con intensidad, sobre todo a ella, su piel se estremeció. Por la expresión de la condesa, se traía algo entre manos, y eso le había provocado intranquilidad. Clarissa pareció adivinar sus pensamientos porque apoyó sus manos en sus hombros y, con su bella sonrisa, había dicho: «No te preocupes, querida, te transformaremos en un bello cisne. Dejarás a todos los caballeros de la alta sociedad con la boca abierta, y en menos de lo que crees, conquistarás el

corazón del hombre que tu corazón desee».

Daisy sonrió al recordar aquello, algo que había sido el preludio de dos meses de completa locura y frenesí. Literalmente, habían asaltado cada tienda de Bow Street, atiborrándose de vestidos de todos los colores y telas, cintas, guantes, sombreros, abrigos, pieles, capas, medias y más.

Y en ese momento, viendo el resultado final, podía apreciar el esfuerzo y asegurar que había valido la pena. Su cuñada había hecho un excelente trabajo con ella. Parecía una mujer bonita, no una beldad, por supuesto, pero al menos no debutaría y sería clasificada como florero, o peor, como ese desafortunado grupo llamado «Demasiado feas» del que Clarissa les había hablado.

Al salir al pasillo, se encontró con sus hermanas que dejaban también sus respectivas alcobas. Ambas estaban absolutamente hermosas, su belleza quitaba el aliento y serían proclamadas las beldades de la temporada, estaba segura.

—¡Oh, por Dios, Sisy, estás hermosa! —exclamó Rosie, llamándola por su apodo de la infancia, esta tenía puesto un vaporoso vestido rosa pálido de encaje y organza, y su cabello dorado recogido en un rodete hecho de trenzas, adornado con perlas y pequeñas piedras de oro blanco.

—Es cierto, hermana, casi no te reconozco —agregó Violet, que parecía una aparición con su atuendo color ocre y su cabello peinado de costado, sujeto con un broche azul brillante con incrustaciones de diamantes, que dejaba un hombro a la vista.

—Ustedes están tan bellas y me recuerdan tanto a madre. Creo que padre y ella estarían muy orgullosos de las encantadoras damas en las que se han convertido —respondió, emocionada, Daisy, tomando las manos enguantadas de sus dos hermanas.

—Oh, Daisy, todo te lo debemos a ti —afirmó, llorosa, Rosie.

—¡Oh, por favor, nada de lágrimas! O tendrán que volver a rociar sus caras con ese asqueroso polvo blanco. Y yo me niego a pasar por esa tortura nuevamente, a duras penas estoy soportando ir embutida en este ridículo atuendo —alegó, con su habitual tono quejoso, Violet, aunque ella sabía que su mirada verde estaba también empañada, pero había interrumpido el momento emotivo con su histrionismo para hacerlas reír a carcajadas.

—¡Por los clavos de Cristo!, ¡pero qué hice para merecer esto! ¡Rayos,

maldición, diablos! —vociferó su hermano, parado en el vestíbulo, dando vueltas como un loco y tirando de su cabello con desespero. Estaba vestido muy elegante, con su chaqueta burdeos y pañuelo a juego.

—¿Pero qué te sucede, marido?! —lo interrogó, sobresaltada, Clarissa, que estaba a su lado, ataviada con un vestido carmesí oscuro.

—¿Stev? —graznó, asustada, Daisy, mirando el rostro pálido del conde que, a su vez, tenía la cabeza inclinada hacia atrás, con la vista clavada en el techo y respirando agitado.

—Está bien, de acuerdo —contestó con un tono estrangulado, como si se lo dijese a sí mismo. Luego de unos segundos, donde todas lo miraron perplejas, dijo—: No se preocupen, todo está en orden. Me he estado preparando para este día durante una década, pero... ¡Demonios, ¿por qué carajo tienen que ser tan bellas?! —había empezado a decirlo tranquilo, para terminar vociferando desencajado al final.

Ellas se miraron divertidas y se abalanzaron sobre su hermano para llenarlo de besos y mimos.

—Ay, esposo..., no puedes con tu genio —se burló Clarissa, que contemplaba la escena con ternura.

—¿Acaso estás celoso, hermano mayor? —preguntó Rosie, apoyando su cabeza en el hombro de Steven como le gustaba hacer.

—¿Celoso? No, ¡para nada! Solo estoy rabioso. No sé cómo resistiré que esos perros sarnosos se les acerquen. ¿Están seguras de que quieren hacer esto? Porque no es necesario. Perfectamente pueden quedarse al lado de su hermano y cuidarlo hasta que esté viejito y achacado, y recién ahí buscar un marido —les propuso el conde con su legendaria sonrisa y un brillo esperanzado en sus ojos verde dorados.

—Estás loco, hermano. Estas dos no creo que lo deseen, pero yo lo pensaré, la idea no me desagrade —adujo, risueña, Violetta, recostada en el otro hombro.

—Eso es imposible, ya que seríamos tan ancianas como tú —rebatía, con hilaridad, Daisy, levantado su cabeza del pecho de su hermano para fijar la vista en él.

—Ese es justamente el plan, Sisy... —anunció, con gesto cómplice, Stev, cerrando un ojo con picardía.

Por consejo de su cuñada, habían decidido no hacer su primera aparición en Almacks, pues Daisy no tenía la edad adecuada para ello. Ya que en breve cumpliría su diecinueve aniversario, habían acordado esperar el cumpleaños número diecisiete de las gemelas para hacer una presentación en conjunto.

Por ese motivo, habían escogido el baile de lady Malloren, una amiga de la familia Stanton, para hacer su debut social. Algo que había aliviado a Daisy, puesto que se hubiese sentido fuera de lugar, rodeada de jovencitas vestidas de blanco impoluto. Además de que, dada su contextura, no le iba nada bien dicho color.

Tras saludar a los duques de Malloren, el grupo traspasó las puertas de la entrada y se detuvieron al inicio de la escalinata que llevaba al salón de baile, donde aguardaron a ser anunciados en voz alta. Los nervios tensaron el estómago de por sí contraído de Daisy cuando las conversaciones cesaron abruptamente y cada cabeza de la estancia giró en su dirección.

Ese instante era crucial y determinante, era el que definiría el resto de su experiencia en sociedad. Pues, por desgracia, en su mundo superficial, lo que valía era la primera impresión. Y por más cualidades o virtudes que pudiese poseer, nada de eso contaba para sus crueles pares, que solo demorarían lo que sus ojos tardaran en recorrer su anatomía de arriba abajo para etiquetarlas y clasificarlas en algún grupo.

Los condes de Hamilton sonrieron y brillaron con su dorado esplendor, y con ese acto, el lugar que parecía detenido en el tiempo volvió a la realidad y las personas reanudaron sus charlas cual autómatas.

—Han pasado la prueba, vengan, es hora de conquistar Londres —las animó Clarissa feliz y entusiasmada.

Daisy miró a sus hermanas, una parecía nerviosa y salió tras su cuñada con paso tembloroso, y la otra, incómoda, blanqueó los ojos y siguió a la primera. Por su parte, Daisy cerró la marcha, rogando en su interior que pudiese sobrevivir a esa experiencia.

Dos horas después, Daisy había entrado en desesperación. No entendía lo que sucedía con ella. El lugar era idílico, tal y como lo había imaginado. Cortinas de seda, arañas de oro que colgaban del techo abovedado y decenas de candelabros que adornaban los rincones. Había conocido a muchas personas y ya había recibido multitud de invitaciones para diversos

divertimentos sociales. Después estaban los caballeros, los había de todos los tipos: altos, bajos, delgados y rechonchos, insufribles y amables, aburridos y ocurrentes. Había bailado con cada uno hasta que le dolieron los pies, pero en ninguno encontró lo que esperaba.

No halló empatía, calidez, intriga, ni conexión alguna. Puede que se debiera al hecho de que Steven no se había separado de su lado y era quien decidía a quién sería presentada, y aquello tal vez intimidaba a sus acompañantes. O, a lo mejor, eso que buscaba podía estar entre los lores que su hermano se había encargado de espantar con una mirada furibunda, vaya a saber Dios por qué. O quizás el problema era que ella estaba muy ansiosa e impaciente.

No. No podía continuar negándolo. Esos no eran los motivos de su desencanto. El conflicto y la decepción que sentía solo estaban basados en una sola cosa.

«Él...».

Lo buscaba en cada sonrisa, en cada palabra, en cada rostro, a pesar de no conocer su cara ni su nombre. Pero su corazón sí que lo sabía, lo esperaba, lo anhelaba... lo amaba.

¡Qué tragedia! Se había enamorado de un hombre que nunca había visto, con el que solo se había comunicado por carta, pero con quien en esos meses transcurridos había desarrollado una conexión única y casi mágica, profunda y trascendental. Y necesitó llegar a aquel momento para dejar de callar lo que su corazón le gritaba... que su amor le pertenecía a él, al hombre detrás de esas letras.

Al Caballero desconocido...

CAPÍTULO 6

(...) Mi corazón ha saltado de dicha al leer su última carta. No debe temer, cuando nuestros caminos se encuentren, no hallará en mí a una extraña, pues tengo la certeza de que nuestras almas sabrán reconocerse con solo una mirada (...).
Dama anónima

Extracto de una carta enviada al Caballero desconocido

Su primera semana en sociedad transcurrió entre un torbellino de entretenimiento; acudieron a bailes, veladas musicales, tentempiés, picnics, cenas, reuniones de té y más. Al llegar el viernes, Daisy y sus hermanas estaban agotadas y con diversos estados de ánimo.

Por un lado, Rosie parecía haber perdido su nerviosismo inicial y comenzaba a disfrutar de lo que la capital londinense le ofrecía. Ya había encandilado a la mayoría de los hombres solteros y no tan solteros. Y también a las damas, y a pesar de los refunfuños de Steven, todo indicaba que sería elegida para llevar el título de *Incomparable de la temporada*, algo con lo que toda joven soñaba, pero muy pocas podían obtener, pues los requisitos eran muy específicos: belleza exquisita, encanto angelical, estatus intachable, procedencia impoluta y modales perfectos. Características que su hermana ostentaba naturalmente y que no parecía estar al tanto de tener. Rosie solo sonreía con su bello rostro adornado por un lunar sobre el labio superior y, habiendo heredado el encanto legendario y los mismos ojos verdes dorados del conde, embrujaba a cada mortal a su paso.

Por otro lado, estaba Violet, quien no disfrutaba precisamente de su estancia en la ciudad y se mostraba hastiada y aburrída. Ella, que siendo gemela de la

primera y prácticamente su réplica exacta, salvo que sus ojos eran puramente verdes sin una mancha, como los de su madre, su cabello más corto y, si la observabas con atención, se podía notar que su cuerpo era más formado, sobre todo en los brazos debido a su costumbre de practicar esgrima, podría aspirar a ese título concedido a un par de jóvenes por temporada. Pero no era el caso, pues saltaba a la vista que el encanto angelical y modales perfectos brillaban por su ausencia, y a ella no parecía importarle ese hecho y, menos, la opinión de la nobleza. Los caballeros caían rendidos ante su belleza, pero huían ante su ceño fruncido. Violetta esbozaba una de sus miradas furibundas y espantaba a cada desafortunado que se cruzara en su camino.

Y, por último, estaba Daisy. Con la ayuda de Clarissa, había evitado terminar en el grupo de floreros y tenía una modesta corte de admiradores, quienes no eran los más codiciados por todas las damas, pero tampoco los desechados por las solteras. Ella intentaba aprovechar esa nueva experiencia y estaba haciendo su mayor esfuerzo en cada velada. Lo cierto era que le estaba costando bastante, no quería romper las ilusiones de su cuñada y parecer una desagradecida tampoco. Clarissa estaba muy entusiasmada y le repetía que haría un buen enlace, que estaba segura de que encontraría a un caballero perfecto y que lograría un matrimonio por amor.

Pero Daisy no compartía su optimismo; hasta el momento, ninguno de los caballeros había llamado su atención. Todos le resultaban anodinos, su conversación carecía de significado, eran superficiales y banales. Y ella no podía evitar compararlos con su caballero desconocido. Eso le dejaba un mal sabor, la frustraba y desesperaba.

Cuando despertó esa mañana, no lo hizo con demasiado entusiasmo. Por lo que, a riesgo de parecer una holgazana, le solicitó a su doncella que le subiera a su cuarto el desayuno. Era una comida tardía porque estaría por caer el mediodía, aunque después de las altas horas a las que habían regresado, era algo esperable.

El corazón se le detuvo cuando su doncella apareció con la bandeja y un sobre en sus manos.

—Milady, ha llegado una carta para usted —le informó Lily al tiempo que depositaba la bandeja en la mesita a su lado.

—Gracias, puedes regresar en una hora —despidió a la delgada joven de

cabello pelirrojo.

Una vez que estuvo sola, abrió con desespero el sobre que había sido enviado desde el pueblo. El señor Trump, luego de enterarse de que ella había solucionado su problema de la carta arruinada, había quedado tan agradecido de no perder su empleo como cartero que había accedido a reenviarle a Londres las cartas que llegaran a su lugar de trabajo con el nombre «Lady D.A.». Así, aquel asunto quedó como un secreto entre el viejo cartero y ella.

Dentro había otro sobre, el que ella tanto había esperado.

Francia, París, 30 de Septiembre de 1816

Querida Dama anónima:

Me alegra leer que se encuentra usted con buena salud. Me he reído mucho imaginándola perdida entre las tiendas de Bow Street, y me complace saber que todos los preparativos para su presentación en sociedad se han resuelto. Pero no podría seguir considerándome como un caballero de honor si no le confesara que también he sentido miedo al leer sobre su debut social. Sobre todo, cuando he leído sobre lo mucho que espera cambiar su aspecto. Sinceramente, no quisiese que la transformaran en algo distinto, pues no me gustaría que dejara de ser tal y como usted es. Tampoco me complace enterarme de que intentan hermosearla, ya que temo que todos los caballeros caigan a sus pies, así como este humilde servidor ya lo ha hecho sin esperarlo ni percatarse. La verdad es que me he dado cuenta de que, sin importar si logran ese cometido, yo la deseo solo para mí.

En estos días terminará mi trabajo aquí, por lo que muy pronto saldré para Inglaterra.

*Hasta cuando mis ojos tengan el placer de verla por fin,
Caballero desconocido.*

Daisy soltó una exclamación de sorpresa y saltó en el colchón, emocionada. Su caballero vendría, y no solo eso, le había dicho que la quería, que la deseaba para él. Su pulso se aceleró y una gran sonrisa se instaló en su rostro, sus lentes se habían empañado, así que se los quitó para limpiarlos. Su cabeza

se inundó de incógnitas.

¿Cuándo vendría? Su carta no lo especificaba, además de que parecía despedirse por última vez, lo que la llevaba a deducir que sería pronto. Teniendo en cuenta que el correo entre París y Londres demoraba una semana, él podría estar llegando en cualquier momento. *¿Qué haría cuando se vieran?* Ella se moriría de emoción, de nervios, de vergüenza, de amor. *¿Cómo reaccionaría él?* Tal vez saldría corriendo con solo ver su rostro corriente y su figura rellena. O quizás la quisiera lo mismo, tal y como le había dicho en sus cartas.

Esperaba que así fuera, porque ella lo aceptaría sin importar los defectos que pudiese tener. Suspirando, se colocó los lentes nuevamente, se acostó de espaldas y clavó los ojos en el dosel de la cama.

El caballero desconocido no le había dicho cómo era su aspecto, y ella no se había atrevido a preguntarle. Aunque por la seguridad de sus palabras y su innata galantería, podía deducir que no sería alguien horrendo. Él le había dicho que era un hijo menor y que de pequeño se sentía atraído por el arte antiguo. Esto había respondido su duda sobre por qué continuaba soltero, seguramente, siendo un varón sin título ni fortuna propia, y tan dedicado a sus investigaciones, le costaría acceder a una joven soltera predispuesta.

De todos modos, para los caballeros resultaba más fácil ser aceptados. A los hombres no se les exigía perfección física como a las mujeres, por el simple hecho de que abundaban las damas en edad casadera y escaseaban los caballeros solteros y disponibles.

Como fuera, solo podía rogar que todas aquellas palabras, confesiones, secretos y confidencias que habían intercambiado durante aquellos tres meses en esas decenas de cartas fueran algo real, auténtico y duradero porque, de lo contrario, su corazón se rompería, pues, sin percatarse, Daisy había plasmado sus sueños, anhelos y deseos en esos papeles. En cada trazo de tinta, había depositado su alma y su corazón, y en cada sello, ella había entregado su amor.

CAPÍTULO 7

(...) Tu rostro no me es desconocido, tu nombre no me suena extraño, pues llevo grabada tu cara en lo profundo del alma, y mi voz siempre repite en cada sueño que tú eres mi amada (...).

Caballero desconocido

Extracto de una carta enviada a la Dama anónima

—¿Un baile de máscaras?! —chilló, eufórica, Rosie.

—La invitación acaba de llegar, es para este sábado —les informó Clarissa, depositando su taza de té sobre el platillo.

—¡Bah! No sé el porqué de tu entusiasmo, Rosie. Solo es un baile, igual a los demás que hemos tenido que asistir, con la diferencia de que todos llevarán puesto un antifaz —bufó, con gesto hosco, Violet.

—Oh, pero el hecho de ir disfrazados le da al evento un aura de misterio y aventura, ¡y eso es tan romántico! —exclamó, con una sonrisa soñadora, Rosie.

—Más que romántico es peligroso, no sabes con quién puedes toparte y, sin esperarlo, puedes dar con una inesperada compañía, ¿no es cierto, pequeña? —intervino, con tono enigmático, Stev, que estaba sentado en la punta de la mesa de desayuno y miraba a su esposa con una sonrisa pícar.

Clarissa, que se había metido un bollito de pan en la boca, se atragantó ante el comentario de su esposo y escupió migas en todas direcciones.

—¿Estás bien, Rissa? Come más despacio —añadió él, reprimiendo la risa, al tiempo que golpeaba con suavidad la espalda de su esposa.

—Estoy bien, y no puedo evitar darte la razón, marido. En esa clase de eventos, debe uno andar con cuidado, pues una distracción puede ocasionar

que termines enredada con alguna rama del jardín o, peor, expuesta ante alguna alimaña —le espetó la condesa y lo fulminó con sus ojos azules, lo que ocasionó que Steven estallara en carcajadas. Las tres hermanas se miraron intrigadas y luego regresaron su vista, perplejas, al matrimonio.

El día del baile llegó y, a pesar de las reticencias de Violetta, todo el grupo Hamilton decidió que asistirían. Daisy observaba con ojo crítico el atuendo que había escogido junto con su cuñada y su doncella.

«¿*Misterio y aventura?*», eso era lo que Rosie había dicho.

Y así era cómo se sentía ella con aquel vestido, *misteriosa* y definitivamente preparada para vivir una *aventura*.

Como la noche estaba fría, Daisy escogió un vestido de terciopelo azul medianoche, el color era tan oscuro que parecía negro. Las mangas se ajustaban a sus hombros y tenía el escote corazón que dejaba a la vista el nacimiento de sus senos. El vestido era apretado hasta las costillas y luego la falda caía suelta. Su cabello había sido alisado y recogido en un rodete flojo en lo alto de su cabeza, y tenía como único adorno un bonito collar de perlas y unos pequeños pendientes a juego.

Cuando terminó todo el ritual de preparación, incluida la colocación de aquel molesto polvo de arroz blanco que, según su doncella, dejaba su piel tersa y delicada, y de un ungüento color carmesí que le otorgaba color a sus labios rosa pálido, Daisy se ubicó frente al espejo y se quedó anonadada frente al resultado final.

¿*Esa mujer era ella?*, ¿la anodina lady Daisy de Costwold?

Por primera vez, se sentía una mujer hermosa, no perfecta ni exquisita, pero sí atractiva y femenina. Una risa de regocijo escapó de su garganta cuando bajó sus manos enguantadas sobre su silueta; con ese color, género de tela y corte de vestido, ya no aparentaba una figura regordeta como le hacían parecer los ajustados vestidos de satén y de corte en la cadera, sino que se podía apreciar su estructura bien dotada en el busto y solo dejaba entrever sutilmente la forma de sus voluptuosas caderas. Definitivamente, de ahora en más, ese tipo de vestidos sería el estilo que preferiría.

Sonriendo, tomó la máscara que habían mandado a hacer especialmente para

su atuendo y la colgó de su muñeca. De pronto, la noche se le antojaba interesante y fascinante, tenía el presentimiento de que podría ser el día que tanto había esperado; en ese baile podría conocer por fin a su *caballero desconocido*.

La mansión de los condes de Stranford era una de las propiedades más antiguas y grandes de Londres. Su visión solía dejar obnubilado a todo aquel que la visitaba. Las veladas que allí se celebraban siempre llevaban el sello de la elegancia y la opulencia. Solo las familias aristocráticas más distinguidas eran invitadas, y recibir una de esas invitaciones posicionaba en lo alto de periferia noble.

A pesar de todo aquello, Andrew Bladeston no podía estar más irritado. No había alcanzado a poner un pie en el puerto de Londres y ya había sido arrastrado a uno de los compromisos sociales de la duquesa viuda de Stanton.

De hecho, podría haberse negado, pero se le hizo difícil hacerlo porque su hermano Nicholas se había trasladado a la mansión de Costwold. Según su madre, el duque había decidido arrastrar a su linda duquesa al campo para poder mantenerla lejos de cualquier peligro y a salvo de ella misma. Y no lo culpaba, dado que su cuñada estaba embarazada. Todo ello lo dejaba como el único candidato para acompañar a Honoria.

«Maldita suerte la mía...».

Solo llevaba un cuarto de hora en ese aglomerado evento, cuando sintió una mano posarse en su hombro derecho.

—¡Anthony! —dijo, sorprendido, Andy al reconocer al hombre que lo miraba sonriente tras un pequeño antifaz negro.

—¿En serio tengo frente a mí al pequeño granuja Bladeston? —respondió el otro con el mismo tono bromista y relajado que recordaba.

—El que viste y calza —contestó, con un esbozo de sonrisa, Andrew, estrechando la mano del mejor amigo de gran parte de sus años de juventud.

—¿Cómo estás, viejo amigo? Cuando te divisé, no creí que realmente fueres tú. Te hacía muy lejos de aquí, en alguno de tus largos viajes —comentó Tony con una mirada curiosa en sus ojos grises.

—He decidido parar por un tiempo, acabo de regresar de uno de ellos —le

explicó el vizconde encogiendo un hombro.

—¿Es cierto eso? Pues me alegra, camarada, podremos recordar viejos tiempos ahora que estarás instalado aquí —propuso, con una palmada, su amigo.

—¿Y tú? ¿En qué te has entretenido? Además de en la caza de féminas, por supuesto —lo provocó Andy, rememorando la adicción por las mujeres que su amigo tenía.

—No he tenido tanto tiempo para mi pasatiempo favorito como hubiese querido, ya que también he estado fuera viajando. Acabo de volver de Francia y... ¡que me aspen! —comenzó, risueño, Tony para terminar interrumpiendo su relato abruptamente.

Andrew observó confuso la cara de ridículo embeleso que esbozaba su amigo y, a regañadientes, giró y buscó con la mirada lo que le había causado esa reacción. Los ojos casi se le salieron de las órbitas al ver a una mujer detenida al principio de las escaleras que daban acceso al salón.

No era que fuese una beldad perfecta, más bien podía considerarse todo lo opuesto a la apariencia de una típica belleza inglesa. No era angelical, delicada, ni impoluta. Era cautivadora, hipnótica, atrayente, seductora y desquiciante.

Y su corazón se había saltado varios latidos con solo verla, no podía quitarle la vista de encima y su respiración se había acelerado tanto que temía que lo oyese el resto de los invitados.

—¿Quién es ella? —siseó, con tono de admiración, Tony.

Y al instante Andy lo fulminó con la mirada, algo de lo que su amigo ni se percató porque seguía prendido a la excitante visión que componía la misteriosa dama. Estaba seguro de que nunca la había visto antes, no podía no reconocer esa voluptuosa figura, esos provocadores labios y esa subyugadora aura que la rodeaba.

No sabía cómo, pero debía conocerla, buscar la manera de que se la presentaran. Seguramente, sería una dama soltera, pues ningún marido con un dedo de frente la dejaría presentarse allí sola. No, si tuviese dueño, él estaría parado junto a ella, advirtiendo a cada hombre de ese salón que se encontrara babeando por esa mujer de que se mantuvieran lejos. O, por lo menos, es lo que Andy haría si esa dulce sirena fuese suya.

De hecho, era lo que deseaba hacer en ese momento, algo en su interior lo instigaba a hacerlo, a reclamarla como suya. Sentía un extraño impulso animal que le gritaba que la marcara con fuego, con posesión, con la palabra *mía*.

—Tengo que conocerla —dijo Anthony todavía a su lado, con una mirada encendida, que le puso voz a sus voraces pensamientos.

—Olvídalo, amigo. Ella es mía. Un paso hacia ella y darás nueve más al amanecer, tú eliges —le advirtió, con voz tensa y los puños apretados, Andrew.

Su amigo se volvió a mirarlo con la boca abierta y expresión desencajada.

—¿Perdón? Eso no lo decides tú. La voy a conocer, es más, tengo el presentimiento de ya hacerlo, ¿tú no? —contraatacó, con desafío, Anthony, que se quedó pensativo al final.

Andy, todavía envarado, volvió los ojos hacia la joven. El deseo le quemó cuando recorrió con la vista el rostro cubierto por una máscara oscura, que solo dejaba ver sus apetecibles labios, y su cuerpo embutido en un esplendoroso vestido azul oscuro.

—No. No sé quién es... ¡No puede ser, por un demonio! —exclamó, estupefacto, el vizconde cuando la dama sonrió, al parecer, aliviada, y se volteó para dejar pasar a sus acompañantes.

«¡Es... el adefesio Hamilton!».

CAPÍTULO 8

(...) Mientras escribo estas líneas, casi puedo sentir tu aroma envolviéndome y tu voz susurrando en mi oído: «piénsame». Y eso haré, en cada mañana y en cada anochecer (...).

Dama anónima

Extracto de una carta enviada al Caballero desconocido

Lo bueno de su nuevo aspecto era que, al no llevar sus lentes puestos, Daisy podía pasar de las cientos de miradas que debían estar sobre ella en esos momentos; sin los anteojos, no lograba distinguir sus caras ni sus expresiones. Solo veía múltiples formas borrosas y oía la música y los murmullos de conversación.

A pesar de aquello, no podía dejar de estar nerviosa, y más al notar el retraso de sus hermanos.

«¿Pero dónde se han metido todos?».

En ese momento, sintió un pequeño roce en su codo izquierdo y se volteó un poco para confirmar que se trataba de su hermano. Aliviada, sonrió y aceptó el brazo que el conde le ofrecía, luego le preguntaría qué los había retrasado. Aferrada a su hermano, que llevaba a Clarissa del otro lado, los tres iniciaron el descenso, seguidos de las gemelas, quienes presentaban un aspecto exquisito.

Rosie vestía un vaporoso atuendo de encaje y brocado rosa viejo, y Violet, un hermoso vestido de seda lila. Ambas habían recogido su cabello rubio en lo alto de su cabeza y sus máscaras blancas les cubrían casi todo el rostro. Por su parte, Clarissa quitaba el aliento con su máscara negra y su vestido de muselina dorado, el cual tenía el corpiño y el bajo de la falda bordado de

encaje negro, o lo que le daba el toque transgresor que caracterizaba a su cuñada.

—Ya lo saben, niñas, no se alejen demasiado. Y bajo ningún concepto salgan de este salón —repitió, por décima vez, su hermano cuando pisaron el suelo alfombrado del salón.

—Sí, Steven. Ya no somos unas niñas, sabemos cuidarnos —respondió Daisy divertida.

—No deberías temer por nosotras, hermano, sino por los demás —se burló Violet y rodó los ojos al ver la expresión de angustia que esbozó el conde.

Steven abrió la boca para seguramente reiterar alguna de sus advertencias, pero su esposa lo interrumpió.

—Que se diviertan, queridas. Nos reunimos aquí a medianoche. —Se despidió con una sonrisa y luego se giró para perderse entre la multitud, arrastrando a su marido con ella.

El conde parecía muy nervioso esa noche, era la primera velada en la que no podría estar encima de ellas, vigilándolas, pues, por ser una mascarada, no tendría sentido porque delataría sus identidades y perdería el sentido de llevar sus rostros escondidos tras los antifaces. Esto permitía a una dama soltera una poco común libertad, poder desplazarse sola por el salón, hablar con cualquier caballero sin haber sido presentada y bailar con el hombre que se lo solicitara, sin tener que pedir permiso o limitarse a los espacios libres de su carnet. No se debían develar los nombres hasta llegar la medianoche, cuando se quitaban todas las máscaras y los invitados podían ver el rostro de sus acompañantes.

Una vez solas, las tres intercambiaron miradas indecisas. Era extraño que una persona que había crecido llevando una vida limitada, deseando poder decidir por sí misma, no supiera cómo hacerlo, por dónde iniciar su vuelo de libertad cuando el momento por fin llegaba.

—Bien, creo que deberíamos separarnos —propuso Violet y, pese a su acostumbrada seguridad, no sonó muy convencida.

Rosie y ella intercambiaron miradas nerviosas.

—Estoy de acuerdo, pero no olviden lo que Stev nos dijo, manténganse a la vista de todos. Bien... Adiós —dijo, fingiendo, tranquilidad Daisy, después de todo, era la mayor y le tocaba dar el primer paso. Por lo que, con las rodillas

temblorosas y el corazón estrujado por tener que apartarse de sus niñas, dio media vuelta y se alejó.

Las manos le temblaban cuando aceptó la copa que un lacayo de librea carmesí le ofreció, y bebió el líquido burbujeante un poco más rápido de lo considerado correcto.

—Buenas noches, bella dama —dijo, de pronto, una voz de barítono muy cerca de su oreja.

Sobresaltada, Daisy giró y vio a un hombre muy alto, muy elegante y muy atractivo que la miraba con fijeza. Estaba vestido completamente de negro, a excepción de su camisa blanca. Un antifaz oscuro cubría su cara hasta los labios, aunque podía adivinarse una mandíbula fuerte y unos ojos claros brillando con intensidad. Sin embargo, la profundidad de la máscara no le permitía apreciar su color, que parecía ser claro. Su cabello, algo largo y rizado en las puntas, estaba engominado, peinado hacia atrás, y lo llevaba empolvado, lo que le dificultaba adivinar si era rubio o castaño.

Él le parecía familiar y, al mismo tiempo, un extraño.

—Siento haberla asustado, no era mi intención. Solo la vi... una flor hermosa destacando en este jardín insulso, y no pude reprimir el impulso de acercarme —continuó el caballero misterioso con tono seductor, abarcando con su mano enguantada el resto de la estancia y esbozando una media sonrisa.

La joven lo miró tratando de calmar su pulso acelerado. No podía creer lo que le sucedía, hasta ese momento, nunca un caballero había coqueteado con ella y, sacando a su *caballero desconocido*, nadie le había dicho algo bonito. Aunque, por supuesto, los halagos del hombre de las cartas no estaban dirigidos a ella, sino a la dama anónima.

«Pero debes responderle, mujer, ¡o pensaré que eres una boba sin remedio!».

—Yo... no se preocupe, no me ha asustado —tartamudeó ella, queriendo patearse por su torpeza.

—Aun así, deseo compensarla por mi falta de tacto. ¿Acepta concederme esta pieza, milady? —le dijo él ofreciéndole la mano.

Daisy observó su gesto galante y vaciló unos segundos. No se atrevía a bailar con un completo desconocido, sobre todo, porque la melodía que comenzaba a resonar era un romántico vals. Un baile al que ya la habían autorizado, pero que todavía no había bailado.

—No lo sé, milord, nunca he bailado el vals, esta es mi primera temporada —admitió ella finalmente.

El caballero sonrió ampliamente y, sin quitar su mano, le dijo:

—Entonces permítame el honor de ser su compañero en esta aventura.

Ella contuvo el aliento al oír sus palabras y, sin dudarle más, colocó su mano sobre la del hombre. La pista de baile estaba abarrotada de parejas danzantes, por lo que, con cada movimiento que ejecutaban, Daisy sentía diferentes partes de sus anatomías rozándose, lo que le producía un revoltijo en su estómago y un gran sofoco. Su atrayente aroma a sándalo la envolvía cada vez que inspiraba y le hacía erizar cada vello del cuerpo.

—No la había visto antes —habló el caballero misterioso, su aliento cálido acarició la piel de su frente, rompiendo el silencio por primera vez desde que habían iniciado el baile.

—Pues no puede estar seguro, milord. Estas máscaras nos mantienen en el anonimato —rebató ella sin atreverse a elevar la vista.

—Créame que podría recordarlo. Pero siguiendo su razonamiento, entonces, ¿esto la convierte en una dama anónima? —preguntó el caballero y, haciéndola girar sobre sus pies, la pegó a su cuerpo mucho más de lo que la etiqueta social permitía.

Daisy jadeó por su maniobra y por lo que él acaba de decir. La había llamado «Dama anónima». Su corazón comenzó a golpear su pecho con violencia y, como en un sueño, la joven levantó su cabeza y miró al hombre que la sostenía entre sus brazos mientras bailaban y la guiaba con cautivadora destreza.

«¿Es él? ¿Es mi caballero desconocido? ¿Acaso me ha reconocido?».

Decenas de incógnitas invadieron su conmocionada mente mientras sus miradas conectaban. Daisy estaba demasiado pasmada como para respirar, así que solo se limitó a perderse en aquellos ojos subyugantes. El caballero misterioso no apartaba la vista de ella, lo que le provocaba que una fuerte sensación de calidez y anhelo comenzara a subir por la espalda de Daisy y la hiciera estremecer.

—¿Eres... eres tú? —balbuceó, con voz temblorosa, ella justo cuando los músicos ejecutaban las notas culminantes de esa pieza.

El caballero se tensó y apretó la mano que envolvía la suya.

—No puedo responder eso, milady, hasta pronto. Piénsame, mi dama anónima —murmuró en su oído con voz ronca.

Y antes de que ella pudiese salir de su estupor, el caballero misterioso depositó un suave beso bajo su oreja y desapareció tras los cuerpos que los rodeaban.

CAPÍTULO 9

(...) Temo que el momento de conocerte llegue, pues tal vez no encuentres nada valioso en mí; solo un alma perdida y vacía (...).

Caballero desconocido

Extracto de una carta enviada a la Dama anónima.

Su encuentro con ese hombre había logrado desestabilizar por completo a Daisy. Agitada y temblorosa, abandonó la pista y se encaminó a las puertas laterales del salón antes de que alguien se percatara de su parálisis.

En el trayecto, buscó con la vista a ese hombre, al caballero misterioso, pero no lo vio, tampoco localizó a sus hermanas, y eso la alarmó un poco. En el exterior, la recibió una brisa fresca y un cielo sin estrellas; era una noche oscura. Los anfitriones tenían un enorme y esplendoroso jardín, era muy hermoso y tal vez una réplica del jardín del palacio real.

Algunas parejas y caballeros se encontraban paseando por sus caminos alumbrados mientras conversaban y reían. Mientras apreciaba la vista, sus mejillas comenzaron a perder el intenso rubor.

—Hermosa... —dijo, de pronto, una voz grave muy cerca de Daisy.

Ella miró a su costado y se quedó petrificada; por un segundo, sus ojos le jugaron una mala pasada y le pareció estar frente al caballero con el que había bailado, pero una palpitación de su acelerado corazón después, se percató de que no lo era. El hombre la miraba fijamente, dando a entender que no era al paisaje a lo que se refería.

—Perdón, milady, ¿la estoy incomodando? —la interrogó el hombre con una sonrisa tan devastadora que le produjo una sacudida en el estómago.

—No... solo me ha sorprendido, milord —contestó ella una vez que estuvo

repuesta de la impresión.

La sonrisa del hombre no decayó, al contrario. Su contextura y aspecto en general era muy similar a la del caballero misterioso, pero tenía evidentes diferencias, aunque tampoco podía precisar su color de cabello u ojos. Él era apuesto, varonil y desprendía un aura relajada y atractiva.

—Disculpe mi atrevimiento, la verdad es que llevo pocas horas en suelo inglés y ya me estoy preguntando qué extrañaba tanto —continuó el hombre con tono hilarante, apoyándose ligeramente en la balaustrada de piedra.

—¿Estuvo usted mucho tiempo lejos? —se atrevió a preguntar Daisy, conteniendo el aliento al oír que recién regresaba de viaje.

—El suficiente como para extrañar al superficial y vanidoso Londres —respondió él con sus ojos brillando de diversión.

La joven sonrió, extrañamente se sentía cómoda junto a ese caballero y el nerviosismo inicial comenzaba a disiparse.

—Es extraño cómo la mente puede hacerte anhelar cosas que usualmente uno no miraría dos veces cuando está lejos de casa —dijo Daisy, observando el rostro del caballero del jardín.

—Eso es cierto, se valora lo cotidiano cuando se está rodeado de lo extraño —afirmó él.

Daisy solo asintió, no podía aportar más, nunca se había alejado de su tierra natal.

—Pero todo es más fácil cuando vuelves al hogar con una misión —siguió el caballero, y ella regresó la mirada a su cara. Él se acercó un paso hacia ella y sus ojos exploraron cada rincón de su rostro que la máscara dejaba a la vista.

—¿Una misión? —preguntó, con el pulso acelerado, Daisy.

—Así es, ponerle cara a un rostro que solo existe en tus pensamientos, voz a las palabras que resuenan en cada silencio y nombre a la mujer que se adueña de tu alma —contestó, con voz baja y tono íntimo, el caballero.

—Yo... yo... —tartamudeó, estupefacta, Daisy. Parecía que el hombre tenía la intención de besarla, y ella no podía mover un músculo de su cuerpo.

Solo deseaba preguntar si era él, si tenía frente a sí a su caballero desconocido.

Justo entonces, la melodía de un reloj sonó para anunciar que la medianoche había llegado, el momento en que cada invitado debía quitarse su máscara y

develar su identidad. Daisy estaba petrificada mirando al caballero del jardín, y él parecía percibir su agitación porque sonrió aún más y avanzó hasta pegar el rostro al suyo. Ella contuvo el aliento por la repentina proximidad y se tensó al pensar que él tenía la intención de quitarle el antifaz.

—No te preocupes, querida, me gusta el misterio. Te propongo que dejemos que el destino se encargue de entrecruzar nuestros caminos —le susurró el hombre al oído, lo que le produjo a ella un hormigueo—. Hasta entonces, me conformaré con ser un caballero desconocido —se despidió él, apartándose y depositando un beso en sus nudillos.

Daisy estaba pasmada y así se quedó mientras lo veía alejarse hacia el salón. El aire había abandonado sus pulmones y sentía que podía caer desvanecida allí mismo.

Su mente estaba por colapsar debido a lo que estaba sucediendo. Dos hombres enigmáticos y atractivos; ambos le habían dicho algo que despertó su alarma. El caballero misterioso la había llamado «Dama anónima». El caballero del jardín se había despedido usando la firma de su enamorado.

¿Casualidad?, ¿señales? Ya no sabía qué pensar. El segundo caballero había mencionado, además, un viaje y una mujer, pero el primer hombre, con menos palabras, había logrado hacerle sentir multitud de sensaciones. Con uno se había sentido cómoda, y con el otro, todo lo contrario, pero había sentido que lo conocía, que no era un extraño. Antes de que pudiese enloquecer con aquella disyuntiva, la voz de Violetta la hizo regresar a la realidad.

—¡Daisy! Hasta que doy contigo, llevamos un buen rato buscándote. Steven estuvo a punto de armar uno de sus dramas al ver que no estabas en el salón —le dijo su hermana, quien ya no tenía puesta su máscara.

—¿Qué sucede? —preguntó Daisy, siguiendo a la menor hacia el interior del salón.

—Clarissa se siente indispuesta, así que debemos irnos —le explicó, sin detenerse, la rubia.

Pronto llegaron a unas puertas de madera donde su familia las esperaba. Ella examinó a su cuñada que estaba siendo sostenida por su hermano.

—Lo siento, salí a tomar aire. ¿Estás bien, Clarissa? —se disculpó, preocupada, Daisy.

—No te alarmes, estoy bien, solo es un mareo y algo de malestar en mi

estómago. Pero ya ves, mi esposo es amante de la tragedia —se burló su cuñada, aunque se la veía bastante pálida.

Steven no sonreía como siempre, sino que miró serio a su esposa, después a ella, con un gesto de sospecha en su apuesto rostro, seguramente preguntándose por qué conservaba la máscara y dónde se había metido. Daisy trató de no encogerse bajo el escrutinio de su mirada verde dorado; luego, el conde se volteó para salir del lugar.

Ellas lo siguieron en silencio, Daisy observó a sus hermanas y las notó extrañas al instante. Rosie tenía las mejillas furiosamente rojas y no esbozaba su usual y bonita sonrisa, sino que parecía ensimismada y pensativa. Por su parte, Violetta no hacía para nada gala de su acostumbrado gesto desdeñable y aburrido, sino que aparentaba ansiosa y desesperada por salir de la mansión.

Al parecer, no era la única que había experimentado algo movilizante y fuera de lo común en esa mascarada. Cuando el carruaje se alejaba traqueteando por las calles de la ciudad, Clarissa suspiró visiblemente más repuesta.

—Bueno, por lo menos algo lindo salió de asistir a esta velada —dijo con tono alegre.

—¿Lo crees? Yo solo obtuve un intenso dolor de cabeza —recriminó Steve, mirando a cada una.

«¿Pero qué le sucede a ese hombre?».

—Pues yo estoy feliz, volver a ver a mi hermano compensa todo lo demás —rebató Clarissa muy emocionada.

—¿Tu hermano? ¿Lord Bladeston está en Londres? —preguntó, curiosa, Daisy, pues le parecía extraño que el duque viniera y dejara a Lizzy en el campo.

—¿Nick? No, él no se separaría de mi amiga en su estado ni aunque las tropas de Napoleón nos invadieran —bromeó su cuñada, haciendo reír por fin a su esposo.

—Me refiero a Andy, pero pensé que lo sabías, él me dijo que estuvo contigo —terminó Clarissa, lanzándole una mirada intrigada.

Daisy se tensó y se paralizó al oír las últimas palabras de su cuñada. El mareo que había sentido en la pista volvió a apoderarse de ella.

«¡No puede ser cierto!».

Andrew Bladeston estaba en Inglaterra. Y no solo eso, había estado en esa

fiesta. El hombre que más detestaba, la pesadilla de su niñez, el culpable de sus inseguridades y complejos. Y, en ese instante, el causante de que sintiese el temor estrujando sus entrañas había regresado a casa. Uno de los hombres con los que había estado era el vizconde de Bradford. Y no podía ni siquiera pensar que él pudiese llegar a ser su caballero desconocido. Aunque no solo estaba el detalle de que él regresaba de un viaje, sino que había hablado esa noche con ella y le había ocultado su identidad. *¿Por qué?* No lo entendía, pero lo iba a averiguar.

CAPÍTULO 10

(...) Temo que el momento de tenerlo frente a frente llegue, pues lo más probable es que el encanto se esfume tras la máscara insulsa que envuelve mi exterior (...).

Dama anónima

Extracto de una carta enviada al Caballero desconocido

—¿Qué sucede, Bradford ? No me digas que mal de amores —dijo Ethan Withe con gesto guasón.

Andrew levantó la vista de su vaso de whisky y miró al duque de Riverdan con una mueca de fastidio. Su amigo Anthony West y otros caballeros rieron a carcajadas, todos menos Jeremy Asher, quien se mantenía en silencio.

—No lo sé, dímelo tú. Alcancé a observar que, en la mascarada, cierta dama no se mostraba muy a gusto con tu compañía —rebató Andy.

La sonrisa del duque se borró de golpe y lo miró levantando una ceja. Luego, se puso de pie y fue en busca de la distracción femenina que brindaba el club.

A la salida de la fiesta, el grupo había terminado allí. Y aunque Andrew no estaba de humor para la conversación, tampoco deseaba regresar a casa. No, eso sería encerrarse a pensar y volverse loco.

—¿Qué fue eso, amigo? Creo que molestaste al hombre —intervino Tony al ver la retirada de Ethan.

A su lado, Asher les hizo seña de que se marchaba y, en pocos segundos, desapareció por la puerta. A pesar de que Riverdan se lo había presentado no hacía mucho tiempo, podía decir que, de sus conocidos en Londres, aquel joven era quien mejor le caía, pues podía darse cuenta de que no estaba influenciado por su cruel y codiciosa sociedad.

—Me dijeron que es el hijo del marqués loco y que sufre una incapacidad para hablar, ¿es cierto? —comentó su amigo con expresión curiosa.

Andrew solo asintió en respuesta. Por supuesto, sabía mucho más de la historia del joven, puesto que Clarissa lo había mantenido al día por medio de las cartas que habían intercambiado durante su viaje.

—La conocí y pude hablar con ella —dijo, cambiando de tema, Tony.

Andy se tensó al oírlo, miró su rostro y comprobó que Tony tenía un gesto de idiota enamorado.

—No sé de quién hablas, pero supongo que me alegro —contestó encogiendo un hombro, al tiempo que levantaba la mano para pedir que le rellenaran el vaso.

—Me refiero a la joven que vimos en el baile —le aclaró con los ojos entrecerrados—. La mujer que me dijiste que era tuya, ¿recuerdas? Sé que después la reconociste. ¿Me dirás quién es? Me urge saberlo, solo me dijo unas palabras y me cautivó por completo.

—Me confundí, olvida la advertencia que te hice. No sé quién es ni me interesa —negó el vizconde y vació el contenido de su vaso.

—¿Ah, sí? ¿Entonces por qué te vi junto a la dama? —lo interrogó, con gesto suspicaz, Tony.

—Simplemente estaba comprobando algo —respondió, escueto, Andrew—. Solo te diré esto: anda con cuidado, por lo que vi, ella no está sola y su familia te arrastrará ante un sacerdote antes de que puedas parpadear —siguió él, poniéndose de pie.

—¿Te vas? Pensé que recordaríamos viejos tiempos —contestó sorprendido desde su lugar.

—En otra ocasión, me duele la cabeza, buenas noches —se despidió Andy y, sin esperar respuesta, abandonó el lugar.

Ya en su carruaje, el vizconde se echó hacia atrás y cerró los ojos. En algo de lo que le había dicho a su amigo no mentía: tenía un maldito dolor de cabeza desde que había descubierto la identidad de esa mujer.

Todavía no podía creerlo, no era capaz de asimilar que el adefesio Hamilton se hubiera convertido en... en esa dama atractiva, cautivadora y sensual.

«¡Rayos!, si la he visto hace unos pocos meses».

Al principio, su cerebro había quedado tan obnubilado por su visión que no

adivinó de quién se trataba. Pero cuando ella había sonreído, la sangre, que se le había calentado ante lo que veía, se enfrió de golpe. Esa sonrisa era inconfundible, conocía esa hilera de dientes blancos y esos malditos hoyuelos a los costados. Y por si le quedaba alguna duda, justo en aquel momento se había detenido a su lado su cuñado, llevando del brazo a su hermana.

Entonces tuvo la respuesta a sus incógnitas, ya sabía quién había sido la que obrara ese milagro en el adefesio; obviamente, Clarissa, que no debía haber podido con su genio y había tenido que entrometerse a transformar a ese patito feo. Con eso en mente, había decidido ir a cerciorarse de sus conjeturas.

«¿A quién quiero engañar? No he resistido el impulso de acercarme a la joven». Y antes de pensarlo, estuvo parado a su lado, hablándole. De inmediato, su particular aroma a margaritas había inundado sus fosas nasales, lo que provocó que su recluso deseo se avivara con fuerza.

La joven no lo había reconocido, y eso lo alivió tanto como lo fastidió. Pero al mismo tiempo, lo había cautivado su forma de responderle, tan diferente a la actitud hostil o indiferente que adoptaba cuando interactuaba con él sin la máscara. Tenerla entre sus brazos había sido sublime, su corazón no cesó de palpar acelerado y su respiración se había cortado con cada roce de sus cuerpos. No entendía lo que le había sucedido, se suponía que en ese momento en que sabía quién era la muchacha no debía estar sintiendo ese cúmulo de sensaciones. Parecía que su cuerpo se negaba a recordar que la mujer con la que había bailado era una persona que detestaba. La niña molesta, sabelotodo y arisca de su infancia, la culpable de las peores humillaciones de su adolescencia.

Nada de aquello había importado en esos minutos. Solo había podido sentir cómo su cercanía lo sumergía en una nube de placer, llevándolo a recordar a la mujer que había cautivado su corazón en poco tiempo y a la que debía de estar buscando. Hasta que la nube se había disipado cuando ella le preguntó si era él. Eso no lo había podido responder, así que tomó la salida más cobarde, huyó.

Esa misma noche los había visto. A Daisy y a Anthony conversando muy cerca, y un sentimiento de ira y enojo había explotado en su pecho al verlos tan íntimos. Ella había sonreído cálidamente ante algo que el otro le decía. Cuando bailó con él, no lo había hecho, más bien parecía nerviosa y tensa.

Sus manos se habían cerrado al ver que West acercaba su cara a la de ella; su cuerpo había temblado de rabia y enojo ante las intenciones de su amigo. Entonces lo supo, estaba celoso por primera vez en su vida. Molesto consigo mismo e, incapaz de seguir mirando a la pareja, había dado media vuelta y regresado al salón.

No podía negarlo, a pesar de que su razón le gritaba que era un estúpido y le recordaba que esa mujer era el adefesio Hamilton, su corazón no atendía razones e insistía en quemar su pecho con esas ansias de posesión, empujándolo a ir por ella, a reclamarla, a marcarla como suya, a ser él quien besara esa dulce boca. Pero no, jamás lo haría. O no lo repetiría, mejor dicho, porque ya había navegado en los mares de esos labios. En aquella oportunidad, lo había catalogado como un impulso, una excepción, una reacción basada en alimentar la animadversión entre ellos. Pero en ese momento, sabiendo quién era ella y queriendo igualmente abordar esa boca hasta perder el sentido, sin poder achacar sus deseos a ninguna circunstancia, no le quedaba más opción que reconocer que le atraía Daisy Hamilton. Para su horror, desgracia, lamentación y desdicha, le gustaba esa joven en cualquiera de sus versiones. Ya sea la de adefesio o la de dama misteriosa. Y eso lo hacía sentir desleal y traicionero, porque su corazón hacía mucho que tenía dueña.

Mientras descendía del coche, Andy pensó que lo que le había dicho a Anthony era lo correcto, esa joven ni siquiera le caía bien, no era para él. No confiaba en las mujeres, solo había hecho una excepción con una, y esa mujer no era aquella. Lo mejor sería que a partir de ese momento, el caballero misterioso se mantuviera lejos de Daisy Hamilton.

CAPÍTULO 11

(...) Llevaba una vida buscándote y, cuando ya había perdido la esperanza, te hallé. No esperaba descubrir que hacía mucho vivías dentro de mí, tan profundo que te olvidé (...).

Caballero desconocido

Extracto de una carta enviada a la Dama anónima

Cuando esa noche la familia Hamilton regresó a la mansión, encontró la casa y a la servidumbre en pleno caos.

—¿Qué sucede aquí, Milton? —preguntó, preocupado, Steven al mayordomo.

—Milord, qué bueno que ha venido. Alguien entró en la mansión, después de golpear al vigilante de afuera y al lacayo que aguardaba su llegada del baile —informó el hombre con el rostro pálido; todavía llevaba sus ropas de dormir.

—¿Están siendo atendidos los heridos? ¿Alguien más salió lastimado? —interrogó su hermano, y llenó de orgullo a Daisy que él se preocupara primero por el personal.

—Sí, milord, un médico los curó y ya se encuentran descansando, nadie más resultó afectado —respondió el sirviente.

—Supongo que el intruso logró escapar —comentó, con una mueca de fastidio, el conde.

—Sí, milord, no nos percatamos de nada. Solo hasta que el lacayo despertó supimos lo que había sucedido. De inmediato hicimos una exhaustiva revisión de la casa, pero no hallamos a nadie —contestó Milton.

—Está bien, por favor, retírense todos a descansar. Tienen mi permiso para

levantarse una hora más tarde —les ordenó Stev al resto de la servidumbre que se encontraba apiñada en el vestíbulo.

Cuando todos se retiraron, Milton los ayudó a quitarse los abrigos. Las mujeres se miraban asustadas e incrédulas ante lo sucedido.

—Milton, ¿sabe qué se llevó el ladrón? —inquirió Clarissa con voz temblorosa.

Violett no esperó a oír la respuesta del mayordomo y, sin mediar palabra, se adelantó y desapareció por las escaleras.

—El intruso solo ingresó a las dependencias del segundo piso, milady. Encontramos sus respectivas alcobas revueltas —dijo el mayordomo.

—Qué extraño, tendremos que revisar para hacer un estimativo de las pérdidas, subamos. Que los heridos se tomen el día mañana, Milton, buenas noches —lo despidió Stev.

El grupo inició el ascenso y, mientras su hermano comentaba que hablaría con el magistrado y reforzaría la seguridad, Daisy se dirigió a su cuarto.

Ni bien entró, tuvo un mal presentimiento y una corazonada. Era evidente que los empleados habían intentado arreglar el desastre, pero nada de eso le importó a Daisy, que corrió hacia su cama y se agachó a buscar un objeto. Sintió alivio cuando constató que el baúl seguía allí, mas cuando lo sacó, el ánimo se le cayó a los pies.

Estaba abierto.

Con manos temblorosas, levantó la tapa y comprobó lo que temía. Las cartas no estaban, habían desaparecido junto con todo el contenido del baúl. Apenada, se sentó en la alfombra y se quedó mirando el cofre vacío. Conservaba aquel objeto desde que lo había encontrado en Rissa Palace, había pertenecido a su abuelo, y en él había hallado dos cartas que habían sido la clave para resolver el misterio de la muerte de sus padres.

Esos manuscritos los guardaba su hermano, ya que ella solo utilizaba ese baúl para guardar su correspondencia con el caballero desconocido.

¿Para qué quería el ladrón esas cartas? No tenían ningún valor ni servían de nada. No podía siquiera chantajearla con ellas porque no figuraban sus nombres. Esos papales eran inservibles para el mundo, pero significaban todo para ella.

Frustrada y abatida, Daisy depositó con fuerza el baúl en el suelo y,

entonces, sucedió algo extraño... La tapa interna superior se separó apenas de la exterior con un chasquido.

La joven frunció el ceño y se apresuró a buscar sus lentes. Una vez que los tuvo puestos, levantó el cofre y lo acercó a la vela dispuesta sobre su mesa de noche. No había visto mal, la madera se encontraba separada. Inclino el baúl y pudo vislumbrar lo que parecía un trozo de papel enrollado, encajado en el pequeño resquicio. Con dificultad, lo sacó y verificó que parecía muy antiguo. Ansiosa, desató la cinta negra que lo envolvía y lo abrió.

Era una especie de mapa y estaba escrito en un idioma extraño. Por más que lo intentó, no pudo entender ninguna de las pocas palabras que allí aparecían. No era inglés, francés, italiano ni latín, estaba segura porque conocía esas lenguas. Tal vez se tratara de español, aunque lo dudaba.

Entonces aquello era lo que el intruso había ido a robar. No podía ser otra cosa porque no se habría llevado sus cartas por error. Lo más probable era que el tipo no supiese leer. Pero ¿cómo sabía sobre la existencia de ese mapa? Ni siquiera ella la conocía.

De repente, una terrible idea cruzó por su mente, *¿estaría en peligro ella?* ¿Volvería aquel hombre por el mapa cuando se percatara de su error?

Debía contarle todo a Steven. Sin embargo, eso significaba tener que hablarle sobre su romance por correspondencia, y no se atrevía. Su hermano la mataría si se enteraba, si ella no moría de pena antes.

A la mañana siguiente, Daisy demoró en bajar a desayunar, pues se había desvelado hasta altas horas pensando en ese hallazgo y el misterio que lo envolvía. Estaba inquieta al no saber qué hacer con esa novedad. Su doncella había insistido en ponerle un vestido de día color amatista que le sentaba tan bien como el de la noche anterior, y ella, sin cabeza para esos detalles, había accedido.

Cuando se acercaba al comedor, escuchó que su hermano conversaba con alguien, era una voz masculina. Tal vez se tratara de John Seinfeld, el magistrado. El lacayo abrió las puertas del comedor matutino y la saludó con una venia, y ella traspasó la entrada y le sonrió en respuesta.

—Daisy, buenos días, creí que dormirías hasta tarde como las demás —la saludó su hermano, poniéndose de pie.

Ella se detuvo en la punta de la mesa y observó la espalda del invitado de

Stev. Era fuerte y esbelta, aunque no tan ancha como la del conde, y definitivamente no se trataba del magistrado. Su cabello castaño claro brillaba bajo la luz que entraba a raudales por los ventanales. El corazón de Daisy se saltó un latido al verlo y, luego, comenzó a palpar desenfrenado. Él le parecía familiar, estaba segura de que lo había visto antes.

Entonces el caballero se levantó y giró hacia ella, sus ojos azules la miraron con intensidad por unos segundos y después se desviaron hacia un punto sobre su cabeza.

—Buenos días, lady Daisy —habló él con tono formal y expresión rígida.

Daisy sintió sus rodillas temblorosas, no necesitaba más confirmación, él era el caballero con el que había bailado en la mascarada. Era el caballero misterioso. Era el hombre que le había provocado una tormenta de sensaciones y el que creyó que podía ser su caballero desconocido. Pero en ese instante en que veía su rostro, no lo podía creer. Andrew Bladeston no podía ser el hombre de las cartas. Aquel imberbe no poseía un pelo de caballerosidad, romanticismo o sensibilidad.

Ya tenía su respuesta, él era el caballero misterioso, nada más. Ella no podría haberse enamorado de ese pretencioso, nunca. Lo que le dejaba una sola posibilidad; el caballero del jardín, él tenía que ser su caballero desconocido.

Como no podía confiar en su voz, ella solo le respondió con una reverencia y tomó su lugar en la mesa. Su cabeza era un revoltijo, mientras su hermano seguía poniendo al tanto del episodio del robo a su cuñado.

No comprendía nada, ¿por qué Andrew había bailado con ella y le había dicho esas cosas si estaba claro que ambos siempre se habían detestado? ¿Acaso la había confundido con otra persona? Por otro lado, él también regresaba de un viaje, aunque estaba segura de que no había estado en Francia, ¿o no era así?

En ese momento, Steven comenzó a preguntarle por su trabajo de traductor de documentos antiguos. Y Daisy observó con disimulo que su rasgos se iluminaban al hablar de su vocación.

No lo soportaba, odiaba esa cara perfecta y esa figura masculina. Desde pequeño había poseído esa irritante postura y esa asquerosa arrogancia...

Estaba ensimismada en su resentimiento, cuando una idea se coló en su

atontado cerebro.

«*¡El mapa! Andy el apestoso era lo que buscaba. ¡El vizconde podía traducirlo!*».

CAPÍTULO 12

(...) No sabía lo que a mi vida le hacía falta hasta que te conocí. Entonces comprendí que ese vacío que albergaba en lo profundo del alma era el sonido de mi voz diciendo tu nombre (...)

Dama anónima

Extracto de una carta enviada al Caballero desconocido

Esa noche se celebraba el baile anual de los duques de Richmond y prácticamente la aristocracia al completo estaría allí.

Daisy descendió la escalera de la mansión de su hermano y le sorprendió ver salir de su estudio al conde vestido con el mismo atuendo de la cena.

—¿Qué sucede, Stev, se ha cancelado la salida al baile? —preguntó ella cuando su hermano llegó hasta el final de la escalera y la ayudó a bajar.

—No, pero yo no iré. Clarissa se siente indispuesta. Aun así, no quisimos que ustedes se perdieran la diversión —explicó el conde.

—A mí no me importaría quedarme una noche en casa y sé que a las gemelas tampoco. Además, no podemos ir sin carabina —contestó Daisy pensando que, dada las circunstancias, debería posponer el inicio de su misión, pues quería hablar con el vizconde de Bradford sobre el misterioso mapa. Aunque sus hermanas estarían de acuerdo, pues Violetta no disfrutaba precisamente de las veladas londinenses y Rosie se veía bastante apagada desde la mascarada.

—Lo sé, querida, pero mi esposa ya se ocupó de eso —contestó Stev, y en ese momento sonó la aldaba de la puerta principal.

Sus hermanas estaban bajando desde el piso superior, cuando el mayordomo abrió la puerta.

—Buenas noches —saludó una voz ronca que ella conocía.

—Buenas noches, Andrew. Gracias por acompañar a mis hermanas. Te las encargo, no las pierdas de vista, y ya sabes quiénes tienen prohibido acercárseles —le solicitó, con ansiedad evidente, Stev.

Mientras el vizconde asentía como si el pedido exagerado de su cuñado fuese algo normal, ella lo miraba boquiabierta. No podía ser cierto, si asistían al baile con lord Bladeston tendría no solo que viajar en su carruaje, sino que tolerar su presencia lo que durara la velada.

Por un lado, ese cambio de planes facilitaba el camino para lo que tenía en mente, pero, por otra parte, no estaba segura de poder soportar la actitud pedante e insufrible del vizconde demasiado rato. Había pensado que lo encontraría en la fiesta y que le comentaría brevemente sobre el mapa.

Como Steven estaba ayudando a sus hermanas a colocarse sus chales, Daisy quedó parada frente a su improvisado guardián, en un incómodo silencio. Él estaba vestido elegante, llevaba una camisa y pañuelo blanco, un chaleco dorado con bordado verde oliva, una chaqueta y pantalones gris claro. Su cabello castaño claro estaba peinado hacia el costado, y un pequeño mechón caía sobre su frente, suavizando así su presencia rígida.

No quería mirarlo a la cara, pues temía que él se diera cuenta de que ella ya lo había reconocido como el caballero con el que había bailado. La vergüenza y timidez que a menudo la invadían estaba tiñendo sus mejillas de rojo. Con disimulo, lo observó y lo encontró mirándola con fijeza. Su expresión era la habitual, seria y agria, mas sus ojos parecían estar burlándose de su incomodidad y la repasaban de arriba hacia abajo con descaro, lo que la hacía sentir desnuda y atrevida, cuando su vestido era todo lo recatado que su condición de soltera requería.

Su atuendo era de seda color ocre con un intrincado estampado rosa viejo, las mangas largas y el corpiño se ajustaban a su cuerpo. Su cintura estaba marcada por una cinta de seda ocre que afinaba su talle, y la falda se abría vaporosamente alrededor de sus caderas. Su doncella le había recogido el rizado cabello en un moño flojo y peinado su flequillo hacia la derecha.

Entonces Daisy entró en pánico y decidió utilizar el último recurso que le quedaba.

—Hermano, no... no has tenido en cuenta que... lord Bradford es... es soltero y no... es decir, no... —tartamudeó ella, ruborizándose más debido a

su torpeza.

—No estarán solas, Daisy. Mi suegra las espera en la fiesta —rebatíó el conde mientras las guiaba hacia la salida tras el vizconde, que había alzado una ceja ante su patético intento de fuga para luego encaminarse fuera—. Y ahora, pónganse en marcha, recuerden lo que les dije, nada de...

—Paseos por el jardín, el balcón o la terraza. Mantenernos a la vista de todos y no entablar conversación con ningún caballero que diga ser tu amigo o de tu grupo del club —lo cortó, rodando los ojos, Violetta.

—Nos lo repites en cada salida, hermano mayor, lo sabemos de memoria. —Rio Rosie, dando un beso sonoro en la mejilla del conde.

—Estaremos bien, Stev. No te preocupes, ya estamos mayorcitas —agregó Daisy, levantó la mano en despedida y se carcajeó al ver la expresión de agonía de su hermano.

El trayecto hasta la mansión de los Richmond era relativamente corto, por lo que rápidamente estuvieron cruzando las altas puertas abiertas del salón de baile de los duques. Lady Honoria los estaba esperando junto a los anfitriones. La duquesa viuda las presentó, ya que no habían coincidido con el duque antes. Era un hombre alto y muy delgado, de cabello empolvado y un bigote cuidado sobre el labio superior. En minutos, la madre del vizconde arrastró a sus reacias hermanas hacia la sala de bebidas y la dejó a ella con la única compañía de su hijo.

—No se preocupe, no pienso hacerle de niñera toda la noche —dijo Andrew sin mirarla, dirigiéndose a ella por primera vez.

—No estaba preocupada. Solo intentaba decidir por cuál dirección alejarme —contestó ella con el mismo tono escueto que él había utilizado.

—Pues ya está tardando demasiado, ¿no cree? —señaló, con tono seco, él. Daisy sofocó un jadeo ante su descortesía.

—Es usted un grosero y un... un... ¡un asno apestoso! —siseó furiosa.

—¿Ese es su mejor insulto? —se burló el vizconde.

Pero antes de que la joven pudiese rebatir ese ataque mordaz, una figura se apareció frente a ellos.

—Buenas, qué alegría coincidir, estimado amigo. Creí que no ibas a asistir esta noche —saludó el caballero a lord Andrew. Mas no tenía los ojos puestos en este, sino en ella.

Daisy no pudo evitar sonrojarse ante el cálido escrutinio de esas pupilas grises y se quedó prendada de esa mirada extrañamente familiar. El hombre era alto, aunque un poco más bajo que su acompañante, de contextura delgada pero de espalda fuerte y cuerpo esbelto. Su cabello era castaño oscuro y los rasgos de su cara eran masculinos y bien proporcionados. Era muy atractivo y parecía tener una semisonrisa pícara todo el tiempo.

El vizconde carraspeó, rompiendo su intercambio visual.

—Lady Daisy, le presento a mi amigo, sir Anthony West —los presentó con gesto adusto, y ella creyó que se sentía irritado por estar haciendo de carabina. No podía ser otra cosa...

—Es un placer, milady —dijo el caballero, inclinándose sobre su mano enguantada.

—El placer es mío, milord —le correspondió, a su vez, ella.

—Al parecer, todos los caminos de esta ciudad me llevan a usted —contestó, con un gesto elocuente, el hombre.

A Daisy se le agrandaron los ojos al oírlo; sus palabras la habían remitido directamente a las que el caballero del jardín le había dicho.

¿Era él? El hombre con el que había tenido esa confusa pero intensa conversación en la mascarada. ¿Estaba ante su Caballero desconocido? ¿Y si así era, él la habría reconocido?

Todas aquellas preguntas golpeaban su cabeza al tiempo que su corazón latía desenfrenado.

—¿Tiene usted alguna pieza disponible para mí, bella dama? —siguió West señalando su carnet de baile, lo que a ella le provocó una risa nerviosa.

«*¿Pero qué pasa contigo, Daisy? ¡Pareces una de esas jovencitas con la cabeza llena de pájaros, que lanzan risitas tontas!*», se reprendió ella misma.

—Acabamos de llegar, milord. Así que todavía no he reservado nin... —comenzó a responder, con una sonrisa, Daisy.

—No olvides que me prometiste un vals, milady —interrumpió, de pronto, con su voz ronca, Andrew.

Daisy se volvió a mirarlo, con los ojos desorbitados. Sin dudas, este hombre se había vuelto loco. ¡Por nada del mundo bailarían con él!

«Ya lo hiciste y lo disfrutaste más que nunca», intervino, otra vez, su molesta conciencia.

Lord Bladeston la miró desafiante, instándola a negarse y hacer una ridícula escena frente al agradable caballero. Daisy se debatió en silencio, pero finalmente claudicó. No quería causar una mala impresión al amigo del vizconde.

—Por supuesto, milord. No olvidaría el pedido de su madre, ella me comentó lo mucho que le cuesta conseguir compañera de baile debido a sus pies torpes —afirmó ella con una angelical sonrisa y tono compasivo.

West, que miraba de uno a otro con gesto confundido, reprimió la risa al oír su comentario. El vizconde se puso rojo de bronca y sus ojos se entrecerraron con desprecio; pareció estar conteniendo su ira a duras penas.

—Bueno, entonces, ¿me haría el honor, dulce dama? —los cortó lord Anthony con tono cortés.

Andrew emitió un sonido de burla al oír cómo la llamaba su amigo, y Daisy se apresuró a aceptar el brazo que el caballero le ofrecía sonriendo.

Pero cuando habían dado unos pasos hacia la pista, ella volteó y le lanzó una mirada fulminante a su vecino de la infancia. El vizconde seguía su retirada con un gesto que ella no supo interpretar.

La canción que la orquesta comenzó a tocar era una contradanza, baile que no facilitaba demasiado la conversación con el partener, ya que requería interactuar con las parejas cercanas. Aun así, West no apartaba la mirada de ella y le sonría con picardía cada vez que sus manos se entrelazaban, ejecutando los enlaces con soltura y gracia. Cuando la música terminó, su compañero le propuso ir hasta la sala de refrigerios antes de regresarla con su indeseada carabina.

Daisy se sentía confundida y ansiosa, deseaba confirmar de alguna manera que ese hombre era el caballero de las cartas, pero no hallaba el modo de hacerlo sin parecer demasiado desesperada. Además, él no había hecho ninguna insinuación más que delatara su identidad del caballero de la mascarada.

—Así que... ¿es usted nuevo en la ciudad, milord? No creo haberlo visto antes —comenzó ella una vez que estuvieron ubicados en un lateral del salón.

Nerviosa, bebió de su copa, rogando que West no la tomara por una atrevida, pues su pregunta era bastante descarada.

—En cierta forma, sí, milady. Llevaba viviendo tres años fuera. Regresé esta

semana —dijo él; la miró por encima de su copa, con ojos brillantes, menguando su inquietud.

Daisy le observó atontada. *¿Era su imaginación o él le estaba queriendo decir algo más? ¡Tenía que saberlo! ¡Ya no soportaba tanta intriga!*

—Uhm... y... *¿vivía usted muy lejos, señor West?* —se aventuró Daisy, conteniendo el aliento a la espera de su respuesta.

Él sonrió enigmáticamente y, luego, se inclinó un poco hacia ella.

—Pues... alguien dijo que estar apartado de lo conocido y lo querido es estar muy lejos de casa —murmuró él con tono confidente y una mirada profunda.

Daisy sintió su cuerpo temblar y sus latidos golpear su pecho con frenesí. No hacía falta que dijese dónde quedaba ese lugar, pues ella ya conocía esas palabras.

Las había leído antes, escritas por su caballero desconocido. Las recordaba. Aunque ya no tenía las cartas, no podría olvidarlas nunca. Cada letra estaba grabada a fuego en cada resquicio de su alma y en cada fragmento de su corazón.

CAPÍTULO 13

(...) A veces, por las noches, me desvelo imaginando que tu piel es como una flor, suave y tersa; su aroma, dulce y exquisito. Y me duermo anhelando aventurarme en esas delirantes caricias (...).

Caballero desconocido

Extracto de una carta enviada a la Dama anónima

Andrew observaba a la pareja danzar en el centro de la pista, con expresión sombría.

En verdad no podía entender qué sucedía con él. *¿Por* qué le hervía de rabia la sangre cada vez que las manos de ellos se entrelazaban y veía aparecer esa sonrisa con hoyuelos en el rostro de la joven? Debía apaciguar sus sensaciones desbordadas y frenar sus impulsos irracionales. Ella no era suya, no le pertenecía. Es más, ¡ni siquiera le caía bien!

Desde niños la había considerado una cría molesta e irritante, con una lengua de arpía demasiado suelta. Siempre mirándolo por encima del hombro, con esa insoportable expresión de superioridad. *¡No la soportaba!*

Sin embargo..., lo que estaba sintiendo en ese momento nada tenía que ver con aquello. En ese instante, lo único que sentía eran unos atormentadores celos. Celos que lo habían instigado a imponerle bailar con él, imaginando que, de lo contrario, Anthony sería quien reclamaría el único vals de la velada.

Celos que lo estaban carcomiendo por dentro. Quería irrumpir en la pista y arrebatarse a Daisy de los brazos del imbécil de su amigo. Deseaba ser él quien le hablase y escuchar lo que tenía para decir. Quería ser el receptor de esa increíble sonrisa, tener el placer de inhalar ese aroma a margaritas. Anhelaba

ser el causante de esa carcajada y poder acariciar con sus ojos la vibración que hacía su garganta al reír y apreciar cada uno de sus encantos. Pretendía ser otra persona, algo imposible. Ella nunca lo miraría con esos estanques de oro brillantes, y él nunca podría ser agradable, elocuente y romántico como Tony.

Con una mueca de resignación, Andy vació su cuarta copa y pidió de inmediato otra a un lacayo que pasaba con una bandeja, mientras no dejaba de controlar la retirada de su protegida accidental de la pista. La pareja no fue hacia él, sino que se dirigió a la sala de refrigerios. Al cabo de un momento, donde fue testigo de su intercambio de miradas intensas y conversación íntima, ellos se acercaron a una de las puertas laterales del salón. Andrew se tensó ante lo que creía que sucedería, conocía de sobra esa sonrisa depredadora que esbozaba su mejor amigo. Y apretando los puños, comenzó a cruzar la enorme estancia.

Daisy era consciente de que estaba por cometer una locura, pero no podía detenerse, no en ese momento.

El espejo del tocador de damas le devolvía una imagen que concordaba con lo que sucedía en su interior. Sus ojos estaban desorbitados y brillantes, y su cara parecía pletórica de felicidad. Estaba prácticamente segura de que West era su caballero desconocido, y por eso le había pedido que la esperase en las escaleras del jardín trasero de la mansión, ya que había decidido confesarle que ella era la Dama anónima.

Pero los nervios y la emoción amenazaban con hacerla enloquecer. Armándose de valor, respiró profundo y salió del cuarto. Solo había dado unos pasos por el solitario pasillo que llevaba a los jardines, cuando algo presionó su boca, un brazo rodeó su cintura y la arrastró con fuerza hacia atrás.

El grito de espanto de ella fue ahogado por una mano enguantada, y su intento de liberarse fue abortado por una fuerza poderosa que la metió en una estancia oscura y silenciosa. Cuando estuvieron dentro, el atacante, aún tras su espalda, cerró la puerta con llave y la presionó contra la madera para frenar su violento forcejeo.

—Si no te quedas quieta, te lastimarás —murmuró una voz ronca en su oreja

derecha.

Daisy se paralizó de golpe. Esa voz le parecía familiar, y tenía un cuerpo duro y fuerte, aplastándola, que le cortaba la respiración.

—Si prometes no gritar, te soltaré, milady —propuso él, aunque respiraba tan agitadamente como ella, y el brazo que la abrazaba se tensaba y la pegaba más a él.

Incapaz de reaccionar debido al miedo, Daisy se quedó estática y aflojó sus músculos; el caballero quitó despacio la mano que cubría sus labios y, luego, deslizó el brazo que abarcaba su cintura poco a poco, lo que a ella le causó un estremecimiento.

Una vez libre, Daisy giró sobre sus talones y enfrentó a su captor.

—¡Déjeme ir! —le exigió airadamente, ardiendo de enojo y de temor también.

El hombre retrocedió unos pasos y suspiró. Como estaban en completa oscuridad, no podía distinguir ningún rasgo de su rostro, tan solo veía una sombra alta y esbelta. Y sin sus lentes, su visión estaba casi anulada. El hombre avanzó un paso hacia delante y ella se escabulló en dirección contraria, alerta.

—No te haré daño, solo quiero hablar —dijo él con tono calmo, aunque en ese momento, a ella, su timbre de voz le sonó más agudo y ya no le pareció conocida.

—No se acerque o gritaré —contestó ella, retrocediendo y chocando con un mueble; había intentado sonar firme, pero se oyó atemorizada.

—Puedes intentarlo, pero no creo que nadie te escuche. No con la música sonando tan alto y con el grosor de estas paredes —respondió él con un tono hilarante que irritó a la joven.

Daisy sabía que él estaba en lo cierto y, además, en el caso de que alguien la oyese y fuera en su auxilio, su reputación quedaría arruinada y tendría que casarse con ese cobarde o ser exiliada para siempre. Ese pensamiento hizo que su desesperación se acrecentara y comenzó a agitarse y a sentir que el aire le faltaba. Y más, cuando percibió que la figura se acercaba. A tientas, palpó lo que había a su espalda, y sus dedos rozaron lo que parecía ser un grueso libro.

«Estamos en la biblioteca de los Richmond».

—No... no... no me toque —balbuceó, temblorosa, Daisy, pegándose a la estantería.

—No te lastimaré, solo permíteme hacer una cosa —le pidió el hombre, deteniéndose ante ella, y su petición sonó a ruego.

Daisy negó con la cabeza y luchó por no dejar escapar un grito de auxilio. Su cuerpo se tensó por la proximidad de la sombra y sus manos no dejaron de intentar aferrar algún tomo. Su captor se inclinó sobre ella y pegó con ansias su nariz a su cuello. Su respiración cayó sobre su piel, lo que causó en ella que cada vello de su piel se erizara.

—Por favor, no... Señor, déjeme ir —dijo, temblorosa, Daisy.

—No puedo —contestó, con tono de sufrimiento e impotencia, él, al tiempo que su boca comenzaba a besar la piel expuesta de su cuello—. Eres tal y como imaginé; suave, dulce y exquisita —murmuró el hombre con voz ronca y febril.

Daisy jadeó impactada por la explosión de sensaciones que experimentaba, y eso pareció ser la llave que abrió la aventura entre los dos. La boca del extraño abordó la suya con suavidad, pero con una apremiante necesidad. Sus manos, que no la habían vuelto a tocar, la abrazaron por la espalda y sus fuertes palmas recorrieron sus costillas y la juntaron a su cuerpo con apasionado hambre.

Daisy se perdió en ese delirante contacto, olvidando su miedo, su entorno y sus razonamientos. Sus pechos se acariciaban agitados y sus corazones palpitaban al unísono con acelerado fervor. Sus manos subieron con iniciativa propia y se aferraron al cuello del hombre, y este gimió con placer en su boca. Cuando una de las manos del hombre se deslizó hasta su cadera y la apretó contra su anatomía, rozándola contra él, Daisy abrió los ojos impresionada y su cuerpo salió de la nube de deseo abruptamente.

El caballero pareció no percatarse porque su boca seguía sobre sus labios. Espantada, Daisy bajó sus brazos y buscó algo que la salvara.

—¡Ay! —gritó él, se separó de sus labios y se tambaleó, mareado, para llevarse una mano a la nuca. A continuación, su cuerpo cayó al suelo alfombrado, con un ruido seco.

Daisy soltó el pesado libro que aún sostenía y se agachó sobre el hombre despatarrado en el piso. Con manos temblorosas, tanteó el pecho del captor

que respiraba apaciblemente, incapaz de no notar los duros músculos bajo su palma. Nerviosa y molesta, gruñó ante esa distracción y por fin dio con el bolsillo del saco y le quitó la llave. Sin perder más tiempo, se levantó y fue, lo más rápido que la penumbra le permitió, hacia la salida.

Con frenesí, introdujo la llave en la cerradura y abrió con un sonoro chasquido. Entonces recordó dónde estaba y refrenó su ansia de salir huyendo. En cambio, se asomó con cautela y comprobó que el pasillo estuviese desierto. Cuando se cercioró de ese hecho, salió y volteó para cerrar la puerta, y entonces se paralizó.

Había entornado la puerta y la luz del iluminado vestíbulo ingresaba a la biblioteca. Podía ver los pies enfundados en unas botas negras de su atacante, solo tenía que abrirla más y seguramente alumbraría el cuerpo y la cara del hombre desvanecido. Y podría conocer a aquel infame agresor. Decidida, presionó el picaporte que todavía sostenía.

CAPÍTULO 14

(...) Nunca he experimentado la sensación de recibir un beso de amor, lo que no me libera de imaginarlo. Sobre todo, por las noches, cuando el insomnio es mi único compañero y tú, el protagonista de mis desvelos (...).

Dama anónima

Extracto de una carta enviada al Caballero desconocido.

Con expectación, Daisy abrió por entero la puerta y enfocó la vista en el cuerpo.

«¡Rayos, no veo nada! ¡Solo una mancha borrosa en el lugar donde debe estar la cara del hombre! ¡Necesito mis lentes! Ahora es cuando me arrepiento de haberle hecho caso a mi cuñada. Puedo estar más bonita, ¡pero estoy tan ciega como un murciélago!».

El sonido lejano de unas voces masculinas arrancó a la joven de su autorreproche. Alarmada, miró para todos lados en busca de una vía de escape.

«¡No pueden encontrarme en esta situación!».

Su mirada desesperada advirtió una puerta frente a la biblioteca. Sin más opciones, Daisy soltó la manija que aún sostenía y se dirigió a trompicones hacia el cuarto del frente.

Las voces se oían más fuerte. Probó el picaporte y este cedió sin problemas. Aliviada, empujó y se coló en la habitación, justo cuando los caballeros arribaban al pasillo.

—¿Oyeron eso? —preguntó, deteniéndose, el duque de Riverdan.

A su lado, Jeremy Asher negó con la cabeza.

—¿Has bebido más de la cuenta, Withe? —se burló Anthony West.

—No, cabrón, hagamos silencio, estoy seguro de que oí algo —contestó Ethan, frunciendo el ceño.

Solo unos segundos después, el gemido que Ethan había escuchado se repitió. Los tres hombres se miraron con las cejas alzadas.

—Creo que proviene de la biblioteca —anunció el duque, volviendo sobre sus pasos, seguido por sus acompañantes.

—¡Diantres! Es Bladeston —dijo, con sorpresa, Ethan luego de traspasar la entrada y dar con la figura tendida en el suelo.

Jeremy se dirigió a prender la vela apostada en un rincón.

—Pero... ¿qué te sucedió? —interrogó Tony al ver que su amigo se encontraba despierto.

El vizconde gruñó en respuesta y se incorporó con la ayuda de Withe.

—Te dieron fuerte, Bladeston —comentó, con sorna, Ethan.

Andrew no respondió. Con la mano en la nuca, se puso de pie. Por un segundo, el cuarto giró a su alrededor y tuvo que afirmarse a los estantes de la biblioteca.

—Tenemos que dar la voz de alarma, el atacante no debe estar lejos —afirmó Anthony.

—No, se produciría un escándalo. Estoy bien —negó, con la voz agrietada, Andy.

Tony lo observó con extrañeza, y los otros dos no dijeron nada. Aun así, Andy vio el entendimiento en los ojos del duque que, al parecer, había adivinado parte de lo sucedido. Él se enderezó y sacudió sus ropas, con su cerebro y emociones en pleno caos.

Esa malvada mujer se las pagaría. Primero, disfrutaba de su beso tanto como él, y luego, lo dormía de un golpe. *¡Maldita la hora en que había decidido regresar de Francia!* Y todo por ayudar a Ethan en una de sus misiones. Esa mujer lo estaba volviendo loco con su transformación, ya no podía verla cómo el adefesio que siempre había sido. No lograba contener el impulso de tocarla, saborearla y olerla cada vez que la tenía cerca. *¡Parecía un animal en celo, por Dios!* Y hasta le había sido infiel a la mujer por la que había vuelto a confiar en el sexo femenino. Era un ingrato que perdería hasta el honor si

seguía por ese camino.

Una vez repuesto, Andrew se fijó en que Jeremy se agachaba para levantar el libro volcado, y tras acariciar la tapa, lo devolvió a su sitio. Entonces Andy abrió los ojos al percatarse del título del tomo. No podía creer lo que veía, definitivamente Dios se estaba divirtiendo mucho con él últimamente. Conocía ese ejemplar, era la misma obra que, siendo niños, él le había arrebatado a Daisy y lanzado al lago de Sweet Manor. A continuación, una carcajada brotó de su garganta y le siguió un irrefrenable ataque de risa, algo que provocó que sus amigos lo miraran como si hubiese perdido la cordura.

Y no estarían tan errados. No recordaba la última vez que había reído. Daisy Hamilton acabaría desquiciándolo, eso era seguro...

Cuando Daisy descubrió que aquella estancia era el despacho de lord Richmond y que tenía una pared lateral de puertas ventanas, no tardó en escabullirse por allí y dirigirse por la parte exterior hacia el jardín de los duques. Cuando llegó al lugar donde se había citado con West, no le sorprendió hallarlo desierto, se había retrasado bastante debido a ese inesperado encuentro. Su cuerpo todavía temblaba por lo experimentado en esa biblioteca.

«¿Quién era ese hombre? ¿Por qué me ha abordado de esa manera? ¿Qué pretendía lograr conmigo? ¿Por qué estoy segura de que él me conoce? ¿Y por qué rayos mi cuerpo se ha derretido con su solo contacto, al punto de olvidar que mi caballero desconocido me esperaba?».

Esas y muchas más eran las incógnitas que amenazaban con hacer añicos su serenidad. Necesitaba tiempo y descanso, eso era todo. Tal vez estaba exagerando un poco los acontecimientos. Sí, era eso, estaba algo desfasada.

«¡Por favor, fue un beso robado, Daisy! ¡Solo fuiste víctima de los juegos de un bribón que te halló sola y desprevenida!».

Más tranquila, Daisy exhaló todo el aire que había retenido y se giró para volver al salón. Ya llevaba más de media hora fuera y algún chismoso se percataría. Y las gemelas la estarían buscando. Pero antes de poder dar un paso, una alta silueta apareció frente a ella, que la hizo sobresaltar.

—La estaba buscando, milady, me debe usted un baile —habló lord Andrew,

clavando en ella sus pupilas azules.

Daisy se envaró de inmediato, incapaz de creer la desfachatez de ese hombre. Involuntariamente, su mirada se fijó en sus botas y constató que eran negras, pero la gran mayoría de los caballeros vestían unas de ese color. Además, su aspecto no tenía nada diferente del que había visto en su casa como para hacerlo uno de los sospechosos.

«*¡Despáñlate, Daisy! ¡¿Por qué querría besarte el vizconde de Bradford y en qué mundo tú le corresponderías y disfrutarías de esas caricias?!*».

«En ninguno, nunca jamás, por la infinidad de los siglos...».

—Yo no le debo nada, milord. Ahora, por favor, ¡haga el favor de quitarse del medio, me están esperando! —contestó, con frialdad, ella.

—¿Olvida que su hermano me otorgó el puesto de guardián? —inquirió, con gesto indolente, Andy, sin mover un músculo.

—Lo libero de esa tarea. Ahora, adiós —rebató ella y lo rodeó con intención de seguir su camino.

—No me deja más opción que informar al conde de su comportamiento, lady Daisy. No creo que le guste saber que, a diferencia de sus hermanas, quienes han seguido sus instrucciones al pie de la letra, usted ha desaparecido del salón con vaya a saber qué intención —afirmó, con falso tono de pesar, él. Daisy se frenó en seco y volteó lentamente hacia su detestable carabina.

—¿Qué pretende, milord? Además de incordiarme, por supuesto —espetó, con tono de fastidio, ella.

—Nunca has sido una belleza, pero debo reconocer que eres astuta, querida. Iré al grano, necesito un favor —anunció Andrew, girándose a verla.

Ella apretó las manos al oír su pulla, pero se negó a ceder ante su vil provocación. Iba a mandarlo al demonio cuando recordó que ella también quería su ayuda.

—Está bien, ¿qué quiere? —le dijo, suspirando resignada.

—Lo hablaremos mañana en su casa, aquí pueden oírnos —le respondió con voz firme.

—De acuerdo. Ahora buscaré a mis hermanas, deseo regresar a mi hogar —aceptó Daisy, empezando a girar.

—No tan rápido, milady. Todavía me debe una pieza, y creo que está sonando ahora mismo —contestó el vizconde reteniendo uno de sus brazos.

—Se equivoca, no me ha solicitado este baile. Solo tuvo el descaro de imponerlo —repelió Daisy rechazando sus exigencias.

—No es necesario, nunca lo hago —contestó el vizconde tirando de ella hasta estamparla contra su duro pecho—. No, cuando deseo algo, simplemente lo tomo —terminó él, con voz ronca, murmurando en su oído.

Daisy soltó un jadeo de impresión y, mientras Andrew la rodeaba y ejecutaba los pasos de vals, una idea avasalló su mente.

«¿Él había sido el atacante de la biblioteca?».

Su mirada atontada devolvió el intenso escrutinio de sus pupilas oscurecidas sobre su rostro sonrojado y descendió a sus delgados labios.

Solo había un modo de averiguarlo.

CAPÍTULO 15

(...) Una noche tuve un sueño, tú aparecías en él y tu aroma me envolvía, atrapándome sin remedio. Mientras yo flotaba en un limbo color dorado, suspendido entre el deseo y el ayer (...).

Caballero desconocido

Fragmento de una carta enviada a la Dama anónima

Andrew no tenía muy claro qué es lo que buscaba de Daisy Hamilton, solo sabía que alguna fuerza no identificada y temible lo empujaba, lo instaba y lo apegaba a la joven. Parecía que su cuerpo no había tenido suficiente con el irreflexivo e impulsivo ataque de la biblioteca, y en ese momento estaba allí, sosteniendo nuevamente a la joven entre sus brazos.

No se atrevía a mirarla por temor a cometer otra locura de deseo, pero irremediamente sus ojos fueron hasta su pequeño rostro en forma de corazón. Y su cuerpo reaccionó al encuentro de esa mirada; eran sus ojos, en ese instante lo supo. Esos luceros dorados y encandilantes que, tras esos lentes, no había percibido, eran los que lo atraían de manera incontenible.

La joven que, al parecer, contenía el aliento tanto como él mismo, tenía su vista clavada en su boca. Y eso amenazaba con deshacer la fina cuerda que contenía su pasión. La dama subió con lentitud la mano que estaba posada en su hombro y su palma enguantada lo acarició con desquiciante suavidad hasta llegar a la pequeña fracción de piel que quedaba entre su nuca y el cuello de su camisa.

Andy se estremeció intensamente ante su maniobra y sintió su vello erizarse. Sin darse cuenta, sus ojos se habían cerrado y eran sus sentidos los que habían tomado el control de su anatomía. Podía percibir el sonido de su respiración

agitándose como la suya propia, su dulce aroma a margaritas que lo desquiciaba y el tacto de su mano subiendo por su nuca con lentitud. Su corazón latía desbocado y se sentía como subyugado, suspendido en un limbo de placer, a la espera de lo que ella decidiera hacer, con su cuerpo rendido a sus deseos.

Entonces, inesperadamente, un latigazo golpeó su mejilla izquierda, que lo arrancó de su mar placentero, brutalmente. Aturdido, abrió los ojos y se encontró con los de la joven que lo fulminaban y con su rostro contorsionado por la rabia. Ella, que respiraba con agitada furia, apretando los labios y los puños férreamente, lo rodeó y comenzó a alejarse con prisa.

El vizconde se quedó anonadado por unos segundos, sintiendo su cara arder, y luego la siguió.

—¿Qué demonios fue eso? ¿Por qué me golpeaste? —espetó con voz dura pero contenida cuando la alcanzó y la obligó a detenerse aferrando su brazo.

—¡Suélteme! ¡Y no me hable de tú, ya bastantes libertades se ha tomado conmigo! —le increpó Daisy intentado liberarse de su agarre.

—¡Yo te hablo como quiero! ¡Tú me acabas de golpear y sin razón! —siseó con enojo.

—¡Sin razón! ¡Pero qué desfachatez la suya! ¿Es que me cree tan estúpida, señor? —le espetó, airada.

—¿De qué hablas? —inquirió Andy, tuteándola con intención.

—¡Oh, no se haga el desentendido! Ya descubrí su doble identidad, milord. ¡No puede engañarme más, sé quién es! —lo acusó ella, mirándolo con desprecio.

—¿Cómo? —fue lo único que Andy atinó a decir, paralizado por esa observación. Tenía que cerciorarse de lo que ella estaba diciendo.

—No finja, señor. El bulto en su cráneo lo delata —contestó, con sarcasmo, la joven.

—Ah, ya entiendo —respondió, con ironía, el vizconde, soltó su brazo y sonrió con cinismo, mientras sus ojos la recorrían de arriba abajo para abarcar cada rincón de ese cuerpo embutido en tafetán rosa viejo.

—¿Qué entiende, milord? —increpó Daisy, su tono ya no sonaba tan seguro y podía notar cómo sus mejillas y su cuello se coloreaban de rojo.

—Comprendo que... la transformación solo fue externa —dijo, con

parsimonia, el vizconde. La dama frunció el ceño con expresión confundida—. Pero por dentro sigues siendo la misma joven adefesio que conozco desde siempre —siguió él, acercándose y disfrutando de la reacción visible que ese acto le provocaba—. Lástima que tan exquisito cambio no haya servido para quitarte lo mojigata y estirada que eres en el fondo —le susurro Andrew con tono cómplice e íntimo.

Lady Daisy reaccionó sofocando un jadeo furioso y se apartó de un salto de él.

—¿Es usted un descarado, un asnoapestoso! ¿Acaso debo sentirme halagada por su insultante comportamiento en esa biblioteca? —replicó, lívida, Daisy.

—No es necesario, cariño, tu cuerpo me lo dijo por ti —negó él, encogiéndose de hombros.

—¿No me llame así! Y olvide lo sucedido, milord. No puedo creer su comportamiento, no es usted un caballero en lo absoluto —contestó, con molestia, ella.

—¿Por qué? ¿No soy un caballero por ceder ante mis pasiones? ¿O por no fingir que sé que te hice vibrar entre mis brazos? —inquirió, mirándola con fijeza, para dejarla muda por un momento, con la mirada en el suelo—. ¡Vamos, responde! —la presionó Andy, empujando su intento de contención.

—Un caballero pediría disculpas —balbuceó, finalmente, Daisy, subiendo su vista.

—Entonces no lo soy, milady. ¿Y sabes qué? No me importa. Solo soy un hombre que no piensa pedir disculpas por un momento que disfrutó con cada fibra de su cuerpo. Y si dejas de mentirte a ti misma, serás capaz de ver que tú sentiste exactamente lo mismo que yo —rebatió, con voz ronca, Andrew, sin desviar sus ojos azules de los de ella.

—No... yo no... —vaciló, desencajada, Daisy.

—¿Sisy!... —intervino una voz estridente entonces.

La figura esbelta de una de las gemelas Hamilton apareció junto a lady Daisy.

—Oh... lamento interrumpir —dijo la joven sonrojándose favorecedoramente al avistar al alto joven.

—¿Qué sucede, Rosie? —la interrogó la mayor con gesto alarmado.

—Es Violetta... Ella discutió horrible con el duque de Riverdan y amenaza

con marcharse sola si no salimos ya de aquí —explicó, agitada, la rubia gemela.

Daisy gimió mortificada, pero antes de poder responder, él se adelantó.

—Vamos, señoritas, las llevaré de regreso —les indicó emprendiendo la marcha hacia el salón.

Su madre los esperaba con expresión angustiada junto a la puerta, su mirada escrutadora se detuvo sobre la joven que venía detrás y regreso a él, un ceño apareció en su frente.

«Oh, lo que me faltaba. Tener a Honoria detrás de *mí*, con su instinto casamentero potenciado ahora que soy su *único* hijo soltero».

—Hijo... por fin te veo. Deben apresurarse, esa alocada joven se libró de un terrible escándalo por un pelo. Nos está esperando en el vestíbulo, vamos —les ordenó, con urgencia, la duquesa viuda.

Los tres siguieron a su madre y fueron al encuentro de la otra gemela, quien tenía un gesto lúgubre en su hermoso rostro, y ni bien los vio, salió al exterior sin hablarles. Durante el trayecto a la casa de las hermanas Hamilton, nadie emitió palabra. Andrew tenía su vista sobre la castaña, y esta la rehuía con su cabeza gacha.

«Pequeña cobarde...».

El carruaje se detuvo frente a la mansión del conde de Baltimore y un lacayo les abrió desde fuera. Las jóvenes bajaron y luego Andy hizo lo propio para acompañarlas hasta la gran puerta de madera. Las gemelas se despidieron con una reverencia e ingresaron en la casa. La hermana mayor se dispuso a hacer lo mismo cuando él la retuvo por su mano derecha.

—Una cosa más, milady. Mañana vendré a hablar sobre ese favor —le avisó, en voz baja, Andy, pues el mayordomo aguardaba dentro.

La joven asintió sin mirarlo, con postura tensa. Su aroma inundaba sus fosas nasales, haciéndole desear cosas imposibles y extrañas.

—Adiós, dulce margarita —bromeó, con tono cálido, el vizconde y, levantado su mano, depositó un sutil beso en sus nudillos.

Daisy volteó con expresión aturdida, desconcertada por su gesto galante, y él, sonriendo de lado, inclinó su cabeza y se marchó.

Luego de desear las buenas noches a su madre, Andrew se dirigió al despacho vacío de Nicholas. Su hermano tenía una buena cosecha de oporto

allí, y él necesitaba algo que sosegara sus exaltados sentidos.

No quería beber whisky, no. El color de esa bebida le recordaba a ella, al dorado color de sus ojos bañados de pasión. No sabía lo que estaba sucediendo con él, pero no le gustaba nada. Algo estaba cambiando en su interior y ni siquiera sabía en qué momento había comenzado. Ya no podía fiarse de sí mismo cuando tenía a esa dama de cabello rojizo a su alrededor.

Con manos temblorosas, llenó su tercer vaso de licor.

«*¡Maldita sea! ¿Qué estás haciendo conmigo, Daisy Hamilton, qué?*

CAPÍTULO 16

(...) Muchas noches me desvelo, tomo tus cartas y vuelvo a leer cada una de tus palabras. Entonces mi corazón se inunda de tanta dicha que a veces dudo de si en verdad existes, o si estoy durmiendo y solo eres parte de un hermoso sueño (...).

Dama anónima

Extracto de una carta enviada al Caballero desconocido

Cuando Daisy bajó a desayunar esa mañana, su humor no era el mejor. Lo sucedido la noche anterior con el vizconde todavía daba vueltas en su cabeza y le provocaba una fuerte jaqueca.

Desde el vestíbulo, oyó su voz. Su estómago se contrajo y refunfuñó por lo bajo.

«No quiero verlo...».

Su hermano estaba sentado en la cabecera de la mesa, y a su lado izquierdo, el vizconde. Ninguna de las mujeres se había hecho presente. Los caballeros dejaron de conversar en cuanto la vieron entrar, algo que le hizo fruncir el ceño.

—¡Sisy! Buenos días, no creí que ninguna de ustedes se despertara tan temprano —la saludo Stev poniéndose de pie.

—Buenos días, lady Daisy —le dijo el cuñado del conde, inclinando levemente su cabeza.

Daisy les hizo una reverencia y gruñó una respuesta, lo que logró que su hermano la mirase extrañado y que su acompañante elevara las cejas burlón.

Cómo lo detestaba... No soportaba su manera informal de dirigirse a ella, llamándola por su nombre delante de su hermano, y que Steven se lo

permitiera. No toleraba verlo allí, con ese gesto insufrible de superioridad e imperturbabilidad. Le chocaba su aspecto impecable y apuesto. Pero lo que *más* detestaba era cómo su cuerpo respondía a su presencia y que su cerebro insistiera en recordarle el episodio de la biblioteca, haciendo aparecer imágenes inadecuadas en su mente, que la hacían ruborizar...

—¿No comerás eso? —Escuchó la voz de Steven colándose en su atormentada conciencia.

—Perdón..., ¿qué? —balbuceó abochornada.

—Si no comerás ese bollito de canela —señaló el conde.

Daisy siguió la dirección de sus ojos y se percató de que se había quedado ensimismada con un pedazo de pan en la mano.

—No, estoy llena —respondió avergonzada, negándose a mirar hacia el hombre sentado enfrente, aunque podía sentir su mirada azul sobre ella.

—Aah, en ese caso, lo haré. No sé por qué, pero últimamente mi apetito se ha acrecentado —comentó, con tono alegre, Stev, se hizo con el bollo y se lo zampó de un bocado, ignorante de la tensión que fluía entre los otros comensales.

—Tú siempre tienes un gran apetito, querido —contestó Daisy, riendo por las ocurrencias de su hermano que, desde que tenía memoria, devoraba sus comidas como poseso y hasta solía desayunar dos veces. Una, temprano al levantarse y otra, cuando las gemelas y ella lo hacían.

No entendía cómo podía mantenerse en buena forma. Si ella llegaba a comer de esa manera, estaría más redonda que un barril y su trasero no cabría por la puerta de un carruaje, se quedaría atorada como le había sucedido a una dama del pueblo.

«Malditos hombres... La vida es injusta».

—Daisy, Andrew ha venido a hablar contigo. Le he dado autorización para que den un paseo hasta el parque —le informó Stev cuando acabó de dar cuenta del resto de jamón que quedaba.

Ella se atragantó con el té que estaba tomando y, limpiándose con una servilleta, clavó los ojos en su hermano.

—Pero le he dado la mañana libre a mi doncella y las gemelas están durmiendo. No tengo nadie para acompa... —comenzó a excusarse Daisy, nerviosa.

—Bah... No es necesario, Andrew es de la familia y pueden llevar mi coche abierto, está permitido pasear a la vista de todos con un primo o un hermano.

—Desechó, con un ademán despreocupado, Stev.

Daisy se quedó con la boca abierta ante sus palabras, y, al parecer, su hermano tomó su anonadado silencio como una aceptación porque, sonriente, se levantó y salió diciendo que debía llevar el desayuno a Clarissa.

Daisy siguió su retirada, indignada.

«Andrew Bladeston no es mi familiar, ¡es el tuyo!», *quiso* gritarle, pero se contuvo. Lo menos que quería era que aquel arrogante se percatara de cuánto le afectaba el hecho de quedarse a solas con él.

—¿Nos vamos, prima? —dijo, desde su silla, con mofa, Andrew. Su gesto seguía siendo serio, pero sus ojos brillaban con diversión.

El vestido verde agua de Daisy era lo suficientemente apropiado para dar un paseo en landó, por lo que ella solo se colocó un abrigo color beige y un sombrero a juego. Por su parte, el vizconde vestía una chaqueta, una calza color piel y una camisa blanca, además de sus botas marrones. No llevaba pañuelo ni chaleco, algo que lo hacía parecer menos rígido y estirado, y a su pesar, se veía muy atractivo.

Como en el pequeño carruaje solo cabían dos personas, era lord Andrew quien conducía, tirando y aflojando las riendas con maestría entre sus fuertes manos enguantadas. Un silencio difícil de quebrantar había caído sobre ellos y ella se negaba a ser la primera en ceder.

Las calles ya estaban en pleno movimiento, atestadas de coches, transeúntes, vendedores y más, por lo que avanzaba con lentitud. Al ingresar al sector de Hyde Park, el aire cambió drásticamente y Daisy aspiró agradecida el sutil aroma de la vegetación que rodeaba al lago artificial. En el camino, se cruzaban con otros coches, a los que saludaban con una inclinación de cabeza, tal y cómo marcaba el protocolo.

—Debes estar preguntándote para qué deseo hablar contigo —dijo, de repente, Andrew.

Daisy le miró y vio que él estaba concentrado en guiar los caballos.

—Sí —atinó a decir. No sabía qué deseaba ese hombre de ella. Por qué de pronto había dejado de ignorarla o fastidiarla para perseguirla y entrometerse en su camino, justo cuando había hallado a su Caballero desconocido.

«Tal vez pretende pedir disculpas por su comportamiento de anoche, aunque también ha hablado de un favor...».

—No vine a pedirte perdón. No me arrepiento de nada de lo que hice — siguió el vizconde, tirando por el piso su conjetura.

—¿Ah, no? Le parece correcto abordar así a una joven y manosearla insultantemente en contra de su voluntad. Yo lo sabía pedante, arrogante e intolerante, pero pervertido no, eso es nuevo —lo increpó Daisy con sequedad, acomodando sus lentes en su nariz. Esta mañana se los había puesto, y al salir no se los quitó, después de todo aquello no era una cita.

—Acepto la acusación sobre que no fue el modo correcto de abordarte; con respecto a lo segundo... Parecía que estabas muy a gusto con ese manoseo insultante —rebatió con sorna, sonriendo al ver de reojo su rostro convertido en una máscara colorada.

—¡Es un descarado, señor! —soltó, ofendida, ella.

—¿Por qué te niegas a tutearme? Nos conocemos de pequeños y, teniendo en cuenta los últimos acontecimientos, los formalismos sobran, ¿no te parece? — siguió el joven con una mueca jocosa. Parecía que la conversación le divertía.

Daisy no daba crédito a lo que sucedía. Él hablaba de su infancia, ¡como si hubiesen sido grandes amigos!, cuando en realidad solo se había metido con ella, la había molestado, insultado y burlado en cada ocasión. Y cuando se hicieron mayores, la cosa no había mejorado entre ellos. Al contrario, era nada más verse y tener que soportar algún comentario malintencionado de su parte, y si ese día ella no estaba con su armadura de paciencia habitual, terminaban ladrando como perros rabiosos.

—No, no me parece, milord. No sé si ha perdido la memoria, pero usted y yo nunca nos hemos llevado bien. ¡Mejor dicho, nunca nos hemos llevado! — ladró, molesta, Daisy.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo. Y dado que a partir de ahora pasaremos más tiempo juntos, no nos vendría mal hacer las paces y reconciliarnos con nuestro pasado hostil —le informó con tono tranquilo, encogiendo un hombro despreocupadamente.

—¿De qué está hablando? —graznó con los ojos abiertos de par en par.

—Será mejor ir al grano, antes de que se que haga falsas ilusiones conmigo —contestó Andy como si nada.

Daisy bufó incrédula, deseando estamparle la sombrilla que sostenía sobre la cabeza, pero luego recordó que ella también necesitaba algo de él y esperó en silencio.

—Lo que le diga debe quedar entre nosotros. Nadie en absoluto puede saberlo, ¿lo promete? —inquirió el joven, su tono se había vuelto serio.

Ella asintió, a pesar de que Andrew tenía la mirada al frente, y aguardó intrigada.

—Steven está al tanto de todo, pero ha decidido dejarlo en mis manos, no quiere que Clarissa se entere —comenzó él y dirigió el carruaje al sector más alejado de la laguna, donde predominaban los árboles y los arbustos.

—¿De qué no tiene que enterarse? —lo interrogó, confusa.

—De los robos. Todas las propiedades de tu hermano han sido asaltadas, pero no te preocupes, de ninguna se llevaron nada importante, solo papeles sin valor. Pero esto llamó la atención de Stev y me lo contó. De inmediato, hablé con el duque de Riverdan, pues él está investigando hechos similares sucedidos a otros nobles a los que le han sustraído documentos antiguos, y yo estoy colaborando con él. Allí surgió lo extraño, uno de los sospechosos que Ethan logró capturar dijo estar buscando algo relacionado con lord James Hamilton —continuo Andy con rapidez.

—¿Con mi abuelo? —murmuró, confundida, Daisy, bajando la mano con la que había sofocado el jadeo que le provocó enterarse de los asaltos.

—Así es. Por eso quiero hablar contigo, tú eres quien encontró diferentes objetos escondidos por el anterior conde —aclaró, sucintamente, él.

—Sí, yo... Oh, Dios... —balbuceó, estupefacta, Daisy.

«*¡El mapa! ¡Era eso lo que el ladrón estaba buscando! ¡¿Y era posible que ese hombre supiese que ella lo tenía?! ¿Está mi vida en peligro?!*».

Un fuerte mareo recorrió a Daisy, gimió y se sostuvo del lateral del coche.

—¿Estás bien? Baja tu cabeza sobre tus rodillas —la instó el vizconde al percatarse de su palidez.

Daisy obedeció y trató de tranquilizar su pulso acelerado.

—Estoy bien, solo fue un vahído —respondió cuando Andy le repitió con preocupación la pregunta.

—Ven, bajemos un minuto —le pidió él con tono aún alarmado.

Una vez que el caballero estacionó el landó, saltó a la calle y se volvió para

ayudarla a descender. Ella se trasladó hasta donde él la esperaba con una mano estirada y la tomó sin mirarlo. Indefectiblemente, sus cuerpos se rozaron y no pudo suprimir el escalofrío que sintió ni que su mirada volara a la cara del hombre. Andrew la observaba también, y sus ojos parecían más oscuros en ese momento. Ninguno hizo ademán de separarse, solo se quedaron así, estudiándose mutuamente. Con las manos del vizconde rodeando su cintura y las de ella aferrándose a sus antebrazos.

El corazón de Daisy latía desbocado y un extraño calor recorría sus extremidades. No era capaz de dejar de ver su reflejo en esas pupilas azules. La mirada del hombre bajó con lentitud hasta posarse en su boca, y ella correspondió clavando sus pupilas en los labios masculinos. Todo a su alrededor había desaparecido y solo era consciente del sonido de su respiración agitada acariciando sus labios y de su propio corazón retumbando enloquecido en su pecho.

—Dime que me aparte y lo haré —susurró, con voz ronca y tono apremiante, el vizconde.

Daisy contuvo el aliento y cerró los ojos, rendida.

CAPÍTULO 17

(...) Yo, que un día juré no volver a confiar en ninguna mujer, he caído preso de mi propio juramento. Tú has logrado que mi orgullo se doblegue, y mi corazón se ha rendido ante la dulzura de tu amor (...).

Caballero desconocido

Extracto de una carta enviada a la Dama anónima

La firme determinación con la que Andy se había levantado aquella mañana, jurando limitarse a solo tratar el asunto de los robos, se esfumó en cuanto sintió el deseable cuerpo de Daisy Hamilton rozando el suyo. En ese momento, todo pensamiento de mantener distancia de esa joven desapareció de su atrofiada mente y el deseo tomó las riendas de la situación.

Sus manos rodeaban su cintura y podía sentir el latir acelerado de su corazón rozando su pecho. Sus ojos se habían oscurecido hasta parecer oro derretido y sus apetecibles labios se abrieron en un jadeo ahogado. Esa boca, que parecía llamarlo, que fustigaba con potente ardor su anhelo de ella, que lo tentaba y debilitaba, que le hacía desear hasta un punto enloquecedor a esa mujer. Cada parte de su cuerpo en donde se rozaban le quemaba, sentir su silueta apretada a la suya lo enardecía y subyugaba como nunca antes nada le había provocado.

—Dime que me aparte y lo haré —dijo él, dejando que su conciencia hiciera el último intento de volver a la cordura.

Pero la respuesta de ella no solo endureció de lujuria cada parte de su anatomía, sino que su suspiro tembloroso y sus párpados cerrándose a la razón, entregándose, terminaron por doblegarlo. Rendido ante la pasión, su boca descendió sobre la de la joven en un beso suave pero intenso. Ella le correspondió apretándose contra él, moviendo sus labios con ardor, y Andrew

se perdió en su cavidad, en su calor y en su fuego. La besó una y otra vez, subió las manos por su delicada espalda y la presionó contra su pecho. Bebió de su boca con voracidad, buscando saciar su inagotable sed de ella. Su mano derecha subió hasta su nuca y la tomó con posesión, obligándola a inclinarse para ahondar más todavía, para absorber todo lo que su pasión pudiera arrebatarse, asolar y conquistar. Y no lo consiguió porque con cada roce se sumergía más en su deseo por ella; y quería más, anhelaba más con tanta desesperación que dolía y que le hacía sentir que, aunque inocente, ella estaba arrancándole la razón, convirtiéndolo en su esclavo de amor.

Con un gemido, la joven rompió el contacto, se separó de él, y se llevó una mano a la boca que estaba roja y marcada por sus caricias. Ambos respiraban agitadamente, y ella lo miraba con los ojos abiertos de par en par. Parecía impactada y desencajada. Por su parte, él se sentía tembloroso e inquieto, y le dolían partes de su cuerpo, debido al deseo insatisfecho, que no deberían estar alertas en esa situación en particular.

«Acabo de besarla como un hombre poseído, en pleno Hyde Park, a la luz del día y a la vista de todos, donde estamos expuestos al ojo de la inflexible sociedad inglesa. ¡Pero qué demonios sucede conmigo!».

—¿Por... por qué me... me besaste? —tartamudeó Daisy, bajó la mano y se agachó para alzar los lentes que en su arrebató habían salido volando.

El vizconde la observó en silencio, haciéndose la misma pregunta.

«¿Por qué lo hice?...».

No lo sabía, lo único que tenía claro era que desde que había visto a Daisy descendiendo esa escalera con ese antifaz, ya no podía mantenerse apartado de ella ni evitar tocarla cuando la tenía cerca. La culpabilidad lo golpeó con fuerza y la frustración lo invadió. Qué tenía ella que lo hacía traicionarse a sí mismo y ser desleal con esa mujer que había conquistado su corazón y que era la razón por la que estaba realmente en la ciudad de nuevo.

Atormentado, le dio la espalda y se alejó unos pasos, necesitaba poner un poco de distancia entre ellos para intentar enfriar sus emociones y sensaciones. Aquel sector del parque estaba desierto y, afortunadamente, parecía que nadie había sido testigo de su intercambio.

—No tengo respuesta para esa pregunta. Pero tal vez esto te diga algo: lo hice por la misma razón por la que tú no me detuviste —respondió, al fin,

Andy aún dándole la espalda.

Ella no contestó, y su ensordecedor silencio fue más claro que una extensa confesión.

Estaban en problemas...

Andrew dejó a la dama en su casa y, mientras el lacayo la ayudaba a descender, él le entregó las riendas de los caballos a uno de los mozos de cuadra.

Daisy ya se dirigía a las escaleras de la entrada cuando él la detuvo por uno de sus brazos.

—Antes de que te vayas, milady, debo decirte que quedó pendiente el tema de los robos —le dijo Andy con tono frío, soltándola cuando ella se volvió a mirarlo.

Su fachada indiferente sufrió un revés al ver su rostro sonrojado, sus labios todavía hinchados por los besos que se habían dado y sus bellos ojos aún teñidos de pasión detrás de sus gafas. Angustiado, reconoció que en ese preciso instante ella le parecía la mujer más naturalmente hermosa que había visto. Desde su altura y escasa distancia, podía aspirar aquel exquisito aroma a margaritas que desprendía su llameante cabello castaño rojizo y que lo hacía arder, que despertaba todos sus sentidos y que lo instigaba a lanzarse sobre ella y besarla hasta hacerle perder el sentido. Nervioso, tragó saliva y retrocedió, jurando para sus adentros.

—Sí... yo tengo algo que mostrarle y que creo que puede ayudar en algo a la investigación —murmuró la joven bajando la vista, seguramente, debido a que la servidumbre estaba cerca.

—De acuerdo, lo que sea, llévelo esta noche al baile de lady Harrison. Me toca acompañarla de nuevo, Stev me lo solicitó temprano. Hasta entonces, dulce margarita —se despidió él y, sin poder contenerse, avanzó, aspiró su fragancia y besó su mejilla. Sintiendo su estremecimiento, apreciando sus mejillas sonrojadas y sus ojos pasmados clavados de nuevo en él, Andy sonrió de lado y se marchó.

El baile organizado en la glamurosa mansión de lady Harrison se encontraba en pleno apogeo cuando Daisy ingresó al salón. Finalmente, Andrew había

aparecido en su casa, acompañado de la duquesa viuda, y unos minutos después habían partido junto a Violet, pues Rosie había desistido alegando un malestar.

La concurrencia, engalanada acorde al opulento evento, circulaba por la estancia conversando y bebiendo. No era multitudinaria, aunque tampoco escasa, había cerca de cien personas en aquel lugar. El clima les había dado un respiro, no llovía y tampoco hacía frío, sino que era una agradable noche de otoño.

Andrew se alejó en cuanto algunas mujeres se acercaron a saludar a lady Honoria y Daisy lo agradeció para sus adentros, pues entonces pudo soltar el aire contenido y relajar sus músculos que se habían tensado desde que había visto al elegante y apuesto vizconde en su puerta.

Todo el trayecto había rehuido su mirada azul, y el recuerdo de lo que había sucedido inesperadamente en el parque la había mortificado. Se sentía confundida y desorientada por las intensas emociones que el vizconde provocaba en su interior y que la habían llevado a rendirse al impetuoso cúmulo de sensaciones que experimentó entre los brazos de ese hombre. Un hombre que nunca le había caído bien, que siempre la había tratado con desdén y del que jamás se habría imaginado sentirse atraída.

«Contra todo pronóstico, así me siento. Y, además, le he dado mi primer beso a Andrew Bladeston, cuando mi intención era reservar esa experiencia para mi caballero desconocido...».

Violet no dejaba de mirar a su alrededor, inspeccionando el salón, y parecía tan tensa como ella, algo que llamó la atención de Daisy, tanto como para distraerla de sus atormentados pensamientos.

—Violet, ¿a quién buscas? —le preguntó, observando a su hermana por encima de su copa.

La gemela estaba más que hermosa en ese vestido color verde claro que hacía perfecto juego con sus brillantes ojos. Su rubio cabello estaba agarrado de costado sobre su lado izquierdo y dejaba a la vista su hombro derecho. Ella estaba arrebatadora.

—¿Qué?... A nadie... Solo veía a... a las personas —contestó, dubitativa, Violet, la miró y luego apartó la vista y vació su copa.

Daisy frunció el ceño por su esquiva actitud y su extraño comportamiento,

pero antes de poder replicar, aparecieron varios caballeros, quienes comenzaron a asediar a la rubia con sus peticiones de baile. Violetta rodó los ojos y repelió sus halagos floridos, algo que, lejos de desanimar a su corte masculina, incrementó su atención.

—Buenas noches, dulce dama —dijo una voz grave a su derecha.

Daisy giró la cabeza y su aliento se cortó al ver al atractivo caballero parado a su lado.

—West... —respondió, a modo de saludo, ella, haciendo una reverencia con su mano estirada.

—Es un placer coincidir de nuevo, milady —siguió el caballero y besó galantemente sus nudillos—. Ya añoraba su compañía —confesó el castaño, sonriendo ampliamente, con sus ojos grises brillando.

—Oh... uhm... no ha pasado tanto tiempo, milord, solo un día —carraspeó, nerviosa, Daisy porque, solo de verlo, el arrepentimiento y la vergüenza por lo sucedido en la mañana regresaba.

—Pues para mí ha sido una eternidad —adujo lord Anthony con voz cálida y vibrante.

Daisy no pudo evitar devolverle una sonrisa y sintió un calor agradable extendiéndose por su interior.

—¿Me concede esta pieza, bella dama? —le solicitó West cuando los compases de una cuadrilla resonaron en el salón.

Daisy, que se había quedado prendada a su penetrante mirada, asintió y le enseñó, con una mueca risueña, su carnet vacío.

Cuando se pusieron en la posición de arranque, uno al lado del otro, con sus manos entrelazadas, Daisy ejecutó los movimientos con pies y brazos y, al girar para encarar a la pareja que conformaba el cuarteto en que consistía esa danza en particular, su respiración se cortó.

A su lado izquierdo se encontraba Andrew haciendo lo propio con una dama rubia y despampanante. Era lady Colton, una bella soltera muy solicitada y con una inmensa... dote. El vizconde le sonreía a la delgada joven, y esta le devolvía el gesto favorablemente sonrojada.

Daisy fingió no haberse percatado de su presencia y sonrió con todo el encanto que pudo a West. Con el próximo compás, no tuvo opción de seguir ignorándolo y soltó la mano de lord Anthony y giró para enfrentar a su nueva

pareja, quien liberó a la rubia que en ese momento ejecutaba los pasos guiada por lord Anthony. Daisy clavó los ojos en el pañuelo blanco del vizconde, negándose a interactuar más de lo debido con el caballero.

—¿No hay sonrisa para mí, dulce margarita? Lástima... aunque ese ceño no opaca ni un poco tu belleza, milady —murmuró, con su voz grave, Andrew, y de inmediato ella se ruborizó y elevó los ojos a su cara.

Andrew esbozaba una traviesa semisonrisa que le produjo a ella un cosquilleo en el estómago. Abrumada, no contestó y oyó su risa disimulada mientras se desplazaban de un costado al otro. Sus brazos y manos se rozaban con cada movimiento, lo que les hacía cosquillear sus extremidades intensamente. La melodía de la canción comenzó a dar los acordes finales y, volviendo a girar, Daisy regresó al lugar inicial con West, pero antes de que Andrew la soltara del todo, lo oyó susurrar:

—Cuando el juego que haya organizado lady Harrison comience, hablaremos, milady, tienes algo que mostrarme.

CAPÍTULO 18

(...) Yo, que jamás creí ser merecedora de un amor de fantasía, hoy me siento dichosa y agradecida porque he hallado algo mucho mejor que un príncipe de cuento, he encontrado un hombre imperfectamente ideal. Pero más que eso, he hallado a alguien especial, alguien que me ama, alguien para amar (...).

Dama anónima

Extracto de una carta enviada al Caballero desconocido

Andrew abandonó la pista acompañando a lady Colton. La cháchara social no era uno de sus pasatiempos favoritos, por lo que el constante filteo y las sonrisas que la rubia no dejaba de lanzarle empezaban a irritarlo.

Cuando lady Harrison subió a la tarima donde los músicos tocaban y anunció el entretenimiento que tenía preparado, él suspiró aliviado de poder librarse de su pegajosa compañía. Desde donde estaba, podía ver a Daisy conversando con Anthony, sonriendo exultante y mirando al mujeriego de su amigo como si fuese su príncipe soñado. Algo que le hacía querer ahorcar a esa descarada mujer.

Ese mismo día se habían besado como si no hubiese un mañana, y a las pocas horas ella lo ignoraba y coqueteaba con su mejor amigo impudicamente.

«¿Y por qué te molesta eso, amigo? Daisy Hamilton no es de tu propiedad, de hecho, no es nada tuyo, ¡ni siquiera tu amiga! Ella es una damita soltera y una mujer libre, pero tú, ¿lo eres?...».

Su molesta conciencia se entrometió, como a menudo, y él gruñó en respuesta.

Lady Colton le estaba diciendo algo porque sus labios se movían, pero él no

estaba escuchando una palabra.

¿Libre? No, no lo era. Había una mujer en su corazón, alguien especial. Alguien a quien estaba buscando y a la que había prometido encontrar y confesarle sus sentimientos. No obstante, hasta ese momento no había dado con ella, aunque tenía la corazonada de que pronto lo haría, la dama le había dicho que iría a Londres, y él la esperaba con ansias. El único problema era que se estaba demorando mucho y Andy ya no soportaba la distancia. Anhelaba verla, tocarla, unirse a ella en cuerpo y alma. Y por eso su desesperado cuerpo le estaba jugando una mala pasada a su mente y esta, afectada por la necesidad, insistía en sentirse atraída por la antes mojigata Daisy Hamilton. Sí, era solo eso, nada más. En cuanto su dama apareciera, podría respirar tranquilo.

—Milord... lord Bladeston... —le dijo lady Colton mirándolo con el ceño fruncido.

—Sí, lo siento. Dígame, milady —contestó, con renuencia, Andrew.

—Le decía que debe fijarse en el sello que le pusieron al llegar, lo acaba de decir la anfitriona —le indicó, con gesto afectado, la rubia.

Andy se la quedó mirando sin comprender, y luego recordó el grabado en su muñeca. ¿Un murciélago? Eso tenía dibujado.

No estaba de humor para juegos, pero la distracción no venía nada mal. Se trataba de un entretenimiento planeado solo para los invitados solteros, por lo que los casados y damas mayores ya habían sido trasladados a un gran comedor.

Lady Harrison estaba explicando las reglas para la búsqueda del tesoro: cada caballero formaría equipo con una dama asignada por la anfitriona. Para eso, debían coincidir los grabados de los hombres con los que las mujeres tenían en su carnet de baile. Quienes adivinaran el acertijo y encontraran el tesoro escondido antes de la medianoche, sería el equipo ganador del desafío.

Lady Colton tenía plasmado en su carnet una cabra, algo que no pareció ser de su agrado porque su cara se contrajo y, diciéndole una rápida disculpa, se marchó con destino desconocido.

Andrew recorrió el salón con la vista buscando a su potencial compañera, casi todas las damas estaban ya con un caballero. Entonces la vio, parada en un rincón mirando su carnet con expresión concentrada.

Antes de darse cuenta, ya estaba frente a ella, respirando de nuevo su especial aroma, absorbiendo con sus ojos todo lo que su curvilínea figura envuelta en tafetán melocotón le permitía.

—Creo que el destino se empeña en cruzarnos, Adefesio... —habló el vizconde, incapaz de contener sus ganas de provocarla.

—No lo creo, señor —repuso levantando la cabeza, sus ojos entrecerrados y fulminantes—. Dudo que lady Harrison haya ordenado que le dibujen una flor, no combinaría bien con su *apestosa* anatomía —espetó la joven, dejándole ver su carnet de baile con una mueca cínica.

En una esquina del papel estaba dibujada una pequeña margarita blanca, con el botón amarillo en el centro y sus tallos abiertos.

—Ya veo... —dijo, arqueando un ceja, pensativo. Le enervaba que lo llamara así, pero al comprender el ingenioso sentido del humor de su anfitriona, una insólita alegría lo invadió.

—Ya puede irse, milord, mi compañero me debe estar buscando. Al finalizar, debo mostrarle algo importante que tiene que ver con su investigación —siguió diciendo Daisy con tono seco.

—Se equivoca, querida. Por si no se percató, nadie más se ha acercado. Su compañero soy yo, y estoy ansiando corretear por la mansión con usted —informó Andy con tono cómplice y una media sonrisa malvada.

La joven se envaró visiblemente y resopló, impaciente. Al parecer, siempre reaccionaba así cuando lo tenía cerca. Curiosamente, a él le sucedía lo mismo, aunque desde que había regresado de su viaje, su compañía no le repelía como en el pasado, más bien su actitud anodina y esquiva le divertía enormemente.

—No lo creo, milord. Aún no me muestra su grabado —respondió, impaciente, ella.

Andrew le enseñó su muñeca y leyó la confusión en su mirada dorada.

—¿Un murciélago? Se lo dije, nada tiene que ver con mi flor. Aunque combina con usted a la perfección; un animal oscuro, tenebroso y desagradable —declaró triunfal.

—De nuevo te equivocas, milady. Ellos tienen mucho en común —rebató Andy, negando perezosamente—. ¿Sabías que existen cientos de tipos diferentes de margaritas? En mis viajes he visto muchas de ellas. Las hay rojas, anaranjadas, púrpuras, amarillas y, claro, blancas. Las hay muy

pequeñas, como las que puedes encontrar aquí, en campos y praderas, pero también enormes. Existen incluso margaritas que florecen en invierno, y otras que pueden hacerlo al amparo de las sombras. Pero hay algo que las identifica por igual, todas sirven de alimento a especies nectarívoras; mariposas, colibrís y aves que se alimentan de su polen. Y no solo a ellos, hay un animal que disfruta de su exquisito néctar cada noche: el murciélago —dijo, en voz baja, Andy, disfrutando de su expresión atónita—. La margarita simboliza la inocencia y la pureza, mas cuando sus tallos están así, como en tu dibujo, representan la confianza y la entrega —relató el vizconde clavando sus ojos en los de ella con solemnidad.

Lady Harrison comenzó a leer el enigma que tendrían que dilucidar para ganar el juego, pero ninguno de ellos le prestó atención al acertijo, concentrados como estaban en su intenso duelo de miradas. En ese momento, las luces del salón se apagaron para dar comienzo al juego, y en la habitación resonaron chillidos y risas.

—¿Entonces qué dices ahora, dulce margarita? ¿Seguirás enojada conmigo, tratándome como a un rival, creyendo que somos enemigos? ¿O, tal y como tu dibujo, te abrirás a la posibilidad de enseñarme lo que llevas dentro? ¿Confiarás la delicia de tu néctar a alguien oscuro y tenebroso como has decidido que soy? —inquirió Andy, susurrando su indiscreta propuesta en el oído izquierdo de la joven, quien contuvo el aliento para luego volver lentamente su cara hacia él.

—Lo mismo te pregunto. ¿Seguirás aparentando que eres alguien frío e inaccesible, solitario y autosuficiente, escondiéndote en esa cueva de amargura y resentimiento, o por fin reconocerás que necesitas de los demás, que te mueres por reír, por sentir, por confiar, por vivir? —remató Daisy, sus labios cerca de los suyos, rozándolo con cada palabra y ocasionando que todo su ser se tambaleara.

El corazón de Daisy, que estaba latiendo desbocado en su pecho, se saltó un latido cuando Andrew pegó sus frentes y respiró de forma agitada. Por un momento, su mundo se paralizó y se sintió flotar en un lugar lejano donde solo existían ellos dos, podía sentir su aire cálido acariciando su boca, el aleteo de sus pestañas gruesas rozando sus mejillas ruborizadas y su pulso acelerado vibrando en su garganta. Involuntariamente, sus ojos se cerraron y su cuerpo se

aflojó, apoyándose, lánguido, sobre el pecho masculino. Sus labios temblaron de anticipación y un jadeo brotó de su interior.

A continuación, se oyó un gemido estrangulado que pareció más un quejido de un animal herido y agonizante, y el cuerpo que la abrazaba se separó abruptamente, dejando en su lugar un frío y doloroso vacío.

Él... se había marchado.

Un nudo de decepción se formó en su garganta y, mareada, buscó la salida del en ese entonces oscuro y desierto salón. No quería detenerse a reflexionar sobre lo que estaba sintiendo en ese instante, pero tristeza, confusión, humillación eran lo que predominaba claramente.

«¿Qué está sucediendo conmigo? ¿Por qué me duele el rechazo de Andrew? ¿Por qué me angustia que mi vecino de la niñez se aleje? ¿Por qué me importa simplemente? ¿Y qué poder tiene ese hombre sobre mi mente, mi cuerpo y mi alma que logra que olvide todo cuando él aparece, hasta mi amor por mi caballero desconocido?».

Con una violenta tormenta desatada en su interior, Daisy [1] buscó un lugar para refugiarse. Esperaría hasta que aquel tonto juego terminara y después buscaría a Violetta para marcharse. Ya no tenía ánimos para intentar confirmar si Anthony era su caballero y ni siquiera le interesaba resolver el misterio del estúpido mapa que tenía oculto entre las ropas y que había traído con intención de mostrárselo al vizconde. Sofocada, salió a los jardines y se apresuró por las escaleras de piedra, para luego dirigirse al laberinto de setos donde, seguro, nadie la hallaría. Cuando dio con una pequeña fuente, se sentó en un banco empotrado junto a esta y rodeó con los brazos sus piernas dobladas contra su pecho. Por fin, dejó una lágrima descender por su mejilla y, enterrando la cara en sus rodillas, susurró con voz quebrada:

—¿Qué me estás haciendo, Andrew Bladeston? ¿Qué?

CAPÍTULO 19

(...) No sé cómo sucedió, no sé cuándo. Solo sé que un día vivía solitario, infeliz, y al otro, me hallaba sonriendo como hacía demasiado tiempo. Sintiendo mi corazón desbordar de dicha al pensarte, al añorarte en cada atardecer, en cada ocasión en que cierro mis ojos y recuerdo que me amas (...).

Caballero desconocido

Extracto de una carta enviada a la Dama anónima

Daisy continuó abrazada a sus piernas un largo rato, hasta que el cúmulo de emociones desbordadas comenzó a remitir y pudo respirar sin sentir que su pecho se comprimía y se cerraba con cada inspiración. Con los músculos algo agarrotados, se estiró, se puso de pie, y sacudió su vestido. Debía volver a la casa, el juego estaría por acabar, notarían su ausencia y comenzarían a especular escandalosamente.

Esperaba que Andrew se hubiese marchado, no quería verlo, no sabía cómo actuar. Todavía estaba extremadamente confundida e inquieta por lo sucedido en el salón.

Él... le había dicho cosas que jamás nadie se había atrevido a decirle, y nunca lo harían, porque Andrew, además de su caballero desconocido, era el único en lograr algo como eso. El vizconde la había confrontado y había traspasado su máscara social, su armadura, y le había dejado desnuda, expuesta. Y aquello había conmocionado su mundo interior a tal punto que sentía que algo dentro de ella se había roto irreversiblemente y que ya no podría ser la misma nunca jamás.

Algo había cambiado en él, en ella, en los dos. No le sería posible volver a

verlo de la misma forma, porque ella también había logrado ver más profundo, detrás de su imagen de hombre frío, insensible y arrogante. Había vislumbrado su cara real, su miedo, su dolor. Había mirado por primera vez a Andrew Bladeston. Y eso la hizo tambalearse como nada, ya que en ese crucial instante solo se había atravesado un pensamiento en su atontada mente: quería más, conocerlo más, saber qué había sido lo que lo marcó de aquella manera, conocer los demonios que lo atormentaban, escuchar sus razones para ser lo que en ese momento era, consolarlo, animarlo, prometerle que todo estaría mejor, ofrecerle su amistad, otorgarle una sonrisa, darle un abrazo, brindarse a sí misma...

Sin embargo, Andrew no debía estar de acuerdo con eso, pues cuando ella había decidido entregarle aquello, rendirse a ese instante de extraña conexión, lo sintió retraerse y, luego, él huyo. Y allí hizo el peor de los descubrimientos, comprendió que ese acto le dolía, le afectaba, la lastimaba y decepcionaba. No entendía el motivo ni desde cuándo, pero así era. Andy le importaba.

Entonces había surgido también la culpa, el remordimiento. La cruel realidad, recordándole que ella ya había comprometido su corazón a un hombre que la aceptaba y quería sin esperar nada a cambio, sin rechazos ni humillaciones. Y que ese hombre podía estar muy cerca, es más, podía ser el apuesto West, y ella lo estaba traicionando al estar pensando todo aquello.

Tan ensimismada iba en su caos individual que no se percató de que había errado el camino y se hallaba otra vez en el centro del laberinto. Irritada, se frenó en seco y giró para retomar la anterior dirección, cuando una mano enguantada en cuero negro apareció frente a su rostro y apretó su boca, impidiéndole respirar, y la arrastró bruscamente hacia atrás.

Desesperada, Daisy se debatió intentado liberarse, pero de inmediato otro brazo duro como el hierro rodeó su cintura y la apretó contra un cuerpo duro para inmovilizarla.

—Quieta, zorrita, o no tendré más opción que atravesarte con esto —le dijo una voz gutural y ronca a su oído derecho. Recién entonces ella sintió el filo de lo que parecía un puñal pinchando su costado y se estremeció, incapaz de detener su enloquecido intento de huida—. Créeme que no dudaré en destriparte, ganas no me faltan. Por tu maldita culpa he perdido semanas muy valiosas —siguió, amenazante, el hombre, clavando el arma lo suficiente como

para lograr paralizarla de auténtico pavor—. Mejor así... Ahora te daré una oportunidad para salir viva de esta, solo una. ¿Dónde está el mapa? —preguntó con tono frío y espeluznante.

Daisy abrió más los ojos al oírlo. ¡Era el ladrón! La había encontrado y ahora podía confirmar que era el mapa lo que había estado buscando cuando robó sus cartas. Cuando el malhechor quitó su mano, ella absorbió aire, ansiosa.

—¡Responda, lady Hamilton! O la mato aquí mismo, pero primero me encargo de desvirgarla para que todos crean que murió por fulana —bramó, con dureza, el hombre, presionándola dolorosamente.

Daisy tembló con violencia, con el cerebro acelerado, tratando de hallar una manera de salir viva de allí.

—¡Vamos, perra, habla! —insistió, furioso, él, tirando de su cabello hasta hacerla gritar.

Su voz... Su voz se le hacía conocida, aunque no llegaba a identificarla entre sus airados gruñidos.

—¡Ay! ¡Ayuda! —gritó ella aterrorizada, sabiendo que nadie la escucharía. Estaban lejos de la mansión y muy adentrados en el laberinto.

El atacante repitió su pregunta y, al no obtener respuesta, la estampó contra un seto. Daisy chilló y colocó sus manos para evitar dar con la cara en el suelo empedrado. El empuje había sido tan brutal que hizo que su cabeza atravesara el follaje y que sus rodillas se clavaran en la piedra. Su instinto de supervivencia fue más fuerte que su dolor, por lo que pateó la mano que ya se aprontaba a jalarla por el tobillo y se deslizó entre el pequeño espacio que quedaba entre rama y rama. Desencajada, volteó solo un segundo para ver la alta figura del hombre tratando de seguirla allí, pero le sería imposible. Respirando agitada, gateó entre los arbustos, ignorando las ramas que golpeaban su rostro y las que se clavaban en sus rodillas y en sus manos. Su vestido se enganchaba y podía escuchar el ruido de la tela siendo rasgada al ella continuar su avance frenético.

Una vez que se hubo alejado lo suficiente del ladrón, se detuvo y trató de recobrar el aliento. Temblorosa, se asomó entre el follaje y vio el comienzo de las escaleras que llevaban al enorme jardín de lady Harrison. Con el corazón golpeando su pecho atronadoramente, salió al camino y corrió con todas sus

fuerzas hacia las escaleras. Pero, una vez más, un brazo la retuvo a solo unos metros de su destino y ella respondió aullando y pateando en todas direcciones, como poseída, sacudiéndose e intentando golpear al canalla.

—¡Santo Cristo! —exclamó una voz masculina cuando logró asestarle un fuerte codazo en el abdomen—. Tranquila lady Hamilton, no le haré daño —continuó él, soltándola con lentitud.

Estupefacta y todavía histérica, Daisy se volteó y vio el rostro pálido de lord Anthony. Dejando escapar un gemido angustiado, ella se abalanzó hacia adelante y se aferró a los hombros del caballero, quien no demoró en rodearla con sus brazos y calmarla con una mano en su espalda y palabras cálidas.

—Shh... ya está a salvo, querida. Todo estará bien. Nadie le hará daño, bonita —repetía el hombre mientras ella se refugiaba en su pecho temblando de pies a cabeza y liberando toda la tensión con desgarradores sollozos.

Cuando el ataque de puro pánico cesó debido a los murmullos de consuelo de West, los cuales hicieron regresar la seguridad a su cuerpo, la joven se separó del hombre con un gesto de mortificación y timidez.

Lord Anthony la miró con sus ojos grises teñidos de ternura y le extendió su pañuelo, el cual tenía sus iniciales bordadas. Daisy lo aceptó con una mirada de disculpa y se recompuso todo lo que pudo. Luego le dedicó una sonrisa de agradecimiento y alivio porque él no estuviese atosigándola con preguntas, pero se encogió de nervios al sentir como el caballero acariciaba con suavidad su mejilla derecha al tiempo que le devolvía una encantadora sonrisa.

Solo entonces vio que había alguien junto a ellos, detenido solo a unos pasos por detrás de lord Anthony. Sobrecogida, retrocedió un paso y quiso morir cuando reconoció la esbelta figura de Andrew.

El vizconde los observaba con una mueca desdeñosa y su mirada azul envenenada. Parecía a punto de saltar sobre ella, por lo que, tragando saliva, Daisy desvió la vista y comenzó a girar hacia la casa.

«¡Qué hacían ellos dos allí! ¿Será casualidad que ambos estuviesen en el lugar donde acababan de intentar matarla?».

—Alto ahí, milady —habló, con tenebrosa calma, Andrew, lo que frenó su retirada como si su cuerpo fuese manejado por el sonido de su voz—. Ahora mismo me explicarás de dónde vienes y qué diablos te pasó —ladró Andy, su

tono duro y rabioso.

CAPÍTULO 20

(...) Porque los celos son el furor del hombre (...).

Proverbios 6:34

La fuente ubicada en el centro del jardín de lady Harrison era enorme además de bella. Una muchacha con aspecto de campesina y silueta redondeada sostenía sobre su hombro derecho una vasija por donde caía un gran chorro de agua. Sus rasgos sencillos, su sonrisa, al igual que su mirada dulce, reflejaban una belleza serena y cautivadora. Parecía antigua, y por un instante, la atormentada mente de Andrew se distrajo cavilando a qué período pertenecería y quién era el artista creador.

No obstante, hasta aquella estatua le recordaba a ella. A la dama que estaba poniendo su mundo del revés. La mujer que, sin saber cómo, tenía el inquietante poder de desestabilizar su realidad, de hacerle replantearse todo lo que creía irrevocable; sus sentimientos, decisiones, perspectivas, objetivos, pensamientos. Incluso su pasado y su presente, pero sobre todo su futuro.

Esa noche, cuando había intentado hacer tambalear la rígida fachada de imperturbabilidad que Daisy parecía siempre levantar entre ellos, fue que sucedió lo inconcebible, pudo ver, sentir, palpar el instante en que Daisy había aceptado el innegable lazo que existía entre ellos, y fue consciente de su temor, de sus anhelos y de su corazón. Había percibido el momento en que ella soltó el poderoso agarre que sujetaban las cuerdas de su alma. Había logrado su objetivo, sí, más nunca creyó encontrar con ello, en la debilidad expuesta de la joven, su propia perdición.

Entonces sintió esa atroz sensación de tener el alma expuesta cómo nunca antes, abierta a la mirada dorada de la dama, sin reservas ni secretos, sin

defensas ni ambages. Sintió como si le hubieran arrancado el corazón del pecho, su ser en carne viva. Se sintió despojado por completo, desnudo, amenazado, débil. Y tuvo miedo, un terrible terror se había apoderado de él. Su sentido de supervivencia se había activado, las murallas que protegían su corazón del dolor y la traición, temblando peligrosamente ante ese ataque, se habían replegado y huyó lo más lejos posible.

Unos pasos apresurados resonando en la grava lo sacaron de su ensimismamiento y levantó la cabeza para ver pasar una figura masculina casi corriendo. Intrigado, se puso de pie y se asomó al camino. Su ceño se frunció al reconocer la silueta de Anthony, y sus ojos se abrieron al notar que este se encontraba abrazando a una mujer aferrada a sus hombros. Tony la apretaba contra su pecho y acariciaba su cabello y su espalda.

Un presentimiento repentino espoleó a sus pies a salir de detrás del seto y acercarse a la pareja. Estando a solo unos pasos, tuvo una mejor visión de la mujer y, ayudado por la luz de los faroles, reconoció el cabello rizado y rojizo de lady Daisy.

Su cuerpo por entero se tensó, y la cólera lo hizo temblar con fuerza. Su amigo le estaba susurrando algo a ella y acariciaba su cara; desde donde los miraba, no podía ver el rostro de Daisy, pero sí darse cuenta de que ella parecía recibir esas atenciones con agrado.

Un gruñido brotó de su garganta y la ira lo hizo paralizarse en el sitio. Daisy se separó de West y miró por encima de su hombro, justo hacia él. Andrew apretó los dientes al ver su gesto de alarma y temor cuando sus ojos se encontraron. Su sonrisa desapareció de golpe y una máscara fría la reemplazó; eso, a Andy, le cayó como una patada en el estómago, incrementando su furia.

Al parecer, acababa de interrumpir un encuentro de enamorados. No sabía qué le desquiciaba más, si ser consciente de ello, o que la sola idea le enfermara. Daisy pareció amedrentarse bajo su gesto despreciativo y fulminante porque retrocedió varios pasos y se giró hacia la casa.

«Ah, no... De aquí no se larga sin darme una explicación».

—Alto ahí, milady —exclamó. Su voz se oyó como un gruñido. La joven se detuvo de golpe, como si de una marioneta se tratara.

El vizconde avanzó hasta quedar junto a Tony, quien los miraba incómodo. Solo entonces observó el estado caótico de la dama. Su expresión rígida no se

inmutó, pero un nudo de miedo atravesó su garganta al repasar el aspecto de Daisy, su vestido rasgado y sucio, sus guantes manchados y descocidos, su peinado desecho y repleto de hojas, su rostro cubierto de tierra y con rastro de lágrimas.

—Ahora mismo me explicarás de dónde vienes y qué diablos te pasó —ladró Andy, su voz dura y rabiosa, dispuesto a acabar con el culpable de aquello.

Lady Daisy lo encaró totalmente y, a pesar de que su temblor era visible, se irguió y levantó la barbilla.

—No tengo por qué darle explicación alguna, milord. Y usted no puede darme órdenes, no es nadie para hacerlo —respondió con desafío y tono indolente.

—Soy el encargado de cuidarte esta noche. Me dirás qué te sucedió ahora, Daisy. ¿Quién te hizo esto? Dímelo antes de que lo averigüe por mí mismo y todo se ponga peor —rebató, apretando las manos en puños, su estómago contraído de angustia.

—Solo... yo... me caí —balbuceó ella, desinflándose, intimidada. Sus ojos, abiertos se desviaron hacia Anthony y regresaron a él.

—Es suficiente, Bladeston. ¿Qué pasa contigo? Pareces un perro rabioso. Déjala en paz... ¿No ves que la dama está angustiada? —intervino Tony, se interpuso entre ellos y rodeó los hombros de la joven con su brazo izquierdo.

Andrew se encolerizó ante sus palabras y su comportamiento posesivo, ante el mensaje de pertenencia y familiaridad que ese gesto demostraba. Su vista se nubló y lo hizo ver todo bajo un velo de irracional furia.

—¡Suéltala! ¡No la toques, infeliz! —rugió, se abalanzó sobre su amigo y lo separó de un empujón de una aturdida Daisy.

—Detente. ¡Eres un lunático! Márchate y deja de ser mal tercio y fastidioso —le gritó, a su vez, West, empujándolo también.

—¡Cabrón! ¡Si la tocaste, te mataré! ¡Te despedazaré, malnacido! —bramó al oír la velada indirecta que le daba a entender que estaba interrumpiendo un revolcón entre la pareja.

Anthony rio con cinismo, y el vizconde le estampó su puño derecho en la mandíbula, lo que ocasionó que su cabeza girara con violencia hacia un costado. Daisy gritó y luego jadeó espantada, mientras los hombres rodaban en

el suelo dándose puñetazos mutuamente.

La fachada de la mansión permanecía sumida en la oscuridad, la reja exterior estaba cerrada y parecía que todos los habitantes de la casa dormían. Por un momento, Andy consideró rodear la propiedad para intentar colarse al interior por una ventana, pero luego desechó esa idea, podría ser interceptado por el vigilante apostado allí. Después de todo, él era parte de la familia, el lacayo que estuviese de guardia no le negaría la entrada.

Decidido, abrió la reja y caminó hasta la puerta principal, donde tocó la aldaba. El rostro del joven sirviente que atendió el llamado denotó sorpresa, aunque no tardó en reponerse y hacerlo ingresar.

—Los señores se han retirado hace varias horas, milord —le informó el lacayo como si él no supiera eso.

—Lo... sé... no... nes... los moleste. Me sé... el camino, buenas noches —pronunció, con dificultad, Andy y procedió a subir al piso superior, tambaleándose torpemente y soltando una risa al tropezar en un escalón, bajo la atónita mirada del sirviente.

Una vez que estuvo en el pasillo que daba al ala este de la mansión, se enderezó y caminó con agilidad hacia la última puerta. Comprobó que nadie saliera de los otros cuartos, que sabía de primera mano que estaban todos vacíos a excepción de tres habitaciones. Giró con suavidad el pomo y se deslizó al interior de la alcoba.

La estancia estaba oscura y por la ventana cerrada se filtraba la luz de la luna a través de las cortinas semiabiertas. Además de una gran cama de postes y dosel, completaban el mobiliario color blanco del lugar un ropero, un escritorio, un hermoso tocador y un biombo. El característico aroma que últimamente parecía tener grabado en sus fosas nasales flotaba en el cuarto y lo invitaba a aspirar con frenesí, como si de una droga se tratara.

El pulso, desde que había avistado la femenina figura durmiendo de costado en la cama, corría acelerado y ardiente en sus venas, y su respiración se oía en el silencio, agitada y ruidosa.

Incapaz de contenerse, se sentó junto al cuerpo dormido y se cernió sobre ella. Sus ojos bebieron de esa visión soñada, recorriendo su anatomía vestida con un camisón blanco enredado entre unos blancos y bien formados muslos. El aire se le cortó y casi se atragantó con su propia saliva.

Tal vez se le escapó un gemido tortuoso, ya que la mujer se sobresaltó y giró sobre el colchón con inesperada rapidez hacia él. El espanto deformó sus rasgos y su boca se abrió dispuesta a soltar un grito de alarma.

—¡Shh! —se apresuró a decir Andrew, abalanzándose sobre ella y tapando sus labios con su mano izquierda, al tiempo que la derecha sostenía sus rodillas para frenar su intento de golpearlo, y su tórax presionaba la parte superior de su cuerpo contra la cama, refrenando sus movimientos frenéticos—. Haz silencio, Daisy. No quieres despertar a la familia, ¿no es así? —le advirtió con su rostro pegado al de la dama.

La joven se paralizó al oír su murmullo grave. Y sus ojos se abrieron más todavía. Una vez que estuvo seguro de que ella no gritaría, el vizconde quitó su mano y la dejó apoyada junto a la cabeza de ella, reduciendo su espacio considerablemente.

—Quítate de encima o gritaré —le ordenó con mirada acuchilladora, en un resuello. Su pecho subía y bajaba acelerado.

—Uhm... no lo harás, mi dulce margarita —negó Andy y dejó que sus labios acariciaran su mejilla con cada palabra pronunciada, arrastrándolos después por la piel de su barbilla y rozando la sensible piel de su cuello, donde se detuvo a absorber su enloquecedora fragancia—. Y no lo haré. Esta vez, no pienso alejarme, no hasta que tú y yo aclaremos varios asuntos —siguió el vizconde, sintiendo como toda ella se estremecía y sus vellos se erizaban.

—Vete de aquí, Andrew, te lo advierto. Has perdido el juicio, te estás comportando como un salvaje, ¡suéltame! No hablaré contigo —pataleó, furiosa, la joven, removiéndose infructuosamente.

—Por mí está bien, sé que tarde o temprano obtendré lo que quiera de ti. Pero si no quieres hablar, acepto tu propuesta —contestó Andy con tono sardónico y petulante. Jadeó al sentir en su propio cuerpo el efecto de los movimientos inconscientes de la dama.

—Pero... de qué demonios hablas aho... —inquirió, con rabia, Daisy.

La boca del vizconde ahogó el resto de su reproche, descendiendo sobre la

de ella, para besarla voraz y hambriento.

CAPÍTULO 21

(...) He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados (...).
1 Corintios 15:51

La boca del vizconde selló los labios de Daisy, ahogando su airada queja y convirtiéndola en una masa débil y anhelante. Por un momento, disfrutó de esas caricias y se dejó llevar, pero cuando el beso creció en intensidad, pudo saborear el alcohol en la boca de Andrew y lo apartó de un empujón.

—¡Estás borracho! —le recriminó furiosa.

—Noo, solo bebí uno que otro vaso de whisky —se defendió él que, habiendo aflojado su agarre durante el intercambio amoroso, por poco sale despedido de la cama.

Daisy bufó incrédula, se levantó del colchón y puso distancia entre ambos. El cuerpo le temblaba y el palpitar de su corazón todavía no había regresado a la calma.

—Está bien, estoy algo bebido. Pero, a decir verdad, siempre he preferido un buen brandy. Mas últimamente me atrae el whisky porque esa bebida me recuerda a ti, a tus dorados ojos y a lo que siento cuando te tengo en mis brazos. Eres como ese licor: adictivo, penetrante y aniquilador —confesó Andy, se sentó en la cama y la miró fijamente.

—¿A qué has venido, Andrew? —inquirió Daisy, tragando saliva. Su confesión había calado muy dentro de ella y temía cometer alguna insensatez.

—Yo... quería saber qué te sucedió en el baile. Mi madre solo me dijo que le pediste volver a casa por un malestar —explicó él, algo vacilante.

La joven suspiró y se giró para sentarse bajo la ventana. Había salido

corriendo del jardín de lady Harrison justo cuando las campanadas de media noche anunciaban la finalización del ridículo juego que la anfitriona había preparado. Afortunadamente, nadie la detuvo ni prestó atención a su deplorable estado, pues prácticamente todos los invitados jóvenes se encontraban amontonados en el vestíbulo que daba a la biblioteca. Al parecer, habían hallado al conde de Lancaster *in fraganti* con una de las hermanas Thompson, y esto la había ayudado a pasar desapercibida y refugiarse en la entrada hasta que un lacayo fuese por la duquesa viuda y su hermana. Cuando las mujeres la vieron, se quedaron atónitas y Daisy había tenido que inventar que se había caído intentando dar con el tesoro. Algo ridículo y poco creíble que de seguro ninguna de ellas se tragó. Pero la duquesa no dijo nada al respecto y Violetta estaba pensativa y ensimismada y, además de lanzarle una mirada que decía que no le creía una palabra, no comentó nada más.

El vizconde parecía haber salido airoso de la pelea con West. A pesar de que ella había sido testigo de que su cara había recibido varios golpes bastantes fuertes, mas no se había quedado para ver cómo se mataban. Luego de gritar que se detuvieran y no recibir reacción por parte de ellos, había abandonado el lugar, dejando a los caballeros que se dieran puñetazos y se revolcaran en el césped.

—Ya le dije que me caí —respondió ella, volviendo al trato formal. Deseaba deshacerse del vizconde antes de que alguien los descubriera.

—No mientas. ¿Quién te atacó? —la interrogó, con ansiedad, Andrew, se puso en pie y caminó hacia ella, donde se arrodilló y tomó sus manos entre las suyas—. Déjame ayudarte, Daisy. Puedes confiar en mí —le pidió con tono apremiante.

Daisy se debatió mirando sus ojos azules suplicantes. Su mente le decía que todo era un error y que estaba llevando las cosas a un extremo peligroso, teniendo en cuenta que estaba enamorada de un hombre que no conocía en persona, que había intimado con su vecino y rival de la infancia y que le atraía el mejor amigo de este. Todo un enredo caótico al que debía agregar que esa noche habían intentado asesinarla. Sin embargo, su instinto le decía que Andy era confiable y la persona indicada para ayudarla en su aventura.

—De acuerdo —claudicó ella, enderezándose—. Alguien quiso matarme en el baile —soltó de sopetón.

El vizconde se quedó lívido y soltó sus manos, impactado.

—¿Qué?! ¿Cómo sucedió? —graznó, conmocionado, él, se paró y se pasó las manos por la cabeza como lo había visto hacer también al duque de Stanton —. ¡Dios! ¿Estás bien? ¿Te hizo daño? Tendría que revisarte un doctor —dijo, angustiado, Andy, se acercó nuevamente y la aferró por los hombros para examinarla con aprensión.

—Estoy bien. No alcanzó a causarme ninguna lesión, aunque sí logró aterrorizarme —lo tranquilizó Daisy, procediendo a relatarle el episodio.

—Entonces, ¿ese mapa que el delincuente te pedía, existe? —preguntó, con el ceño fruncido, el vizconde.

—Efectivamente. Es de lo que quería hablar con usted desde hace dos días. Lo tenía conmigo en el momento del ataque, pero ni siquiera lo recordé por el terror y la necesidad de escapar —confirmó Daisy, dirigiéndose hacia su escritorio donde había guardado el mapa.

Mientras le contaba cómo lo había encontrado, evadiendo obviamente la parte que tenía que ver con las cartas, le entregó el antiguo papiro. El vizconde la observaba con una ceja alzada y expresión intrigada, tomó el papel y se acercó a la ventana para, tras abrirlo, inclinarlo hasta que los destellos de la luna alumbraron el mapa. Su cara se tornó asombrada y sus ojos volaban por el documento.

—¿Y bien? —inquirió ella cuando no soportó más la incógnita.

—Es... Kernewek [2] a primera vista —vaticinó Andy con entusiasmo—. Aunque debo cotejarlo con mi registro de lenguas.

Daisy lo miró sin saber de qué hablaba y se aproximó para echar un vistazo al mapa, pero seguía sin poder leer una letra. Andrew vio su confusión, cerró el papel y se lo guardó, en el bolsillo.

—Está escrito en Kernewek o, para nosotros, cornoico. Es una lengua antigua celta britónica, hablada en Cornualles —le explicó Andrew.

—¿En Cornualles? Nunca oí hablar de ella —contestó, con el ceño fruncido, Daisy.

—Eso es porque se extinguió hace más de una década. Por lo que sé, solo quedan un par de habitantes nativos de allí que todavía la hablan —aclaró él, sonriendo ante su curiosidad.

—Pues eso explica el hecho de que me pareciera conocida, pero a la vez

indescifrable. ¿Puedes entender lo que está escrito? —dijo Daisy muy motivada por el descubrimiento.

—Te parecía familiar porque, a pesar de ser una lengua que tiene su raíz celta hace más de mil años, también fue influida por el latín y el inglés. Con respecto a tu pregunta, solo pude leer un par de palabras que recuerdo de algunos manuscritos de hace trecientos años, que una vez estudie. No obstante, necesitaremos la ayuda de algún conocedor experto en Kernewek —le informó Andy, viendo la mueca desilusionada de la muchacha.

—¿Pero dónde encontraremos a alguien que hable córnico?, si dices que ya nadie lo usa. No entiendo cómo mi abuelo lo conocía, ni siquiera es de Cornualles —dijo, desalentada, Daisy; se había ilusionado con la idea dilucidar el misterio.

—Tengo un conocido que tal vez pueda ayudarnos. Hace años que no le veo, pero intentaré ubicarlo —respondió Andrew, resurgiendo la esperanza.

—De acuerdo, cuándo lo encuentres, quiero ir contigo, milord —aclaró ella resuelta.

—Ni lo pienses, por lo que me has contado, alguien muy peligroso quiere hacerse con este mapa. Por lo tanto, hasta aquí llegó tu intervención, no puedes ponerte en riesgo. Yo seguiré investigando y Riverdan me ayudará —negó, con el rostro tenso, el vizconde.

Daisy abrió la boca, alucinada por el descaro de ese hombre.

«¡Acaso pretende desplazarme de mi propia aventura, a mí, que soy quien he descubierto el mapa y quien decide quién participa!».

—¿Qué está diciendo? No pienso mantenerme al margen, ¡yo fui la que descubrió el documento y pertenece a *mi* familia! —enfaticó Daisy, comenzando a enfurecerse.

—Está loca si cree que le permitiré seguir involucrada en esto. No es un juego, milady, hay gente realmente mala deseando hacerse con este mapa. Y ahora que está en mi poder, es mi responsabilidad. Ya no tendrán motivo para hacerle daño —espetó el vizconde con resolución, se volteó y fue hacia la puerta.

—¡Pero qué se ha creído! ¡Usted no es nadie para permitirme nada! Si no va a obedecerme, mejor devuélvame el mapa y olvídense del asunto —exigió ella, siguiéndolo, airada.

—Lo siento, pero he de negar su petición. Además, no es la dueña de nada, le recuerdo que Ethan y yo llevamos meses investigando sobre algo muy relacionado con su hallazgo y ahora tenemos cómo solucionar este enigma —replicó sin detenerse.

—No me dejará fuera de esto. Quiera o no, seguiré involucrada, no puede impedírmelo —aseguró Daisy, cruzándose de brazos frustrada.

Andrew se giró y avanzó hasta pegar su rostro al de la joven, quien se envaró conteniendo el aliento.

—Puedo, cariño, no me pongas a prueba, pues me encantará demostrarte de lo que soy capaz cuando me desafían —murmuró Andy con voz ronca y obvia insinuación, rozando su boca cálida con cada palabra.

A continuación, besó su barbilla y descendió con sus labios por su palpitante cuello, aspirando su exquisita fragancia floral. Luego abandonó el cuarto, antes de materializar alguno de los cuadros nada decentes que su mente excitada recreaba, dejando a una Daisy demudada y embravecida.

La noche estaba avanzada y el silencio resonaba en la mansión donde no todos dormían. A pesar de su actitud hostil, realmente hablaba en serio cuando decía que Daisy debía apartarse de aquel asunto. Su corazón se había detenido al enterarse de que la habían atacado y sintió náuseas al pensar que, mientras ella había pasado esa horrible situación, él se había precipitado a suponer que había intimado con Anthony.

En ese momento, muchos sentimientos colisionaron en su interior; alivio y culpabilidad por descubrir que había malentendido su presencia en el jardín junto a su amigo; ira por el hecho de que West le había insinuado lo contrario, y angustia por pensar que podrían haberla lastimado gravemente.

En la oscuridad de la alcoba para visitas, la que ocupaba por primera vez, se desvistió y se acostó con el cerebro trabajando a toda marcha, incapaz de aquietarse para conciliar el sueño. Por ahora, se negaba a profundizar en lo que le estaba sucediendo con Daisy, ya que sentía que algo que no podía precisar estaba transformándose en su interior. No quería pensar en la ira ciega que lo había llevado a emprenderse a puños con su mejor amigo, y menos analizar lo que sintió al conocer lo cerca que la joven había estado de morir.

Mejor se concentraba en intentar resolver el enigma que rodeaba a ese mapa

que, a pesar de no poder traducir del todo, estaba seguro de que era un plano con indicaciones para encontrar un tesoro escondido. Debía conversar con el duque antes de sacar conclusiones, pero creía haber entendido el secreto tras el misterio.

CAPÍTULO 22

La vida te será más clara que el mediodía; aunque oscureciere, será como la mañana.
Job 11:17

A la mañana siguiente, Steven y Clarissa desayunaban uno junto al otro, obviando las reglas del protocolo.

—Pequeña, ¿continúas sintiéndote indispuesta? —preguntó el conde a su mujer, depositó su taza de té en la mesa y se hizo con una tostada.

—Hoy estoy mejor, cariño... pero ¿por qué comes eso? —respondió, curiosa, Rissa, viendo la bandeja repleta de los bollitos de canela favoritos de su marido, intacta.

—Ya no comeré de esos, últimamente he aumentado de peso y no me gusta. Estaré casado, pero tengo una reputación que mantener —negó, con una mueca compungida, el rubio.

—¿Qué dices, Hamilton? —se carcajeó Clarissa, alucinada por esas palabras. Su esposo estaba loco, no había aumentado ni un gramo.

—¿De qué te ríes? ¿Acaso olvidaste que soy el hombre con el encanto más legendario de Londres? —argulló, ofendido, él.

Clarissa elevó una ceja. Lo dicho, el hombre se creía irresistible y, aunque lo era, para su dicha y pesar, no pensaba aumentar su ego.

—¡Por favor! Eres apuesto, cómo no. Pero el máaaas atractivo, es decir mucho, ¿no crees? Además, tú ya estás fuera del mercado, esposo, espero que lo recuerdes —se burló ella, manteniendo una expresión sería y casual a pesar de estar conteniendo la risa por dentro.

El conde había abierto los ojos anonadado al oír su comentario anterior y en

ese momento parecía estar ofendido.

—¿Qué? No me mires así. Es la verdad. Mi hermano Nick y tú son historia, están casados y casi en la treintena. Además, hay muchos jóvenes solteros atractivos —argumento Clarissa, encogió un hombro y sorbió de su taza—. Está el conde de Vander, y ese escocés enorme, lord Fisherton, también he oído que las damitas mueren por él. Y no olvides al duque de Riverdan y a mi hermano Andrew. ¡Bah, la lista sigue! —continuó ella, haciendo de cuenta que no veía la expresión de mortificación del rubio.

—¿Ah, sí?... No sabía que estuvieses al tanto del atractivo de los caballeros solteros. Espero que tú no seas la que olvide que eres una dama casada, señora —enfaticó Stev con los ojos entrecerrados y la mandíbula tensa.

Clarissa contuvo la risa y se volvió del todo hacia su esposo.

—¡Oh, no me digas que estás celoso, milord! ¡Ni que te hubiese nombrado al único y verdadero caballero más apuesto de Londres! —se defendió ella, cruzándose de brazos.

—¿Hay otro? ¿Quién es él? ¡Dilo! Anda, es el insufrible de Gauss, ¿no? ¡Confíesalo, siempre te atrajo el conde de Gauss! —reprochó, furibundo, Steven.

—¿Pero qué tiene que ver el hermano de Elizabeth aquí? No me refería a él, aunque ahora que me lo recuerdas, es muy atractivo y más joven —añadió, sonriendo traviesa, Clarissa.

—¿Sabes qué necesitas tú? Que alguien te recuerde quién es el único hombre deseable, y de eso me encargaré yo —le advirtió, con un gruñido peligroso, el conde.

Clarissa vio su transformación y, con la boca abierta, se levantó negando con la cabeza. Y giró para salir huyendo del comedor.

—¡Ven aquí! —bramó su esposo, alzándola en vilo y sentándola en su regazo, veloz—. Tú eres mía, pequeña. Toda mía, mi dulce Rissa —declaró con voz ronca y asaltó sus labios con un beso voraz que la desarmó y que correspondió con ansias y rendición, sumergiéndose ambos en un mar de pasión desenfrenada.

—¡Agh! —dijo alguien para interrumpir su momento.

Andrew miraba desde la puerta del comedor a su hermana y a su cuñado devorándose sin pudor ni decencia. Ella, subida sobre el conde, y él, con la

cabeza hundida en su escote.

—¡Andy! —exclamó, sofocada, Clarissa al voltear y verlo. Se bajó a toda velocidad del regazo de su esposo, quien se quedó paralizado, con un gesto apenado, como un niño al que le han arrancado su dulce predilecto.

—Menos mal que fui yo el que apareció y no una de tus hermanas —dijo, sarcástico, Andy, negando y tragándose la risa por el espectáculo que presentaba la pareja: Clarissa, ruborizada hasta la coronilla, y el conde, consternado, colocando el periódico en su falda.

—Buenos días, Bladeston. No es que quiera ser descortés, pero puedes explicarnos, ¿qué diablos haces aquí? —inquirió, con una ceja arqueada, su cuñado.

—¡Stev! —lo reprendió Clarissa y regresó sus ojos azules a él, examinándolo intrigada—. Andy, el mayordomo no te ha anunciado, lo que quiere decir que pasaste la noche aquí, ¿por qué?

El vizconde maldijo entre dientes mientras tomaba asiento y se servía huevo y jamón, intentado hacer tiempo bajo las miradas escrutadoras del matrimonio. Sabía que les parecería extraño, y ahora debería encontrar alguna excusa razonable para haber aparecido en la mansión a altas horas y haber pernoctado allí.

—Ehh... sí, lo que sucedió fue... —comenzó a improvisar.

—Que se emborrachó y llegó como una cuba buscándote, Stev. Yo justo había bajado a por un libro cuando él apareció. Estaba bastante desorientado, por lo que un lacayo lo guio hasta la habitación de huéspedes —intervino una voz melodiosa y ronca, haciendo que los tres miraran hacia su dueña.

—Buenos días, Daisy, siéntate —la saludó Stev, quien se puso de pie, al igual que él.

Andrew examinó a la joven en silencio, debatiendo en su interior los motivos que esta tendría para haberlo ayudado. Ella había dicho la verdad a medias, pues Daisy creía que él había estado borracho —algo que no era cierto, solo había aparentado estarlo, buscando tener alguna excusa que le sirviese para aparecer en la mansión a altas horas, ver a la dama y cerciorarse de su bienestar—, pero había mentido en lo referente al lacayo, ya que ambos conocían el resto de la historia y en dónde se había colado él.

—Está bien. En ese caso, no hay problemas —concedió su cuñado,

enfrascándose en una charla con Daisy.

Clarissa continuaba viéndolo fijo, con una luz de sospecha y escepticismo en su mirada. Andy trataba de aparentar indiferencia, resistiendo su examen intenso. Tampoco quería mirar hacia Daisy, pues temía que sus ojos delataran sus sentimientos, con un solo vistazo había confirmado que la dama se veía extremadamente apetecible en su vestido melocotón.

Incómodo, le hizo una seña al conde, y este asintió y se paró para dirigirse junto a él a su despacho.

—¡Alto ahí! —les ordenó Clarissa cuando alcanzaban la puerta. Andy se detuvo dispuesto a ver qué quería, pero el conde lo sorprendió aferrando su brazo y dándole un empujón hacia adelante.

—¡No te detengas! Ella quiere quitarme a mi amor —lo urgió el rubio y se precipitó al pasillo.

—¡No huyas, Hamilton! ¡Devuélveme mis bollitos de canela, tunante! —gritó, encolerizada, su hermana, lanzándole una tostada, enajenada.

—¡Nunca! —se carcajeó Steven, esquivando el proyectil y, aferrando los bolsillos de su saco, que en ese instante se percató de que parecían estar por reventar, corrió hacia su estudio.

Andrew había acordado reunirse al mediodía con su cuñado y Riverdan para comentar sobre el hallazgo del mapa, y se disponía a abandonar la mansión cuando una mano tiró de su brazo, lo jaló y lo metió en una estancia más pequeña ubicada junto al vestíbulo principal.

—¡Pero qué...! —exclamó sorprendido.

—¿Dónde crees que vas, Andrew James Bladeston? —espetó Clarissa, lo liberó y cerró la puerta despacio.

—Tengo compromisos. ¿Qué bicho te picó, Clara? —indagó, ceñudo, él.

—Eso mismo te pregunto yo. ¿Qué rayos está pasando? —preguntó, con las manos en las caderas, su hermana.

—No sé de qué hablas —negó Andy, armándose de paciencia.

—¿Acaso crees que soy tonta? ¡Eres mi hermano, te conozco! A mí no me convencerás con ese cuento de la borrachera. Tú nunca bebes demasiado y no te embriagas —señaló Clarissa, dándole un golpe en el pecho con su dedo—.

Además, tienes un moretón en el pómulo y otro en la barbilla. ¡Empieza a confesar, Andrew! —siguió, con mirada entrecerrada, la condesa, bufando cuando el negó varias veces y enfiló hacia la salida.

—¡Aah, no! De aquí no sales hasta que me digas qué pasa entre Daisy y tú — decretó ella interponiéndose y apoyándose en la puerta, desafiante.

—Haga andar los caballos hasta que le avise que se detenga —dijo con voz majestuosa, reclinándose en el asiento acolchado del elegante carruaje—. ¿Y bien, lo tienes? —demandó con ansiedad.

—No. El mapa continúa en poder de la dama —negó, con fastidio, el hombre.

—¡Maldición! ¡No puede ser! ¡Eres un inútil! ¿Cómo puede ser más que tú una insulsa jovencita? —estalló con furia.

—No es mi culpa. El forajido que mandaste falló y no logró asustarla lo suficiente como para sonsacarle la ubicación del mapa —se defendió el aristócrata, acomodando los faldones de su chaqueta.

—¡Rayos! El tiempo se agota, necesitaremos varias semanas para rastrear el botín y no podemos arriesgarnos a que nos descubran haciéndolo. Tiene que ser ahora, mientras ellos estén ocupados en los acontecimientos de la temporada —arguyó con gesto frustrado.

—Pues ella lo tiene. No hay más opciones, hemos buscado en todas las propiedades del conde de Baltimore y estoy seguro de que la hermana está en posesión del mapa. No sé cómo podemos llegar a este, se han agotado mis ideas. Tal vez... debemos olvidar el asunto. Además de peligroso, se está volviendo demasiado engorroso y turbulento —comentó, con mirada inquieta, el noble.

—¿Olvidarlo?! ¿Te has vuelto loco? No pienso dejarlo ahora que estamos tan cerca. Y tú tampoco lo harás, no seas pusilánime. Desde este momento, me ocuparé yo de quitarle el mapa a esa estúpida. Nadie me impedirá lograr mi objetivo, si tengo que asesinar a ese adefesio, lo haré —sentenció con voz fría y un brillo de perversa satisfacción.

CAPÍTULO 23

Porque nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse.
Lucas 12:2.

—¿Puedes explicarnos qué hacemos exactamente aquí? —siseó Violet, intentando no resbalar en el lodo que pisaba.

—Shh... luego te explicaré —susurró Daisy sin volverse a mirar a su hermana.

—Esto es peligroso, Sisy, ¿qué excusa daremos si nos descubren aquí? —preguntó Rosie, cerrando la marcha.

Daisy no respondió, su hermana tenía razón. Lo que estaban haciendo era una completa locura, una insensatez peligrosa. Pero el maldito Andrew no le había dejado más opción.

El muy farsante había desaparecido después de que le entregara el mapa. No había asistido a ninguno de los bailes habituales, ni respondido a los mensajes que le había enviado con su doncella, sino que se había limitado a devolver los sobres sin abrir. De eso habían pasado ya tres días, lo que le dejaba la obvia conclusión de que el vizconde la había excluido de su misión, había tenido el tupé de dejarla fuera de la investigación, y no pensaba tolerarlo bajo ningún punto de vista.

Para su desgracia, Steven había incrementado la seguridad en la mansión y mantenía a toda la familia bajo estricta vigilancia, lo que no le había permitido escabullirse de la casa, ni escapar de la presencia de su doncella. Y para terminar de enfurecerla, su hermano había ignorado su interrogatorio, alegando que los hombres se ocuparían del asunto, como si las mujeres no fueran

capaces de resolver un misterio. «¡Retrógrados!».

Cansada de esperar, Daisy había decidido pasar a la acción y aprovechó que debían asistir a un evento a solo una manzana de la mansión de los duques de Stanton, donde residía lord Andrew, para fingir entrar a la fiesta. Cuando su cochero salió en busca de un lugar para estacionar el carruaje, el cual, a pesar del corto trayecto debían utilizar, pues de ninguna manera se les permitiría recorrer la escasa distancia a pie, ella y sus hermanas se escabulleron y se dirigieron a la mansión Stanton. Tenían poco tiempo, pero Daisy intentaría averiguar algo antes de regresar al compromiso social y, si tenía suerte, tal vez podría recuperar el mapa y darle una lección al arrogante de Andrew.

Con sumo sigilo, rodearon la casa y se colaron por la puerta de hierro trasera. Conocían bastante la propiedad por las visitas que habían hecho y les resultó fácil ingresar al patio posterior. El primer obstáculo se presentó cuando probó el pomo de la puerta del servicio y la encontró trabada. Tragando una maldición, se volvió hacia las gemelas que la miraban expectantes.

—Está cerrada —dijo desalentada, aunque era evidente, ya que no se veía ningún tipo de hueco por el que pasar una llave y debía estar trabada por dentro con una de esas barras de hierro.

—Bueno, entonces podemos regresar a la velada musical de lady Henderson —suspiró Rosie.

—No seas tan miedosa, Ros. Y tú déjame probar algo —alegó Violet y avanzó cuando ella se hizo a un lado.

En silencio, observaron cómo Violet se quitaba una horquilla de su cabello rubio y la insertaba en la cerradura de una ventana que estaba ubicada junto a la puerta, un poco por encima de sus cabezas, componiendo una expresión concentrada.

Unos segundos después, se oyó un chasquido y el rostro de la joven se iluminó.

—*Voilà!* —exclamó la rubia satisfecha.

Violet abrió con sigilo el cristal y, tras recogerse el vestido a la altura de la cintura para impedir que la tela limitara sus movimientos, tomó impulso y trepó hasta lograr pasar su cuerpo por la abertura y deslizarse hacia el interior de la mansión. Ellas solo pudieron quedarse boquiabiertas frente a tamaña

hazaña y, ansiosas, aguardaron minutos que se hicieron eternos, hasta que la puerta de la cocina se abrió y vieron aparecer el rostro de su hermana teñido de una mueca de orgullo.

Rosie y ella aplaudieron con sus manos enguantadas y lanzaron miradas admirativas hacia la gemela. Violetta nunca dejaba de sorprenderlas, y en ese momento podían sumar otra habilidad más a su excéntrica y estrafalaria lista de actividades escandalosas.

La cocina de la mansión estaba desierta y sumida en la oscuridad, lo que denotaba que o bien el servicio ya se había retirado, o les habían dado la noche libre. Aunque eso no era extraño, pues antes habían visto que parecía no haber ningún integrante de la familia en la casa.

—Bien, creo que lo mejor será que nos dividamos. Rosie, quédate junto a la puerta del vestíbulo vigilando, si alguien aparece, ya sabes cuál es la señal —dijo Daisy, y Rosie asintió con gesto nervioso, pero sabía utilizar el silbido que Steven les había enseñado a la perfección—. Tú, Violetta, revisa la biblioteca y fijate si encuentras algo relacionado con un mapa antiguo o cualquier cosa que llame tu atención. Cuando escuchen mi señal, regresen aquí de inmediato —les indicó y, tras recibir el ademán afirmativo y entusiasta de Violetta y abastecerse con candelabros para iluminar su camino, se separaron.

Daisy decidió subir a la segunda planta y requisar el cuarto del vizconde, si no encontraba nada útil allí, le quedaría el estudio del duque como última alternativa. Aunque no creía que el hermano menor lo utilizará en ausencia del jefe de la familia.

El problema era que no sabía cuál de todas las habitaciones era la que buscaba, pero estaba al tanto de que el ala oeste era de uso exclusivo de los duques, por lo que lady Honoria y Andrew debían residir en el sector este.

Luego de probar varias puertas, todas cerradas bajo llave, llegó a una estancia ubicada al final del pasillo, la cual se encontraba sin cerrojo. Con tiento, asomó la cabeza y comprobó que se trataba de una habitación y que la decoración era masculina. Mobiliario de cedro caoba, una gran cama con cortinas y dosel verde oscuro, y un ropero y biombo labrados llenaban el espacio. También había un bonito escritorio ubicado junto a la ventana y hacia allí se dirigió Daisy.

Con el corazón acelerado y las palmas sudorosas, depositó el candelabro y

comenzó a abrir los cajones. Estaban vacíos, a excepción del primero, que estaba bajo llave. Con una mueca frustrada, pasó la vista por la superficie del mueble: tintero, pluma, sello, papel y un gran tomo la ocupaban.

Curiosa, tomó el ejemplar y leyó las letras de la tapa del libro: *Archæologia Britannica*, por Edward Lhuyd [3].

No conocía el manuscrito ni al autor, por lo que lo devolvió a su sitio y se dirigió al ropero para tratar de hallar la llave del cajón trabado. Esperaba encontrarla allí, pues no le venía a la mente otro lugar lógico y de fácil acceso donde esconderla, a no ser debajo del colchón. En uno de los estantes, bajo una camisa, halló la pequeña llave y sonrió triunfal.

Una vez que logró abrir el cajón, frunció el ceño al comprobar que estaba vacío. Bufando, acomodó los lentes que se habían deslizado hasta la punta de su nariz y pasó la mano por el interior del cajón.

No tenía sentido, para qué cerrar algo que no contenía nada. De pronto, su mente se iluminó al recordar cómo había descubierto el mapa, y se inclinó para tantear la superficie del cajón, buscando alguna pared escondida similar a la del viejo baúl de su abuelo.

La satisfacción la inundó al oír el golpe seco que provocó el deslizamiento del falso fondo. Ansiosa, quitó la madera y metió las manos para tomar lo que parecían varios papeles.

—¿Me dirás por qué despachaste de tu casa de esa manera a West? —inquirió Riverdan mirándolo por encima de su vaso de whisky.

—Solo diré que era lo menos que se merecía —respondió, con acritud, Andy.

Antes de salir para el club, donde en ese momento se encontraban, había aparecido Anthony pidiendo hablar con él. Su cara presentaba hematomas de la pelea que habían tenido, y el muy malnacido le había informado su decisión de cortejar a lady Daisy. Si no hubiese sido por la pronta intervención de Ethan, él hubiese machacado la cara de Tony sin piedad.

Después de eso, le había advertido que se mantuviese alejado de la dama, ya que no quería que la ilusionara, pues conocía la reputación de su amigo, pero Anthony había repetido que estaba dispuesto a todo por la joven. Entonces

Andy sintió deseos de matarlo y, también, impotencia porque él no podía impedir eso, no si no estaba preparado para ocupar el puesto que West ambicionaba. Y no lo estaba... Sencillamente, él no podía, no estaba disponible para amar a Daisy Hamilton. Furioso por la contradicción que amenazaba su paz y su cordura, había abandonado su casa seguido del duque, no sin ordenar al mayordomo que sacara de la mansión a Anthony.

Riverdan había arqueado una ceja al oír su escueta respuesta, pero antes de que pudiese alegar, dos hombres se detuvieron junto a su mesa.

—¡Norris! —lo saludó al reconocer a su antiguo camarada.

El caballero alto, rubio y delgado le devolvió el saludo y tomó asiento frente a ellos; junto a él, otro individuo.

—Él es el hombre del que te hablé, Edwin Norris[4]. Y este es mi amigo, el duque de Riverdan —los presentó Andy señalando a su colega, con el que habían colaborado en varios proyectos de escritura antigua.

—Su excelencia, lord Bradford. Les presento a Whitley Stokes[5] que, además de amigo, es mi compañero de investigación de lenguas célticas y colaborador —anunció, y el hombre también joven, regordete y algo calvo correspondió el saludo.

—Bien, como te comenté, Norris es experto en celta y también otras lenguas antiguas, como el córnico —aclaró Andrew al duque, sacó el mapa y lo depositó en la mesa—. Lo he citado, Norris, porque el duque y yo estamos trabajando en una misión real y hemos hallado un documento que estoy casi seguro de que está escrito en córnico antiguo. No obstante, quería que lo comprobara y, de estar en lo cierto, me tradujese algunas palabras que no pude descifrar —informó Andy, abrió el mapa y lo deslizó hacia ellos.

Los dos hombres se inclinaron sobre la hoja y la analizaron ayudados por una gran lupa.

—Ciertamente es córnico, y se trata de una especie de mapa de tesoro. Aunque no es muy complejo y no da demasiadas pistas —explicó Norris levantando la vista.

—¿Pero qué dice en las palabras del centro? —preguntó Ethan inclinándose hacia adelante.

—Es una conocida frase celta: *Ef fear py fhaide chaidh bho'n bhaile, chual e'n ceòl bu mhilse leis nuair thill e dhachaidh hy*[6] —recitó Norris

concentrado en el texto.

—Que, traducido, es: «El hombre que vaga errando fuera de casa escucha la música más dulce cuando vuelve a ella —leyó Stokes con voz profunda.

El duque y Andy se miraron confundidos.

Además de esas palabras, solo había una pequeña *x* negra en un extremo de la hoja, luego, un camino de pequeños puntos que terminaban en una gran *x* colorada. ¿Qué significaba esa frase? Parecía que era alguna especie de acertijo y tendrían que descifrarlo para solucionar el enigma.

Daisy observó el papel que sostenía y un grito escapó de su garganta. Aturdida, dejó caer el sobre y lo miró con horror y desazón.

—¡Son... son las cartas! —exclamó conmovida, sacó los demás sobres, comprobó que estaban firmadas con la letra del caballero desconocido y las soltó como si le quemaran.

Incrédula, se llevó una mano a la boca y otra a la cabeza tratando de tranquilizar su pulso desbocado. Temblando, volvió a tomar una de las misivas y, de nuevo, quedó estupefacta. No lo había imaginado, eran las cartas que el intruso había robado de su cuarto.

Entonces, ¿Andrew Bladeston era el ladrón? ¿Qué motivo tenía para querer obtener esas cartas? ¿O en realidad buscaba el mapa? En ese caso, ¿por qué se las había llevado si con su conocimiento se habría percatado al instante de que no era lo que buscaba? ¿O es que había decidido utilizarlas para chantajearla si ella se negaba a colaborar en la misión?

Una nueva incógnita la paralizó por completo: tal vez Andrew era el caballero desconocido y, al descubrir que ella era la dama anónima, se había arrepentido y decidido recuperar toda la evidencia que lo comprometía. ¡No, no, no! Él no podía ser el mismo hombre que había escrito esas dulces y románticas cartas, no.

Desesperada, se paseó por la habitación, obligando a su cerebro a sopesar todas las opciones. Una idea apareció en su caótica mente, a lo mejor Andrew había descubierto que West era el verdadero caballero desconocido y robó las cartas para usurpar ese lugar.

El fuerte silbido semejante a un águila interrumpió sus cavilaciones.

Alarmada, sopló las velas que delatarían su presencia y se apresuró a devolver las cartas a su sitio, cerró el cajón y corrió hacia el ropero para volver a guardar la llave.

—Quieto o disparo —gruñó una voz grave a su espalda, y ella se petrificó bajo el frío cañón del arma apoyada en su nuca.

CAPÍTULO 24

Ten fe no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra.

Santiago 1:6

La suerte había querido que el duque regresara con él a casa, pues la suya no quedaba demasiado lejos, y que, desde el carruaje, Ethan advirtiera la luz de las velas alumbrando tenuemente una de las ventanas laterales de la casa. Rápidamente, se pusieron en alerta, ambos sabían que la mansión estaba sin personal, por lo tanto, había uno o varios intrusos y Andy sospechaba que quien estuviese allí dentro, venía buscando el mapa antiguo.

Una vez que trazaron un plan de acción, Andrew dio la orden al cochero de dirigirse a las cuadras, allí se bajaron y de inmediato notaron la puerta de la cocina apenas abierta. En la oscuridad, se separaron; Ethan se dirigió hacia el cuarto donde habían visto la luz y él decidió revisar su alcoba, donde seguro, de haber un cómplice, habría optado por requisar.

Cuando subía con sigilo la escalera que daba al piso superior, oyó un sonido agudo rompiendo el silencio nocturno y se apresuró por los escalones, sospechando que lo habían descubierto y que, donde estaba, quedaba expuesto a un posible disparo. En un parpadeo, estuvo ante la puerta de su cuarto, que estaba entornada. Con el arma en la mano, se coló en la estancia en penumbras, sin hacer ruido alguno y repasó el lugar en busca del bandido. Sus sentidos exacerbados captaron un movimiento a la izquierda y, en dos zancadas, estuvo tras la silueta del ladrón apuntando a su nuca con su pistola.

—Quieto o disparo —le advirtió en un murmullo a la figura, que se tensó y se paralizó notablemente aferrada al ropero.

A esa escasa distancia, pudo percibir que el intruso era mucho más pequeño que él y que su cuerpo temblaba. Su ceño se frunció al respirar y captar un aroma familiar.

Decenas de maldiciones resonaron en su mente al reconocer la exquisita fragancia a margaritas y, ya con la vista acostumbrada a la oscuridad, confirmar la identidad del supuesto ladrón.

«¡Por un demonio! ¡Qué diantres hace Daisy Hamilton aquí! ¡Seguro intenta recuperar el mapa, pues Steven y yo hemos acordado no exponerla más y apartarla de la investigación! Está demente... ¡Pude haberle disparado! Pero ya me encargaré de darle una lección que no olvidará...».

La mente de Daisy era un revoltijo, una y otra vez buscaba alguna vía de escape. Después de reconocer la voz del vizconde, se había relajado un poco, ya que sabía que no le haría daño. Pero luego recordó que en esa penumbra él no podía saber que se trataba de ella y que podía dispararle o golpearla. Temerosa, abrió la boca para hacerle saber su identidad, mas la cerró al recordar algo importante. Si se descubría, tendría que dar alguna explicación para justificar su presencia allí y perdería su chance de recuperar el mapa. Y eso no sería bueno, ya no confiaba en Andrew, no ahora que sabía quién le había robado las cartas del caballero desconocido.

Se sentía confundida y también dolida, pues temía que el vizconde se hubiera acercado a ella con una intención oculta, era probable que supiera que tenía el mapa y, al no hallarlo en su cuarto, decidió fingir interés en ella para ganarse su confianza y lograr que le diera el documento. Ahora comprendía su cambio radical de actitud y su repentino interés. Todas esas palabras, esas confesiones, los besos, todo había sido parte de su estrategia para hacerse con el mapa. Andrew Bladeston era un canalla que no había dudado en usar algunas palabras de esas cartas para confundirla y engañarla vilmente.

—Aléjese lentamente del ropero y no intente nada —volvió a gruñir Andrew a su espalda.

Furiosa, Daisy obedeció, retrocedió dos pasos y dejó caer los brazos a los costados.

—Levante las manos y no se mueva —ordenó el.

Ella lo hizo, esperando que él se distrajera un segundo para poder huir. En esa nueva posición, un resquicio de luz crepuscular iluminó parte de su cuerpo

y Daisy se envaró, sabiendo que el vizconde advertiría que no era un hombre.

—Vaya... vaya... ¿Qué tenemos aquí? —ronroneó Andy, pasando la punta de su arma por la espalda de tafeta ámbar de su vestido, lo que causó que el vello de ella se erizase.

—Ahora mismo me dirá quién es, quién la envía y qué busca —siseó él hombre, se pegó a su espalda y gruñó esas palabras en su oído derecho, sin dejar de apuntarle.

Daisy se estremeció y su cuerpo fue consciente de su cercanía y de cada parte en donde sus anatomías se rozaban.

—¡Vamos, encanto, hable! No me obligue a tener que ser más brusco —la apremió el vizconde, soplando su aliento cálido en la piel expuesta de su nuca.

Ella cerró los ojos y tragó saliva. No soportaba la tensión y se estaba arriesgando demasiado. Necesitaba salir de ahí desesperadamente.

—Bueno... usted así lo quiso... —alegó Andrew con voz ronca, rodeando su cintura con un brazo.

Y antes de que Daisy pudiese asimilar esa afirmación, fue girada velozmente y tuvo la boca de Andy abordando la suya. Por un instante, se sintió avasallada, perdida, conmocionada, y solo pudo recibir el brutal abordaje de esos labios. Su beso era hambriento, necesitado y demandante, diferente a todos los anteriores. Su cuerpo cayó por un interminable espiral de locura y deseo, y respondió aferrándose al cuello del vizconde y dejando que él reclamara su boca una y otra vez.

No sabía por qué su cuerpo estaba tomando autonomía propia, pues parecía rendido a cada demanda de ese hombre y cedía indecorosamente a su invasión y a las caricias de su mano libre en su cuello, espalda y cadera, mientras que su mente le gritaba enardecida que se alejara de ese ruin hombre, de ese cretino que le había estado mintiendo desde el principio. Pero su mente no tenía dominio del resto de su persona, Andrew la dominaba y parecía hacerse, con cada roce, dueño de su voluntad, de su deseo. Y su pecho ardía de resentimiento por ello.

Entonces, un ensordecedor sonido resonó por la mansión para detener aquel intercambio apasionado, bruscamente.

Andrew arrancó su boca y, sin mediar palabra, salió corriendo de la habitación de forma intempestiva. Aturdida, Daisy se tambaleó un poco y,

luego, reaccionó siguiendo al caballero.

Al llegar al rellano, vio la puerta principal abierta y descendió con urgencia la escalera. Rosie apareció en ese instante y, tomándola del brazo ni bien puso un pie en el piso del vestíbulo, tiró de ella y salieron de la mansión.

—¡Rosie, espera! ¡¿Dónde está Violet? —espetó, preocupada, a la espalda de Ros.

—Ella... huyó también. Debe estar aguardándonos para ingresar al baile — le informó, con el rostro pálido, su hermana, sin detener su paso urgido.

Una vez estuvieron lo suficientemente lejos de la mansión Stanton, Daisy tiró de su brazo y detuvo a su hermana menor.

—Dime qué sucedió. ¿Qué fue ese ruido y dónde se fue Violet? —la interrogó fuera de sí.

—Tranquila, no pude verla bien, pero por su libertad de movimientos, parecía ilesa —la calmó Rosie, reanudando la marcha con ritmo más tranquilo; solo restaban unas casas para llegar a su destino—. Desde la ventana del vestíbulo vi aparecer un carruaje negro, iba a advertirles, pero este no se detuvo en la entrada de la casa. Luego oí voces amortiguadas en el pasillo, apagué las velas y me escondí tras las cortinas de la ventana, junto a la puerta. Desde ahí, vislumbré y reconocí a lord Bladeston subiendo la escalera, por lo que hice el silbido de advertencia. Después me dirigí hacia la biblioteca, en busca de Violet, y escuché una discusión en el interior, pero la puerta estaba trabada por dentro. Había otro hombre con Violet, aunque no reconocí su voz. No sabía qué hacer, así que corrí a la entrada y destrabé la puerta principal para estar preparadas para huir. Un minuto después, se oyó aquel estruendo y me asusté mucho al darme cuenta de que provenía de la biblioteca. Entonces apareció Violet corriendo y, antes de que pudiese salir nuevamente de mi escondite, ella abandonó la casa. Creo que al ver la puerta abierta, pensó que nosotras también habíamos escapado —relató Rosie con expresión aterrada.

Daisy se sintió culpable de haber arrastrado a sus hermanas allí y haberlas expuesto de aquella manera. Aunque, en su defensa, no creyó que las cosas se saldrían de control así. Esperaba que Violet estuviese bien, o no podría perdonarse.

Al arribar a la velada de los condes de Henderson, hallaron a la gemela

esperándolas en el interior, junto a las puertas de acceso al salón de fiestas. Daisy las guio hasta el cuarto de aseo y, afortunadamente, lo hallaron desierto. Un vistazo al espejo bastó para comprobar que las tres se veían terribles. Sobre todo Violet, que parecía haber sido arrastrada.

—¿Estás bien? —inquirió tomando a Violet por los hombros, pues ella parecía estar conmocionada aún. Su mirada esmeralda se fijó en ella y Daisy se preocupó al ver algo parecido al temor en los ojos siempre vivaces y determinados de la rubia.

—Letti... te ves... ¿qué sucedió? —preguntó, con suavidad, Rosie, tomando la mano de su gemela y llamándola por su apodo de la niñez. En ese momento, Daisy decidió que deberían inventar alguna excusa para volver a su hogar, no podían ingresar a la velada con aquel aspecto desastroso y delator.

—Sí... no... yo... —balbuceó Violet afectada, lo que logró que las hermanas intercambiaran miradas angustiadas, ya que no era normal ver en ese estado a su indómita hermana—. Yo... le... le disparé al duque de Riverdan y creo... que... que está muerto —declaró, finalmente, Violet, dejándolas impactadas.

CAPÍTULO 25

(...) He recibido su última carta. Milord, me emociona saber que pronto regresará a casa. Por mi parte, ya estoy instalada en la ciudad, en una semana seré presentada en sociedad. Pero me entristece saber que ya no será posible seguir escribiéndonos, es muy arriesgado. Milord..., aunque me he dicho una y otra vez que esto es una locura, algo indecente, mi corazón no oye advertencias y, a pesar de que mi temeridad no alcanza para revelar mi identidad, estoy lo suficientemente esperanzada para decirle que soy hermana de conde de Baltimore... Espero que no lo considere un descarado atrevimiento y esto lo guíe hasta mí. Siempre pensándolo (...).

Dama anónima

Extracto de una carta enviada al Caballero desconocido

—¡Diantres! ¿Withe, me oyes? —exclamó Andrew al ingresar a la biblioteca y localizar el cuerpo tumbado boca abajo del duque, junto a la chimenea—. ¡Riverdan, voy por ayuda, resiste! —lo instó, inclinado sobre él, al percatarse del charco de sangre que brotaba de su cuerpo.

—No. Estoy bien —lo detuvo Ethan con voz débil, tomando su brazo cuando se disponía a ponerse en pie.

—Pero... estás herido... —insistió Andy sin querer decirle que había mucha sangre y que estaba muy pálido.

—Es solo una herida superficial, créeme, me han disparado antes. Es mejor dejar las cosas así, no necesitamos el escándalo que resultaría de extenderse el rumor, yo mismo puedo curarme —contestó el duque, comenzando a sentarse con dificultad, al tiempo que apretaba su hombro izquierdo con la mano.

Andrew lo ayudó a quedarse sentado con la espalda apoyada en la pared y se quitó su pañuelo, el cual le ofreció para taponar la herida.

—¿Qué diablos pasó? —preguntó, observando cómo su amigo envolvía su hombro con destreza y anudaba con fuerza el pañuelo para detener el sangrado.

—Eso te pregunto yo. ¿Qué demonios sucede? No me dijiste que hubiese más personas involucradas en nuestra investigación, además del ladrón, por supuesto, y el conde de Baltimore —replicó Ethan con expresión seria, de a poco retomando el color a su cara angulosa.

—Ehh... ¿A quién te refieres? —le preguntó dubitativo, no quería explicar que la que había encontrado el mapa había sido Daisy. Pues conociendo a su amigo, no dudaría en utilizarla si la misión lo requería. Cuando se trataba de su trabajo, él era implacable y por eso no le había comentado nada de ella.

—De verdad sabes que mi paciencia es escasa, y ahora he agotado toda la almacenada para situaciones extremas. Dime ya mismo qué hacía lady Hamilton aquí —le cuestionó, molesto, el duque.

—Nada que afecte la investigación. No te alarmes, ya le di una lección. No creo que vuelva a entrometerse —contestó, evasivo, Andy.

—Bladeston, eres un ingenuo si crees realmente eso. Esa muchacha es un maldito demonio —siseó Ethan y comenzó a ponerse en pie—. Una entrometida metomentodo, irreverente, descarada y desquiciada —siguió tambaleándose un poco, su tono teñido de frustración y coraje.

—Ehh... —dijo Andy, incapaz de comprender la animadversión que el duque parecía sentir por Daisy, ya que por cómo la describía parecía estar hablando de otra persona—. ¿Dónde vas? Espera, no me has dicho quién te disparó, debes hacerlo, creo que esto se está poniendo más peligroso y deberíamos hablar con tu superior —lo frenó Andy al ver que ya se dirigía a la puerta.

—¿Pero en qué mundo estás? Te lo acabo de decir, me metió un balazo el demonio Hamilton, así la llaman. Tal parece que esa mocosa irreverente no heredó nada del encanto de su familia —escupió Ethan sosteniendo su herida.

—¿Lady Violet?... No hablas en serio... —balbuceó, incrédulo, Andy.

—No te atreves a reírte, Bradford... —lo amenazó el duque con un gruñido bajo.

Andrew negó con la cabeza, aunque una sonrisa se asomaba por la comisura de sus labios y sus ojos brillaban divertidos.

—Eres un bastardo... —musitó Riverdan y abandonó la casa seguido de las carcajadas del vizconde.

—Pequeña, te ves pálida. Voy a mandar a llamar al doctor, no interesa que te resistas —dijo, con el ceño fruncido, Steven, se puso de pie y salió del comedor.

Clarissa rodó los ojos y se devoró su cuarto bollito del platillo que su esposo le había servido.

—Creo que mi hermano hace lo correcto, Rissa. Últimamente no has estado bien y te ves agotada —comentó Daisy, a lo que sus hermanas asintieron.

—Cuñada, puede que estés encinta, ¿no crees? —interrogó Violetta sorbiendo de su taza.

—No lo creo. He comentado por carta mis síntomas a Lizzy, y ella no tiene nada de lo que yo siento, salvo los mareos al despertar. Pero dice experimentar falta de apetito, náuseas y vómitos. Además, la regla me vino el mes pasado, tal vez ahora simplemente se atrasó —negó la condesa mientras las hermanas sonreían con complicidad.

—Pues recuerdo que mi madre solía decir que cada embarazo es distinto, al igual que cada niño —aseveró Rosie con mirada entusiasmada.

—Quizás, pero si lo estuviese, lo sabría —decretó, encogiendo un hombro, Rissa.

—¿Y bien? ¿Qué tiene mi esposa, doctor? —le preguntó, ansioso, su hermano ni bien el delgado médico de la familia traspasó la puerta de la alcoba.

—Nada para alarmarse, milord. Su estado de salud es bueno y todo parece avanzar en orden. Eso sí, la condesa deberá hacer pocos esfuerzos y cuidar la ingesta excesiva de alimentos. Le recomiendo no desvelarse diariamente y descansar un poco más —respondió el médico, despidiéndose con un asentimiento a Stev.

—¡Espere! No me ha dicho qué tiene mi mujer —alegó, ya fuera de sí, Stev, interponiéndose en el camino del otro.

—¡Claro! Qué torpe, lo siento, milord, creí que ya estaba enterado. Lady Baltimore está embarazada, milord —anunció el matasanos, y el rostro de su hermano al oír aquello fue un poema—. Mis congratulaciones, señor —terminó.

—¿Stev? —intervino Letty pasando una mano frente al rostro petrificado de su hermano.

—¡Sí! ¡Estamos encintos! Gracias, gracias —exclamó, con alegría y un gesto de triunfo, Steven y, a continuación, corrió al interior de su cuarto.

Ellas se miraron sonrientes y, mientras el mayordomo acompañaba al médico, aguardaron su turno para felicitar a su cuñada. Ya era hora de recibir buenas nuevas. Daisy estaba feliz por su hermano y su esposa.

De pronto se escuchó una discusión proveniente del cuarto y ellas se observaron perplejas. La puerta se abrió y apareció el semblante ofuscado de Stev. Curiosas, ellas ingresaron tras el ademán que él les hizo y encontraron a Clarissa sentada en la cama, con los brazos cruzados y un ceño en su frente.

—Cuñadas, ¡ayúdenme a hacer entrar en razón a este hombre irracional y testarudo! —se quejó Clarissa.

—¿Disculpa? ¿Acaso hablas de ti? —interrumpió, tenso, su hermano desde el rincón opuesto.

Rissa lo miró con los ojos entrecerrados, y ellas a su vez estudiaron a la pareja, confundidas y extrañadas, pues nunca los habían visto discutir.

—¿Qué está pasando? Deberían estar felices... ¡Nos harán tías! —les dijo Daisy perpleja.

—Y lo estamos. Solo que este hombre necio pretende que le haga una promesa imposible y estúpida —se quejó Clarissa, apuntando con un dedo a su esposo, que apretó los dientes.

—¿Promesa, qué promesa? —inquirió, desorientada, Ros.

—Su hermano ha enloquecido. Insiste en hacer un acuerdo para que, si el bebé resulta ser niña, se postergue su presentación en sociedad hasta la mayoría de edad, y no solo eso, ¡pretende que se le prohíba a nuestra hija asistir a mascaradas y a Vauxhall! —explicó, iracunda, Rissa.

Las hermanas abrieron sus bocas asombradas y voltearon a ver al conde, que fulminaba a su esposa. Sus mejillas estaban ruborizadas y su boca, apretada en un rictus testarudo.

—¡Ay, hermanito! No nació y ya estás que te mueres de celos, ¡lo que te espera! —comentó Violetta, y las mujeres estallaron en carcajadas.

Esa noche, las tres asistieron al baile de lady Landon acompañadas de Steven. Clarissa debió quedarse en casa y ya amenazaba con enloquecer si su esposo no mermaba en sus cuidados. El baile estaba a rebosar de invitados cuando ellos hicieron su entrada.

Había pasado una semana desde lo sucedido en la mansión Stanton y no habían tenido noticias de ninguno de los caballeros. Daisy suponía que lord Andrew había viajado a investigar lo del mapa. Le hervía la sangre al pensar que la había apartado de su propia aventura y se enfurecía al recordar que tenía sus cartas en su poder. La noche en la que había ingresado a su casa, Andrew la había humillado de la peor manera. En un principio, fue tan tonta como para pensar que él no la había reconocido, pero cuando la besó, supo que se estaba burlando de ella y que quería darle un escarmiento por desobedecerlo. Y lo había logrado, no quería volver a verlo. Se sentía mortificada y apenada al recordar todas las veces que se había rendido entre sus brazos, al punto de abstraerse de todo. De olvidarse del mundo, de sí misma, de su caballero. Incluso teniendo a unos metros la prueba de que el vizconde era el ladrón de las cartas, ella se había entregado al placer de sus besos y sus caricias, y se odiaba por ser tan débil.

Pronto octubre llegaría a su fin y ninguna de ellas había tenido alguna petición de matrimonio formal. Desde el episodio en el jardín, donde había sido atacada, había coincidido algunas veces con West. Él le solicitaba bailes, la acompañaba a pasear por el jardín y hasta habían salido a Hyde Park. Ya no estaba tan segura de que él fuese el caballero desconocido. No sabía por qué, pero algo la hacía dudar. Por momentos, algo que él decía le hacía recordar a su caballero, pero luego esa sensación se esfumaba y era reemplazada por un extraño desasosiego. No obstante, no podía negar que le agradaba conversar con West y a menudo su corazón se aceleraba bajo su intensa mirada gris.

Por otro lado, creía que, de ser su caballero desconocido, a esa altura debería haber dado a conocer su identidad. Pero luego pensaba que tal vez él no la había reconocido. Después de todo, en sus cartas no había dicho nada que facilitara hacerlo. Solo que era hermana del medio, que era más bien tímida y amante de los libros y que sería presentada en sociedad esa

temporada. También se había atrevido a comentar que no era una belleza típica y solicitada, más bien lo contrario. Pero esa descripción no le ayudaría a identificarla entre las cientos de debutantes. Solo quedaba un atisbo de esperanza, ella le había enviado una última carta diciéndole el nombre de su hermano y que estaría instalada en su casa al llegar a Londres, pero no había obtenido respuesta, aunque el cartero le había asegurado que la carta había sido retirada, lo que la dejaba igualmente confundida y nerviosa.

Además, estaba el hecho de que intuía que West solicitaría su mano y autorización para un cortejo formal. No sabía qué respondería Steven, pero no creía que se la denegara, pues a pesar de no tener título, lord Anthony era hermano del conde de Cavandish y proveniente de una de las familias más antigua de la nobleza inglesa. En síntesis, era un buen partido, y no siendo ella un éxito social, no podría aspirar a algo mejor. Y si era sincera, si no podía tener a su caballero desconocido, la idea de aceptar a West no le desagradaba, él era divertido, amable, ocurrente y culto. No la avasallaba ni alteraba, era un buen oyente y excelente conversador. Además de atractivo y seductor. En el tiempo que habían compartido, no había podido evitar preguntarle por su mejor amigo, ya que Steven no soltaba prenda, y ella quería enterarse de la investigación, pero West había dicho desconocer su paradero, y a Daisy le pareció que había algo que el hombre estaba evitando decir.

La noche transcurría entre bailes y conversaciones banales cuando vio aparecer a West. Vestía de etiqueta y esbozaba su traviesa sonrisa habitual, nada que ver con el gesto adusto que su mejor amigo conservaba siempre.

—Buenas noches, bella dama —la saludo él luego de hacerlo con sus hermanos.

—Milord —correspondió ella un poco ruborizada por tener sobre sí la mirada abrasadora del caballero.

—Déjeme decirle que su belleza esta noche me ha dejado sin aliento —confesó West sin soltar su mano.

Rosie soltó un jadeo, Violet arqueó una ceja y Steven frunció el ceño.

—Disculpe mi atrevimiento, lord Baltimore. Había planeado esperar a mañana para enviar una nota, pero con solo ver a su hermana, mi corazón se ha adelantado por mí —siguió diciendo lord Anthony sin apartar los ojos de la joven.

—¿Qué estás queriendo decir, West? Ve al grano —lo cortó Stev serio. Después de todo, conocía al hombre desde joven debido a su amistad con el hermano de Nicholas.

—Estoy diciendo que deseo que me conceda la mano de lady Hamilton en matrimonio —respondió el castaño con voz firme, desviando en ese instante la mirada hacia el conde, con solemnidad absoluta.

CAPÍTULO 26

Porque pregunta ahora si en los tiempos pasados que han sido antes de ti, si desde un extremo del cielo al otro se ha hecho cosa semejante a esta, o se haya oído otra como ella.

Deuteronomio 4:32

Decir que la petición de West fue una sorpresa sería exagerado, pero el momento en que escogió para hacerlo causó bastante conmoción. Sobre todo en Daisy, que se quedó petrificada y con el pulso acelerado.

Steven frunció aún más su ceño y le hizo un ademán al caballero para que lo siguiese, y este, dedicándole una última mirada a la joven, así lo hizo.

—Sisy... eso fue... —musitó Rosie con sus ojos brillantes.

—Supongo que dirás que no, ¿verdad? —intervino Violet con sospecha.

—Yo... —Daisy no sabía qué respondería. Había pensado que, cuando ese momento llegara, le sería más fácil decidir, pero no era así en absoluto. Sentía un nudo en el estómago y un leve mareo.

—Estás confundida... —terminó, por ella, Ros, apretando su mano con cariño.

—No... es decir... es que... —balbuceó Daisy mirando de una a la otra.

—Te crees enamorada del caballero de las cartas, pero al mismo tiempo sientes algo por lord Bladeston desde pequeña y te atrae West también — afirmó Violet con una semisonrisa.

—¡Violet! —la reprendió la otra gemela al ver el rostro lívido de su hermana mayor.

—¿Qué? Ya no podía seguir fingiendo que lo ignoramos —se justificó

encogiendo un hombro.

—Pero... ¿cómo...? ¿Desde cuándo...? —preguntó Daisy con pasmo.

—Te veíamos extraña en el verano, Sisy..., por lo que un día que saliste a caminar, ingresamos a tu alcoba y encontramos sobre tu escritorio una carta a medio terminar... —comenzó a explicar Ros con mirada culpable. Una mirada que despertó alertas internas en la mayor, pues conocía a la perfección el brillo que aparecía en los ojos de las gemelas cuando habían cometido alguna travesura—. Y por supuesto, la leímos. No puedo evitar decirte que quedé catatónica al leer lo que le respondías, sí que eres una caja de sorpresas, tímida, sensata y todo —la provocó Violet, arrancándole un intento de sonrisa con sus ocurrencias.

—No es lo que creen... yo... —balbuceó, mortificada, Daisy.

—No tienes que defenderte, hermana, hiciste lo que sentías. En los sentimientos no se manda, al igual que es evidente que tienes alguna especie de conexión con lord Bladeston —la cortó, mirándola con empatía, Rosie.

—¡Claro que no! Solo siento desprecio por ese... ese... —replicó sulfurada y ruborizada.

—Ese demonio de ojos azules. Con el que te alteras, reaccionas y respondes como con nadie. No te preocupes, Sisy, tu secreto está a salvo con nosotras —aseguró Violet con una mueca decidida.

Daisy quedó estupefacta ante estas nuevas revelaciones y demasiado desorientada. Por fortuna, el regreso de Steven la salvó de tener que contestar el comentario de su hermana. El conde les hizo una seña para que se fueran y abandonaron la fiesta. Durante el regreso a casa, no mantuvieron diálogo, cada cual iba ensimismado en sus asuntos. Al llegar a la mansión, las gemelas subieron directo a su cuarto y Daisy hizo lo propio acompañando a Stev a su despacho.

—Daisy..., ¿por qué no me dijiste que West te pretendía? —la interrogó el conde ni bien estuvieron acomodados frente a la chimenea encendida, pues esa noche había refrescado bastante.

—Stev... —soltó ella, largando todo el aliento contenido y aflojando sus hombros, derrotada—. No lo sé, sucedió todo demasiado rápido —dijo después de una pequeña pausa.

—Sabes que puedes confiar en mí, ¿no? Y que estoy aquí para ti, para lo que

sea. Si eso es ayudarte a conseguir al caballero que tu corazón quiera, o para romper con mi puño el rostro del que te moleste, hasta para aceptar la decisión que tomes. Eres mi hermana y una de mis tres bellas flores, no hay nada que no esté dispuesto a hacer por ti —aseveró el conde, destilando amor fraternal por sus ojos verdes dorados.

—Tevi... —balbuceó Daisy, conteniendo la emoción, como solía decirle cuando le costaba pronunciar su nombre y apenas se sostenía en sus piernas, pero quería perseguir a su hermano a donde fuese porque creía que era su príncipe dorado.

—Ven aquí... —la llamó él, y se fundieron en un abrazo fuerte.

—¿Y bien? ¿Qué debo decirle a West? —inquirió Steven después de que recobraron la compostura, mirándola expectante.

—¿Acaso no le respondiste en la velada? —contestó ella apretando sus manos en su falda con cierta aprensión.

—No exactamente. Le dije que no había realizado la propuesta más ortodoxa y que bien podría haber esperado a solicitar una cita conmigo a una hora decente —explicó, con acritud, el conde—. Y finalmente le advertí que, a pesar de que yo no tendría objeciones para aceptar un posible enlace entre ustedes, solo te concernía a ti decidir si aceptas su propuesta, y yo respetaré tu voluntad.

Daisy solo lo oyó en silencio, no esperaba otra respuesta de su hermano. Y a pesar de que eso la aliviaba inmensamente, también la agobiaba terriblemente, ya que su futuro estaba por completo en sus propias manos.

—Una cosa más, Daisy. West me encomendó decirte que espera recibir tu respuesta en el baile de los condes de Cavandish.

Era el evento anual organizado por el hermano y la cuñada de West. Esa noche le daría rumbo a su destino y solo quedaban dos días para eso.

Andrew aguardó a que el lacayo extendiera la escalerilla del carruaje familiar y descendió con poco ánimo del coche. Hacía solo unas horas atrás había arribado a la ciudad y estaba agotado y de no muy buenas migas. Las pistas que habían surgido en base a las pesquisas que habían realizado sobre el maldito mapa habían resultado ser erróneas, y el resultado fue tener que

embarcarse en un viaje inútil por los condados del interior. Así y todo, entregó su invitación al mayordomo e ingresó a la velada donde Steven y Ethan lo esperaban para oír las supuestas novedades.

El enorme salón de techo abovedado y arañas de cristal estaba a rebosar de asistentes. Estatuas y objetos de arte decoraban cada rincón y transmitían un claro mensaje de la riqueza y la ostentación que caracterizaba a los anfitriones. Lord Charles West, conde de Cavandish, nunca le había caído bien siendo niño, y en ese momento en que conocía sus múltiples perversiones, solo sentía desprecio por el hermano de su mejor amigo y lástima por su esposa. Sabía que Anthony debía estar por ahí y por primera vez no deseaba cruzarse con él. Lo conocía lo suficiente como para estar seguro de que no había acatado su orden de mantenerse alejado de Daisy Hamilton. Y se negaba a pensar otra vez en dicho asunto.

Y como si el destino estuviese empeñado en hacerle la vida imposible, ella apareció en su campo de visión. Y al instante su estómago se contrajo y pensó que todas aquellas infatigables veces en las que en rememoró su persona no le habían hecho justicia. Era preciosa... a su peculiar y única manera. Y su vestido de tafeta jade no hacía más que realzar los tesoros que ella no parecía saber que tenía.

Su ceño se frunció al percatarse de que un hombre la estaba guiando del brazo y que aquel era Tony. Incapaz de reprimir el impulso, cruzó el salón para seguirlos fuera del jardín. Por un momento, los perdió de vista, pero pronto localizó el destello verde claro junto a una esquina que llevaba al lateral de la casa y se apresuró a escabullirse entre el frondoso follaje que colgaba de las paredes, desde el techo hasta rozar el suelo empedrado.

—Por favor, bella dama..., no aumente más esta tortura y dígame si está dispuesta a darme una respuesta —le suplicó West, tomó sus manos enguantadas y las presionó con suavidad.

—Milord... —dudó Daisy, viendo sus ojos reflejados en las brillantes pupilas gris oscuro del caballero.

—Es usted lo que pienso cada noche antes de dormir y a quién anhelo ver por la mañana, desde el primer momento en que la vi —la cortó él con mirada esperanzada.

—West... —volvió a decir Daisy con el aire retenido.

—Por favor..., concédame el inmenso honor de convertirla en mi esposa. Viviré por usted, milady, seré un esposo abnegado y dedicado por entero a hacerla feliz —completó lord Anthony.

—Y... yo... —tartamudeó ella.

—Anthony —se oyó, interrumpiendo la respuesta vacilante de Daisy.

Ambos giraron la cabeza y encontraron la silueta delgada y alta de un hombre que los observaba.

—Charles, estoy ocupado. ¿Qué sucede? —inquirió, irritado, West, soltó la mano a regañadientes y enfrentó a su hermano mayor.

—Madre solicita tu presencia —anunció el conde, desviando sus ojos grises hacia ella un instante. Ambos eran increíblemente parecidos, solo que el recién llegado no poseía el aura irreverente y encantadora del hermano menor.

—Está bien, ahora voy —concedió, a regañadientes, West y se volvió hacia ella—. ¿Puedes esperarme aquí? Solo demoraré unos minutos —le pidió el.

—Está bien, milord —aceptó Daisy, y ambos hombres se fueron y la dejaron con sus dudas, sus nervios y la mirada pérdida en el horizonte.

—¡Vaya! Lo que uno tiene que escuchar —dijo, de pronto, una voz ronca y grave que la hizo emitir un grito espantado y girar precipitadamente hacia el intruso.

—¡Es un canalla! Me ha dado un susto de muerte —le reprochó Daisy, fulminándolo con la vista, con una mano sobre su pecho agitado.

—La impresión me la he llevado yo teniendo que oír semejante barrabasada —replicó Andrew avanzando hasta detenerse muy cerca.

—No es mi problema que carezca de modales y ande escuchando conversaciones ajenas —contraatacó ella, pero retuvo el aliento al elevar la vista y ver su rostro contraído por la ira.

—¿Qué piensas contestar? —inquirió Andrew con tono demandante y mirada fría.

—No... No le debo ninguna explicación —murmuró ella, desviando apenas la vista de los azules que la taladraban con reproche.

—¿No? ¿Estás segura? —objetó, con tono bajo, él y avanzó más, hasta que ella, que había retrocedido con cada paso, terminó encerrada entre la pared y su potente figura.

Sin aliento, Daisy tragó saliva y asintió con la cabeza como respuesta.

Andrew elevó una ceja desafiante y un músculo palpitó en su mejilla endurecida.

—Déjame refrescarte la memoria, milady —respondió con voz gutural.

Y antes de que la joven pudiese asimilar esas palabras, él se abalanzó sobre ella y estampó sus labios sobre los suyos con brutal intensidad, arrancándole un jadeo. Una de sus manos la tomó por la nuca, obligándole a elevar más la cabeza, y su dedo pulgar presionó su mandíbula para lograr una mayor invasión. La otra mano presionó su espalda y empujó sobre la cintura para estrellarla contra su cuerpo. Cada una de sus terminaciones nerviosas reaccionaron encendiéndose bajo el abrasador fuego de ese beso, y el hombre lo sintió respondiendo con un gemido gutural mientras saqueaba su boca y lograba de ella una rendición absoluta.

El frío aire golpeó su rostro cuando el vizconde separó sus labios bruscamente, alejándose apenas un milímetro, ambos respirando trabajosamente. Su cuerpo se había convertido en una masa temblorosa y su pulso latía alocado.

—¿Qué vas a contestar, Daisy? —repitió Andy sobre sus labios, mirándola con intensidad.

Daisy se quedó viéndolo impactada y atónita, su boca se abrió, pero nada salió. Entonces se oyó detrás del vizconde una voz suave.

—¿Drew? —dijo en un resuello la persona como si tuviese un enorme nudo en su garganta.

Andrew se tensó como una roca y su rostro empalideció tanto que Daisy temió que estuviese por desvanecerse. Lentamente, lo vio darse vuelta y su voz tembló cuando dijo:

—Amelia...

CAPÍTULO 27

Mis ojos se oscurecieron por el dolor, y mis pensamientos, todos son como sombras.
Job 17:7

Andrew sintió un escalofrío subiendo por su espalda al oír esa suave y melodiosa voz que jamás había pensado volver a escuchar, y se quedó inmóvil, viendo la expresión confundida de Daisy. Como si estuviese observando la situación de lejos, sintiendo su cuerpo pesado y rígido, se giró y comprobó que no lo había imaginado.

—Amelia —susurró, tragando saliva.

Ella estaba parada a solo unos metros, su pequeño rostro esbozaba una expresión tan conmovida como la suya. No había cambiado prácticamente nada, su cabello dorado brillaba con la misma intensidad, aunque ahora lo llevaba en un peinado más sofisticado. Sus ojos, en ese momento empañados, ya no conservaban ese brillo inocente, pero aún parecían un bello cielo de mayo. Y su silueta era tal y como la recordaba, perfecta, aunque resaltada por un sensual y estrafalario vestido color granate que evidenciaba su condición de mujer casada y su posición privilegiada.

Atónito, Andy la miró enmudecido, y ella, soltando un jadeo, se arrojó en sus brazos y lo abrazó con ímpetu. Sorprendido, él se tambaleó un poco por el impacto y la sostuvo por los brazos para evitar trastabillar. Su perfume invadió sus fosas nasales y de inmediato los recuerdos golpearon su interior. Entonces ella se puso rígida y se separó bruscamente, con el semblante pálido.

—Drew... Yo... lo siento..., no quise interrumpir... —balbuceó ella, retrocedió un paso y desvió la vista hacia donde estaba Daisy.

Andy, incapaz de asimilar que tenía a esa mujer enfrente después de tres años sin verla, se llevó una mano a su cabello, y ella, consternada, negó con la cabeza y comenzó a voltearse.

—¡No! Aguarda... No has interrumpido nada, solo conversaba con mi familiar política. —La detuvo sosteniendo su delgado brazo. No podía dejar que creyera que estaba intimando con Daisy o podría arruinar su reputación, y por su altura y la posición en la que los había encontrado, de seguro solo había visto su espalda y poco más.

—Está bien. Pero de todas formas debo volver dentro, me estarán buscando —contestó ella con ese gesto tímido que recordaba.

Él soltó su brazo, asqueado al caer en cuenta de que ella, luego de rechazarlo, se había casado con el hombre que su familia había aceptado, un duque treinta años mayor, y el dolor de esa traición hizo arder su pecho. Pero ya no dolía como antes, simplemente le enojaba darse cuenta de lo imbécil que había sido. Enfadado, le dio la espalda a la rubia y se percató de que lady Daisy se había esfumado.

—Claro. Tu marido, ¿no, excelencia? ¿Ya le has dado su heredero al bueno de Vellmont? —inquirió, girando nuevamente hacia Amelia, con expresión fría y tono cínico.

—Estoy con mi madre. Y no... —vaciló Amelia mirando hacia abajo—. Mi esposo falleció el año pasado, no pudimos concebir, pues él estuvo muy enfermo mucho tiempo —relató ella, levantó nuevamente sus ojos celestes y lo miró con profunda tristeza y anhelo.

—Mis condolencias entonces, su excelencia —dijo, rígido, él.

Ella era viuda, estaba impactado por esa noticia de la que no estaba al tanto, pues luego de desposarse, Amelia había desaparecido de la faz de la tierra. Él había sufrido demasiado su desprecio, su rechazo y le había aliviado no tener que encontrarla en cada esquina, más previniendo eso, se había embarcado en un viaje tras otro. Hasta que el dolor mitigó y el rencor fue solo un recuerdo desagradable.

—Estuvimos instalados en Francia, su familia está allí, y los médicos que lo atendían —continuó ella acercándose un paso—. Drew..., no puedo creer que esté frente a ti. Yo no pude... No he dejado de pensar en ti nunca... —terminó la rubia, puso una mano en su pecho y lo miró con desesperación y súplica.

Andrew observó la perfección inmaculada de su rostro, detuvo su vista en los rosados labios que tenía a solo unos centímetros de distancia y sintió rabia.

—¿Cómo puedes tener el descaro de decir esto? No puedes simplemente regresar y pretender que yo te reciba con los brazos abiertos. Tú me humillaste, me rechazaste por ambición, por codicia, por interés. Te vendiste como una cualquiera... —le espetó con tono bajo y mordaz, alejándose de ella.

—¡No! Por mi vida que no fue así —alegó ella, soltando un amargo sollozo—. Andrew..., hay cosas que no sabes. Pero yo he vuelto con la esperanza de poder explicarte. Con la ilusión de que todavía fueses un hombre libre y poder recuperarte —declaró ella derramando lágrimas de quebranto—. Y si fuese demasiado tarde para eso, quería contártelo todo y por lo menos obtener tu perdón y tu amistad —afirmó Amelia con la esperanza marcada en la cara.

—Yo... —dudó él, desorientado y perdido, examinando a la mujer que le había causado tanta amargura, pero también demasiada dicha.

—Amelia —intervino una voz. Era una mujer mayor que venía caminando hacia ellos con prisa. La joven se secó rápidamente las lágrimas con sus manos enguantadas y volteó hacia la mujer.

—Hija..., estabas demorando demasiado. El anfitrión ha solicitado la presencia de todos porque desea hacer un anuncio —comentó la dama a la que, teniendo próxima, reconocía como la madre de Amelia, aunque se veía bastante envejecida.

La joven viuda la escuchaba con postura rígida y, al parecer, no se sentía cómoda frente a su progenitora. Y no la culpaba, era sabido que esa mujer era una serpiente sin corazón.

—Oh, milord, perdone mi descortesía. Es un placer volver a verlo —continuó, fijando la vista celeste en él.

Andrew elevó una ceja ante su inesperada amabilidad y solo asintió en respuesta. Y siguió a las damas hacia el salón.

Dentro, todo parecía alterado. Los invitados se habían agrupado frente a la tarima de los músicos y lacayos circulaban repartiendo copas de champán. La conversación era ensordecedora, pero descendió a meros murmullos cuando se vio aparecer al conde de Cavandish en el escenario. Su aspecto impoluto,

vestido de negro, exudaba riqueza y posición. Y su mirada gris recorrió el lugar con pedantería mientras hacía sonar su copa hasta que el silencio llenó el lugar.

—Buenas noches, damas y caballeros. Es un placer recibirlos en mi hogar y espero que estén pasando una velada maravillosa. Quisiera que sean parte de un importante anuncio familiar, y por eso le pido a mi hermano que me acompañe, por favor —anunció el conde elevando la voz.

La multitud se abrió más adelante y el corazón de Andrew se detuvo al ver a Anthony pasar, llevando del brazo a lady Daisy.

«No puede ser lo que pienso. Ella no puede haber aceptado la propuesta de Tony...».

Incrédulo y enardecido, Andrew comenzó a avanzar hacia la pareja. No podía permitir que eso ocurriera, ella no podía aceptar la propuesta del canalla de su amigo. No después de lo que había pasado entre ellos, de lo que sabía que ella sentía por él. Porque él también lo sentía, no podía definirlo, pero en el fondo de su corazón, y por más que se había esforzado en disfrazarlo como rivalidad, algo lo unía profundamente a Daisy. Con precipitación, llegó hasta adelante, justo cuando ellos se predisponían a subir al escenario, mientras el anfitrión continuaba hablando y captando la atención de los asistentes.

—Daisy... —la llamó cuando ella subía el primer escalón.

Ella se paralizó y su espalda se envaró; a su lado, Tony también se detuvo y giró la cabeza hacia atrás.

—Bladeston, no es momento —le advirtió West con gesto serio e impaciente.

—No te entrometas a menos que quieras terminar la noche en una cama del hospital comunitario —lo amenazó Andy con un gruñido feroz.

—Daisy..., ¿qué estás haciendo? —dijo a la espalda de la muchacha que no daba muestras de reacción, solo su mano aferrando con fuerza la baranda.

Por unos segundos, aguardó que ella se girara, que lo mirara para poderle decir que por fin comprendía cuán única y maravillosa ella era. Que desde que había regresado a Inglaterra, no había podido apartarla de su mente, y desde que había probado sus labios por primera vez, no había podido borrarla de su corazón. Que por fin lo veía todo claro, nunca había sentido antagonismo por

ella, solo era su manera de protegerse, de negar absurdamente el amor que siendo un niño ella había despertado en su interior. Sin embargo, ella no se volteó, lo ignoró y subió un escalón más. No iba a escucharlo, ella lo dejaría atrás, enterraría lo que había florecido entre ellos, los condenaría a vivir en el desasosiego y la infelicidad.

—Eres una cobarde... —le espetó, iracundo, Andy, sintiendo su interior colisionar por el dolor y la ira de su indiferencia.

Entonces Daisy se enderezó y lo enfrentó lentamente. Su cara estaba completamente desprovista de expresión y solo parecía una máscara que representaba los rasgos de otra persona. No había brillo en sus ojos dorados, ni el gesto afable y dulce que siempre apreciaba.

Andrew abrió los ojos, herido por el odio que reflejaban los de ella, y se sintió desfallecer al comprender que había estado ciego todo ese tiempo buscando a alguien más, esperando a otra persona, cuando había tenido enfrente a la mujer que lo había hecho revivir en muchos aspectos. A la mujer que era real, auténtica, que de alguna manera siempre le había pertenecido y él a ella.

—Daisy... —murmuró con agonía, dando un paso hacia el frente.

—No —lo detuvo, cortante y fría—. El cobarde es usted, y no pierda su tiempo conmigo. Yo no le debo ninguna explicación, no le debo nada. Usted solo es mi pariente político, haga el favor de recordarlo —replicó, con acritud, Daisy y, apartando la vista de él como si el solo hecho de mirarlo la enfermara, se aferró a West y terminó de subir al escenario.

—Ven, mi dama, sonríe, es hora de anunciar al mundo nuestra felicidad —le dijo West apretando su mano.

Daisy solo se dejó guiar, tenía la vista clavada en un punto fijo para tratar de aparentar la mayor imperturbabilidad posible, mientras por dentro sentía el alma desgarrada en pedazos.

El conde, y en ese momento futuro cuñado, anunció su compromiso y todos los presentes levantaron sus copas y brindaron por los prometidos. Daisy bebió de la suya, tratando de disimular el violento temblor de su mano. Cuando giraron para retirarse del escenario, ella cerró los ojos, pues no se creía capaz de volver a mirar el rostro de Andrew. No podía ver los rasgos de la persona que la había destruido en cuerpo y alma, que la había hecho sentir

miserable, sin valor, desechable después de hacerla vibrar entre sus brazos y permitirle acceder a partes de su ser y cuerpo que jamás nadie había explorado.

Todavía había tenido el tupé de mostrarse herido y reclamarle pareciendo abatido y con la mirada atormentada, cuando él solo se había estado divirtiendo con ella. Le había hecho creer que era alguien especial, hermosa, pero solo había tenido que aparecer esa mujer de insuperable belleza y magnificencia única para que el vizconde la desechara como a un objeto inservible.

Su corazón se rompió al ser testigo de la reacción de Andrew al verla, al percatarse de que esa dama, además de ser lo que ella por más que se esmerara en arreglarse nunca sería, tenía algo mucho más valioso e irrefragable: el amor del hombre que en ese momento entendía que era el dueño del suyo.

Al abrir los ojos, no pudo evitar mirar hacia donde él había estado, pero encontró el lugar vacío. Angustiada, comenzó a recibir los enhorabuena de las personas que se acercaban, al tiempo que sus rodillas temblaban y su pecho ardía por el llanto contenido. Su mente no parecía asimilar lo que estaba sucediendo. Con cada doloroso pensamiento sentía su ánimo oscurecerse como una sombra. Comenzó a sentirse sofocada, sus pulmones parecían cerrarse y su respiración se volvió frenética. Aterrada, tiró del brazo de West, y este la miró con expresión alarmada, le dijo algo, pero Daisy no pudo escucharlo, pues un fuerte mareo hizo ennegrecer su visión.

CAPÍTULO 28

(...) Mi dama. Imagino que ya estará instalada en la ciudad porque no ha respondido mi última misiva. Como le dije, pronto estaré en Londres, ya no le escribiré para no arriesgar su reputación y que alguien pueda descubrir nuestro intercambio. Pero le dejaré mi dirección, que es más bien la de la casa de mi hermano. Por favor, no dude enviarme allí una nota con la suya. Yo estaré esperando por ti y te buscaré para desposarte. Quiero conocerte, quiero por fin tenerte entre mis brazos, pero sobre todo quiero mirarte a los ojos y saborear mi nombre en tus labios. Hasta que eso sea real, seguirás existiendo en cada uno de mis sueños (...).

Siempre tuyo, Caballero desconocido.

Extracto de una carta enviada a la Dama anónima.

—**B**ladeston —dijo la voz de Ethan, y Andy levantó la cabeza para encontrarlo tomando asiento frente a él.

—Wiiittttheee —pronunció con voz pastosa, intentado enfocar al duque.

—Recibí tu nota. Y te vi abandonar el salón intempestivamente. Estás borracho, hombre —señaló Ethan, arrebatándole el vaso al ver cómo el vizconde intentaba servirse otro trago y derramaba el contenido en la mesa.

—No, yyyooo esstoy... —negó Andy reclinándose hacia atrás.

—Esas botellas te desmienten —recalcó Ethan mirando las dos vacías—. Vine porque me citaste para darme novedades de la investigación, pero olvídale, luego hablaremos, cuando no estés como una cuba —prosiguió él, negando con la cabeza.

—Yyya te dijijje que no esstoy borrachhho. Solllo porquee tu no be... bebass nunca, no quie... —replicó Andy con su ceño fruncido.

—Ya está bien. Por esto no bebo, me niego a hacer el ridículo y a perder el control de mí mismo de esta manera —contestó Ethan y miró a su amigo preocupado—. ¿Qué sucedió? Estás así por ella, ¿no? Por lady Daisy Hamilton... —preguntó serio.

—Ella... se va a casar con el imbécil de Tony... —balbuceó Andy y dejó caer la cabeza en sus manos; ya hablaba mejor, como si el recordatorio lo hubiese despabilado—. Porque... me rechazó para irse con él... No soy demasiado bueno para nadie... Todos me traicionaron, Brandon... Anthony; la mujer que creí encontraría al volver a Londres y jamás apareció a pesar de que le dije dónde encontrarme... Amelia... ella regresó... Y Daisy jugó conmigo... Yo... creí que estaba naciendo algo entre nosotros..., pero no... no significó nada para ella... solo un pasatiempo... —confesó con la mirada perdida.

Ethan elevó ambas cejas al oír su enrevesada confesión, alguna sospecha tenía ya sobre su relación con la dama, y creía recordar que el tal Brandon era el tío de Steven Hamilton, quien había engañado a Andrew haciéndose pasar por su amigo. Pero la tal Amelia no tenía idea de quién era.

—Todavía no está casada, hombre. La guerra no está perdida y no hay peor batalla que la que no se pelea —respondió algo incómodo, él no era de los que daban consejos de ningún tipo, y menos de amor—. Y de verdad, ya sabes que West es un arrogante bastante inescrupuloso. No creo que esté interesado en verdad en la joven; si la deseas para ti, no te rindas sin luchar —terminó el duque, y Andy se quedó en silencio, con la vista puesta en su rostro.

—Él sí la quiere. Lo noté desde el primer día en que la conoció, no dejó de rondarla y preguntarme por ella. Y él tiene mucho más fortuna que yo, que tengo una situación aceptable a pesar de tener título. Ni siquiera tengo una propiedad que me pertenezca, tal vez por eso ella decidió aceptarlo —enfaticó Andrew esbozando una mueca mordaz.

—No conozco a la joven, mas por lo que he podido ver, ella no parecía muy feliz con el anuncio del compromiso —comentó el duque, lo que hizo que los ojos de Andy volasen de nuevo hacia él.

—¿Por qué lo dices? Yo la vi muy bien cuando fui a hablarle —preguntó con gesto adusto.

—Lo digo porque, solo unos minutos después de que te fueras, lady

Hamilton sufrió un desmayo en pleno salón y... ¿a dónde vas? —se interrumpió el duque al ver que él se levantaba con urgencia.

—Tengo que verla... —fue lo último que dijo, y se perdió por el pasillo que llevaba a la salida del club.

Ethan se recostó en el asiento y negó con la cabeza cuando un lacayo le ofreció servirle. Tendría que empezar a tomar las riendas de la investigación él mismo. Andrew estaba demasiado implicado y prácticamente no habían avanzado nada. Por eso, él se negaba a complicarse la existencia con las mujeres, ellas solo eran buenas para una cosa, y fuera de eso, solo traían problemas. No tenía más que moverse un poco y el ardor en el hombro le recordaría cuán cierto era aquello. Mejor no invocar al demonio, aunque le divertía recordar la reacción de esa mocosa al verlo ingresar al salón del conde de Cavandish.

Violet Hamilton ya lo creía muerto al parecer, y verlo vivo y coleando no le sentó muy bien. Y la comprendía, porque hubiese sido mejor para ella que el tiro no se desviara. Aprendería que con él no se jugaba y que el que se la hacía, se las pagaba.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Rosie y depositó la taza de porcelana en la mesita junto a la cama de Daisy.

—Sí, estoy bien. No se preocupen, vayan a descansar —respondió Daisy con un ademán de su mano.

—Sisy..., no nos iremos aún. ¿No piensas explicarnos qué está pasando? Te comprometiste con West, y después te desvaneciste y parecías un cadáver, y ahora pretendes que... —replicó, airada, Violet.

—Letty, ¡basta! —la cortó, con voz firme, Rosie, y la otra gemela enmudeció sorprendida—. No es momento, Daisy no se siente bien y no nos necesita sobre ella importunando. Cuando esté lista nos dirá, ella sabe que puede confiar en nosotras —afirmó Ros, se inclinó para darle un beso a su hermana y luego se volteó hacia la puerta—. Vamos —llamó a la otra, y Violet solo asintió pasmada y, tras darle un apretón en su mano, siguió a su gemela.

Daisy soltó el aire con pesadumbre, cerró los ojos un momento y, otra vez, apareció el rostro de Andrew mirando a esa mujer, la expresión de angustia,

de anhelo, la desesperación en su voz, todo junto. Y regresaban esas palabras: «No has interrumpido nada, solo conversaba con una pariente política...».

El dolor que había sentido al oírlas fue tal que sintió deseos de desaparecer, y así lo había hecho. Retrocedió aturdida, buscando a tientas alguna vía de escape, algo que le permitiera salvar su dignidad al menos. Y unos metros más allá, había vislumbrado una puerta de madera, lateral. Girando el picaporte, comprobó que no tenía llave y la abrió con precipitación. Pero antes de traspasar el umbral, había mirado atrás y vio a la mujer rubia lanzándose con ímpetu a los brazos de Andrew y a este rodeándola con ellos.

No había sido capaz de mirar más. Ingresó a la mansión sintiendo el cuerpo agarrotado y la sensación de que se desmayaría en cualquier momento, y entonces, con la vista más borrosa por las lágrimas retenidas, había colisionado contra un cuerpo.

—Lo si... siento —había balbuceado, estabilizándose y esquivando al hombre sin levantar la vista.

—Lady Hamilton, la estaba buscando —había dicho él y la detuvo por su brazo.

Daisy había levantado la cabeza, vio el rostro confundido de West y, sin saber el motivo, toda la angustia que venía reteniendo la saturó y rompió en llanto. El caballero la miró consternado y, a continuación, la envolvió en un fuerte abrazo. Daisy había llorado desconsolada, incapaz de continuar reprimiendo la devastación que sentía por dentro. Ya nada sabía, lo que sentía, lo que debía hacer y qué esperar de su futuro. Mientras tanto, West la contenía, pero manteniendo el respeto y sin preguntarle nada, lo que la reconfortó y le transmitió tanta calma y paz, que por fin el nudo de angustia en su pecho mermó y sus lágrimas cesaron lentamente.

—Disculpe, lo siento mucho, yo... mejor me voy —se había excusado mortificada, se separó del hombre y pegó su barbilla lo más que pudo a su pecho, incapaz de dar la cara.

—Milady, espere —había hablado, con suavidad, West, y cuando ella lo hizo, él tomó su barbilla y se la levantó despacio—. Míreme, no tiene de qué avergonzarse, todo lo contrario. Y aunque no lo crea, yo la entiendo —le había dicho cuando sus ojos se encontraron, y el brillo que sus pupilas grises despedían la conmovió.

—Yo... no sé qué decir, milord —había susurrado ella, aceptando el pañuelo que le ofreció.

—No es necesario, ya lo he adivinado. Sé que algo sucede entre Andrew y usted, y también sé que él está enamorado de otra mujer —había declarado, y Daisy se ruborizó más, avergonzada—. Pero también sé que me gusta de verdad, milady, que yo la quiero, y por eso no deseo que se sienta presionada ni obligada conmigo. No se preocupe por mí, yo sé lo que se siente amar en silencio y puedo comprender su dolor, solo permítame decirle que usted es maravillosa, y si ese caballero no lo puede ver, no vale ninguna de esas lágrimas y estará mejor sin él —prosiguió, y sonrió con resignación y tristeza—. Venga, la acompañaré de regreso al salón y veremos la manera de entrar sin que nos vea nadie... —le había indicado luego de unos segundos en los que solo se miraron en silencio.

—Un momento... —le había frenado, con brío, Daisy, a lo que él respondió deteniendo la marcha—. Acepto su propuesta, me convertiré en su esposa, milord —había anunciado ella, y la felicidad absoluta adornó el rostro de su futuro esposo.

Después de eso, había sucedido todo con demasiada rapidez; el encuentro con Andrew junto al escenario; el anuncio y la sensación de pánico que le supuso un desmayo al caer en cuenta de lo que acababa de hacer. Más tranquila en su cuarto, comenzaba a ver las cosas desde otra perspectiva. Ella ya no era una niña, era una adulta que debía tomar sus propias decisiones. No podía seguir depositando sus sueños y esperanzas en un hombre que ni siquiera estaba allí, alguien al que nunca había visto en persona. Tampoco debía seguir exponiendo su corazón y reputación con un hombre voluble e inmaduro que no sabía lo que quería y que ya estaba claro que amaba a esa mujer. Y por eso cobraba sentido la manera en la que la había tratado, mostrándose tan pronto deseoso como atormentado. Y era que Andrew se sentía indudablemente atraído por ella, pero no era libre, y la culpabilidad lo perseguía. Y ella no podía continuar accediendo a sus caprichos, que no hacían sino dañarla. Por último, estaba West, que se había convertido en un amigo, alguien que la hacía sentir bien, a salvo, la hacía sonreír. Tal vez no era quien pensaba y no se trataba del caballero desconocido finalmente, pero ya no importaba, lord Anthony era real y estaba allí para ella. Por eso se casaría con

él y trataría de cumplir su deseo de tener una familia.

La puerta de su cuarto se abrió y Daisy no hizo ademán de abrir los ojos, ya sabía que Violetta regresaría, era obvio que no se rendiría en su empeño de saber lo que sucedía.

—Violetta..., ve a dormir. Tengo mucho en qué pensar, prometo que en la mañana te explicaré lo de mi compromiso y todo lo que quieras saber —le dijo con voz cansada, sin moverse de su postura recostada.

—Lo siento, pero de aquí no me muevo hasta saber lo que quiero —espetó una voz grave.

Estupefacta, Daisy quitó el brazo de sus ojos y se sentó bruscamente, mirando incrédula hacia el hombre apoyado en la puerta, que la miraba con los brazos cruzados y una mirada intimidante en sus ojos azules.

—¿Qué crees que haces aquí? Sal de mi cuarto ahora, milord —ordenó iracunda.

—Vine a ver a mi hermana para felicitarla por su futuro bebé y me invitó a quedarme —le informó, ignorando su orden.

—Pues no me importa. Este no es el cuarto de su hermana, es el de una pariente política, y una que gritará si no te largas ya mismo —alegó, con irritación, Daisy.

El vizconde arqueó ambas cejas, se enderezó y comenzó a acercarse lentamente hacia ella. Daisy se tensó al ver que no se detenía y retrocedió en la cama hasta quedar con la espalda apoyada en el respaldar.

—Adelante, grita, hazlo. Y se te frustrará ese compromiso, que es tan falso como West —le desafió con tono mordaz y bajo, y se cernió sobre ella, con un brazo a cada lado de su cuerpo y el rostro a pulgadas del suyo.

—No es falso. Es auténtico, y West es un verdadero caballero, no como tú. Ahora vete —respondió, furiosa, ella, fulminándolo con los ojos.

—Eso no es cierto, no puede ser auténtico cuando el corazón y el cuerpo de la novia no están disponibles porque no le pertenecen —rebató Andrew y dejó vagar su mirada por todo su rostro, lo que hizo que ella contuviera el aliento al percatarse del fuego en sus ojos y de su íntima proximidad.

—Aléjate, estás loco y, además, borracho. Mi corazón y cuerpo son solo míos y de nadie más —le reprochó Daisy apartando su cara al recibir un ligero aroma a whisky.

—Claro que no. Me pertenecen y lo sabes. Y sí, estoy borracho. He bebido tanto whisky como pude, tratando de olvidar tus ojos dorados, tus labios que me saben tan dulces y amargos, tu cabello que me recuerda a un atardecer en casa, a esa niña que jugaba junto al gran árbol de roble y yo miraba desde lejos. A la mujer que siento mía y al mismo tiempo ajena; te siento cerca y a la vez tan lejos. Siento que te conozco más que a mí mismo, y después que eres una extraña. Que eres a quien busco, pero no tienes su cara, su voz, su nombre —confesó, tomando su rostro entre sus manos y taladrándola con una mirada atormentada.

—Andrew... —susurró, con voz quebrada, ella, sintiendo su dolor como el propio, sintiendo impotencia al recordar a la mujer del jardín y odiándose por no poder echarlo de su vida como se merecía, como se había propuesto.

—Daisy... —murmuró él también, y sucedió lo inevitable, sus bocas se fundieron como las llamas en el fuego.

CAPÍTULO 29

(...) Mi pasión siempre ha sido la lectura, pienso que un libro es el compañero más fiel que puede existir. Ellos son mi escape, mi refugio, y también mi sueño de libertad y de aventura (...).

Dama anónima

Extracto de una carta enviada al Caballero desconocido

La caricia de los labios del vizconde sobre los suyos le provocó a Daisy multitud de sensaciones. Estremecida, dejó que él abordara su boca una y otra vez, no era un beso impetuoso, sino una lenta invasión que iba arrasando con todas las resistencias a su paso. Un beso que era mucho más que un encuentro de labios, pues ella podía sentir algo más profundo, más poderoso. Con ardiente calma, Andrew comenzó a deslizar sus manos por sus brazos, que yacían rodeando el cuello masculino, y acarició sus hombros, su cintura y las curvas de sus caderas. Ella respondió arqueándose y jadeando, mientras probaba el sabor del licor en la cavidad de él.

El beso cobró más urgencia, y Daisy pudo sentir el cuerpo de Andrew sobre ella, rozando todos sus puntos más sensibles, lo que a ella le hizo contener el aliento y al vizconde, gruñir roncamente. Sintió su cuerpo arder y abrió más la boca para recibir los labios desesperados de Andrew. Las manos de él comenzaron a subir su camión y no tardaron en colarse bajo la tela y en rozar la piel de sus piernas. El gemido bajo y febril que el vizconde emitió al tiempo que se apretaba contra ella, arrancó a Daisy de su burbuja sensual.

Aturdida, abrió los ojos y empujó al joven tanto como pudo.

—Detente —balbuceó sin aliento.

—Daisy... —murmuró el mirándola sin alejarse, su pecho subía y bajaba

con fuerza. Y sus ojos eran dos pozos negros que le taladraban con deseo puro y descarnado, casi animal.

—Por favor... —suplicó Daisy temblando, incapaz de decir más. Las lágrimas rodando por su cara, el miedo, la vulnerabilidad, la impotencia a flor de piel.

—Daisy... no... lo hagas... lo siento... —contestó Andy, se apartó de ella y se paró a su lado, alterado.

—Vete... ya no me confundas más... no lo hagas, no lo soporto —susurró ella, apartó la vista de su rostro atormentado y abrazó sus rodillas con los brazos, que no dejaban de temblar.

—Daisy..., sé que lo sientes... Sé que no quieres a Anthony... por qué lo haces... no puedes —dijo él frustrado, tirando de su pelo.

—No sabes lo que dices... no sabes lo que quieres, ni siquiera sabes quién eres —replicó Daisy, secó sus lágrimas y levantó la cabeza hacia él.

—¿Y tú lo sabes? ¿Entonces por qué tu boca dice eso pero tu cuerpo, tu alma, me gritan otra cosa? Estás haciendo esto por cobarde, por inmadura —le reprochó el vizconde apretando la mandíbula con enojo.

Daisy lo miró incrédula, recordando todo lo que ese hombre le había hecho a lo largo de su vida: los desplantes, las burlas cuando niños, los enfrentamientos de adultos, su actitud hostil, sus amenazas, sus besos, sus caricias, sus momentos de amabilidad, de protección. Y, por último, que él tenía las cartas, que él se las había robado y que se había burlado de ella, en lugar de confiar y pedirle el mapa. Y ella, cómo una estúpida, se lo había entregado por sí misma, creyéndolo honorable y confiable. Pero lo que más resentimiento y dolor le había causado había sido verlo mirar, hablar y abrazar a esa mujer en su propia cara, y el modo en que había negado todo lo que sucedía entre ellos, desechándola como a algo molesto e inservible. Y en ese momento tenía el tupé de llamarla cobarde, de reclamarle, de intentar hacerla responsable de sus propias bajezas y debilidades.

—¿Ah, sí? ¿Y tú por qué lo haces, milord? —le increpó saltando de la cama y enfrentándolo con brío—. ¿Por qué dices una cosa, demuestras otra y haces una distinta? ¿Por qué parece que me odias, que me quieres lejos, y luego demuestras que me necesitas, que me deseas...? —siguió diciendo con dolor, con mordacidad.

—Yo... —soltó, aturdido, el vizconde, mirándola de hito en hito, con el rostro demudado y su cuerpo en tensión.

—Tú estás enamorado de otra mujer... —declaró Daisy, soltando el aire con fuerza, y los ojos del vizconde se desviaron teñidos de culpabilidad. Ella sintió la herida ya abierta en su pecho sangrar todavía más y cerró los ojos, intentando huir de la imagen desoladora del bello rostro de esa mujer, que era la verdadera dueña de ese hombre—. Y yo estoy comprometida. Tal vez no posea mi cuerpo, tampoco mi corazón, ni siquiera mi voluntad. Pero hay algo que sí tengo, y es mi palabra, eso nadie me lo quita, y me casaré con West — terminó, clavando con determinación su vista en Andrew.

El vizconde apretó los dientes y la vena en su cuello tembló cuando tragó saliva, sus ojos azules la traspasaron con frialdad y, a continuación, retrocedió hacia la puerta—. Les deseo toda la felicidad, lady Hamilton, y una larga vida para disfrutar la consecuencia de sus decisiones —espetó con acritud y, dándole la espalda, abandonó la habitación.

—Adelante —dijo Steven desde detrás de su escritorio al oír el suave golpe en la puerta.

—Buenos días, Hamilton —lo saludó el duque de Riverdan al tiempo que accedía a la seña que el conde le había hecho para que tomara asiento.

—Ni tan buenos. Seguramente viene en busca de noticias sobre la investigación —aventuró Steven, reclinándose en su asiento.

—Así es, fui primero a la casa de Bladeston, pero el mayordomo me dijo que no había regresado. Supuse que estaría aquí —comentó Ethan con mirada intrigada.

—No lo hemos visto... —negó Stev con preocupación.

—Hamilton..., sabes que él... está enamorado de tu hermana, ¿no? —dijo Riverdan directo pero con tiento.

—Ya lo sé. Desde niño, siempre estuvo perdido por Daisy, todos lo sabemos menos él, al parecer. He tratado de facilitarle el camino porque conozco el sentimiento de confusión, de impotencia, al enfrentarse a tan fuertes emociones y no poder asimilarlas. Pero nada logré, el hombre está negado, y ahora todo está empeorando, el mejor amigo me solicitó la mano de Daisy, y por más que

sé que ella ama igualmente a mi cuñado, no puedo negarme ni intervenir en sus decisiones —explicó, frustrado, el conde.

—Pues parece que deberán llegar al límite para darse cuenta y ceder. Por ahora me preocupa la investigación, creo que Andrew no está teniendo en cuenta que hay un peligroso delincuente tras el mapa. Y que seguramente debe estar impacientándose por no dar con el documento, y eso lo vuelve potencialmente más letal —advirtió el duque con expresión seria.

—También lo creo, debemos encontrarlo y solucionar el misterio que rodea ese mapa para ya poder vivir sin la amenaza permanente sobre nosotros —estuvo de acuerdo Steven.

—Efectivamente, no obstante, antes tendré que hallar a tu cuñado. Creo que tengo una idea de dónde puede estar —vaticinó el duque con mirada pensativa.

—Está bien, mantenme informado —asintió el conde y se puso de pie para despedirlo y llamar a su mayordomo para que lo acompañase hasta la puerta.

—No te molestes, conozco la salida. Y quiero apreciar la vista de tu jardín antes de irme; si no te importa, utilizaré la puerta trasera —lo detuvo Ethan, ganándose un gesto sorprendido del anfitrión.

—De acuerdo, adiós —lo saluda, perplejo, Steven y vio salir a Riverdan de su estudio, esbozando una inaudita semisonrisa.

Andrew espoleó su montura para que no disminuyera la velocidad y saltó un tronco con ímpetu. El viento despeinaba su cabello y lo ayudaba a despejar su mente. Había pasado la noche en un antro de mala muerte, jugando, apostando y bebiendo. Y al amanecer, aprovechando que se movilizaba a caballo, había terminado en el sector más alejado de Hayde Park, cabalgando y saltando obstáculos como poseído.

Sin embargo, nada de aquello había servido para borrar de su memoria el rostro atribulado de Daisy, sus palabras tan dolorosas, el sabor de su boca, de su piel en sus labios, de su dulce aroma a margaritas. Las imágenes regresaban a su cabeza una y otra vez, enloqueciéndolo, enardeciéndolo, lastimándolo. No sabía qué pensar ni mucho menos qué hacer. Mas le había quedado claro que la dama no lo quería en su vida, más que claro. Y eso lo estaba matando.

Él era incapaz de decir lo necesario para mantenerla a su lado y, a la vez, no

podía decir lo debido para apartarla. Por eso, ella lo había hecho por él, había sido más valiente, más aguerrida, más fuerte. No entendía en qué momento las cosas se habían complicado tanto, que en ese instante, tal y como Daisy le había dicho, se encontraba perdido, desorientado y confundido.

El sol estaba ya en alto cuando Andy decidió volver a casa, debía descansar, ya que esa noche tenía una pista que seguir sobre el mapa. Tiró de las riendas, haciendo girar a su caballo, dispuesto a emprender el regreso, cuando algo que vio lo dejó paralizado.

Del otro lado de la fila de árboles donde él se encontraba, había una pareja que discutía al parecer y en postura muy cercana e íntima. Ella era delgada y alta, pero la capa que llevaba no le dejaba adivinar su identidad. Mas lo que lo había dejado estupefacto no era eso, sino el reconocimiento inmediato que hizo del caballero. Era Anthony, él era quien en ese momento intentaba acercarse a la mujer que sacudía su cabeza y retrocedía haciendo un ademán impaciente con sus brazos.

Por un momento, su estómago se contrajo al calibrar la idea de que él y Daisy estuviesen en una cita clandestina. Pero rápido descartó esa hipótesis, pues además de no tener sentido, la contextura de la mujer no coincidía.

Tratando de no ser visto por ellos, comenzó a rodear la zona con el propósito de vislumbrar el rostro de la mujer. Sabía que no era de su incumbencia, que no era honorable espiar a los demás y que tal vez era desleal tratándose de su amigo, pero no pudo evitarlo. Poco a poco se fue acercando y fue testigo de cómo la mujer trataba de abrazar a West y este lo impedía dando un paso atrás y le decía algo con gesto sombrío.

Desde donde estaba no alcanzaba a oír sus voces, aunque era obvio que la mujer se había tomado el desplante muy mal, porque abofeteó a Tony con fuerza. West se limitó a fulminarla con aversión y, lanzando una última frase, se marchó y dejó a la dama furiosa y gritando improperios que sí logró oír.

Impactado por todo lo visto, Andy salió del bosque y siguió a la distancia a la mujer, que ya se apresuraba hasta un carruaje negro estacionado junto a la calle. Ella subió con la ayuda del cochero y en ese momento su perfil quedó a la vista de Andrew, solo unos segundos en lo que la puerta del coche se cerraba tras ella. Mas fueron suficientes para reconocer la identidad de la mujer misteriosa y sentir su corazón detenerse...

Era ella... era Amelia.

CAPÍTULO 30

(...) Mi pasión siempre han sido las lenguas. Pero desde que la conocí, me apasionan las palabras, y no cualquiera, sino las suyas, esa letra que ha hecho renacer mi esperanza y ha devuelto la vida a los latidos muertos de mi corazón (...).

Caballero desconocido

Extracto de una carta enviada a la Dama anónima

—**E**stá usted muy bella esta noche, milady —le dijo, con una mirada cálida, West, y la hizo girar por la pista.

—Gracias, milord —respondió Daisy algo ruborizada.

Llevaban un día de compromiso y Daisy ya se estaba arrepintiendo de su decisión impulsiva. Hablando con sus hermanas, había caído en cuenta de que se había comportado precipitadamente y no podía unir su vida a la de un hombre que apenas conocía.

—Milord..., yo... me gustaría poder tener un momento con usted para hablar —le solicitó Daisy bastante nerviosa.

El caballero la miró con su sonrisa vacilante y asintió a continuación. Cuando el baile terminó, ambos abandonaron la pista y comenzaron el paseo bordeándola. Con el brazo apoyado en el de West, tal y como marcaba el protocolo, ella se dejó guiar hasta una esquina donde habían dispuesto un conjunto de sillas. Aunque intentó no hacerlo, sus ojos recorrieron el salón buscando un rostro en particular, pero no lo halló.

Andrew no había asistido a la velada de los condes de Weston, y no lo había visto desde que lo vio salir furioso de su habitación. Un pensamiento cruzó por su mente y literalmente sintió su pecho estrujarse, tampoco veía a esa

mujer ahí. Y teniendo en cuenta que prácticamente todo el mundo había asistido, Daisy creía que tal vez estuviesen juntos. Esa idea le dolía y mucho, mas nada podía hacer, ya había quedado demostrado que el vizconde estaba obnubilado por la exquisita belleza rubia.

—Lady Hamilton, ¿está usted bien? —le preguntó West, arrancándola de sus atormentadas reflexiones.

—Eh... sí, disculpe, milord —balbuceó avergonzada por su falta de modales frente al caballero que estaba sentado a su lado.

—No se preocupe —negó él, apretó su mano y la escrutó con su mirada gris—. Lady Daisy, ¿me permite llamarla así? —inquirió West y prosiguió cuando ella afirmó—. Puede decirme lo que la tiene tan preocupada, deseo que sepa que puede confiar en mí.

—Milord..., yo... quería hacerle una petición... —murmuró Daisy, inquieta, al ver que él la observaba expectante, se mojó los labios con la lengua y tragó saliva—. Quisiera que antes de que se haga el anuncio oficial del compromiso, podamos tener un tiempo para... para conocernos... —le planteó de un tirón, antes de arrepentirse.

West se quedó viéndola durante unos segundos y Daisy pudo vislumbrar la decepción en sus pupilas. Y se tensó apenas y compungida.

—Estoy dispuesto a hacer eso y mucho más por usted, Daisy. Discúlpeme por no haber hecho esto como se debe desde el principio. Por supuesto que deseo cortejarla el tiempo que sea necesario. Anhele que pueda conocerme, aprender a sentirse cómoda conmigo, y quizás algún día pueda incluso corresponderme en mi afecto por usted —propuso West, lo que la sorprendió y la hizo emocionar ante su amabilidad y la esperanza que veía en su mirada.

—Oh... milord... —soltó, conmovida, Daisy.

—Pero... tengo una condición —la interrumpió el caballero alzando un dedo y haciéndola mirar intrigada—. Que a partir de ahora me llame por mi nombre, nada de milord y esas nimiedades —terminó él con una semisonrisa pícaro que la hizo sonrojar.

—Está bien... es lo menos que puedo hacer con la paciencia que me demuestra... Gracias, Anthony —aceptó Daisy, riendo cuando West simuló sentirse afectado al oír decir su nombre.

—No me agradezca, señorita. Usted le ha devuelto la alegría y la esperanza

a mi vida —confesó, quitó la palma de su pecho y tomó la de ella para llevársela a sus labios con un gesto reverente—. Y eso vale cualquier sacrificio, Daisy —terminó, dejando a la joven anonadada y más confundida.

El capitán era el nombre que versaba la puerta del bar de mala muerte donde Andrew ingresó. Ubicado junto a los muelles, el establecimiento era uno de los más visitados por los marineros y asiduos de aquella zona de Londres, sobre todo por la buena calidad de las cervezas que se servían, y a esa hora estaba atestado.

Por supuesto, él se había encargado de camuflar su apariencia para poder pasar desapercibido entre los visitantes. No quería tener que defender su vida o pertenencias de algún borracho o malviviente.

Una vez dentro, no tardó en localizar a la persona que lo había citado. Sentado al final del salón, estaba el hombre rubicundo y calvo bebiendo una pinta. Luego de saludarse con un cabeceo, Andy aceptó la jarra de bebida que una muchacha pelirroja y robusta le ofrecía y negó cuando esta lo invitó con una inclinación de su escote otros servicios.

—No tengo mucho tiempo, Hender, ¿qué encontraste? —le dijo al hombre que asintió aclarando su garganta.

—Tu amigo estaba en lo cierto. Las obras y esculturas robadas en Francia han ingresado de algún modo a Londres. Hay una persona intentado venderlas y le han ofrecido a mi contacto algunos objetos que pueden ser los robados. Con respecto al mapa, no encontré ningún dato. Nada que lo relacione con los objetos perdidos y denunciados por diversos nobles —le informó el hombre, quien era un conocido rastreador de arte y objetos antiguos.

—De acuerdo, mantenme al tanto. Cualquier cosa que creas que puede tener que ver con el mapa, me servirá. Ya sabes dónde encontrarme —le encomendó Andy y se puso en pie para marcharse.

—Saludos a Ross —correspondió Hender tomando el saco de monedas que el vizconde le había dado por sus servicios.

Andrew abandonó El Capitán con la mente trabajando a toda marcha. Según la información de Hender, el mapa y los robos que Riverdan estaba investigando no tenían nada que ver. Sin embargo, él tenía el presentimiento de

que estaban relacionados de algún modo, aunque no lograba dilucidar en cómo.

Por otro lado, tenía un nuevo enigma que resolver. La aparición en su vida de Amelia o, mejor dicho, lady Essex. Aún no podía asimilar que ella había regresado y siendo viuda. Por un momento, verla lo había dejado fuera de juego, y no podía negar que al tenerla en frente sintió removerse muchas cosas en su interior. Pero rápidamente pudo reconocer que ya no albergaba una pizca de sentimientos por esa mujer en su corazón, ni siquiera rencor, ni mucho menos anhelo o deseo. Nada, no sentía más que tal vez compasión por Amelia, ya que en sus ojos había podido identificar la desesperación de quien se sabe vacía y perdida. Ella había obtenido la posición y la riqueza que ambicionaba, pero había pagado un alto precio por ello, había vendido su alma en el camino, y eso podía verse en el brillo apagado de sus ojos celestes.

Comprender ese hecho significaba descubrir que él había podido reconciliarse con ese pasado y que los fantasmas de aquella traición ya no afectaban su vida. Y eso se lo debía a la mujer que lo había ayudado a creer nuevamente, que le había devuelto la fe en el amor y en las personas. Esa mujer que el destino le había puesto en el camino y que, sin percatarse, había logrado derribar sus barreras y conquistar su corazón. Por todo eso era que se sentía atormentado, miserable y despreciable. Porque al parecer, se había convertido en un hombre sin honor ni palabra, alguien débil y desagradecido. Y eso le había sucedido desde que decidió volver a Inglaterra, desde que había visto en esa escalera a Daisy Hamilton, había enloquecido y vuelto su vida un caos. Se sentía dividido entre dos caminos; por un lado, ir en busca de la mujer a la que creía le pertenecía su corazón, y por el otro, reclamar a la dama que con solo pensar en ella sentía multitud de sentimientos colisionando: deseo, admiración, pasión, lujuria, necesidad, posesión y más. Sentía que si perdía a la primera, perdería algo único e invaluable, y al mismo tiempo, que si renunciaba a Daisy, desechaba una parte de sí mismo, un pedazo de su ser.

La desesperación amenazaba con enloquecerlo, aunque no sabía para qué se molestaba en seguir en aquella disyuntiva si Daisy ya había escogido. Se sentía rabioso de solo recordarlo, pero así era, ella había elegido a Anthony por encima de él. Él se había humillado pidiéndole que no lo hiciera, exponiéndole lo que generaba en él, demostrándole con sus besos lo que con

palabras no podía decir, ¿y qué había obtenido a cambio? Su desprecio. El nudo que sintió en la garganta era el claro recordatorio del dolor que le había provocado el rechazo de la joven. No volvería a buscarla, no soportaría que ella lo volviese a desechar, porque le dolía, le ardía el corazón por su causa.

—Te extrañaba tanto, querida... —dijo el hombre, sostuvo contra la pared el cuerpo de la mujer y abordó su boca jadeante con lujuria.

—Pueden vernos aquí... espera hasta más tarde, milord —le dijo, entre besos, ella, dejando ir un gemido anhelante cuando él bajó de un tirón brusco el corpiño de su vestido.

—Shh... si estás callada, nadie se percatará. Y no me importa, ardo en deseo por ti, me hiciste mucha falta desde que volví de Francia y solo te he visto en una ocasión —aseveró el caballero y hundió con hambre su cabeza entre los senos desnudos de ella.

—West..., oh... —exclamó cuando él la alzó en volandas sobre un diván de lo que debería ser el despacho del conde de Weston—. No lo parece cuando te veo con esa mujercita, llegaste de su brazo muy solícito —le reprochó, se arqueó y gimió al recibir el cuerpo del noble en su interior bruscamente.

—Sabes que eres la única que me vuelve loco..., que eres mi hechicera... Ella... no es nada para mí... Ahora, vamos, dame lo que quiero... Eres mía —gruñó, con voz ronca, West sin dejar de tomarla, enardecido.

—Dime que has avanzado y que por lo menos tenemos la certeza de que de ella tiene el mapa —dijo la dama, acomodando su ropa y tratando de recomponer su cabello rubio.

—No todavía. Pero no desesperes, estoy seguro de que ella lo tiene. Y ahora que estamos más cerca de la joven, será cuestión de tiempo para que podamos recuperarlo —aseguró él y metió los faldones de su camisa en sus pantalones.

—Tiempo es lo que no tenemos, West. Ya estamos en noviembre, en un mes acabará la temporada y todos se retirarán a pasar el invierno —contestó, enfadada, la mujer, yendo hacia la puerta.

—Confía en mí. El plan está saliendo a la perfección, pronto podremos pasar a la fase final y así marcharnos lejos de aquí, tú y yo, preciosa —la calmó West, la alcanzó en la entrada y tiró de ella para besarla nuevamente.

—Pues eso espero. No he llegado hasta aquí para irme con las manos vacías. Por mi parte, ya he empezado a investigar a la otra persona que puede ser quien nos ha estado siguiendo el rastro —le advirtió la rubia, se separó y abrió la puerta para espiar fuera.

—Ya lo vi, y es buena tu idea. Ese tipo es peligroso para mi estrategia y es mejor que lo mantengas lejos de la presa, encanto —le indicó sonriendo perversamente.

—No te preocupes, lo tengo a mi merced. Sé que si me lo propongo, puedo hacerlo mi esclavo, él ya no estará rondando a esa tonta si me tiene a mí —se jactó con una expresión vanidosa y salió al pasillo desierto.

—Eso no lo dudo, mi amor, solo no olvides quién es tu dueño —respondió West y la vio regresar a la fiesta de los Weston.

CAPÍTULO 31

(...) Nunca me consideré alguien valiente ni audaz, pero creo que por usted sería capaz de atreverme a lo imposible. Por usted, podría lanzarme a lo desconocido, podría arriesgarme a vivir la más peligrosa de las aventuras (...).
Dama anónima

Extracto de una carta enviada al Caballero desconocido

La búsqueda del misterioso lugar que aparecía en el mapa supuso para Andrew alejarse de Londres por varias semanas. Jeremy, a quien había solicitado que lo acompañara en la misión, había aceptado más que aliviado de huir de Londres y de la nobleza. Juntos recorrieron decenas de condados, se reunieron con estudiosos del tema y visitaron propiedades similares a las del dibujo del documento. Como Riverdan estaba ocupado siguiendo la pista de los robos de las piezas de arte, dejó en sus manos el asunto del mapa antiguo, y él se aferró a esa tarea como si fuese un salvavidas, para librarse del dolor y el tormento que le causaba el pensar y ver a Daisy.

Solo la había visto una única vez después de la discusión en su cuarto, dos días más tarde, cuando acudió a la mansión para informar a Steven de sus planes y despedirse de su hermana. Nada más entrar, se había cruzado con ella en el vestíbulo. Por unos segundos, se quedaron paralizados viéndose fijamente, ella había estado esbozando una sonrisa que se borró al dar con él en la puerta, y cuando apareció junto a ella Anthony, el ánimo de por sí gris de Andy se ensombreció.

Le había parecido que estaban por salir a dar un paseo, y West tenía una estúpida sonrisa en su cara. Andrew desvió la vista a la mano que su otrora

mejor amigo tenía apoyada en la espalda de la joven y sintió la rabia correr por sus venas. Él se comportaba como si ya fuese su dueño, como si Daisy le perteneciera, y eso lo enfurecía.

Con una mueca de desprecio, había fijado los ojos en Anthony al recordar que le había visto con Amelia en una extraña situación y que de seguro había algo entre ellos, y lo taladró con una mirada fría, a la que Tony había respondido arqueando una ceja con cinismo.

—Daisy, necesito hablar con usted un momento, por favor —había solicitado impulsivamente, pues tenía la necesidad de decirle que estaba por cometer un terrible error.

La joven abrió los ojos un poco y se ruborizó nerviosa desviando la vista a su acompañante.

—Lo siento, Bladeston, pero ella no está disponible, íbamos de salida. Así que si pudieses quitarte... —intervino West con un ceño en su frente.

—No estoy hablando contigo, no te entrometas si no quieres que acabemos a veinte pasos al amanecer —replicó con tono mordaz, sin apartar la vista de los ojos alarmados de Daisy.

—¿Me amenazas? —contestó, airado, Tony, dando un paso adelante—. No te tengo miedo, escoge hora y arma... —siguió, apretando los puños.

Andrew lo había mirado con la ira golpeando su interior y endureció más su mandíbula, adelantándose también, pero de repente sintió la pequeña mano de Daisy apoyarse en su pecho, intentando detenerlo, y su voz temblar de temor.

—¡Basta! Por favor... No hagan esto. La servidumbre los oirá —dijo angustiada, interponiéndose entre ellos, que estaban enfrentados en un duelo de miradas mortal, respirando con dificultad—. Andrew..., vete... Ya déjame en paz..., por favor... —le suplicó, con la voz rota, ella.

Andy la había mirado con incredulidad y desasosiego. Su rostro estaba tenso y las lágrimas brillaban contenidas en sus ojos dorados. Un profundo dolor pareció desgarrar su pecho al caer en cuenta de lo que esas palabras habían querido decir. Daisy lo estaba echando definitivamente, no lo quería allí. Ella prefería estar con Anthony, no con él. Una vez más, lo estaban desechando, apartando, rechazando. Pero esa vez no era como en el pasado, era mucho peor. Dolía más, quemaba mucho más el desprecio de Daisy, tanto que sentía ganas de desaparecer, de morir.

—Vete, Bradford, ya oíste a mi prometida... —acotó Tony, y en su voz se oía la burla.

«Su prometida... Ella es suya...».

Herido, había esquivado a la pareja, pero antes de seguir, dio media vuelta.

—Me iré —anunció a la espalda de Daisy con voz dura, lo que había ocasionado que ella se girara para enfrentarlo—. ¿Es lo que quieres, no?, y así lo haré. No esperes que les desee felicidad porque no lo siento. Solo espero que tu matrimonio con este farsante cumpla con tus expectativas. Esas que yo nunca pretendí alcanzar y que tú jamás me diste la oportunidad de hacerlas. Fue más fácil escoger lo seguro para ti, rendirte ante lo esperado. Bien, espero que tu apuesta segura no signifique la mayor equivocación de tu vida —espetó con mordacidad y una mirada letal—. Por mi parte, me quedo con mis dudas, como me dijiste, pero al menos no viviré con mi cobardía de compañera el resto de mi vida. Adiós, Daisy Hamilton, sé feliz por los dos, o al menos inténtalo —terminó, tragando el nudo de sufrimiento que atenazaba su garganta. Las dos enormes gotas que cayeron por el rostro demudado de Daisy habían sido lo último que vio antes de perderse por el vestíbulo.

Noviembre transcurrió para Daisy como un largo sueño. Apenas era consciente de lo que sucedía a su alrededor. No dormía ni se alimentaba como debía hacer y solo obedecía lo que los demás le indicaban que hiciera. Sabía que estaba preocupando a su familia, pero no podía evitarlo. Durante el día, su mente era ocupada por las continuas visitas de West, las salidas, las veladas, los compromisos que, luego de hacerse oficial el anuncio de su boda, se habían incrementado.

Mas por la noche, estando sola, la rabia, el dolor y la agonía la invadían. No podía olvidar los ojos de Andrew arrasados en tormento y acusación. Y se sentía culpable y angustiada al recordar sus últimas palabras. Sin embargo, cuando su orgullo y dignidad heridos le recordaban que era el vizconde quien había jugado con ella, quien la había ilusionado, sabiendo que su corazón era de otra, quien solo se había acercado a ella para conseguir el mapa, su dolor se convertía en rabia y resentimiento.

Él era un canalla y un cínico, se atrevía a culparla, a llamarla cobarde,

cuando él era el mayor pusilánime de Londres. Las cartas que le había robado lo confirmaban, él se las había llevado para seguro chantajearla y conseguir el mapa, y al ella estúpidamente entregárselo por su cuenta, simplemente se había marchado y ya no regresó. Para qué si ya había obtenido lo que quería de ella.

Como cada noche en la que se desvelaba pensando y torturándose en silencio, las lágrimas no tardaron en llegar. Se sentía impotente y frustrada consigo misma, porque a pesar de todo lo que le hacía despreciar al vizconde, no podía odiarlo. No le era posible olvidar a ese hombre; su intensa mirada azul, la pequeña sonrisa ladeada que esbozaba muy de vez en cuando, la manera en que tiraba de su cabello claro cuando se impacientaba. El brillo travieso de sus ojos antes de lanzarle algún comentario mordaz, su único sentido del humor, su seriedad absoluta. Y lo más devastador, la manera en la que él la había marcado, la había impregnado de su esencia, de su ser para siempre. Y es que en cada beso, en cada caricia y cada abrazo, le había arrebatado mucho más que sensaciones de placer y deseo, le había arrancado el corazón, el alma, y sentía que jamás podría recuperarlos.

Diciembre llegó y con él, el día de su boda. Después de casi dos meses de compromiso, Anthony le había pedido adelantar el enlace que estaba previsto para después del invierno, pues él debía volver a Francia por asuntos de negocios y no quería irse sin ella. Daisy quedó estupefacta por la petición, pero viendo la mirada de expectación y de esperanza en su prometido, no había podido negarse. En ese tiempo, había aprendido a apreciarlo en verdad y, además, ya no soportaba seguir en la ciudad. No toleraba más las miradas de compasión de su familia, los recuerdos que la mortificaban en cada sitio al que iba y, sobre todo, no se veía capaz de reencontrarse con el vizconde, no quería verlo, no podía.

Y por lo que había oído decir a Clarissa, Andrew estaba por regresar de su viaje. Daisy no quería estar en esa casa cuando eso ocurriera, no, lo mejor sería emprender esa nueva aventura, empezar una nueva vida con su futuro esposo, lejos de allí. Lejos de Andrew y de su caballero desconocido, a quién se había obligado a no recordar y a aceptar que ese hombre no existía, que había sido un espejismo de su soledad.

La puerta de su cuarto se abrió y por ella vio asomarse la cabellera rubia de su cuñada.

—¿Puedo pasar? —le preguntó con su habitual sonrisa, y cuando ella asintió, Clarissa se adentró en el cuarto.

Llevaba puesta ropa de cama color marfil y ya podía apreciarse un pequeño bulto donde antes había estado su vientre plano. Daisy le hizo lugar junto a ella en la cama, y la rubia se deslizó con suavidad.

—Supuse que estarías despierta todavía —le dijo cuando ya estuvieron acomodadas frente a frente.

—Sí... no puedo dormir... —balbuceó ella con un encogimiento de hombros.

—Es lógico... son los nervios previos a la boda —asintió Clarissa—. Y ya era hora de que aparecieran, has llevado los preparativos con inusual calma —continuó, examinándola con su mirada azul.

Daisy desvió los ojos, no podía mirar los suyos mucho tiempo porque le recordaban a los de él, eran tan parecidos, tan brillantes y profundos. Solo que los de su cuñada eran más luminosos, y los de Andrew, melancólicos.

—Sí, no había razón para alborotarse —se excusó ella, sabiendo que lo que Clarissa quería decir era que había permanecido indiferente y poco interesada en la organización de su boda.

—Daisy..., yo... prometí a Stev que no me entrometería, pero... —respondió, vacilante, la condesa—. No puedo dejar de decirte que todavía estás a tiempo... —anunció apretando sus manos, lo que hizo que Daisy regresara los ojos a los suyos—. Él te ama..., ¿lo sabes, no es cierto? —inquirió ella mirándola con ternura.

Daisy contuvo el aliento, sorprendida por la afirmación de su cuñada.

—¿Crees que no estoy al tanto de lo que pasó entre ustedes? —interrogó con picardía, y Daisy se ruborizó intensamente—. Escucha, cuñada, yo lo sé todo, y Steven también, es más, creo que todos en la familia lo saben, incluso el duque de Riverdan y hasta tu prometido —declaró Clarissa sin ambages.

Ella abrió los ojos, anonadada, y su mandíbula cayó por el asombro.

—¿Te sorprendes? ¿Recuerdas esa vez en que mi hermano pasó la noche aquí, por estar borracho? —le preguntó su cuñada.

—Sí, fue la noche que me atacaron... —dijo, en voz alta, Daisy, y luego se tapó la boca con las manos al percatarse de lo que había confesado.

—No te preocupes, eso también lo sabía. Mi esposo cree que puede

ocultarme ese tipo de cosas, y yo le dejo creer que así es. Eso le permite sentirse el hombre protector, y a mí, enterarme de todo sin tener que discutir con él por eso —le confesó Clarissa con una mueca traviesa que hizo reír a Daisy—. Pero nos hemos desviado del tema. Lo que intento decirte es que esa mañana, cuando desperté y me encontré con mi hermano aquí, no hice más que confirmar algo que en realidad siempre intuí —prosiguió, y su cara se tornó más determinada.

Daisy frunció el ceño, confundida por esas inesperadas confesiones.

—No entiendo, Clarissa, tu hermano bebió de más, y no fue solo esa vez, y bueno, él... yo... es decir... —tartamudeó ella, sonrojada e incómoda al recordar lo que había pasado en esa misma cama.

Su cuñada la interrumpió y confesó:

—Andrew no se emborracha jamás, Daisy. Él tiene una asombrosa capacidad para tolerar el alcohol, incluso mi madre dice que debe haber heredado algo de sus antepasados escoceses. Él solo fingió, no sé qué lo motivó, pero así fue, y fue allí que comprobé lo que ya suponía... —dijo, con seguridad, Clarissa, lo que provocó en Daisy que un escalofrío de anticipación la recorriera.

—¿De qué hablas? Yo no... —murmuró, confundida.

—Habló de que Andrew está irremediablemente enamorado de ti, Daisy —aseveró Clarissa con mirada solemne.

Daisy contuvo el aliento y su corazón comenzó a latir desbocado.

«Eso no puede ser cierto... Él solo me ha demostrado deseo, rencor, pasión, enojo, celos, posesividad... Pero ¿amor? Él nunca me ha dicho que me ama...».

—Sí, Daisy, mi hermano ha estado enamorado de ti toda su vida. Él siempre te ha amado... —terminó Clarissa, y con esas palabras, el mundo de Daisy se derrumbó del todo.

¿Él la amaba? Y ella no lo había visto, lo había rechazado por creer que solo pretendía lastimarla y jugar con ella. Y en ese momento en que lo sabía, veía todo con claridad, lo entendía. Pero era demasiado tarde, Andy se había marchado y ella, ella se casaba el día siguiente.

Las lágrimas y los sollozos sacudieron su cuerpo mientras, asustada, su cuñada la abrazó. Daisy se aferró a ella y dejó salir toda la angustia y el

quebrantamiento que sentía.

«¿Por qué?», se reprochó en silencio, «¿por qué no lo vi? No lo supe...
¿Por qué me doy cuenta tan tarde de que eres tú, siempre has sido tú, Andrew.
Eres el hombre que amo y al que amaré por la eternidad...».

CAPÍTULO 32

(...) Hace demasiado tiempo, me juré que jamás volvería a arriesgar mi corazón ni expondría mis sentimientos por una mujer. Pero por usted, descubrí que estoy dispuesto a eso y mucho más, por usted sería capaz de cualquier sacrificio, entregaría hasta mi último aliento de vida con tal de pasar un minuto a su lado, con tal de poder decirle, mirando sus ojos, cuánto la amo (...).

Caballero desconocido

Extracto de una carta enviada a la Dama anónima

El viaje de Andrew y Jeremy terminó en Costwold. Agotados por las semanas que habían permanecido en el carruaje y pernoctando en posadas junto al camino, Andy decidió desviarse un poco y visitar a su hermano antes de regresar a la ciudad. Lamentablemente, no habían encontrado nada, ninguna de las personas a las que visitaron pudieron aportar algo útil a la misión, y los lugares que visitaron resultaron no tener nada que ver con el mapa. Así que, frustrado y decaído, arribó al pueblo de Stanton cuando el sol incipiente adornaba el firmamento.

Cuando estaban llegando, su compañero de viaje, con quien había llegado a forjar una firme amistad y a quien terminó por confesarle todos sus pesares, convirtiéndolo así en su confidente además de amigo, tocó su brazo para llamar su atención.

Andy lo miró interrogante, tratando de interpretar las señas que el conde hacía, pues aún no había recuperado el habla y al parecer jamás lo haría.

Jeremy señaló su pecho, luego su cabeza y cerró las manos en puños como si estuviese librando una pelea.

—¿Dices que mi corazón y mi mente están luchando uno contra el otro? —le preguntó alzando una ceja.

El joven asintió lentamente y señaló la ventana donde ya se podía ver la fachada de Sweet Manor, haciendo un gesto de interrogación.

Andy suspiró quedamente y miró la entrada de la casa con pesar. Ya se había dado cuenta de que Jeremy era alguien muy intuitivo y, también, increíblemente sabio para su corta edad.

—No sé qué hago aquí, amigo —reconoció, volviendo los ojos hacia el conde.

Él movió los brazos como si estuviese corriendo y negó repetidamente con su cabeza.

—No estoy corriendo. Crees que estoy huyendo, ¿no? —inquirió con molestia.

Sabía que algo de razón tenía su amigo y que era cierto que escapar no lo llevaba a ningún sitio, solo al fracaso absoluto. No obstante, nada ganaba con reconocerlo, es más, temía terminar desquiciado o gravemente enfermo si seguía ese hilo de pensamientos.

Había pasado semanas enteras sin lograr dormir ni alimentarse bien debido al terrible dolor que le causaba pensar en lo que debía estar sucediendo en Londres, en que había perdido a Daisy, mejor dicho, en que nunca la había tenido, no. Se había sentido morir, y el sufrimiento había alcanzado tal intensidad que le dolía el corazón, le dolía respirar literalmente. Por eso, se había aferrado a la búsqueda del mapa como un náufrago en alta mar a un pedazo de madera. No podía volver a caer en ese pozo autodestructivo, no si no quería terminar con su vida consumida en rabia, resentimiento y tristeza.

—Pues no lo hago. No estoy evadiendo regresar a la ciudad, solo quiero ver a mi hermano y a mi cuñada, hace meses que no les veo, y mi madre está aquí también —se justificó, ofuscado.

Jeremy solo elevó ambas cejas con expresión de escepticismo y, al oírlo gruñir, levantó ambas manos en señal de rendición.

El mayordomo los guio hasta el comedor diurno, donde encontraron a los duques y a su madre tomando su desayuno.

—Buenas días —saludó Andrew con gesto pícaro.

Honoría levantó la cabeza y sonrió feliz al verlo, se puso de pie y corrió a

darle un beso. Él se inclinó y aceptó la poco usual demostración de cariño de su madre, y luego aceptó la mano que Nicholas le ofrecía.

—¡Andy! —lo saludó el duque, e hizo lo mismo con Jeremy, quien ya estaba siendo abrazado por su cuñada y se veía bastante rígido.

—¡Andrew! —exclamó Lizzy, abrazándolo también, y un ceño apareció en su frente cuando se separó y examinó su rostro.

Incómodo, él esquivo su mirada violeta, no sabía qué podría ver su cuñada allí y no deseaba darle oportunidad de intentar alguna de sus estrategias casamenteras con él.

—¡Vaya! Pero si estás enorme —dijo con su gesto adusto acostumbrado, dirigiendo su vista a la panza floreciente que ostentaba la duquesa y que, amén de hacerla parecer muy redonda y pequeña, la hacía ver increíblemente hermosa.

Ella entrecerró sus ojos y le dio una palmada en su brazo, que lo hizo encogerse.

—¡Ouch! Dónde queda tu lado maternal y tierno —se mofó con la cara seria.

—Se esfuma cuando me comparan con una ballena —alegó, ofendida, su cuñada.

Jeremy y Nick rieron al oírla, pero se tragaron la diversión cuando fueron igualmente fulminados por dos pares de ojos censuradores, los de la aludida y de su suegra.

—Pero tomen asiento, deben estar exhaustos y hambrientos —los invitó Elizabeth, y ellos aceptaron gustosos, pues de verdad necesitaban ingerir alimentos.

—Te hacía vagabundeando por los pueblos, recibí tu nota de hace unas semanas... —comentó su hermano mirándolo con curiosidad.

—Sí, la investigación no obtuvo resultados, más tarde te lo comento con tranquilidad —respondió él, sorbiendo de su taza, no quería que las mujeres estuviesen presentes cuando le contara al duque del mapa—. Pero creí que me esperabas, envié otra nota avisándote que llegaría hoy —siguió Andy, perplejo, y vio aparecer la confusión en los ojos azules de su hermano.

—No me llegó dicha carta. Solo la que enviaste hace unas semanas, avisando que te ausentarías de la ciudad —señaló Nick.

Andrew frunció el ceño.

—Tal vez el señor Trump volvió a sufrir un accidente con su carreta y extravió la correspondencia otra vez —acotó Lizzy en tono bajo, inclinándose para tomar un bollito de canela.

Andrew se paralizó con una hogaza de pan a medio camino y clavó la vista en ella, con la respiración cortada y un terrible presentimiento pulsando en su interior.

—¿Qué dijiste? —le preguntó sin aliento, lo que ocasionó que todos en la mesa lo observaran extrañados.

—Ehh... no es nada importante, solo que hace un par de meses, el cartero volcó su carreta, pero por fortuna nosotros recibimos las cartas que nos habías enviado desde Francia. Eso sí, resultó perdida una carta. Daisy y las gemelas contaron muy divertidas que el señor Trump corría como loco tras los papeles que el viento dispersaba, y ellas se detuvieron a ayudarlo. Y aunque Daisy no logró salvar esa misiva del agua, sí cumplió trayendo las que eran para nosotros, y menos mal... ¿qué sucede? —Lizzy se calló en pleno relato al ver a Andrew levantarse con precipitación y mirarla conmovido.

—¿Cuándo?! ¿Cuándo sucedió eso exactamente? —preguntó, fuera de sí, el vizconde.

—¿Qué? Ehh, déjame pensar... —balbuceó, nerviosa, Elizabeth.

—¿Qué está pasando, hijo? —manifestó Honoria alarmada, mientras los hombres solo lo miraban alertas.

—Fue en el verano... Sí, después de que Clarissa y Steven se casaran y tú partieses de viaje. En julio, la última semana si no me equivoco... Pero ¿por qué preguntas? —contestó Lizzy intrigada.

Andrew se quedó viéndola con fijeza y pasmo. No podía ser... no podía ser lo que estaba pensando. No obstante, todo coincidía. Julio, la fecha en la que había enviado sus cartas, una a Nicholas, otra a su madre y una última a Clarissa. Esa última no había sido respondida por su hermana, y entonces él había recibido la carta de una mujer desconocida, y simplemente había enviado de nuevo la que originalmente había sido para Clarissa, al tiempo que comenzaba la correspondencia con esa extraña dama.

Aturdido, retrocedió dos pasos y se llevó las manos a la cabeza.

En ese momento entendía, era lógico que Daisy hubiese sido la mujer que contestó esa carta, o no, tal vez alguna de sus hermanas, pero no, Lizzy

acababa de decir que ella había sido quien tuvo contacto con la carta estropeada y la que había entregado las dos que no se dañaron. No obstante, ella no le había respondido a su última carta, donde le informaba su paradero, y de hecho, donde ella se hubiese dado cuenta de que él era el caballero. Además de que en ningún momento había manifestado ser su dama ni menos haberlo reconocido como el caballero. Aun así, en las cartas le había relatado que era la hermana del medio y que tenía un hermano mayor y dos hermanas... ¿Cómo había podido ser tan necio como para no darse cuenta? Sin contar que ella había llegado a Londres para también hacer su presentación en sociedad, al mismo tiempo que la dama.

«*¡Dios!... ¡No puede ser!... ¡Cristo santo!*».

Entonces... era ella... Daisy Hamilton era la Dama anónima.

El pulso comenzó a correr desbocado por su venas y todo el cuarto giró a su alrededor; a tal punto se había impresionado que, sin darse cuenta, terminó recostado en el suelo alfombrado, con el rostro preocupado de su hermano cerca, quien le hablaba, sin que él pudiese oírlo.

No podía creerlo, le parecía imposible, muchos interrogantes saturaban su cerebro y a la misma vez una poderosa certeza inundaba su interior. Cada una de sus palabras, confidencias, sus anécdotas y confesiones venían a su mente y le hacían imposible negar que por fin sabía la identidad de la mujer que había cautivado su corazón, de la mujer que había logrado que él saliera de esa prisión oscura en la que había yacido atado por el dolor y la traición de Amelia. Y más que nunca comprendía el porqué de la reacción que había experimentado al reencontrarse con Daisy en Londres, a la que hasta ese momento no había hallado explicación: su cuerpo, su alma y su corazón sí la habían reconocido, y estaba seguro de que los de ella también, solo que sus mentes habían permanecido ciegas.

Las lágrimas de emoción, de congoja, de turbación, nublaron su vista. El destino no podía ser tan cruel, no podía ser que descubriese demasiado tarde que la mujer de la que llevaba meses enamorado y la dama a la que no había podido resistir entregarle hasta su dignidad eran la misma persona. Eran una sola, eran el más maravilloso de los sueños que jamás se habría atrevido a soñar. Y a las dos... las había perdido.

—*¡Andy! ¡Andy, reacciona! Hermano, nos estas asustando, ¡vuelve!* —le

gritaba el duque al tiempo que lo sacudía levemente.

—La perdí, estuve enceguecido por el temor, los celos y el enojo, y la perdí, Nick. En dos horas se casa, se casa, y jamás podré decirle cuánto lo siento, cuánto la amo, cuánto la necesito —susurró con la voz quebrada y el rostro congestionado, fijando sus ojos atormentados en su hermano.

Nicholas lo miró anonadado y abrió la boca para responder, mas lo cortó la aparición de la cabeza de su esposa, quien lo miraba con gesto enojado.

—La perderás si sigues perdiendo el tiempo aquí. ¡Vamos! ¿Qué esperas? ¡Mueve tu trasero y ve por la mujer que amas! —le ordenó Lizzy, clavando el dedo en su pecho reiteradamente.

Él la miró de hito en hito y se sentó, haciendo trabajar su mente a toda marcha. Había aproximadamente dos horas de distancia en carruaje hasta Londres, todavía quedaba un atisbo de esperanza, tal vez podría llegar a la casa de Daisy antes de que saliese para la iglesia. Por lo menos tenía que intentarlo, se negaba a aceptar que pasaría una vida separado de ella. Determinado, aceptó la mano que su hermano le ofrecía.

—¿Mando a ensillar mi mejor corcel? —interrogó, con una sonrisa de anticipación, Nick, a pesar de que solo recibió un puño en alto como respuesta y la visión de la espalda de su hermano, que ya alcanzaba corriendo la puerta.

CAPÍTULO 33

(...) El tiempo ha pasado, poco queda de la dama que un día usted conoció, aquella que vivía prisionera de sus temores. Aprendí a escuchar a mi corazón, entendí que el amor, cuando es verdadero, siempre es bueno, es salvador, es redentor, es vida. Que amar no es algo a lo que simplemente puedas negarte, es algo que toma posesión de ti y toma el control de tu corazón, de tu mente, de tu cuerpo; te transforma, te libera, te convierte en alguien mejor (...).
Lady Daisy Hamilton

—Estás hermosa, Sisy —le alagó Stev al entrar a su cuarto seguido de sus hermanas.

Daisy suspiró y se miró en el espejo ovalado. El vestido era bonito, una creación de organza con incrustaciones de piedras preciosas y seda ocre que, acompañado con el elegante recogido que su doncella le había hecho, los pendientes pequeños y el fino collar de diamantes, la hacía parecer una princesa.

—Lo estás, es más, eres la novia más hermosa que vi —afirmó Violet. Su reflejo apareció en el espejo, sus ojos verdes tan intensos la escrutaban con celeridad, y ella solo fingió acomodar su cabello rizado que había sido tan bien domado—. Daisy..., ¿estás...? —comenzó su hermana. Pero ella la interrumpió al girarse y encerrarla en un abrazo.

—Es lo que debo hacer, hermanita, no te preocupes por mí, estaré bien —le susurró, tragando el nudo de angustia que atenazaba su garganta. No quería que su familia la viese mal, no deseaba angustiarlos más, suficiente tenían con la desazón que le producía sus nupcias con West.

—Te extrañaremos tanto, Sisy... —dijo Rosie, y se sumó al abrazo de ellas.

Ellas las apretó contra su pecho y besó sus mejillas. También las extrañaría demasiado. Eran sus niñas; aunque tuviese que ponerse de puntillas para abrazarlas, siempre serían sus pequeñas. Sería duro acostumbrarse a vivir en Francia, tan alejadas de ellas.

El carruaje avanzaba hacia la iglesia, ella miraba por la ventana y se esforzaba por calmar las emociones que le hacían desear cometer alguna locura. Como lanzarse del carruaje y salir huyendo hacia... hacia él.

«Andrew».

—Daisy —habló su hermano, llamando su atención.

Él estaba sentado frente a ella, escrutándola con seriedad, como lo venía haciendo desde que había entrado a su alcoba. Ella lo miró intentando no demostrar la angustia que oprimía su estómago.

—No pasará —dijo él con voz queda—. Eso, lo que te detiene, lo que te ha hecho resguardarte, protegerte, no sucederá —aclaró, viendo su mueca de confusión.

—Stev... no... —atinó a decir, sintiendo su cuerpo y su voz temblar.

—Shh... Escucha. Sé lo que sientes porque en su momento yo sentí lo mismo —prosiguió mientras ella negaba con su rostro angustiado y las lágrimas inundando sus ojos—. En cierta parte es mi culpa por no haber hablado con ustedes de esto nunca, quise evitarles más sufrimiento, creía que ya tenían suficiente con la pérdida de nuestros padres y pensé que era mejor enterrar ese asunto, olvidarlo. Pero ya veo que logré todo lo contrario, ocasioné que mis niñas crecieran con el mismo temor que yo, con el mismo miedo. En mi caso, fue necesaria la llegada de Clarissa a mi vida para enseñarme que mi temor era infundado. Que el amor, cuando es verdadero, siempre es bueno, es salvador, es redentor, es vida. Que amar no es algo a lo que simplemente puedas negarte, es algo que toma posesión de ti y el control de tu corazón, de tu mente, de tu cuerpo; te transforma, te libera, te convierte en alguien mejor. Lo que le pasó a nuestro padre no tuvo nada que ver con el amor que sentía por madre. Él decidió simplemente no seguir luchando, se rindió, renunció a valorar la vida. Y eso es lo que tú estás haciendo justo ahora. Decidiste conformarte, seguir escondida de lo que podría hacerte vivir, hacerte reír, volar, soñar y también llorar, sufrir. Te casas con alguien que te asegura no

arriesgarte a sentir la pérdida que padre sintió, pero no has tenido en cuenta que con él tampoco experimentarás el gran amor que ellos vivieron. La felicidad absoluta, la dicha inconmensurable. Yo estoy infinitamente agradecido a Dios, y a mi esposa, por haber despertado de la pesadilla en la que hubiese vivido si no hubiese aceptado mi amor, si no me hubiese arriesgado a sentir, si hubiese no comprendido que amar, que ser amado, es bueno, es el sentido de estar aquí, de que esto a lo que llaman corazón siga latiendo —dijo Steven con tono solemne.

Daisy lo escuchó con sus sentimientos a flor de piel, las lágrimas de quebranto, de dolor, bajaron por sus mejillas y cerró los ojos con fuerza, sintiendo la mano enguantada del conde apretar las suyas para consolarla. Su corazón dolía, esas palabras habían logrado tocar una fibra muy íntima en su interior, la hicieron ver que todo ese tiempo había estado huyendo, escapando del amor. Por muchas razones se había dejado guiar por el miedo, tal vez por el suicidio de su padre, por sus inseguridades, por su sensación de no ser suficiente, de no ser capaz. No lo sabía, pero ese matrimonio solo era un resultado de su negativa a arriesgar su corazón. Se había rehusado a abrirse, a sentir; prefirió callar frente a lo que estaba sintiendo. Desde el principio se había negado, no solo a ella, sino al hombre al que amaba, la posibilidad de ser feliz, no había sido sincera, había callado, se había engañado a si misma.

El carruaje se detuvo frente a la iglesia y ella abrió los ojos. Los invitados ingresaban al edificio y ya toda su familia estaba ahí.

—Hermana. La decisión es tuya, sea la que sea, te apoyaré, lo sabes. Si de verdad deseas unir tu vida a West, hazlo, pero por las razones correctas —terminó el conde, y ella lo miró con expresión perdida.

Su cuerpo temblaba violentamente, su pulso latía acelerado. *¿Las razones correctas? ¿Cuáles* eran sus porqués? No lo sabía, ni siquiera sabía qué estaba haciendo allí, en la puerta de la iglesia, vestida de novia y a punto de casarse.

—¿Bajamos, Sisy? ¿O ahora, para variar, huirás por las razones correctas? —preguntó, con su sonrisa encantadora, su hermano.

Daisy contuvo el aliento y la determinación cubrió su mente. Lo haría, dejaría de huir y escaparía para lanzarse a una real aventura. Tomaría el riesgo, se atrevería. La emoción la embargó y miró, sonriendo, al conde que esperaba expectante su respuesta.

—¡Vaya! Hasta que por fin veo la mujer hermosa que eres. Entonces, ¿qué hacemos? —inquirió Stev.

—¿Dónde lo encuentro? —contestó.

—¡Maldición! ¡No! —gritó Andy, bajó del caballo aún en movimiento y subió las escaleras de la iglesia de St George a toda velocidad.

«*¡No pude haber llegado tarde, Dios!*».

Venía embarrado de pies a cabeza, en el trayecto le había pasado toda clase de infortunios. Primero, el camino inaccesible por una carreta que había volcado y que derramó su carga. Luego se desató una tormenta que ralentizó la marcha considerablemente, y para rematar, el corcel se había lastimado una pezuña con una piedra y tuvo que detenerse a curarlo antes de que lo despidiera de la montura.

Las puertas estaban cerradas, pero no se apreciaba movimiento, parecía que no había nadie. El miedo lo invadió, no quería imaginar que ella se había casado. No podría soportarlo, se desquiciaría. Desesperado, empujó las puertas; estaban trabadas. No podía ser. Angustiado, aporreó la puerta, pero nadie le abrió.

—Drew —dijo una voz a su espalda, y él se volvió a mirar a la portadora de ese tono musical.

—¿Qué haces aquí? ¿Viniste a ver cómo se casa tu amante? Pues tengo malas noticias, llegas tarde, ya terminó la boda —escupió con desprecio, fulminó a la rubia, que abrió los ojos al oír su acusación, y pasó por su lado. Estaba desolado, la había perdido. Y todo por esa mujer, por haberse aferrado al resentimiento, al temor de volver a ser herido, traicionado.

—Espera —lo detuvo Amelia posando su mano en su brazo—. Aclárame lo que dijiste. ¿De qué me acusas? —preguntó con sus ojos celestes empañados.

Andrew se liberó de agarre y la observó desganado, con frialdad. No entendía cómo había sido tan estúpido para creer que alguna vez había amado a esa mujer. En ese momento veía que solo se había sentido embrujado por su belleza exquisita, pero nada más. Nunca había sentido su corazón acelerarse con solo pensarla, ni su cuerpo doler por el deseo de tocarla; tampoco sonrió imaginando su rostro ni estuvo nervioso por estar frente a ella. Jamás

experimentó el verdadero dolor de saber que ya no había esperanza, su pecho no ardió como en ese instante, el corazón no le dolió, la respiración no abandonó sus pulmones. Porque ella no era Daisy, no era ella.

—Ya no interesa, Amelia, te vi en el parque con Anthony. Sé que volviste por él, pero no me importa. No puede interesarme menos, tal vez lo estés engañando como hiciste conmigo, quizás eres su amante desde siempre, no lo sé y no quiero saberlo —declaró, apartó la vista de su mueca conmocionada y reanudó la marcha.

—¡Andrew! Te equivocas, West es solo un buen amigo, nada más —exclamó ella interponiéndose en su camino—. En el pasado me equivoqué, dejé que la ambición de mis padres arruinara mi vida. Pero no sabes cuánto lo lamenté, cuánto sufrí cada día, anhelándote, pensándote, amándote. Yo volví por ti, para recuperarte. Sé que te lastimé y que no merezco nada, pero te pido solo una oportunidad para demostrar que soy sincera, para redimirme, para amarte —respondió Amelia con expresión desolada y suplicante.

Andrew se quedó viendo su cara tan cercana a la suya y negó con la cabeza.

—Lo siento, no puedo corresponderte. Y para ser sincero, agradezco que me hayas dejado hace tres años. Casarme contigo hubiese sido un error —contestó, se alejó un paso y vio a Amelia llorar profusamente.

—No te creo, tú me amabas, nos amábamos —alegó ella dolida y acelerada.

—No. Yo creía amarte, hasta que me reencontré con la mujer a la que siempre le perteneció mi corazón. No podía amarte, mi amor no estaba disponible. Y tú, tú no sabes más que amarte a ti misma —espetó Andy y se marchó, ignorando su gesto furioso y su exclamación ofendida.

—¡Pues otra vez perdiste! Ella nunca será tuya. ¡Eres un fracasado, Andrew Bladeston! ¡Volverás y me rogarás que te acepte de nuevo! —gritó, enajenada, Amelia.

Él siguió caminando, indiferente a sus gritos e improperios. Ya no le importaba, sin Daisy, su vida no tenía sentido.

Daisy miraba el paisaje por la ventana del carruaje, emocionada, llevaban una hora de viaje y, según sus cálculos, pronto tendrían que estar llegando a Costwold.

Se sentía feliz y liberada, ansiosa, esperanzada. Pero también temerosa y desesperada. Una y otra vez rogaba que Andrew estuviese aún en la mansión de su hermano. Steven le había dicho que él le había enviado una nota para avisarle que se quedaría con los duques unos días. Y con ese dato, había decidido huir de su propia boda para ir en busca del hombre que amaba.

No negaría que estaba muerta de miedo, aunque a la vez sentía paz y alegría por haber decidido tomar las riendas de su vida y luchar por su felicidad. No sabía qué encontraría cuando llegara a Sweet Manor. Puede que el vizconde se negara a escucharla o no quisiera perdonarla. Esa era una posibilidad, pero no importaba, ella lo intentaría, ya no se escudaría tras el temor, sería sincera y expondría su corazón.

Tan distraída estaba en sus pensamientos que no se percató de que el coche estaba disminuyendo su velocidad y que ya estaban por detenerse. Los nervios hicieron desastre en la boca de su estómago, y ella inspiró y exhaló aire buscando tranquilizarse. Pasaron unos minutos en los que esperó que su cochero le abriera, mas no sucedió. Curiosa, se asomó por el cristal y sus ojos se abrieron pasmados ante lo que veía del otro lado.

«*¡Esta no es la casa del duque de Stanton! ¡¿Qué hago aquí?!*».

La puerta del carruaje se abrió bruscamente y, al ver aparecer la silueta de un hombre, la confusión y el terror la invadieron. Él le sonrió con cinismo y una frialdad escalofriante en sus ojos grises.

—*¡Usted!* —balbuceó antes de retroceder aterrada.

CAPÍTULO 34

(...) He experimentado ese momento en donde descubres que lo que creías una verdad absoluta, era solo una mentira disfrazada. Supe, en el preciso instante en el que entendí que jamás te tendría junto a mí, que en realidad siempre fuiste tú la dueña de mi corazón. Solo tú, la niña, la joven, la mujer, la dama. De todas ellas me enamoré, y a cada una de ellas las perdí (...).

Lord Andrew Bladeston

—¿Creen que Daisy lo logrará? —preguntó Rosie cuando el conde terminó de relatar lo sucedido con su hermana.

Toda la familia se había quedado sorprendida con la noticia de que Daisy se había fugado de su propia boda, pero nadie lo lamentó, al contrario, se sentían aliviados de que su hermana hubiese decidido luchar por su felicidad.

—¡Claro! Mi hermano ama a mi cuñada, el amor que se tienen triunfará, estoy segura —afirmó Clarissa, que estaba apoyada en su esposo y sonreía feliz.

—Bueno, solo queda esperar las noticias que llegarán de Costwold —acotó Violetta con la mirada fija en la ventana del salón de visitas.

—Se armará un gran escándalo, ya debe estar esparcido por toda la ciudad el rumor de que se suspendió la boda —conjeturó Rosie con tranquilidad, pues a ninguno de ellos le importaba que su apellido fuera manchado, en realidad.

—Yo me encargué de avisar a todos los invitados que el enlace se suspendía. Creo que todo hubiese sido peor si West hubiese estado allí, pero el muy canalla no se presentó tampoco. Menos mal que Daisy decidió marcharse, porque si no, habría matado a ese tipejo por atreverse a plantar a mi hermana —comentó, molesto, Stev.

—Eso es algo que no entiendo, me parece extraño que West no se haya presentado, se notaba que deseaba casarse y tenía aprecio por Daisy —dijo la condesa, pensativa.

—Tal vez presintió que Sisy lo dejaría plantado y quiso ahorrarse la humillación —especuló Rosie.

—No lo sé, cómo habría estado seguro de... —negó Violet, pero un escándalo en el pasillo la cortó.

Steven comenzó a levantarse con el ceño fruncido, cuando la puerta se abrió con estrépito y apareció un hombre seguido por el mayordomo.

—Lo siento, milord, no pude detenerlo —balbuceó el criado.

—¿¿Dónde está?! —gritó West, quien parecía fuera de sí.

Su aspecto era desastroso, su rostro estaba golpeado, su ropa arrugada y extrañamente vestía de gala.

—¿Qué pretendes, West? No puedes exigir nada —contestó, con frialdad, Stev, enfrentado al caballero.

—Hamilton... —pronunció él, llevando las manos a su cabeza con desesperación—. No lo entiendes... Yo no dejé plantada a Daisy, me... me golpearon y me dejaron encerrado... —confesó Anthony, frenético.

—¿Cómo? ¿Y por qué razón? ¿Quién? —lo interrogó Stev perplejo.

—Primero dígame que ella está bien, no importa que no quiera verme, que piense que la humillé, solo necesito saber que está a salvo —replicó West con tono apremiante.

—Mi hermana debe estar llegando a Costwold ahora, yo no viajé con ella porque debía quedarme a dar explicaciones. Pero tampoco era necesario, el viaje es solo de una hora y en casa de mi cuñado estará bien y vigilada —explicó el conde con inquietud.

—¡No! ¡¿Cómo la dejó ir sola?! —vociferó, pálido, West—. Tengo que irme, es necesario comprobar que llegó bien —siguió, volteando hacia la puerta.

—¡Un momento! No se irá, no hasta que me explique qué está pasando —lo amenazó Steven interponiéndose en su camino.

Andrew se llevó el quinto vaso de ron a sus labios, bebería sin parar. Así tuviese que vaciar las licoreras del Withes, no se detendría hasta que su

conciencia se apagase. No quería pensar, no soportaba recordar, le desequilibraba imaginar, le desgarraba soñar.

La había perdido, ella ya nunca sería suya, le pertenecería a otro hombre. Alguien más vería cada mañana su preciosa sonrisa, sus encantadores hoyuelos. Otro hombre disfrutaría con la visión de su cabello rizado suelto, besaría sus labios, acariciaría los lugares recónditos de su bello cuerpo. Él se sumergiría en ella, tomaría su inocencia, su pasión. Compartiría sus silencios, sus confesiones, sus enojos, sus dichas. Alguien más la amaría como él no supo hacerlo. Por imbécil, por orgulloso, por cobarde.

—¡Vaya! No esperaba encontrarte aquí, Bladeston —dijo una voz grave, y Andy levantó la cabeza solo un poco para ver al portador detenido frente a su mesa—. Estás hecho un estropajo. ¿Qué te sucedió? Creía que estarías en casa de los duques —continuó Ethan dejándose caer frente a él.

—Me topé con una tormenta de camino hacia aquí —explicó, sin ganas, Andy.

—Bueno, supongo por tu cara que no te has enterado los últimos acontecimientos —especuló el duque reclinándose en su asiento.

Los ojos del vizconde volaron a la cara de Riverdan.

—¿De qué hablas? —inquirió, alerta. No quería precipitarse, pero la semisonrisa que su amigo estaba esbozando le hacía latir el corazón, esperanzado.

—Tu dama no se casó —anunció Ethan.

Andrew abrió los ojos, estupefacto, se levantó y volvió a sentarse torpemente.

—Pero... ¿cómo?, ¿por qué? —preguntó incrédulo.

—Eso no sabría responderlo, solo supe que la boda se suspendió —contestó el duque, divertido con sus reacciones.

Andy se llevó las manos a su cabello, impresionado. Había esperanzas... Daisy no se había casado, no lo había hecho... ¿Sería posible que...? ¡Tenía que averiguarlo!...

—Me marcho, debo saber qué sucedió —replicó, y se puso en marcha con urgencia.

—Voy contigo. Esto promete ser interesante —respondió Riverdan, siguiéndolo.

Una hora, o más, no sabía, era el tiempo que había transcurrido desde que ese hombre la había sacado de un tirón del carruaje y, apuntándole con una pistola, la había empujado hacia la derruida e incendiada cabaña. Luego la había atado y dejado encerrada y sola. Tenía mucho miedo, la incertidumbre de no saber lo quería de ella la estaba desquiciando.

La puerta se abrió con ímpetu y apareció su secuestrador acompañado de otro hombre que la repasó de pies a cabeza mientras componía una mueca lasciva.

—No te asustes, si te comportas bien, nada te sucederá —habló el noble, viendo como ella se refugiaba en un rincón, asustada.

—Qué... qué quiere... —balbuceó Daisy, tragando saliva, nerviosa.

—Es sencillo, solo me interesa una cosa. Si me lo das, te dejaré libre, después de un tiempo prudencial, claro —argumentó él con una sonrisa cordial y tono amable. Pero a ella no la engañaba, podía percibir la crueldad oscureciendo sus pupilas grises.

—No tengo dinero, por favor, déjeme ir —suplicó ella, temblando, pues él se estaba acercando.

—No tengo paciencia ya ni tiempo para sus juegos, milady. Dígame dónde está lo que busco o dejaré que mi secuaz se divierta como quiera con usted —anunció, con voz tenebrosa, el caballero—. Sea como sea, me dirá dónde está.

Daisy desvió la vista hacia el grotesco hombre que la observaba con lujuria y negó con miedo. Él le parecía familiar y sospechaba que podría tratarse del malhechor que la había atacado en la fiesta de lady Harrison.

—No sé de qué habla. Ni qué desea —rebatía atropelladamente.

—¿No lo sabe? Quiero que me diga ya mismo dónde está el mapa —declaró.

Cuando el mayordomo abrió la puerta de la mansión de su hermana, Andrew de inmediato notó que algo estaba sucediendo. El empleado solo le hizo una venía, y él junto a Ethan se encaminaron presurosos hacia donde se oían los gritos.

El conde estaba de espaldas y parecía estar muy enojado.

—¡Explicame qué está pasando, West! —demandó su cuñado.

Andy frunció el ceño y cruzó el umbral, sus ojos recorrieron la sala con

urgencia, buscando a la joven, pero no había señales de ella. Solo estaban las gemelas que abrieron sus ojos espantadas al verlo, igual que su hermana, que se puso de pie nerviosa.

—¡Daisy puede estar en peligro! —gritó West, y el mundo de Andrew se paralizó.

—¡Andrew, no! —gritó Clarissa, pero era tarde.

El cuerpo de West cayó estrepitosamente sobre la mesita de cristal al recibir el puñetazo que Andy le asestó en la mandíbula, y en ese momento estaba sobre él mientras le propinaba golpes como un salvaje. West al principio no reaccionó, pero luego empezó a defenderse y pronto el ataque se convirtió en un intercambio de puños, gruñidos e insultos. Ambos rodaban sobre los vidrios esparcidos en el suelo alfombrado, enredados.

—¡Basta! ¡Andrew, es suficiente! —exclamó Steven. Ayudado por Riverdan, logró arrancar a Andy del cuerpo de West.

—¿Qué le hiciste?! ¡Maldito, acabaré contigo! —gritó, airado, Andy, intentando soltarse del agarre férreo de los otros dos.

El vizconde West se incorporó, sosteniendo su nariz sangrante entre sus dedos, y lo miró con odio, ambos respiraban con dificultad.

—¡Andy! ¿Qué haces aquí? —intervino su hermana yendo hacia él—. ¿Y Daisy?

Andrew la miró, sintiendo su corazón acelerado por una premonición catastrófica.

—¿Por qué me preguntas a mí? Yo no la he visto, salí antes de mediodía de Stanton. ¿Qué está pasando? ¿Dónde está ella! —dijo asustado, limpiando con su mano la sangre de su labio partido.

—Mi hermana no hizo acto de presencia en la boda, a último momento decidió no descender del carruaje y seguir camino hasta Costwold. Iría a Stanton, a la casa de Nicholas, a buscarte —terció Steven—. West tampoco se presentó, y ahora apareció aquí diciendo que fue retenido en contra de su voluntad y que Daisy puede haber corrido la misma suerte —terminó el conde con tono lúgubre y una mirada despectiva hacia Tony.

Andrew sintió la respiración huir de sus pulmones al escuchar que Daisy había huido de su boda por él, había dejado todo por él, lo había elegido, y en ese momento, ¿estaba en peligro? Su mirada empañada cayó sobre su ex mejor

amigo y la furia lo inundó.

—¡Tú! ¿Qué le hiciste, infeliz? —escupió airado, yendo de nuevo hacia él, que no se inmutó y desvió la vista agachando su cabeza—. Tú estabas tras ella por algún motivo, te vi con Amelia, bastardo, a mí no me engañas. ¡Habla, porque te mataré! —lo amenazó, tomándolo por el cuello de su camisa.

—Bladeston, cálmate. Ni siquiera sabemos si ella llegó a salvo a la mansión —lo tranquilizó Riverdan, interponiéndose entre ellos; su mirada oscura sería—. Anda, suéltalo y déjalo hablar —lo instó poniendo una mano en su hombro.

Andy apretó la mandíbula y, bufando, lo liberó con fuerza, como si de algo inservible se tratara.

—Ya di qué está sucediendo, West. Si mi hermana está en peligro, estamos perdiendo el tiempo —intervino Steven, que venía entrando por la puerta, había salido sin que nadie se percatase—. Ya mandé a llamar al cochero, él nos dirá si Daisy llegó bien a Costwold, ya tiene que haber regresado —informó el conde.

—Tienes razón —empezó Tony, quien en ese instante miraba fijamente al vizconde—. Yo me acerqué a lady Daisy por una razón. Hace unos meses, cuando estaba en Francia investigando sobre unas obras muy antiguas que queríamos comprar, recibí una carta de mi hermano. En ella, me informaba de un importante hallazgo que había hecho en una de sus propiedades, específicamente, una de las casas que utilizaba mi difunto abuelo. Era una carta donde se documentaba sobre una valiosa pieza de arte que él, mi abuelo, y su socio habían enterrado en un lugar secreto —explicó Anthony, con la atención de todos los presentes puesta en él—. El problema era que la ubicación de la pieza no estaba escrita, faltaba un pedazo de la hoja y decía que las señas serían resguardadas dentro de un cofre, propiedad de su amigo y socio, lord James Hamilton, conde de Baltimore por ese entonces.

Los jadeos sorprendidos inundaron la habitación.

—¿Mi abuelo? ¿Qué tiene que ver en esto? Ve al grano, West —adujo, tenso, Steven.

—Tu abuelo traicionó al mío. Lo asesinó para quedarse con la pieza, que vale una fortuna —reveló West—. Después de investigar, descubrimos que lady Daisy estaba en posesión del cofre donde estaba el mapa y...

La voz airada de Violet lo cortó.

—Y usted se acercó a mi hermana para obtener el mapa, es un canalla. —Lo fulminó la rubia con desprecio.

—¡No! Es decir... no del todo. Solo al principio, pero yo quedé encandilado por ella y, cuando comencé a tratarla, llegué a apreciarla sinceramente. Yo no quería seguir con el plan, lo juro... yo... —dijo, con culpa, West.

—¿Usted fue el que ingresó a mi casa aquella vez? —inquirió, molesta, Clarissa.

—Sí, y me sentí aliviado al comprobar que ella no tenía el mapa, y fue allí cuando le informé a mi hermano que el plan se cancelaba. Daisy no tenía el mapa, y yo no permitiría que la molestaran o lastimaran de ningún modo —siguió explicando el castaño.

—Sin embargo, ya lo habían hecho, lady Daisy fue atacada en un baile y usted debió saber que era producto de lord Cavandish, el conde no estaba dispuesto a renunciar a esa fortuna —conjeturó Ethan.

—Sí, yo lo enfrenté, le dije que se mantuviese alejado de ella. Que la convertiría en mi esposa y que lo denunciaría si algo le pasaba a la joven. Charles lo aceptó, o eso me hizo creer, pero hoy desperté y estaba en mi alcoba junto a otro hombre, me redujeron y me encerraron. Dijo que me agradecía por haberle dado la oportunidad de lograr su propósito y que no me preocupara, me salvaría de un matrimonio desastroso y me tocaría una parte de la recompensa. Luego me desmayaron de un golpe y ni bien desperté, vine hacia aquí —explicó Anthony pesaroso.

—¿Y Amelia? Te vi hablando a solas con ella y también regresó de Francia, qué casualidad —dijo, con sarcasmo, Andrew, entrecerrando sus ojos.

—Amelia es, hace años, amante de mi hermano. Yo lo descubrí cuando regresé, los vi y entendí que su interés por mí en el pasado fue solo para acercarse a Charles —contestó con una sombra de dolor en sus ojos—. Lo que viste era una discusión, ella pretendía obligarme a seguir con el plan, quería que obtuviera a como diera lugar el mapa. Yo me negué, le dejé claro que no lo haría y que no existía tal mapa, que Daisy no lo tenía en su poder, ni tampoco lo habían hallado en ninguna de las propiedades de la familia. Le advertí que se mantuviese alejada de mi prometida o lo lamentaría, y me fui, dejándola envenenada.

Andy pensó entonces que Amelia era obviamente la cómplice del conde de

Cavandish y, de seguro, sospechaba que él podía tener el mapa y por eso lo había abordado en el baile y ese día en la puerta de la iglesia.

—Entonces, ¿quieres decir que el conde puede haber secuestrado a mi hermana? —preguntó, alarmado, Stev.

—Creo que sí, se volvió completamente loco —asintió, pálido, West.

Todos comenzaron a gritar diferentes cosas al oír la afirmación de West, y justo entonces se oyó un golpe en la puerta.

—Adelante —autorizó Stev, y por el resquicio apareció un hombre mayor que llevaba años a su servicio.

—Milord, me dijeron que requería mi presencia —dijo el criado luego de hacer una venia.

—Así es, Ryder. Necesito saber si mi hermana llegó a salvo a su destino. Como sabes, yo me quedé en la iglesia y ella siguió el camino sola —lo interrogó ansioso.

—Milord, yo no estuve ejerciendo de cochero esta semana —negó, nervioso, el hombre—. Creí que usted lo sabía, el jefe de cuadra enfermó repentinamente y yo debí reemplazarlo temporalmente —siguió él, tartamudeado cuando vio la reacción que sus palabras provocaban.

—¡Pero entonces quién manejaba el coche hoy! ¿Y acaso no regresó con el carruaje? —le preguntó, desencajado, Steven.

—Ehh... es un hombre que entró a trabajar hace unas semanas, y era el más idóneo para manejar los caballos, el cochero sustituto está de retiro, milord. Y no, no volvió a decir verdad —se excusó el sirviente, intranquilo.

Y lo siguiente que sucedió fue que Clarissa gritó y sufrió un desmayo, Steven la sostuvo antes de que se estrellara contra el piso y miró impotente cómo Andrew, Ethan y West abandonaban la sala a toda marcha.

CAPÍTULO 35

No te prometo felicidad eterna, tampoco perfección absoluta, mucho menos hacerlo siempre bien. Solo puedo prometerte esforzarme cada día para que tus sonrisas sean mi objetivo; tus suspiros, mi propósito, y tu risa, mi motor.

Prometo dar todo de mí, hasta vaciarme por completo, solo por ti. Prometo hasta dar mi vida por ti, mi amor, mi razón de ser, mi dulce margarita...

Lord Andrew Bladeston

—**S**e lo repetiré por última vez, ¿dónde está? —mascullo Charles West, acercando su cara a la de ella amenazadoramente.

—No lo tengo aquí —gesticuló Daisy, pegándose a la pared. Su mente comenzaba a trabajar aprisa buscando alguna solución.

Por fin conocía la identidad de la persona que todo ese tiempo había estado tras el mapa, el ataque y los robos. ¿Y las cartas? ¿Entonces él era quien había tomado las cartas del caballero y no Andrew? ¿Pero cómo habían llegado a su cuarto? Tantas preguntas y emociones la estaban mareando y haciendo desesperar.

—Entonces, ¿dónde lo tiene? ¡Hable ya! —tronó lord Cavandish, tomó sus brazos y la sacudió con crueldad.

—¡No! Ehh... en Rissa Palace, en la casa de mi hermano, ¡lo escondí allí! —barbotó invadida por el miedo.

—Colton, prepara el carruaje —gruñó el conde y comenzó a arrastrarla hacia el exterior.

—¿Ese es el carruaje de Steven? —preguntó, perpleja, Lizzy, deteniendo su marcha en medio del camino.

Nicolás siguió la dirección de su mirada y vio a lo lejos pasar a gran velocidad el coche que, aún a la distancia, podía reconocer como el de su amigo.

—Sí, lo es. Qué extraño, creí que no vendrían hasta mañana o pasado mañana. En estos momentos deben estar en boca de todos si Andy logró su cometido, y lo que menos le conviene es dejarse ver —comentó, perplejo, Nick.

—Me pregunto qué sucedió con tu hermano y Daisy —respondió, nerviosa, la duquesa.

—Creo que no tendremos que esperar demasiado para saberlo —apuntó el duque haciendo un gesto hacia otro carruaje que venía hacia ellos.

—¡Nick! —gritó, frenético, Andy y abrió la puerta sin esperar que el coche se detuviera del todo.

Los duques se miraron intranquilos y, luego, a la cara pálida del vizconde, sus ojos se abrieron al ver aparecer a West tras su hermano, quien parecía igual de alterado, y por último descendió el duque de Riverdan. Entonces... ¿la boda no se había realizado? Pues seguro que no, si no, no estaría allí el desposado.

—¿Andy? —lo interrogó Nick cuando su hermano llegó a él.

—¡Daisy! ¡¿Dónde está?! —exclamó frenético.

—¿Qué? Aquí no está, ¿no la ibas a alcanzar en Londres, para evitar que...? —contestó, confundido, el duque, mas calló al recordar que el novio abandonado estaba a la espalda de su hermano.

—¡No, no, llegué tarde! Ella nunca se presentó en la iglesia, Steven le dijo dónde estaba yo, y Daisy vino hacia aquí. ¡Pero ahora tememos que la hayan raptado! —declaró, desesperado, Andrew, y ellos lo oyeron horrorizados.

—Fue el hombre que estuvo todo el tiempo tras el mapa, Stanton, él se la llevó —agregó Riverdan con expresión funesta.

—Es mi hermano, él quiere obtener el tesoro que mi abuelo y el de lady Daisy enterraron, y para eso necesita las coordenadas que están en el mapa —aclaró West, contestado a la pregunta que se dibujaba en los rostros de los duques.

—¡Oh, por Dios! —balbuceó Lizzy afectada, se sostuvo de su marido y apoyó la mano en su vientre prominente.

—¿Dónde la encontraremos? ¿Dónde se la llevó ese desgraciado? ¡Esto es tu maldita culpa! ¡Si le hace algún daño, por más mínimo que sea, juro que te asesinaré! —lo increpó, fuera de sí, Andy, arremetiendo contra West.

—¡Lo sé!, ¿de acuerdo? ¡Sé que es mi culpa! —replicó, abatido, West, dejándose sacudir por el vizconde—. Creí que Charles había dejado el asunto en paz, que siendo mi prometida la mantendría a salvo. Nunca creí... Yo, ¡Dios!... Nunca quise que sufriese ningún daño —murmuró con los ojos empañados y su voz quebrada.

—Hermano, cálmate y libéralo. Ahora debes pensar en la joven, mientras discutimos, ella puede estar en grave peligro —intercedió Nicholas, obligándolo a alejarse de West.

—¡Pero ni siquiera sabemos por dónde comenzar a buscarla! —gritó este, impotente, apretando los puños con fuerza.

—Y lo peor es que todo esto es por ese maldito mapa que ni siquiera existe —sumó, ofuscado, Anthony.

Riverdan y los demás intercambiaron miradas y, cuando el duque asintió, el vizconde soltó el aire y aclaró:

—Sí existe. Tal y como ustedes supusieron, Daisy lo encontró, el mapa está en mi poder —dijo tenso, viendo abrirse los ojos de Tony.

—Piensa, West, ¿dónde pudo haberla llevado el conde? —lo apremió Ethan.

Anthony se pasó las manos por el rostro y agachó la cabeza, juntando sus dedos en su nuca.

—No lo sé, yo me desentendí del plan. En un principio, la idea era investigar a lady Daisy para quitarle el mapa y también revisar cada propiedad para buscarlo. Pero luego me negué a seguir y, por lo que creía, Charles había olvidado el asunto —negó después de unos segundos—. ¡Diantres! No sé dónde la llevó —terminó, colérico.

El silencio cayó sobre todos, y también la preocupación. Andrew estaba desesperado, se sentía culpable. Si él le hubiese dicho que la amaba, si le hubiese contado de la mujer de las cartas, si hubiese abierto su corazón, nada de aquello habría pasado, Daisy nunca se habría comprometido con Tony, no estaría en manos de ese malnacido.

—Tal vez deberíamos ir con Steven, quizás él tiene alguna pista o recibió alguna nota de Cavandish —terció Nick, posicionándose frente a su hermano, que se había derrumbado junto al carruaje y tenía la cabeza inclinada.

—No creo que regresar a la ciudad sea prudente, mis informantes dijeron que el carruaje de Hamilton fue visto abandonado en dirección hacia aquí —dudó Withe.

—Claro, por eso digo, nosotros también lo vimos solo hace quince minutos o un poco más —terció, con el ceño fruncido, Nicholas.

—¿Qué? ¿Lo viste?! ¿Por qué no lo dijiste antes? —gritó Andy poniéndose precipitadamente de pie.

—Creí que Steven venía con ustedes, aparecieron con diferencia de segundos —explicó, elevando una ceja, el duque.

—¡No entiendes! Steven se quedó en Londres, ese carruaje que viste es en el que viajaba Daisy —enfaticó Andy, se volteó y abrió la puerta del coche—. ¿Hacia dónde iba?

—En dirección a Rissa Palace —contestó Lizzy, haciéndose a un lado para que Withe y West también subieran al carruaje—. ¡Ve y trae a Daisy sana y salva! —rogó, compungida, la duquesa.

—A cualquier precio, aunque sea lo último que haga en esta vida —aseguró Andrew solemne, cerrando la puerta del carruaje.

—¡Ten cuidado! —gritó Nick cuando ellos se alejaban a todo velocidad.

Daisy no sabía qué iba a hacer para salir de esa situación. Le había soltado la mentira de que el mapa estaba en Rissa Palace porque había sido lo único que se le ocurrió en el momento. Tenía mucho miedo y no podía dejar de temblar. A su mente solo venía la imagen del rostro de Andy, de sus ojos, mirándola, azules profundos y melancólicos.

¿Por qué no le había confesado que lo amaba cuando había tenido la oportunidad? Tendría que haberle revelado que estaba confundida por el caballero desconocido, pero que desde que el vizconde había regresado, sus sentimientos habían cambiado. Ella se había enamorado perdidamente de él.

—Vamos, baja... —le ordenó Cavandish cuando arribaron a la propiedad de campo de su hermano.

Ella obedeció, salió del coche y recibió el sol de mediodía en la cara. El vestido le pesaba demasiado y se estaba mareando mientras se devanaba los sesos en busca de alguna manera de librarse de ese hombre. La casa estaría con el servicio mínimo, pues todavía restaba un mes para el final de la temporada y la llegada del invierno, cuando la familia y el resto de la servidumbre se trasladarían hacia allí.

—Ni se te ocurra decir nada, porque si abres la boca o intentas algo, lo que sea, Colton no dudará en disparar —le advirtió en voz baja el conde.

Ella asintió, sintiendo el cañón de la pistola que él sostenía con disimulo contra su espalda, y consciente de la presencia del secuaz del conde caminando tras ellos.

El mayordomo les abrió la puerta y, cuando la vio acompañada de dos hombres a quienes no tenía identificados como familiares, su gesto de sorpresa cambió a uno de recelo.

—Buenas tardes..., lady Daisy, es decir, lady West —la saludó su mayordomo, y ella cayó en cuenta de que el hombre creía que ella se había casado y que Cavandish era su flamante esposo—. Mis congratulaciones, señor West, adelante, por favor —siguió el criado, pero sus ojos se agrandaron al notar el aspecto del hombre que venía con ellos y que debería estar usando la entrada de la servidumbre.

—Él es mi ayuda de cámara —apuntó Cavandish, y se adentró en la mansión empujándola con disimulo.

—¿Desean que les sirva un tentempié, señorías? —les preguntó

Daisy vaciló sin saber cómo actuar, pero al sentir la mano del conde presionado dolorosamente su brazo, reaccionó.

—No, gracias. Subiremos a mi alcoba, Sander —respondió, iniciando el ascenso con las piernas temblorosas.

Sander se quedó observando al grupo con una postura regia y, ni bien desaparecieron por el rellano, comenzó a correr, sabía que algo no iba bien. En primer lugar, él conocía a la joven Daisy desde niña y nunca la había visto tan pálida y nerviosa. Segundo, si había algo que podía reconocer, era a un ayuda de cámara de un noble, y ese no lo era, al contrario, juraría que era un delincuente de los bajos fondos, además de que nadie le había avisado que vendrían, ni siquiera traían equipaje. Y tercero, y último, él había visto a

Anthony West en un par de ocasiones porque era asiduo visitante de la mansión de los duques de Stanton. A primera vista, lo había confundido, pero ahora estaba seguro de que no se trataba del caballero.

Cuando llegó a la cocina, empezó a llamar a los gritos a sus subordinados; en la casa solo había una cocinera, dos doncellas, dos lacayos, un mozo de cuadra y un jardinero. Todos abrieron los ojos como platos cuando los puso al corriente. Las mujeres se horrorizaron y los hombres también, todos apreciaban a los hermanos Hamilton. Uno de los lacayos salió disparado en dirección a Sweet Manor, debían dar la voz de alarma y buscar ayuda.

Daisy caminaba por el vestíbulo del piso superior de la casa de su hermano con el corazón latiendo acelerado, las palmas sudando y las rodillas temblando. No sabía cómo convencer al conde para que la soltara y así poder huir de él.

—¿En qué habitación tiene el mapa? —exigió Cavandish, obligándola a detenerse.

Daisy se estremeció, preparándose para recibir las represalias que estaba segura de que llegarían, ya no diría nada. No se le ocurría cómo salir de la situación y no había esperanzas, nadie la estaba buscando porque nadie sabía que el carruaje no la había llevado a Sweet Manor. Podría haber guiado a Cavandish hacia allí, pero no había querido poner en riesgo a sus vecinos. La única solución era decirle la verdad, que no estaba en posesión del mapa, que lo tenía Andrew. Pero no lo haría, no podía ponerlo en peligro, prefería morir antes de que le algo le pasara al vizconde, no podría soportarlo.

—¡Vamos! No me haga perder la paciencia, ¡entrégueme el documento! —ladró el conde, sacudiéndola con vehemencia, mientras ella se debatía buscando soltarse. El hombre la giró y la lanzó contra la pared de una bofetada. Daisy dejó escapar una exclamación de dolor y cerró los ojos, de por sí su visión estaba borrosa porque no llevaba sus gafas, pero ahora se volvió negra y tuvo que asirse de la pared para lograr estabilizarse.

—Escucha, perra, estás jugando con fuego. Te voy a matar sin dudar si no me dices ya mismo dónde guardaste el mapa —siseó lord West, tomó su barbilla y le clavó los dedos con crueldad para que lo mirara. Sus ojos grises estaban inyectados de furia y maldad. Ella se removió temblando violentamente y entonces una idea le hizo abrir los ojos.

—¡En los antiguos aposentos de mi abuelo! —proclamó, gimiendo por el tirón que sintió en su cuero cabelludo.

El carruaje de Steven estaba estacionado frente a la fachada de la gran estructura de piedra caliza blanca. Andrew se precipitó hacia fuera del coche de Riverdan y empezó a correr hacia la entrada, pero la mano del duque lo detuvo.

—¡Bladeston, espera! —dijo agitado, alcanzándolo en la puerta—. Debes pensar cómo actuaremos, cualquier error puede tener consecuencias fatídicas —le advirtió Ethan con calma.

Él lo miró apretando los dientes y, a regañadientes, aceptó que estaba en lo cierto.

—¿Qué propones? —inquirió, viendo posicionarse junto a ellos a West.

—Digo que nos dividamos, yo voy por la puerta trasera, West inspecciona abajo y tú el piso su... —indicaba Withe cuando la puerta se abrió y apareció un joven delgado vestido de lacayo.

—¡Milord! —balbuceó sorprendido de verlos, dirigiéndose a Andrew, a quien conocía por ser familia—. En este momento salía para Sweet Manor, es lady... —siguió atropelladamente.

—¿Dónde la tiene? —lo cortó Andy dando un paso hacia delante.

—Están arriba, milord —contestó el criado todavía pálido.

Él se volvió hacia los demás y, en silencio, concordaron seguir el plan de Withe. Andrew le indicó al lacayo que fuese a la mansión de su hermano por refuerzos y, con sigilo, ingresaron. Sentía el pulso acelerado latiendo en sus sienes y la mano que sostenía el arma que Riverdan le había dado, temblar. Nunca había disparado a nadie, pero si lo tenía que hacer, lo haría, por Daisy mataría sin titubear.

El vestíbulo del piso superior estaba desierto, una a una fue abriendo las puertas que encontraba y comprobando que no hubiese nadie. La desesperación comenzaba a desbordarlo cuando escuchó un atronador sonido que le congeló la sangre en las venas.

CAPÍTULO 36

A tiempo comprendí que el amor es mucho más que palabras bonitas, miradas robadas o caricias deseosas. El amor es aceptación mutua, es entrega absoluta, es sinceridad constante y confianza auténtica. Pero, más que nada, el amor es mirarte a los ojos y saber que estamos unidos más allá de cualquier límite, más allá de la piel, del espacio y del tiempo. El amor es todo eso y mucho más, el amor tiene tu cara, tu aroma y tu voz. Mi amor eres tú.

Lady Daisy Hamilton

Daisy ingresó a la alcoba del difunto conde, con el corazón desbocado y el estómago apretado en un puño. Debía intentarlo, era su última oportunidad, no tenía el mapa y ese hombre estaba dispuesto a todo por él. La mataría o sabría Dios qué le haría cuando se enterara de que le había mentido.

Los aposentos de su abuelo no se habían vuelto a usar después de su muerte, pero ella lo había revisado de arriba a abajo luego de encontrar el cofre oculto casualmente. Y rogaba a Dios que lo que tenía en mente funcionara.

Cavandish la hizo avanzar de un empujón brusco mientras su secuaz comenzaba a correr las cortinas que tapaban las ventanas y abrirlas para iluminar así el cuarto.

—¡Búscalos! —tronó West con una mirada amedrentadora.

Daisy tragó saliva y soltó un suspiro armándose de valor, algo que no le era fácil teniendo dos hombres armados frente a ella.

—Detrás del cuadro que está en la pared, en la cabecera de la cama. — Señaló hacia la pintura de Carlos I que ocupaba el centro de la pared y que quedaba muy por encima de sus cabezas.

El conde miró hacia allí y la codicia brilló en sus ojos grises. Hizo un ademán a Colton para que procediera a quitar el cuadro. El cómplice lo hizo y quedó a la vista una caja de hierro con una extraña rueda en el medio.

—¿Qué significa esto? —ladró, impaciente, el noble, apretando su brazo con fuerza.

—Es... es una caja que solo se abre con una serie de movimientos de la rueda —siseó Daisy, reprimiendo un jadeo de dolor.

—¿Y qué esperas para darme la secuencia?! —le gritó Cavandish.

Ella lo hizo y observó con satisfacción cómo el malhechor seguía las instrucciones y no lograba mover la rueda un ápice. West gruñó impaciente y la soltó para encaramarse en la cama y ayudar al otro.

Daisy comenzó a retroceder despacio, a la vez que ellos se afanaban en la rueda. Con disimulo, se sentó en el canto de la ventana y se dispuso a deslizarse hacia el otro lado. Su objetivo era usar el balcón para colarse en la alcoba del lado y así huir. Ya había pasado las piernas al otro lado cuando se oyó el sonido del encastre de la rueda. West jadeó satisfecho y abrió la puerta de hierro. Daisy contuvo el aliento y se lanzó fuera del cuarto para aterrizar en el suelo del balcón.

—¡Maldita, aquí no hay nada! ¡Ven aquí, te mataré! —gritó, fuera de sí, Cavandish.

Daisy se levantó y corrió hacia el pequeño muro que separaba los cuartos, el enorme vestido le impedía levantar la pierna para poder treparse. El conde apareció en la ventana, ella gritó y, de un salto, trató de subir al muro, pero apenas su estómago rozó la piedra, sintió que tiraban de su cabello con ferocidad.

—¡Ven aquí, furcia! —tronó West con tono perverso. Ella gritó de dolor y se aferró a la balaustrada para tratar de patear al noble.

—¡Suéltala ya mismo, Charles! —se oyó, y ambos se paralizaron en su lucha.

Del otro lado, en el balcón, estaba Anthony apuntando con una pistola a su hermano. Su expresión era tensa y mortal, y estaba fija en Cavandish.

—¡Mira a quién tenemos aquí! Al bastardo traidor —se burló West sin aflojar su agarre—. ¿Qué harás? ¿Me dispararás si no la suelto?

—No lo repetiré, déjala ir. Ella no tiene el mapa, suéltala, Charles —repitió,

con tono bajo y mordaz, el menor.

Daisy lo miraba sorprendida, no tenía idea de qué hacía allí Anthony, ni qué estaba sucediendo, pero le aliviaba verlo. Por el rabillo del ojo, vio que el secuaz del conde pretendía salir para disparar a Anthony.

—No apretarás el gatillo, eres un estúpido débil, siempre lo fuiste, un infeliz que coge lo que desecho. Y te ensañaré que a mí nadie me amenaza, imbécil —espetó, con desprecio, Charles, levantó el arma que tenía apoyada en las costillas de la joven y apuntó a su hermano.

Daisy cerró los ojos al ver que el conde bajaba el dedo sobre el gatillo, y el estruendo que produjo el disparo reverberó en todo su cuerpo, al igual que el chillido de espanto que salió de su garganta. Por unos segundos, el tiempo pareció detenerse y solo pudo oír sus pulsaciones enloquecidas rebotando en sus oídos y un chirriante pitido. Entonces un grito se coló en su trance.

—¡Daisy!

Andrew corrió por el pasillo como si de ello dependiera su vida. Como poseído, abrió la puerta del cuarto de dónde provenía el sonido y chocó de frente contra una enorme figura. El tipo agrandó los ojos y levantó su pistola hacia él. De inmediato, Andy arremetió contra el hombre, tomó la mano que sostenía el arma y comenzó a luchar por esta. El malhechor tenía bastante resistencia y fuerza bruta, por lo que el vizconde debió utilizar todo su cuerpo y golpear su frente con la cabeza para lograr derribarlo. El hombre le asestó un puñetazo en la barbilla, y él, con dificultad, torció el brazo que sujetaba la pistola y la golpeó brutalmente contra el suelo alfombrado, y esta se desprendió de sus dedos.

Aprovechando su ventaja, Andy lo golpeó en las costillas, el estómago y el rostro; ambos gruñían ferozmente. Finalmente, la cabeza del delincuente cayó desvanecida. Andrew lo soltó y, de un salto, se puso de pie y registró la habitación en busca de la joven. Las ventanas estaban abiertas y se precipitó hacia ellas gritando desesperadamente.

—¡Daisy!

Al salir al balcón, vio a la joven inmóvil y se paralizó de temor, a sus pies yacía el cuerpo inerte del conde de Cavandish. De una patada, apartó el arma

que todavía sostenía y se apresuró hacia Daisy. Entonces vio a Anthony desvanecido del otro lado de la balaustrada, una gran mancha de sangre se extendía por su camisa, a la altura del hombro izquierdo. Las ventanas se abrieron y aparecieron precipitadamente Nicholas y Steven. Ellos parecieron aliviados al verlos en buen estado y procedieron a auxiliar a West.

Daisy temblaba incontrolablemente, incapaz de reaccionar para ayudar a West, escuchó voces y, luego, vio aparecer al duque de Riverdan, quien junto a un lacayo se llevaron el cadáver de lord Cavandish.

Unas manos la levantaron con ímpetu y, a continuación, tuvo su cara enterrada en un firme pecho donde pudo oír un corazón latiendo atronadoramente y unos brazos que la rodeaban apretándola contra un cuerpo tembloroso.

«Ese aroma tan particular, a jabón y un olor fresco y *único*. Es *él*... Ha venido por *mí*...».

Angustiada y perdida, se aferró a ese hombre y lloró quebrantada.

—¡Daisy! ¿Estás bien? ¡Dios! —exclamó, con preocupación, el vizconde, se separó sin soltarla y levantó su rostro para examinarla—. ¿Estás herida? ¿Te lastimaron? —la interrogó apremiante, repasando su cuerpo con la vista en busca de lesiones.

—No... no —contestó, afectada, ella, y se quedó viendo los ojos atormentados del joven fijamente, sintiendo cómo él secaba sus lágrimas con ternura. Multitud de sentimientos y sensaciones colisionaron en su interior: alivio, seguridad, felicidad, anhelo y amor.

—Daisy..., lo siento tanto, perdó... —murmuró el vizconde con mirada empañada y agónica, pero los labios de Daisy posicionándose sobre los del hombre lo silenciaron.

Ella lo besó con toda la necesidad y la pasión que por tanto tiempo había reprimido, aferrándose al cuello masculino. Él gimió en su cavidad y la apretó contra sí al tiempo que su boca abordaba la femenina con ardorosa necesidad. Su beso fue una entrega mutua, un intercambio de amor y rendición absoluta. Sus labios se acariciaron y exploraron, marcando al otro con cada roce y desnudando sus almas. Sus corazones se abrazaron, libres de rencores, celos y sospechas, dejando lugar solo para el deseo desbordante y la pasión desatada.

—Andrew... —suspiró Daisy cuando se separaron para tomar aire.

—Daisy..., yo... —murmuró Andy con sus frentes unidas y las respiraciones agitadas.

—Te amo... —declaró, de sopetón, ella, subiendo su mirada a la del vizconde, que se la devolvió demudado—. Te amo con toda el alma, con todo el corazón. Te amo desde que te vi parado junto a tus padres, viéndome con tu rostro de niño malicioso. Te amo por tu arrogancia, tu acritud, tu humor enervante. Amo tus sonrisas perversas disimuladas, amo la manera en la que tocas tu cabello cuando estás frustrado o enojado. Amo el brillo de tu mirada cuando estudias algo que te interesa, amo tus ojos azules, tu mirada melancólica y tus silencios ensordecedores —prosiguió ella, dejando que las lágrimas bañaran sus mejillas—. Te amo, y lamento no haberlo visto antes, estaba perdida en mi negación y mi tozudez, empecinada en ignorar lo que mi corazón gritaba, que soy tuya en cuerpo y alma, desde siempre y por la eternidad.

Andrew contuvo el aliento y analizó el bello rostro de Daisy de hito en hito. Su piel se había erizado y su estómago burbujeaba emocionado.

—Daisy... —volvió a decir, rodeando más la cabeza de la joven con sus dedos, pero su voz se quebró y una gota resbaló de sus ojos—. Lo lamento tanto, demasiado —empezó, y el rostro de ella empalideció—. ¡No!, escucha... ¡Por Cristo!... —se reprendió, estaba tan nervioso que estaba dando una impresión equivocada. Con las rodillas temblorosas, se apartó y clavó una en el piso, luego tomó la mano de la joven y depositó un beso con ardor y reverencia—. Daisy, yo no te amo —empezó, aclarando su garganta—. Yo hago mucho más que eso, te necesito, te ansío, te anhele, te sueño, te pienso, te deseo. Tenías razón, nuestros caminos se encontraron y no fuiste una extraña, eres la dueña de mi alma, de mis pensamientos y de mis pasiones —confesó Andy, y la joven soltó un sollozo y se cubrió la boca con una mano, incrédula—. Sí, fui un estúpido que cerró los ojos a lo evidente, que reprimió lo que su ser le decía, que eres mi todo. La niña de cabello rizado y desordenado que me fascinaba, la hermosa joven que me subyugó, eres la dama anónima que me devolvió la fe en el amor, y mi dulce margarita. Mi corazón siempre lo supo, mi alma reconoció tu voz en cada línea, en cada palabra, y mi interior cayó rendido ante ti con solo verte en aquella escalera.

Y yo quiero ser el protagonista de tus desvelos, darte todos esos besos, ser tu amigo, tu confidente, tu amante, tu príncipe imperfecto, tu caballero desconocido y tu compañero en la más dulce de las aventuras. Lady Daisy Hamilton, ¿aceptas ser mi dama en la vida y en mi corazón? —terminó Andy con voz solemne y la ilusión bailando en pupilas azules.

Daisy abrió la boca, la cerró, para volver a abrirla. Temblando como una hoja, su mano apretó la del vizconde, que aguardaba su respuesta esperanzado, mientras ella lloraba profusamente. En su mente aturdida y conmocionada solo acudía una idea.

«*Es él. Andrew es mi caballero desconocido, ha dicho palabras que yo he escrito en las cartas que le he enviado... ¡Es él, es él!...*».

Un chillido de emoción brotó de su garganta y, a continuación, se lanzó sobre el vizconde, que abrió los ojos como platos y la sostuvo, sintiendo impactar su espalda contra el suelo del balcón.

—¡Acepto!, ¡acepto!, ¡acepto! —dijo canturreando alegre y depositando besos por toda el rostro del vizconde, que la abrazó con fuerza y cerró los ojos, sintiendo por primera vez en toda su vida un sentimiento de felicidad, paz y plenitud completa. Una sonrisa auténtica adornó su semblante asiduamente serio.

Daisy se apartó y lo miró con embeleso.

—Así que, milord..., ¿ya no soy el adefesio Hamilton? Porque usted ya no es un sapo apestoso para mí —le dijo recostada sobre él, con mirada provocadora y juguetona.

Andrew soltó una carcajada ronca y arqueó una ceja con indolencia, perdiéndose en los ojos dorados de la joven, desbordantes de felicidad.

—No, milady, eres mi dulce margarita, mi amor, mi dama —declaró, y selló esas palabras con un beso plagado de promesas con sabor a futuro y aroma a aventura.

CAPÍTULO FINAL

(...) Hay quienes pretenden ser ricos y no tienen nada; y hay quienes pretenden ser pobres y tienen muchas riquezas (...).

Proverbios 13:7

Los días siguientes al secuestro de Daisy transcurrieron como un suave suspiro para ella. El escándalo por la cancelación de su boda con West y posterior ruptura de compromiso rodeaba a toda la familia. Por supuesto, nadie se atrevía a cerrar las puertas por completo a una de las familias más importantes de Inglaterra que, además, estaba emparentada con el duque de Stanton y, por ende, con el marqués de Arden y su hijo, el conde de Gauss, el conde de Lynn, que era Jeremy, aunque aún no estuviese al frente de su herencia, y que contaba con el apoyo del duque de Riverdan también. Aunque sí, las invitaciones a bailes y eventos a los que estaban invitadas las hermanas Hamilton habían mermado considerablemente. Por todo aquello, habían decidido que Andrew y ella se casarían utilizando una licencia especial, y lo harían en dos semanas, que era lo que demoraban en salir las amonestaciones para el enlace.

Ella estaba exultante de dicha y sabía que el vizconde también, lo veía en sus ojos, que brillaban intensamente cada vez que la visitaba. No obstante, en los últimos días no había tenido oportunidad de verlo, ya que él, Riverdan y los demás estaban muy ocupados buscando dilucidar las coordenadas del mapa. Clarissa y ellas se habían quedado en la ciudad debido a los compromisos que tenían y que, amén de ser casi unas parias sociales, no podían declinar si pretendían que sus hermanas consiguieran casarse. Algo que a las gemelas les preocupaba poco y nada. Violetta se mostraba hastiada y aburrida de su debut

social, pasaba cada noche refugiada en su habitación. Rosie parecía estar más sumergida en su mundo que nunca y prácticamente se dedicaba a leer nada más. Su cuñada todavía sentía los efectos de su estado de gravidez y por eso habían asistido a los últimos bailes en compañía de lady Asthon, la anciana tía de Lady Elizabeth, que ejercía de carabina, hecho que agradecieron mucho, ya que nadie se atrevía a hacerles un desplante en presencia de la cascarrabias matrona. Además, se abocaron a organizar su boda en tiempo récord. Se casarían en los jardines de Sweet Manor, la casa de retiro de la familia de Andrew, y pasarían su viaje de novios en Francia. Al regresar, se instalarían en una de las propiedades que el duque les había obsequiado como regalo de bodas. Se trataba de una preciosa mansión de dos plantas, ubicada en Berkeley Square, que, además de contar con una inmensa biblioteca, tenía un hermoso jardín y también un invernadero. El vizconde le había explicado que, si bien él no tenía fortuna, su difunto padre había estipulado que recibiese una generosa pensión, y eso, sumado a la remuneración que recibía por su trabajo como estudioso de lenguas y documentos antiguos, les alcanzaría para llevar una vida holgada, aunque no de lujos excesivos.

A ella no le importaba, solo quería estar con Andy, lo demás la tenía sin cuidado. Era consciente de que cuando Andrew le había explicado aquello, por un momento, había visto brillar el temor y la inseguridad en sus pupilas azules. Y aquello la impulsó a hacerle comprender que para ella no eran importantes la riqueza ni la posición, sino él, su corazón y amor, eran lo único que necesitaba para ser feliz.

La emoción la embargaba al pensar en la próxima aventura que emprendería después de casarse, y no veía la hora de que llegara el fin de semana. En dos días se casaría con su caballero desconocido.

Esa misma tarde, su mayordomo le informó que tenía una visita. Daisy se sorprendió, ya que, debido a los rumores, nadie en su sano juicio querría ser visto allí, pero más que intrigada le pidió al criado que guiase a la visita al salón destinado para ello. Luego de comprobar que estuviese decente, se encaminó hacia el salón verde, entró y se quedó parada en la puerta, asombrada.

Anthony West se encontraba de espaldas a ella, contemplando el exterior por la ventana. Llevaba vestimenta oscura y un vendaje que inmovilizaba su

hombro y su brazo izquierdo. Verlo en su casa la paralizó, pues desde el día de su fallida boda no lo había vuelto a ver. Él pareció sentir su presencia porque se volteó y la enfrentó con expresión seria, lucía bastante desmejorado, su rostro estaba pálido y más delgado, pero seguía viéndose atractivo y varonil. Por unos segundos, ninguno habló. Hasta que ella salió de su estupor y caminó hacia uno de los sillones.

—Buenas tardes, milord —dijo carraspeando incómoda.

West le hizo una reverencia y un ademán para que se sentara y después hizo lo propio frente a ella.

—Lamento haberme presentado sin avisar —comenzó él, su gesto era tenso.

—No es molestia —se apresuró a negar ella, que estaba sintiendo emociones encontradas. Por un lado, estaba molesta con él por haber intentado engañarla, y por el otro, se sentía agradecida por la manera en la que él había arriesgado su vida para salvarla, y más asesinando a su hermano en el proceso.

—Yo... me iré. Debo ocuparme de los asuntos del condado y los negocios que tenía Charles... —siguió él, tragando saliva, parecía nervioso.

—Claro, es el nuevo conde de Cavandish —asintió Daisy al ver que no seguía su discurso.

—Sí. Pero no quería irme sin verla, Daisy —afirmó West, y sus ojos grises la estudiaron con fijeza—. Yo... quería pedirle perdón por todo el daño que causé y que ocasionó mi hermano. Lo lamento mucho, y entenderé si usted me odia ahora mismo —continuó en voz baja, ella negó ante eso último, pero él no la dejó responder—. Yo no le menté en nada de lo que dije después de que comenzáramos a tratarnos. Usted me encandiló desde el primer momento en que la vi, y no quería casarme para obtener el mapa, sino porque la deseaba como esposa —declaró con firmeza, y ella solo pudo contener el aliento y ruborizarse incómoda.

—Pero... usted... no fue sincero, utilizó las cartas que Andrew me había enviado, para... para... —replicó ella, recordando.

—Estoy muy avergonzado por ello. Pero solo lo hice esa primera vez que la vi, en el baile de máscaras. Usted no lo sabe, pero tanto yo como Andrew quedamos obnubilados al verla y, cuando supe su identidad, no pude creerlo. Usted era la joven a la que había estado investigando y en ese momento la mujer por la que mi mejor amigo y yo estábamos cautivados. Entonces quise

saber más de usted y viajé al lugar donde nació, allí hablé con la gente del pueblo y, por casualidad, conversando con un viejo hombre que estaba algo borracho, me enteré de que usted intercambiaba correo con una persona de Francia. Eso llamó mi atención y... robé las cartas que este hombre tenía preparadas para despachar. Y allí lo supe, que usted era la dama por la que mi amigo estaba perdido, y él, su caballero. Ambos lo confesaban en esas misivas, y por eso las destruí —confesó West con mirada baja.

Daisy no daba crédito a lo que oía, él había sabido todo ese tiempo que ellos se amaban y se buscaban, y los había alejado adrede. En ese momento entendía el motivo por el que Andy nunca le había respondido esa última misiva.

—¿Y por qué lo hizo? ¿Por el mapa? ¿Para no arriesgarse a que se lo diera a Andrew? ¿O para hacerse con el botín una vez estuviésemos casados? ¿Por eso traicionó a su amigo y su propio honor? —le espetó iracunda.

—No. Lo hice porque me enamoré de usted —rebatí, con ímpetu y rabia, Anthony, dejándola muda—. Otra vez me enamoré de una mujer que tiene su corazón comprometido, y yo quería ser su caballero, por eso lo hice. Sin embargo, debí saber que no lo lograría, ese es mi destino, amar a quien no me ama, a quien tiene dueño —completó West con mirada vacía y una sonrisa triste.

—¿Y las demás cartas? ¿Qué hizo con las cartas? —interrogó, con voz afectada, ella.

El conde frunció el ceño.

—No sé de qué habla. Solo tuve esas dos cartas en mi poder, una suya y otra escrita por Bladeston —negó pareciendo confundido.

—Me refiero a las cartas que estaban en el cofre, las que Andy me había enviado y que fueron robadas la noche en la que usted confesó entrar a buscar el mapa —aclaró ella con hosquedad.

—Yo no las robé, milady —dijo Tony con sus cejas alzadas.

Daisy entrecerró sus ojos con sospecha y cruzó los brazos en su pecho molesta.

—No lo niegue, las cartas estaban ahí, y luego de que usted ingresara... —insistió ella acomodando sus lentes.

—No fue él —intervino una voz, lo que hizo que ambos giraran la cabeza—. Fuimos nosotras, Sisy —afirmó Violetta desde la puerta.

Ella las miró pasmada y con la barbilla desencajada. ¿Ellas? ¿Sus hermanas? ¿Las gemelas habían robado las cartas?

—Lo sentimos, hermana. Mucho, quisimos ayudar y terminamos empeorando todo —agregó Rosie, mirándola compungida, y siguió a su hermana hasta quedar sentadas frente a ellos.

—¿Cómo? ¿Por qué? —balbuceó incrédula.

—Bueno..., durante el verano te notábamos extraña y estábamos preocupadas. Pero fue hasta que nos instalamos en la ciudad, que una mañana ingresamos a tu alcoba para invitarte a dar un paseo y tratar de sacarte del encierro, cuando descubrimos una carta a medio escribir al lado de un sobre —explicó Violetta vacilando un poco y pareciendo culpable.

—No pudimos evitar leer ambas y, bueno..., al instante la caligrafía del caballero me pareció familiar. Pero en el momento no dije nada a Violetta. Unos días después, Clarissa recibió correspondencia y, como sabes, me encanta redactar y a menudo la ayudo a contestar su correo. Y fue ahí que vi una misiva que lord Bladeston le enviaba a su hermana y que recordé la letra del caballero, y me percaté de que era la misma. Lord Andrew era el caballero de las cartas y, por supuesto, tú no lo sabías —relató Rosie apretando sus manos, nerviosa.

—Para resumir, sabíamos que estabas triste porque no habías recibido respuesta a la última carta y que en el baile de máscaras había pasado algo entre ustedes. Así que, aprovechando que un intruso había entrado a la mansión, nos hicimos con las cartas e ideamos la forma de que Andrew supiese que las tenías tú. Algo que nos facilitaste al pedirnos que te acompañáramos a su casa unos días después. Yo misma las escondí en el escritorio del vizconde cuando me colé por la ventana de su mansión. El plan era que, cuando él las hallara, recordara que tú habías estado en su cuarto y atara cabos. Es decir, te identificara como la dama anónima —apuntó Letty con gesto travieso.

—Pero no funcionó... solo enredamos todo. Espero que puedas perdonarnos —terció, suplicante, Rosie.

Daisy quería gritarles que esa era la idea más estúpida y sin sentido que había visto en su vida, pero se contuvo por la presencia de West, aunque no pudo evitar fulminarlas con una mirada exasperada. Sus hermanas los dejaron

a solas una vez más, con la puerta abierta, por supuesto.

—Lo siento, milord, no quise acusarlo, yo...

—No se preocupe, soy inocente de eso, mas culpable de muchos pecados —negó West y se puso en pie, caminó hacia donde ella estaba y se inclinó hasta posicionarse con sus rostros próximos—. Gracias por iluminar mis días, aunque haya sido breve el tiempo a tu lado. Te deseo mucha felicidad y una vida plena, no conozco a nadie que sea más merecedora de eso que tú —murmuró, y depositó un beso en la comisura de sus labios—. Adiós, Daisy Hamilton —terminó y, enderezándose, giró hacia la puerta.

Daisy había contenido el aliento, rígida como una estatua, siguiendo su retirada. Y extrañamente sentía un desasosiego en su interior, ya que en cierta manera, West había sido alguien importante y en un momento había estado a punto convertirse en su marido. Él la había apoyado, consolado y, algo más trascendental, había salvado su vida.

—¡Anthony! —exclamó cuando él ya estaba por cruzar el umbral, se frenó y giró su rostro hacia ella—. Gracias —dijo con la voz quebrada y una mirada de gratitud completa.

Los ojos de West brillaron con un sentimiento desconocido, luego le sonrió y, tras inclinar su cabeza, se marchó.

—No puedo creer que no podamos resolver este misterio —se quejó Andrew frustrado.

Riverdan, Nicholas, Steven, Jeremy y él llevaban toda la mañana reunidos en el despacho de su cuñado, examinando el mapa. Habían sopesado decenas de teorías, terminando por descartar todas las hipótesis.

—El problema central es que el mapa no da demasiadas especificaciones y no sabemos ni siquiera dónde podría estar enterrado —acotó Ethan, tan impaciente como él.

—Coincido, solo con esa inscripción y garabatos no llegaremos a ningún lado —agregó Nick, haciendo un ademán circular sobre el documento, con su mano.

Además de esas palabras, solo había una pequeña x negra en un extremo de la hoja, luego un camino de pequeños puntos que terminaban en una gran x

colorada.

—Bueno, propongo que nos tomemos un receso, nos servirán el almuerzo en la terraza —intervino Steven poniéndose de pie.

Un rato después se hallaban tomando una copa luego del almuerzo. La conversación había mermado, dejando a cada uno inmerso en sus cavilaciones. Andrew extrañaba demasiado a su prometida. En dos días se casarían y no podía esperar para que ese momento llegara. Se sentía feliz y esperanzado, tanto que ni el fracaso de la misión le importaba realmente. Solo faltaba que Anthony llegara, pues habían decidido que, a pesar de su participación en el complot de su hermano y Amelia en contra de Daisy, él tenía derecho a participar en la búsqueda. Por su parte, no guardaba rencores, ya que si algo había aprendido, era que el amor nublabla la razón y podía hacer cometer toda clase de locuras, aunque su amistad había quedado definitivamente resentida después de aquello. Andy no lo quería cerca de su mujer, y eso no cambiaría por lo menos en un largo tiempo.

—¿Saben? Se me ocurre que tal vez estemos complicando algo que quizás es sencillo —habló Riverdan, haciendo que todos lo miraran intrigados.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nick con el ceño fruncido.

—Que deberíamos empezar por lo más fácil —afirmó Ethan con un brillo sagaz en su mirada oscura.

—¿Y es? —inquirió, exasperado, Andy.

—El lugar. ¿Dónde creen que lord James Hamilton podría haber enterrado el tesoro? —apuntó Ethan echándose hacia atrás en su asiento.

Todos miraron a Steven, pues siendo el nieto, era el único que podía responder eso.

—Uhm... bueno, mi abuelo era un viejo avaricioso y falto de escrúpulos —respondió el conde, poniéndose un dedo en la barbilla, pensativo—. Pero más que nada, era terriblemente desconfiado. Por lo que creo que debió enterrarlo en un lugar en donde pudiese vigilarlo —conjeturó, zampándose un resto de pan del almuerzo.

Andrew se paralizó al oírlo y, repentinamente, una posibilidad apareció en su mente.

—¡Aquí! ¡Tiene que haberlo escondido aquí! —exclamó acelerado.

—Eso tiene sentido, el viejo pasaba prácticamente todo el año en esta

propiedad —afirmó Steven también entusiasmado.

Jeremy se levantó y apartó las copas para extender el mapa sobre la mesa. Andrew se inclinó, al igual que los otros, y estudió una vez más el papel, su mirada cayó sobre las letras escritas en el centro y repitió en voz baja la frase celta:

—*Ef fear py fhaide chaidh bho'n bhaile, chual e'n ceòl bu mhillse leis nuair thill e dhachaidh hy.* El hombre que vaga errando fuera de casa, escucha la música más dulce cuando vuelve a ella.

Sus ojos se cerraron mientras en su cabeza la frase se repetía, entonces un sonido suave se coló en su concentración. Abrió los ojos de golpe y vio a los hombres observándolo expectantes.

Una sonrisa ladeada apareció en su cara y, luego, echó a correr, dejando a los demás mirándose estupefactos, para que lo siguieran apresuradamente después. En segundos, llegó a su destino y se detuvo, examinando el lugar, agitado y con la respiración acelerada.

—¡La fuente! ¡Viejo bastardo! —gritó, alucinado, Steven.

Andrew inspeccionó la enorme estructura de piedra que representaba a Apolo, el dios griego de la música y la poesía, y todo cobró sentido.

El enorme jardín, los caminos sinuosos y la llamativa fuente que se ubicaba delante de la escalinata que llevaba a la parte trasera de la casa. La música era el suave sonido del agua cayendo incesantemente.

—El hombre que vaga errando fuera de casa, escucha la música más dulce cuando vuelve a ella —recitó Hamilton—. Ahora comprendo la existencia de esta fuente, no entendía por qué mi abuelo la había mandado a construir, no era adepto a la mitología griega —dijo negando impresionado.

—Esperemos que esté en lo cierto —dijo Andy y se trepó a la fuente, la cual era una figura masculina grande que sostenía un especie de instrumento parecido a un arpa en su hombro izquierdo.

Decidido, palpó la piedra en busca de algún recoveco que pudiese indicar la presencia de algún escondite o cubierta falsa. Luego de unos minutos, empezó a revisar el instrumento y, al rozar la base, sintió hundirse un extremo. Su corazón se aceleró y volteó a mirar a su público. Anthony estaba allí, sus miradas se cruzaron y no fue tan tenso como creía.

—Creo que aquí hay algo —anunció, girando de nuevo hacia el frente.

Sujetó ambos extremos del instrumento y presionó con los pulgares; nada sucedió. Ofuscado, presionó más fuerte y un chasquido se oyó. Todos contuvieron el aliento, al tiempo que Andy quitaba el pedazo de piedra que se había desprendido y se la pasaba a Ethan. Despacio, metió la mano en el pequeño resquicio que se había formado y luego de tantear, sus dedos rozaron una tela.

—¡Hay algo! —exclamó ansioso, y arrastró con cuidado la tela, comprobando que no hubiese nada más en el hueco.

Era un paquete envuelto en una alforja de terciopelo negro, estaba ajada y sucia y su contenido aparentaba ser delgado y no muy grande. Para él estaba claro que era un rollo, alguna clase de papiro.

—No me digas que es otro mapa —adujo, blanqueando los ojos, su hermano.

Andrew no contestó, sino que bajó de la fuente y, con la ayuda de Riverdan, quitaron la tela. Un rollo con aspecto muy antiguo quedó a la vista.

—¿Eso es todo? Yo creía que sería un cofre con oro, y ahora pensé en una joya. Pero es solo un pedazo de papel —se lamentó Steven.

Andrew lo ignoró y desató el lazo de hilo gris, luego desenrolló el papel, extendió un extremo y Riverdan sostuvo el otro.

—¿Una pintura? —preguntó Nicholas que se había acercado a mirar junto a Jeremy, quien la observó con los ojos verdes abiertos de admiración.

—¡No puede ser! —gritó West, y él levantó la cabeza y miró a Anthony con una pregunta en su cara. Viendo su conmoción, le pasó la pintura para permitirle estudiarla, después de todo, el experto en eso era él.

Tony la tomó con reverencia y su rostro empalideció. Con la boca abierta la miró desde todos los ángulos, por delante y por el revés, y finalmente los miró con un gesto de incredulidad y aturdimiento absoluto. Dejó la pintura de tal forma que todos la vieran y dijo:

—Es... *Leda y el cisne*[7].

—¿Y eso quiere decir...? —lo apremió Ethan.

—Es... *Leda y el cisne*, de Miguel Ángel —anunció exaltado, pero como todos lo miraron sin comprender, aclaró—: Fue pintada alrededor del 1530 por Miguel Ángel. La historia dice que él le dio la pintura a su amigo y alumno Antonio Mini, que la llevó a Francia. Y nunca más fue vista... Esto... esta... es... es la pintura original. Y, por supuesto, ¡vale una fortuna! —concluyó

West.

El grupo quedó en un silencio asombrado, con los ojos puestos en la pintura.
—Es tuya —habló, de pronto, Steven—. Es tuya, West, mi abuelo se la robó al tuyo, y ese fue el más intrascendente de sus pecados. Llévate la —dijo, con determinación, Hamilton.

Anthony lo miró anonadado. Después enrolló el lienzo y lo volvió a meter en la bolsa de tela.

—Olvidas que mi abuelo tampoco era un santo, y dudo que se haya hecho con ella de manera legal. Así que... toma —replicó West, extendiendo la pintura a Stev—. Le corresponde a lady Daisy, ella encontró el mapa y debe quedársela. Personalmente, prefiero dejar todo lo que esté relacionado con mi familia en el pasado —afirmó y, cuando el conde no reaccionó, él tomó su mano y depositó la alforja en su palma. Después les dedicó un asentimiento de cabeza y se marchó.

—De acuerdo... —suspiró, todavía asombrado, Steven, luego de unos segundos—. Te hago entrega de la dote de tu novia y mi hermana, confío en que sabrás qué hacer con ella, y este es mi regalo de bodas. No pienses rechazarlo —anunció, y le lanzó el rollo a Andrew, que apenas tuvo tiempo de atraparlo.

—¡Vaya! Acabas de convertirte en un hombre inmensamente rico y afortunado, amigo —proclamó Riverdan, palmeando su espalda.

Su cara era un poema, estaba tan patidifuso y boquiabierto que logró que todos estallaran en carcajadas hilarantes que terminaron sacándolo de su estupor.

Cuando las risas cesaron, Andrew miró al cielo. Agradecido, bajó la vista hacia sus amigos, con una enorme sonrisa adornando su semblante.

—Te equivocas, Withe, esto solo me hace rico, porque afortunado ya era desde el momento en el que recibí el regalo más valioso, inigualable e inmerecido: el amor.

FIN

EPÍLOGO

Amo tus silencios...

Amo tus palabras...

Amo sin límites...

Amo sin medidas...

Eres lo más dulce...

Eres mi aventura...

Lady Daisy, Lord Andrew

El día de la boda llegó. Era una mañana de otoño atípica, el sol brillaba y un agradable clima los acompañaba, augurando un futuro prometedor.

Tanto Andrew como ella habían escogido que la celebración fuera íntima y solo para la familia directa. Sus hermanos, la familia Bladeston al completo, incluida lady Asthon, la tía de Elizabeth, la duquesa viuda y lord Arden, padre de la duquesa y su cuñada. Y por supuesto, el duque de Riverdan, que continuaba investigando los robos y en ese momento la fuga de lady Amelia Wallace, estaba presente. Solo se ausentaría lord Jeremy debido a un viaje de urgencia que debió hacer a sus tierras de Surrey, pero su madre, la marquesa, estaría en la boda.

Daisy se sentía como en una burbuja de paz y dicha, no estaba alterada ni nerviosa, sino expectante y entusiasmada. Esa vez ella había elegido el vestido de novia que luciría y estaba muy conforme con su elección. Su atuendo nupcial consistía en un sencillo pero precioso vestido de lino color crudo, las mangas y la falda tenían hilos de plata, tenía escote corazón, y dejaba la piel de sus omóplatos a la vista. Era ajustado en el torso y luego caía sutilmente por sus caderas, lo que le daba un efecto suave y delicado, nada ostentoso ni

vaporoso. Su doncella le estaba colocando horquillas en la cabeza para lograr sujetar una fina corona de pétalos blancos y amarillos, y una vez que lo había logrado, extendió su cabello rizado rojizo en sus hombros. El toque final fue una fina cadena de plata y un poco de color en sus labios.

—¡Vaya, estás preciosa, Sisy! —suspiró Rosie, quien estaba contemplándola junto a Violetta desde la puerta.

Ella se volvió con una sonrisa y extendió los brazos con mirada llorosa; sus hermanas corrieron y se abrazaron a ella.

—Te extrañaremos, pero el saber que estarás bien y feliz compensará la añoranza —murmuró Ros llorosa.

—Nos harás falta, demasiada. Solo espero que el zopenco del vizconde te cuide como mereces —agregó Letty, aclarando su garganta en un obvio intento de reprimir sus lágrimas.

—Si no lo hace, aplicaré alguna de tus tácticas defensivas —bromeó, reteniendo las lágrimas, y dio un beso a cada gemela, que reían por su chiste.

Se quedaron un rato más así, reviviendo ese momento que, aunque era un paradójico *déjà vu*, no dejaba de ser emocionante y movilizador. Unas fuertes manos las rodearon, Daisy abrió los ojos y vio a su hermano que las abrazaba con gesto enfurruñado.

—Vamos, es la hora. Partamos hacia Sweet Manor antes de que sea yo quien rapte a mi pequeña flor. No puedo creer que un bastardo se la llevará —dijo, ofuscado, el conde.

—Haré de cuenta de que no llamaste así a mi hermano, Hamilton —ladró Clarissa desde el umbral. Una enorme sonrisa contradecía su tono irritado—. Dejarás sin aliento a Andy, querida —aseguró, burbujeante, ella, besándola en la mejilla—. ¿Lo ven? ¡El amor siempre triunfa!

Andrew se paseaba nervioso por el altar que habían improvisado en los jardines de la mansión de Costwold.

Todos los invitados estaban ya allí, Nicholas y Elizabeth oficiarán de testigos. La duquesa estaba muy bella con su prominente embarazo, y su hermano se limitaba a observar sus movimientos impacientes con una sonrisa jocosa. Honoria, su madre, estaba más que feliz por la boda y la novia, y

conversaba con la madre de Jeremy, que estaba sentada junto al marqués de Arden. Estaba comenzando a sudar, ya quería ver aparecer a Daisy, estaba desesperado por hacerla suya en todos los sentidos, y con cada segundo de retraso se sentía desfallecer.

«¿*Qué* te pasa? Estás perdido por esa mujer, amigo...», se dijo haciendo una mueca de diversión.

—¡Allí llega la novia! —anunció lady Asthon, que había acorralado a Riverdan y lo tenía sentado a su lado.

Él se enderezó y fijó su vista en las puertas cristaleras que daban a la terraza. Las hermanas menores de Daisy aparecieron y descendieron la escalinata junto a Clarissa, las tres llevaban elegantes atuendos y se veían bellas. Pero nada comparado con lo que vio a continuación, sus ojos se abrieron atónitos, su corazón comenzó a golpear dolorosamente en su pecho mientras dejaba de respirar ante la visión que caminaba hacia él.

Su dama... estaba... no tenía palabras, era un hada, un ángel, resplandecía, destellaba. Su sonrisa y el brillo de sus ojos dorados, su cabello, su cuerpo redondeado, todo lo hacía sentirse mortal y vulnerable, bendecido y definitivamente acalorado.

—Respira o te dará otro ataque —siseó Nicholas con tono de mofa.

Daisy solo podía mirar a su prometido, sus miradas estaban entrelazadas y todo a su alrededor había desaparecido. Sus ojos azules refulgían y parecían quemarla intensamente. Llevaba su pelo castaño peinado hacia atrás, una casaca negra, camisa, chaleco y pantalón del mismo color.

En definitiva, lucía apuesto hasta lo indecible. La manera en la que la examinaba era tan apasionada que sus rodillas temblaron y agradeció que su hermano estuviese guiándola. Entonces él sonrió como solía hacerlo, con esa mueca ladeada que la enloquecía, y eso, sumado a la suave presión que ejerció cuando Steven depositó su mano en la suya, le transmitió la tranquilidad que necesitaba.

Debido a que se estaban casando con una licencia especial, y para sumarle a lo atípico lo hacían al aire libre y no en una iglesia, el nada conforme párroco, que tenía la cara contraída en un gesto agrio y de vez en cuando lanzaba miradas al duque de Riverdan, el responsable de que accediera a casarlos, ofició la ceremonia rápidamente.

Y así fueron declarados marido y mujer, un coro de vítores se alzó cuando Andrew la tomó por la nuca y selló su unión con ardoroso entusiasmo, dejándola ruborizada y anhelante.

La tarde transcurrió entre el abundante banquete y el baile, durante el cual tuvo que ver cómo su esposa le era arrebatada de sus brazos una y otra vez, hasta que hubo bailado con cada caballero presente y él, con las damas.

—No te la robarán, ¿sabes? —se burló Clarissa, que era su pareja en ese momento.

Andy frunció más el ceño al oír su comentario y a duras penas despegó la vista de su vizcondesa, que reía y giraba en los brazos de Ethan.

«¿Qué es tan gracioso? Conmigo no se ríe tanto, al contrario, siempre me está fulminando con sus ojos...».

—No lo permitiría —gruñó, y al instante se arrepintió. Había sonado como un perro rabioso.

—Sí, ya veo —replicó, hilarante, su hermana—. Al final se cumplió lo que te dije en este mismo jardín hace tantos años —comentó con una mueca presumida.

—¿Qué me dijiste? —interrogó, perplejo, él, observando sus ojos azules brillar traviosos.

—¿Recuerdas esa ocasión en la que Daisy te empujó al lago? Estabas muy furioso, y mientras madre te consolaba, yo me acerqué y te susurré una predicción —aclaró con tono enigmático.

Andy arqueó una ceja, intentando recordar esa escena. Recordaba estar enajenado, completamente empapado y sucio, envuelto en una toalla de lino, al tiempo que veía fijamente a la pequeña Daisy caminar por la orilla del lago; sus lentes resbalaban continuamente hacia la punta de su nariz y ella los acomodaba de nuevo. Entonces, mientras su mente buscaba alguna manera de hacerle pagar la humillación que le había hecho pasar, había oído a Clarissa decir en su oreja: «Yo que tú no lo intentarías. Puede que no lo veas, hermanito, pero para mí está claro que, además de sufrir un buen golpe en tu trasero y en tu orgullo, has recibido un golpe al corazón y nada podrás hacer al respecto». Dicho eso, había depositado en sus manos un objeto mojado y se marchó para dejarlo en trance, observando lo que ella le había entregado y sintiendo el efecto de esas palabras.

—Eres una bruja —le dijo, volviendo a ese momento—. Pero no sabes cuánto me alegro de que estuvieras en lo cierto —terminó, sonriendo feliz.

—Más me alegro yo de tener por fin a mi Andy de regreso y muy lejos al estirado lord Bradford —correspondió Rissa con gesto cómplice.

—Me temo que he de robarme a la novia —interrumpió la voz grave de su flamante esposo, y el duque de Riverdan miró a ella con un brillo malicioso en sus ojos café.

—No hasta que termine la pieza, no puedes —negó acercando un poco más su cuerpo al suyo.

Daisy contuvo el aliento y espió a su marido por el rabillo del ojo. Parecía que estaba por explotar y su mandíbula se tensaba, algo que provocó una risa nerviosa en ella, que no sabía si reír o salir corriendo. No obstante, no tuvo ocasión de meditarlo demasiado porque el vizconde gruñó con fuerza y, acto seguido, la arrancó de los brazos del duque, se inclinó y la lanzó sobre su hombro como un saco. Riverdan negó con su cabeza, alucinado, y ella abrió los ojos estupefacta y solo alzó la mano, despidiéndose de todos los que le devolvieron el saludo mientras se carcajaban y alzaban sus copas a la vez que ella era secuestrada por su marido.

Un carruaje que no conocía y parecía nuevo los llevó de regreso a la ciudad, pues a primera hora debían estar en el muelle para partir hacia Francia. La mansión que lord Stanton les había obsequiado quedaba en una esquina y era muy bonita, aunque nada extravagante. Por sus ventanas se colaba la luz de las velas que ya se habían encendido, pues la noche ya teñía el cielo.

Cuando ellos entraron a la casa, una fila de criados los aguardaba. Daisy los saludó con sonrisa incómoda y también sorprendida. Creía que no contarían con tanto personal, solo el indispensable, mas allí había un servicio completo, y eso no lo esperaba debido a la situación financiera de su esposo. Aunque no pudo detenerse mucho en aquel detalle porque Andy enseguida la arrastró por las escaleras en forma de caracol.

Entonces la aprensión y la timidez la embargaron y se puso tensa. Sabía lo que vendría. Clarissa se lo había explicado, para su pesar, no había sido muy explícita y terminó dejándole más dudas que al inicio de la incómoda

conversación.

Su esposo la hizo pasar a una amplia y elegante alcoba decorada en tonos burdeos y dorados. Destacaba la gran cama de dosel y las sábanas doradas, un largo diván, un ropero, un escritorio color caoba y una bañera de porcelana ubicada frente a la chimenea encendida.

Antes de que pudiese hacer la pregunta que tenía en mente, que era dónde dormiría y se asearían ella, pues era obvio que esa era la habitación destinada al señor de la casa, se oyeron unos golpes en la puerta.

Su esposo, que se limitaba a verla en silencio, detuvo el acto de quitarse el pañuelo y fue a abrir la puerta. Tres lacayos entraron y procedieron a llenar la bañera con agua caliente. Daisy tragó saliva y sintió su estómago contraído cuando la puerta se cerró tras los sirvientes.

Andrew notaba el nerviosismo de Daisy, que en este instante parecía un cervatillo asustado, y sentía una gran ternura. Estaba tratando de darle espacio y, por eso, aunque casi había muerto en el intento, procuró no avasallarla ni lanzarse sobre ella como deseaba lo que duró el viaje. Pero en ese momento ya no podía contenerse o explotaría finalmente. Fingiendo tranquilidad, se quitó el saco, el chaleco y las botas, todo bajo el demudado escrutinio de su vizcondesa. Luego se arremangó la camisa hasta los codos y se volvió hacia ella.

—Venga aquí, lady Bradford —bromeó, extendiendo su mano.

Daisy vaciló, se estaba poniendo demasiado nerviosa, pero la sonrisa que esbozó logró distraerla lo suficiente como para asirse a él y terminar parados frente a frente junto a la bañera. Su pulso latía enloquecido cuando Andy levantó una mano y acarició su mejilla con suavidad.

—Si pudieras ver lo que yo estoy viendo justo ahora, no tendrías lugar para ese miedo —habló él, dejó vagar sus ojos por su rostro sonrojado y regresó la vista a la suya, con una mirada encendida y profunda.

—Yo... —balbuceó ella, temblando inconscientemente.

—Shh... no digas nada —la cortó él, pegando sus frentes—. Te propongo algo, que pienses en lo que sucederá entre tú y yo como si fuese una aventura —siguió susurrando con su aliento cálido sobre su boca.

Daisy asintió, estremecida, y cerró los párpados.

—Eso es, mi amor... tú solo cierra los ojos y déjate llevar por esta dulce

aventura —siseó su marido, y sintió sus manos acariciar lentamente sus brazos, subir hacia sus hombros y detenerse en la tela que sostenía su vestido en su cuerpo.

Daisy sentía una estela de fuego por donde sus manos pasaban y poco a poco sus reticencias diluyéndose.

—No temas, dulce margarita, solo te amaré con mi cuerpo, como ya lo hago con mi alma y mi ser —declaró Andrew, y bajó su vestido por sus hombros.

Un jadeo brotó de su garganta cuando ella quedó con el torso desnudo frente a sus ojos, ya que no llevaba puesto corsé y la había desprendido de la camisola junto con el vestido. Con la respiración agitada, abrió los ojos y se encontró con las pupilas oscurecidas y dilatadas de su esposo que la miraba de hito en hito.

Él respiraba también acelerada cuando la liberó de los pololos y las medias, y por último, le quitó la corona que adornaba su cabello. Sus manos temblaron incontrolables al tomar el cabello suelto y, con un gesto de embeleso y reverencia únicos, él acercó su pelo a su cara, aspirando extasiado.

Daisy sentía su interior derretirse con cada acción de su esposo, sintiéndose admirada y venerada, se armó de valor y procedió a quitar la ropa de su esposo.

Juntos se sumergieron en la bañera y, colocándose de rodillas, se estudiaron con fijeza.

—Te amo, hoy y siempre —dijo ella con emoción, rozando sus narices.

Andrew la tomó por la nuca y la pegó a su cuerpo.

—*Siempre* no me alcanza para amarte lo suficiente —respondió con voz ronca—. Porque te amo sin medida ni tiempo —declaró, y su boca abordó la suya con voraz necesidad.

Un año después...

Costwold

Andrew salió al exterior de Sweet Manor buscando a su esposa con la vista. El jardín estaba repleto, toda la familia estaba allí, pues estaban festejando. Sus hermanos, con sus esposos, su madre, sus cuñadas, las gemelas con sus maridos y las niñeras vigilando a los nuevos integrantes de la familia. Pero ni

rastros de Daisy.

Era un día especial, su esposa cumplía años, y él tenía una sorpresa por su aniversario número veinte. Finalmente la divisó a lo lejos, sentada a los pies del gran olmo, tenía su precioso cabello recogido con una cinta y parecía una princesa con ese vestido color amarillo. Con sigilo, se acercó a ella y se trepó al árbol sin que ella se percatara, de tan concentrada que estaba en su lectura.

—*Cuando caído en desgracia ante la Fortuna y los hombres y en soledad lloro mi condición de proscrito y perturbo los indiferentes cielos con mis lamentos; cuando me contemplo a mí mismo y maldigo mi destino, deseando parecerme a otros más ricos en esperanza; ser tan hermoso como ellos, y como ellos disfrutar de muchos amigos; cuando envidio el arte de aquel, y el poder de este otro, descontento de lo que más placer me da. Y cuando hundido en estos pensamiento casi me desprecio, de pronto, felizmente pienso en ti, y toda mi alma, como la alondra que asciende al surgir del día, se eleva desde la sombría tierra y canta ante las puertas del cielo. Porque el recuerdo de tu dulce amor me llena de riquezas, y en esos momentos no cambiaría mi destino por el de un rey*[8] —recitó en voz alta, con voz solemne, haciendo que Daisy se sobresaltara y levantara la vista para quedarse escuchándolo boquiabierta.

Sus ojos dorados brillaron al oír esos versos y negó divertida, pues él no era pobre precisamente, más bien todo lo contrario, y estaba claro que era hermoso. Andy le devolvió el escrutinio, guiñándole un ojo, saltó hacia el suelo y la ayudó a ponerse de pie, luego metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y le extendió un paquete envuelto.

Daisy observó su sonrisa ladeada y, curiosa, tomó el presente y lo abrió ansiosa.

—Feliz cumpleaños, dulce margarita —dijo ya sonriendo ampliamente al mirar su pasmada reacción.

Daisy jadeó y miró incrédula el regalo que su esposo le había hecho. Era el libro, el ejemplar original de *Sonetos de amor*.

Ese que él había lanzado al agua siendo niños, en ese mismo lago, y que ella creía perdido. Pero no, lo había conservado y restaurado. Por un momento, ella solo lo miró, y en su cara podía verse el asombro y la conmoción. Incapaz de hablar, se lanzó a sus brazos y lo besó apasionadamente. Era el regalo más

maravilloso que le habían hecho.

Ambos respiraban agitados cuando el beso terminó, y ella lo contempló dichosa. Quería agradecerle y se le ocurría una excelente idea.

Dio un paso atrás y se aclaró la garganta.

—*¿Quién creará en el futuro a mis poemas si los colman tus méritos altísimos? Tu vida, empero, esconden en su tumba y apenas la mitad de tus bondades. Si pudiera exaltar tus bellos ojos y en frescos versos detallar sus gracias, diría el porvenir: «Miente el poeta, rasgos divinos son, no terrenales». Desdeñarían mis papeles mustios, como ancianos locuaces, embusteros; sería tu verdad «transporte lírico», «métrico exceso» de un «antiguo» canto. Mas si entonces viviera un hijo tuyo, mi rima y él dos vidas te darían.*[9]

Andrew la oía con mueca juguetona y, cuando ella acabó y tomó su mano para depositarla en su abdomen dando énfasis a sus últimas palabras, su corazón se detuvo.

—¿Estás...? —balbuceó emocionado, esperanzado y temeroso.

—Sí, milord, un sapito crece aquí dentro —asintió ella riendo. El vizconde abrió los ojos como platos, sintiendo el aire faltarle, bajó la vista a su vientre, la subió de nuevo a su cara, y luego se desplomó hacia atrás para terminar con la mitad del cuerpo sumergida en el lago.

Daisy chilló asustada y se lanzó a socorrer a su esposo. La familia entera apareció tras ellos, y los hombres se apresuraron a levantar al vizconde y depositarlo en la orilla.

—Mi amor... mi amor, despierta —lo llamó, preocupada, ella.

Su esposo parpadeó y abrió los ojos. Los demás suspiraron aliviados, pero al ver las plantas que colgaban de sus cabellos, estallaron en carcajadas.

—¿Estás bien? —inquirió, ansiosa, ella, inclinándose sobre él.

—¡Seremos padres! —susurró, exultante, él—. ¡Voy a tener un bebé! —gritó después, y se oyeron felicitaciones y pullas de los restantes presentes.

—Sí, y pensará que su padre es un apestoso —lo provocó ella arrugando su nariz.

—No lo creo, solo creará que su madre es una descarada —replicó él, sonriendo mordaz.

—¿Y eso por qué? —preguntó sin comprender.

—¡Por esto! —respondió Andrew, y sofocó su grito sorprendido con sus labios en un beso aniquilador, apremiante y aventurero.

«Mi dama...».

«Mi caballero...».

Yo soy de mi amado y mi amado es mío...

Cantares 6:3

DULCE MISTERIO

Serie Dulce Londres 05

Aún se oían las risas de los invitados a la boda del vizconde Bradford y lady Daisy Hamilton, provocadas por la nada tradicional partida de los novios hacia su noche de bodas, cuando Ethan Withe decidió ponerse en marcha también. Luego de saludar a los duques de Stanton y prometer a Nicholas y Steven mantenerlos informados de sus avances en la investigación, pidió su carruaje y, minutos después, se dispuso a tomar asiento en el interior del amplio coche, el cual permanecía a oscuras, pues ya había comenzado a desaparecer la luz del atardecer.

Entonces su cuerpo se paralizó y sus sentidos se pusieron en alerta. Había alguien, un intruso agazapado en el interior del carruaje. Su primera reacción fue retroceder para intentar descender y así impedir quedar a merced del intruso, pero el sonido metálico del arma siendo martillada por este le impidió llevar a cabo el movimiento.

—Bien pensado, su excelencia, cierre la puerta y dé la orden al cochero de que ponga en marcha el coche —le ordenó, desde el rincón, el secuestrador sin dejar de apuntarle. Su voz era peculiarmente ronca y parecía relajado.

El duque acató su orden con rigidez y comenzaron a alejarse de Sweet Manor.

—No sé qué pretende, pero no se saldrá con la suya. Baje esa arma y márchese, o aténgase a las consecuencias —le advirtió Ethan con su tono más letal. Entrecerró sus ojos para intentar vislumbrar alguno de los rasgos del hombre, quien, además de permanecer en la penumbra, llevaba el rostro

cubierto por un pañuelo oscuro y un sombrero en su cabeza.

—Muy valiente de su parte, milord, pero me temo que una vez más tendré que negarme a obedecer una de sus órdenes. No es personal, créame, aunque al parecer se ha vuelto una costumbre —dijo, con tono de fingido pesar, el delincuente.

Ethan comenzaba a darse cuenta de que era demasiado elocuente para resultar ser un malhechor corriente y de bajo fondo, y también excesivamente irritante. De hecho, su actitud le parecía bastante familiar.

—No entiendo de qué demonio está hablando. Mejor déjese de tonterías y dígame de una vez qué quiere —contestó, impaciente, Ethan, irritado porque, a pesar de que había tratado de distraerlo con la conversación, el intruso no había mermado el agarre sobre su arma ni corrido un milímetro el objetivo al que apuntaba, que no era otro que su propio pecho.

—¡Que decepción, su excelencia, lo creía más avisado! —se mofó el otro, y tras encoger un hombro, levantó su mano libre y corrió el pañuelo que ocultaba su rostro; el sombrero que había mantenido su cabeza cubierta siguió el camino del pedazo de tela.

—No... no puede ser... ¡Usted! —balbuceó, incrédulo, Ethan cuando la luz de la luna iluminó la cara de su interlocutor. Anonadado, solo pudo quedarse contemplando la expresión de burla de la última persona que esperaba ver.

No podía dar crédito, estaba siendo secuestrado por nada más que el demonio Hamilton. La única mujer que detestaba tanto como deseaba poseer y de la que, al parecer, no podría escapar.

AGRADECIMIENTOS

Pocas veces se da la coincidencia de embarcarse en la gran aventura que supone estar por dar a luz algo tan valioso como un trabajo de meses y mucho esfuerzo, y a la vez lo más preciado que una mujer puede crear: un hijo. Por eso, dedico mi cuarta novela a esa hermosa vida que solo en unos días llegará a este mundo a iluminar mi universo otra vez. Como cada día lo hacen mi pequeño hijo y mi incondicional esposo. Solo puedo decirles gracias, son mis perfectos caballeros.

No podría estar más agradecida a Dios, por permitirme seguir creciendo en mi sueño de escritura y por darme el increíble regalo del nacimiento de mi segundo hijo. A Jesús le debo mucho más que mi vida e inspiración, también el haber recibido su amor y salvación.

Gracias también a cada persona que me apoya leyendo las locas letras que surgen de mi mente y corazón. Espero que hayan disfrutado de la lectura.

Con profundo cariño,

Eva

Si te ha gustado

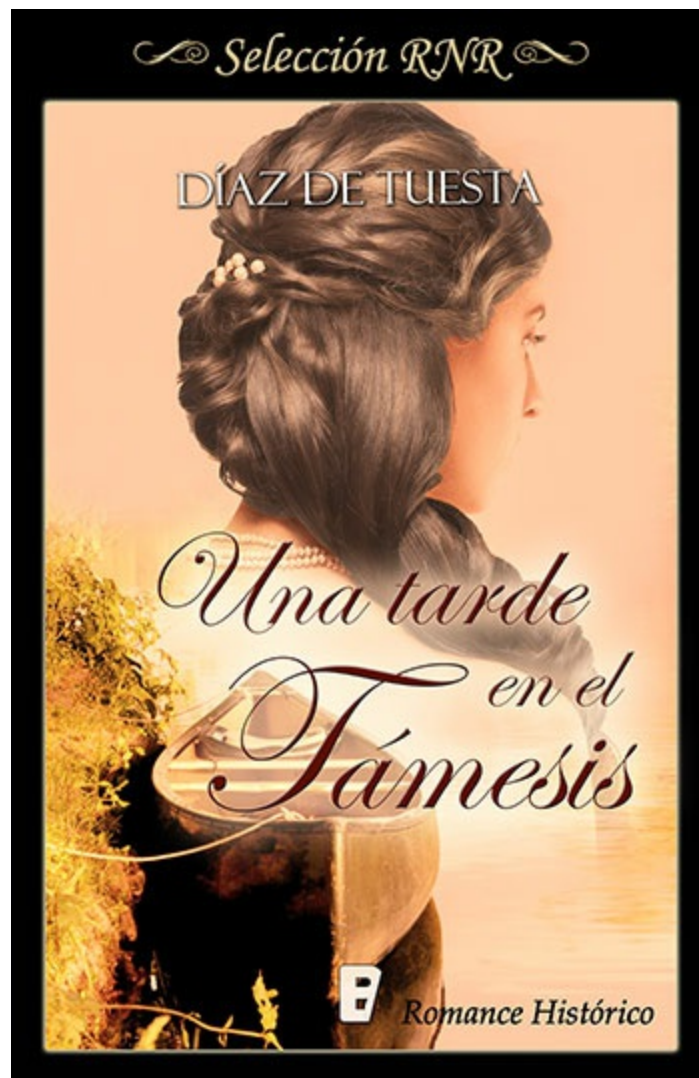
Dulce aventura

Saga Dulce Londres 04. Amor platónico

te recomendamos comenzar a leer

Una tarde en el Támesis

de *Díaz de Tuesta*



PRÓLOGO

Doce años antes...

Último día en Londres

23 de abril de 1814

Lady Harriet Waldwich Saint-George se despertó al oír un llanto de bebé.

¿Qué hora era? Muy temprano, a decir de la poca luz que llegaba del exterior, pero se conocía y sabía que ya no podría volver a dormir. ¿Le pasaba algo a su hermano Andrew? Seguro que sí, siempre se quejaba por alguna cosa. Era un niño odioso. Por su culpa estaba ella en Londres, en vez de con sus amigas, en Oxford.

A Harriet le encantaba Oxford. Allí había nacido y allí había vivido hasta que sus padres decidieron que, dada la mala salud del pequeño Andrew, era mejor trasladarse a Londres, donde podían contar con la atención inmediata de los mejores médicos de la corte, los que trataban al propio príncipe regente y su familia.

Desde entonces, ella estaba atrapada en aquella ciudad odiosa y papá iba y venía, siempre ocupado con reuniones. Aunque eso no le gustaba, Harriet estaba muy orgullosa de él. Todo el mundo decía que Richard Waldwich, conde de Trammheran, era un gran coleccionista, y un historiador de gran prestigio.

«¡Ya se habrá ido!», pensó, al recordar que, la noche anterior, habían cenado todos juntos, porque su padre debía irse a primera hora a Oxford.

—¡Pero si es el día de Saint George! —había exclamado Harriet, disgustada. En su casa se celebraba especialmente. Era el apellido de su madre, y ella lo conservaba con orgullo.

—Tendremos que celebrarlo otro día, cariño.

—¿No puedo ir contigo? ¿Y mamá? ¡Podríamos ir los tres y pasar el día en Oxford!

Richard la miró con pena.

—Me temo que esta vez no, cielo. La próxima.

—Papá tiene una reunión con señores importantes, Harriet —le dijo su madre—. Y cómete la sopa. No le des vueltas a la comida.

—¿Cosas egipcias? —le preguntó a él. A papá le gustaba la historia, descubrir qué habían hecho las gentes de otras épocas.

El conde de Trammheran se echó a reír.

—Sí, egipcias. Y no puedo llevarte conmigo, princesa. —Se inclinó hacia ella, para decirle en tono confidencial—: Pero te dejaré algo precioso en nuestro rincón secreto, para celebrar el día de Saint George y para que te acuerdes de mí. —Se inclinó para hablarle en un susurro, simulando que su madre no les oía. Y lady Miranda, efectivamente, sonrió como si no les oyera—. Y te traeré algo más bonito todavía, a mi vuelta.

Harriet palmeó encantada, al recordarlo. ¿Qué le habría dejado? ¡Seguro que ya estaba allí, y que era precioso! Se levantó y corrió como loca a su armario. Allí tenía un compartimento secreto que había ideado su padre, para jugar a los tesoros con ella y hacerla sentir más cómoda en Londres. Desde entonces, cuando llegaba o se iba, o cuando le apetecía por puro capricho, metía allí algún que otro obsequio, y tarde o temprano ella lo encontraba.

Como ese día. Efectivamente, en el hueco que había en la pared del fondo, que solo se veía cuando se retiraba una madera, su padre le había dejado un collar de piedras, unas más gruesas, otras diminutas, de un azul brillante, sorprendentemente jaspeadas con brillos dorados. «¡Qué piedras tan extrañas!», pensó, deslizándolas entre los dedos. Además, estaban engarzadas en una delicada redecilla de oro.

Era egipcio, estaba segura, su padre le mostraba muchas veces sus libros y dibujos, y aunque no supiera qué significaban, pudo reconocer el símbolo central, una especie de gran escarabajo. A los lados, se extendían lo que parecían sus alas, formadas por las piedras, que iban menguando de tamaño hacia los laterales.

El collar no se encontraba solo: de hecho, estaba bien enroscado en una muñeca de cartón. En otras épocas, hubiese estado encantado con ambas cosas, pero ya era mayor, pronto cumpliría los doce años, no entendía por qué razón sus padres tenían que seguir pensando en ella como una niña a la que le gustaban las muñecas. De hecho, nunca le habían hecho mucha gracia. A veces jugaba, cierto, pero solo si se sentía muy sola y no le se le ocurría otra cosa

que hacer. Como su madre, prefería pasar el tiempo libre con la equitación, la esgrima y la lectura.

Se puso el vestido, con el collar nuevo por encima, y salió del dormitorio dando botes, sintiéndose muy elegante. Se cruzó con una de las doncellas, Rowena, que llevaba una palangana cubierta con un paño.

—No se quede en medio, lady Harriet —le advirtió la doncella—. ¿Ya se ha levantado? Mejor haría quedándose un rato más en la cama.

—No tengo sueño, Rowena. —Giró sobre sí misma, levantándose la mata de rizos negros para que se viera bien el regalo de su padre—. ¿Te gusta mi collar?

—Oh, de verdad que es precioso, milady. —La doncella se inclinó a contemplarlo, admirada—. ¿Es viejo? ¿De las cosas que los hombres de su padre encuentran por ahí, enterradas?

—Sí. Bueno, *antiguo*. Se dice *antiguo*. ¡Y lo es, muchísimo! —No tenía ni idea, pero se le daba bien inventar—. ¡Pertenece a una princesa de hace diez mil años, que luchó con un temible dragón que quería devorar el mundo, lo mató con su espada y salvó a todos!

Rowena se echó a reír. Era una muchacha regordeta y poco atractiva, con una nariz demasiado grande y una barbilla demasiado breve, pero a Harriet le parecía perfecta, porque la quería mucho. Llevaba con ellos desde que se establecieron allí y era lo mejor de Londres.

—Ande, ande, baje a la cocina. Le daremos de desayunar, así tendrá fuerzas para enfrentarse a su propio dragón.

—Vale. —Miró hacia la habitación de sus padres. La puerta estaba cerrada. Oyó toses, de bebé—. ¿Y mamá?

—Con el médico. No haga ruido. Su hermanito no se encuentra bien.

—Vaya. —Titubeó, esperanzada—. ¿Entonces, no iremos a la fiesta?

—Claro que sí, milady. Si no puede ir su madre, puedo acompañarla yo.

Ese día era el cumpleaños de las gemelas Keeling, las hijas pequeñas del duque de Gysforth, que cumplían siete años, y papá y mamá estaban empeñados en que se hiciese amiga de Ruthie Gysforth, su hermana mayor. Harriet afrontaba como podía aquella situación. Ruthie le caía bien, era muy simpática, pero no soportaba a las gemelas.

Lizzie y Lettie eran niñas chillonas, como Andrew, absolutamente incapaces

de quedarse quietas dos segundos, y más cuando estaba cerca Minnie Ravenscroft, la hija pequeña del duque de Manderland, que tenía nueve años y actuaba como líder de aquella banda de revoltosas. Ella fue la que le contó a Harriet lo que era un cuco. Le dijo que, tarde o temprano, Andrew iría haciéndose con todo el amor de sus padres, hasta conseguir echarla de casa. Niña odiosa...

Y también estaba aquel horrible lord Gysforth...

Las últimas veces que su madre la había acompañado a Gysforth House, para que jugase un rato con Ruthie y las gemelas, había quedado patente que a John Keeling, el duque de Gysforth, le gustaba verla. Le gustaba *demasiado*.

Harriet lo descubrió por casualidad, al captar una mirada que intercambiaron y que la alarmó y angustió en igual medida. No conseguía olvidarlo, y les vigilaba siempre que le era posible. Lord Gysforth parecía incapaz de apartar las pupilas de su madre, ni siquiera cuando lady Evelyn, su encantadora esposa, estaba delante.

Por lo demás, intentaban disimular. Hablaban con unos y otros y buscaban excusas para encontrarse casualmente en algún rincón discreto y así cuchichear entre ellos. Su madre siempre se divertía mucho con lo que él le contaba; reía bajito, como reía con su padre. A Harriet aquello no le gustaba nada, pero no se atrevía a mencionarlo.

Odiaba a lord Gysforth.

—No quiero ir... —insistió.

—Pero le conviene, está demasiado sola. Tiene que hacer amigas en Londres. Además, así lady Miranda podrá ocuparse mejor del bebé.

¡Claro! ¡Esa era la auténtica causa! ¡Su madre la alejaba para poder darle todo su amor a aquel cuco espantoso!

—¡Pero si me porto muy bien! —protestó, desesperada—. ¡Ni se notaría que estoy!

Rowena la miró con incredulidad, pero no le llevó la contraria.

—Su madre prefiere que vaya —optó por decir. Siguió camino, hacia la escalera—. Así, no se preocupará porque esté dando vueltas por aquí.

Harriet apretó los puños. Estaba claro: su vida no tenía solución. Se había convertido en un infierno, todo por culpa de aquel bebé horrible.

—Ojalá se lo lleven las hadas... —susurró.

La doncella la oyó. Y como había sido ella misma la que le había contado las historias sobre niños robados por las hadas, supo a lo que se refería. Paró en seco y se volvió hacia ella.

—¿Qué dice?

Harriet se sintió avergonzada.

—Nada...

—¡Pero qué barbaridad! —Rowena volvió sobre sus pasos y se inclinó a mirarla—. ¡Nunca, jamás, desee semejante cosa, milady, y menos donde pueda oírla el viento! —Miró hacia la ventana, con miedo. También lo hizo Harriet—. ¿Y si escuchan? ¿Y si nos dejan aquí una criatura arrugada, pequeña y fea, y se llevan a su hermano?

En opinión de Harriet, no iba a suponer demasiada diferencia. Andrew era exactamente así, diminuto, feo y arrugado, con el rostro muy rojo. Por muchos lazos y sedas que le pusiesen, no dejaba de ser un monstruito. Lo único destacable que tenía eran los ojos, e incluso en eso había tenido que comportarse como un pequeño ladrón. Había heredado el precioso color aguamarina de su madre, mientras que Harriet se había tenido que conformar con el insípido negro que le llegaba por parte de la familia paterna.

Maldito Andrew... Harriet le odiaba. Por su culpa, la habían apartado de sus amigas, la habían llevado a vivir a otra casa, en una ciudad enorme que no terminaba de gustarle y, encima, cuando nació el niño, se la habían quitado a ella de encima, enviándola tres meses a vivir en un convento, en Canterbury.

También odiaba los conventos.

¿A qué engañarse? Odiaba todo, en aquella vida odiosa.

—¡No me importa! —dijo, terca.

—¿No? No ha pensado en serio lo que pasaría de cumplirse algo así.

Claro que sí. Que tendría a mamá y papá para ella, como antes, porque no querrían al niño de las hadas y, por tanto, no estarían pendientes de él como estaban con Andrew. ¡Le meterían en un hospicio! Se desharían de él, se olvidarían de Andrew y volverían a Oxford, con lo que Harriet podría volver a estar con sus amigas, y sería otra vez feliz.

Pero Rowena la miraba con tanto reproche que no se atrevió a decir nada. ¡Nadie la comprendía!

Conteniendo las ganas de llorar, bajó y desayunó huevos, salchichas,

tostadas y un trozo enorme de tarta de manzana de la señora Fray, con un gran cuenco de leche. Luego, ya sintiéndose menos miserable, estuvo leyendo y jugando a solas en su habitación, porque al, ser día de fiesta, la señorita Blatter, la institutriz, había ido a pasarlo con su sobrina.

Con suerte, entre que iba y venía, también a ella se la llevarían las hadas.

Quiso entrenar esgrima con su madre, pero fue imposible. Tampoco quiso ayudarla a hacerle un vestido a la muñeca nueva, ni jugar al boliche. Ni siquiera la dejó entrar en la habitación donde estaba Andrew, para leer allí o charlar con ella. Volvió a su dormitorio, donde las horas pasaban lentas y tediosas.

—¡Un día de estos me marcharé! —les dijo a sus muñecas—. ¡Me iré y me moriré, y todos llorarán y lo lamentarán!

Alineadas sobre la cama, estuvieron totalmente de acuerdo con ella. Bueno, todas menos Lizzie, que había sufrido un accidente y solo le quedaba media cabeza de cartón. Antes se llamaba Ingrid Mery, pero la había rebautizado así por la gemela Gysforth más chillona. Estaba decidiendo a qué otra le cortaba otro trozo de cráneo, para llamarla Lettie. ¡Y tenía que pensar algo realmente odioso para Minnie!

Esa Lizzie deforme empezó a llamarla niña llorona, mala y caprichosa, pero no importó, porque se la comió el caballo de madera de un solo bocado. Las otras solo reaccionaron cuando también las atacó a ellas, y gritaron como locas y escaparon por todos lados, mientras Harriet las defendía.

Al saltar de un lado a otro, brincó sobre su pecho el collar egipcio y se acordó de lo que le había dicho a Rowena. De inmediato, el caballito se convirtió en un dragón espeluznante de siete colas y diez cabezas.

—¡¡¡Raaaauuuu!!! ¡¡Raaaauuuu!! ¡Atrás, niñas! ¡Yo os defiende! —exclamó toda voz, botando sobre la cama mientras forcejeaba con el pobre muñeco.

—¡Harriet!

Al oír el grito, se dejó caer sentada sobre el colchón, jadeando, y miró hacia la puerta, despeinada y sudorosa.

Lady Miranda Saint-George, lady Trammheran, estaba en el umbral, con los brazos en jarras y el ceño fruncido.

Incluso en momentos como esos, Harriet pensaba que su madre era la criatura más hermosa del mundo. Su nombre, Miranda, resultaba muy

apropiado, porque le habían dicho que significaba «digna de ser admirada», «maravilla» o «prodigio»... Había nacido en Francia, concretamente en Fontenay-le-Marmion, la localidad de Normandía en cuya costa, sobre un promontorio entre playas, se alzaba Champfleuri, el castillo de su padre, Étienne Saint-George de Caumont, el barón de Mouchette; pero el abuelo de Harriet había sido un gran admirador de la literatura inglesa y de Shakespeare en concreto, y le había puesto ese nombre a su hija, en honor al personaje de «La tempestad».

Y eso era lady Trammheran, una auténtica maravilla, con aquel cabello tan rubio y brillante, y aquel rostro perfecto de rasgos delicados y hermosos ojos aguamarina. Hablaba tres idiomas y todo el mundo decía que era muy inteligente, capaz de mantener una conversación ingeniosa con cualquier dama o caballero. Podía mostrarse femenina y dulce, pero también firme, como en ese momento, y era fuerte, porque hacía mucho ejercicio. Daba largas caminatas, montaba a caballo y le gustaba la esgrima.

Antes de la llegada de Andrew la practicaba casi cada día, y hasta había empezado a darle clases a Harriet, para escándalo de la señorita Blatter, que no se atrevía a protestar, pero murmuraba por ahí que no era deporte para una dama.

A su padre no le importaba. Reía y la abrazaba, mientras decía «quelle excentricité, mon amour!», en bajito.

—Algún día serás como yo, *chérie* —solía decirle Miranda, cuando se peinaban una a la otra en el dormitorio, pero ella lo dudaba, porque nunca podría llegar a ser tan perfecta. Nadie podría conseguirlo.

Además, aquello había sido en Oxford. Ahora, estaban en Londres, Miranda tenía otro bebé y le dedicaba prácticamente todo su tiempo.

—¡Mamá! —dijo, soltando el caballito—. Estaba... estaba jugando.

—Sí, ya lo he oído. Como para no saberlo. ¿Te parece apropiado dar semejantes gritos, cuando tu hermanito está enfermo en la habitación de al lado? —Harriet no dijo nada. No iba a gustarle la respuesta. Lady Miranda caminó por la habitación, recogiendo aquí y allá muñecas damnificadas. Su voz sonó todavía más dura—. Vamos, venga, deja ya todo esto. Va a venir Rowena, te bañarás y te prepararás. La fiesta de las gemelas Gysforth empieza a las cuatro.

Harriet volvió a sentirse tan miserable como antes de la tarta. Se miró las puntas de las zapatillas.

—¿Y tú? ¿Vas a venir?

—No. Bueno, en realidad, sí, porque voy a llevarte. Además, de camino tengo que encargar unas medicinas para tu hermano, y así podré recogerlas después de dejarte en Gysforth House. Rowena se quedará contigo allí. A las siete y media mandaré el coche a recogeros, así que tienes tiempo suficiente para jugar con tus amigas. —Le lanzó una mirada de advertencia—. Procura portarte bien.

—Sí, mamá —musitó Harriet. Se le ocurrió una idea—: ¡Pero, puedes quedarte en la botica, no hace falta que vengas a Gysforth House!

—Claro que sí. Qué cosas se te ocurren. Quiero felicitar a las gemelas, además de saludar a lady Evelyn y explicarle por qué no me quedo. —¿Sería verdad? ¿O lo hacía solo porque quería ver a lord Gysforth, aunque solo fuera un momento? Harriet se frotó las manitas, nerviosa—. ¿Qué pasa? ¿No quieres que vaya?

—No... ¡Y yo tampoco quiero ir, mamá! —Al final, estalló—. ¡Odio a las gemelas! ¡A la tonta de Minnie! —El nombre de lord Gysforth, el peor de todos, le quemó los labios, pero no se atrevió a pronunciarlo—. ¡Y seguro que será una fiesta odiosa!

Su madre frunció el ceño.

—¿Ah, sí? Pues me da lo mismo: irás. Así no gritarás a pleno pulmón en casa y no molestarás a Andrew. —Eso sí que sonó duro. Al ver que los ojos de Harriet se llenaban de lágrimas, lady Miranda se frotó el rostro—. Perdona, cariño, no quería hablarte así. Me siento tan cansada... Tu hermano no me ha dejado dormir esta noche. Estoy muy preocupada por él.

Harriet tragó saliva.

—Siento haber hecho ruido —dijo, por decir algo. Su madre sonrió. Fue hacia ella y apoyó las manos en sus hombros. Al fijarse en el collar, lo tocó con las puntas de los dedos.

—¿Te ha gustado el regalo de papá?

—Mucho. Es precioso.

—Sí que lo es. —Suspiró—. No hagas ruido, prepárate y ve a la fiesta. Te vendrá bien salir, seguro que te divertirás. ¿Puedo contar contigo, por favor?

—Claro, mamá.

Lady Miranda sonrió, la besó en la frente y salió. Ella se quedó allí, repitiéndose que no importaba. Si su madre solo iba a estar unos minutos en Gysforth House, ese día no podría ocurrir nada malo. No podría reír con aquel hombre como reía con papá.

Pero no pensaba perderla de vista, ni un solo momento.

Harriet se bañó y se preparó para la fiesta con ayuda de Rowena, que la peinó y le sujetó los tirabuzones negros con una diadema de flores. Como estaba muy disgustada, decidió no pedir permiso para llevar el collar. Se lo volvió a poner a escondidas y lo ocultó bajo la capa. Cuando se la quitara en Gysforth House, iba a dejar a todo el mundo asombrado.

Salió del dormitorio y pasó frente a la puerta abierta del de sus padres. Su madre no estaba, seguro que ya la esperaba abajo. Vio la cuna del cuco en la penumbra, junto a la cama, una imagen que le provocó una extraña sensación de paz. Oyó el trino de unos pájaros. La ventana estaba entreabierta y la cortina se movía suavemente con la brisa cálida de la tarde.

En absoluto silencio, Harriet entró. Se asomó a la cuna y contempló el rostro del niño. Para su sorpresa, estaba despierto y la miró con aquellos ojos enormes que tanto envidiaba. Quizá la reconoció, porque movió una manita y gorjeó de una forma encantadora. Harriet contuvo una sonrisa y se acercó un poco más. El aire olía bien, a bebé, a jabón y colonia, a tarde de primavera...

—Hola —le dijo, tentativamente. Bueno, no era tan feo, ni estaba tan arrugado. Rojo sí. Acercó una mano y comprobó que su piel estaba caliente. ¿Tendría fiebre? Sintió miedo, mucho miedo, ese miedo que ocultaba tantas veces, incluso a sí misma. ¿Y si aprendía a quererle y se moría? La idea le pareció tan terrible como siempre. No podría soportarlo, era mejor que se lo llevasen las hadas, era mejor odiarle, no verle, no pensar en él... Pero tampoco pudo evitar el impulso de inclinarse más y besarle en la frente—. Cúrate, hermanito. Por favor.

El niño se movió, con un nuevo gorjeo. Algo llamó su atención y lanzó una manita. Antes de poder detenerlo, había enganchado el collar nuevo con sus deditos. Harriet se echó hacia atrás, para evitar que se lo rompiese, pero fue peor el remedio, porque el escarabajo se había enganchado en uno de los adornos de la cuna. El entramado de engarces era muy delicado, y una parte no

soportó el tirón.

Tres o cuatro piedras azules repicaron en la madera y rodaron por el suelo

—¡No! —¡Por culpa de Andrew había roto el collar de papá! ¡Ese niño horrible, ese niño al que no quería querer, siempre lo estropeaba todo! Harriet se aferró al borde de la cuna, le miró y trató de concentrar todo su dolor de princesa destronada mientras repetía—: Ojalá se te lleven las hadas. Ojalá se te lleven las hadas.

¡Ojalá se te lleven las hadas!

Un golpe de viento agitó las cortinas y la sobresaltó.

—¿Lady Harriet? —Se oyó de pronto. Era Rowena, estaba subiendo la escalera. Harriet recogió las piedras caídas, lanzó una última mirada a su hermanito y le dio la espalda. Volvió corriendo a su habitación y guardó el collar, con la esperanza de que su padre lo arreglase a su vuelta. Justo en ese momento, se asomó la doncella. Llevaba también la capa y un sombrerito de paja con un gran lazo—. ¿Todavía sigue aquí? ¿Está lista?

—Sí, sí. Vamos.

Su madre ya estaba sentada en el elegante carruaje con el escudo de los Trammheran, y sonrió al verla. Harriet se acomodó a su lado. En cuanto subió Rowena al pescante, con Jackson, el cochero, se pusieron en marcha.

Nada más cruzar las grandes puertas metálicas de Trammheran House, vio una florista que bajaba de un coche y caminaba hacia la casa, a buen paso. La mujer se fijó en el carruaje de los Trammheran y se detuvo, contrariada. Sus miradas se cruzaron. Harriet también la observó con curiosidad, fijándose en la tela basta de la falda.

—Estás preciosa, hija mía —dijo lady Miranda, y Harriet se volvió a mirarla y olvidó a la mujer—. Cada día más guapa. —Estaba demasiado enojada y triste como para dejarse convencer fácilmente, de modo que se giró hacia el frente, con los hombros hundidos. Ojalá le diera mucha pena. Ojalá se sintiera mal, por obligarla a ir. Por Gysforth—. Cariño, ¿qué formas de sentarse son esas? ¿Qué te tengo dicho? ¿Cuál es nuestro lema?

—Alzar la barbilla, erguir la espald... ¡Bah, me da igual!

—Vamos, no debería. Es el orgullo de nuestra familia. —Su madre buscó su mano y estrechó sus dedos—. No sufras, cariño. Sé que está siendo difícil para ti, pero nunca olvides que tengo amor de sobra para todos mis hijos, por

igual. —Harriet la miró. ¿Sabía lo que estaba sintiendo, los muchos miedos que tenía? Esa impresión daba—. Nada ni nadie podrá jamás apartarte de mi corazón.

Harriet parpadeó, temiendo echarse a llorar. Ya no era una niña pequeña. No era como Minnie, ni como las gemelas.

—¿De verdad?

—Te lo prometo.

—¿No prefieres a Andrew porque es un niño?

—¡No! ¿Quién ha dicho semejante tontería? —Harriet se encogió de hombros. Se lo había dicho Minnie, cuando habló del cuco. Decía que a ella no le hacían caso, que todo el amor de sus padres era para su hermano mayor, Arthur. Pero, en realidad, no se lo reprochaba a Minnie. No era algo que se hubiese inventado para hacer daño. La gente siempre prefería a los niños varones, lo veía siempre, de continuo, por todas partes—. Cuido de Andrew porque está malito, pero nunca olvides, nunca, que os quiero a los dos por igual. ¿Me ayudarás a cuidar de él?

Harriet asintió. Sería valiente, cuidaría del niño y lo querría, sin importar que pudiera morir. Y ayudaría a su madre, que estaba cansada y preocupada. Se abrazó a ella. Se aferró a su aroma, a la calidez de su cuerpo, y escuchó los latidos de su pecho, sintiéndose casi tan feliz como cuando estaban en Oxford. Qué agradable.

Siguió así hasta que el vehículo se detuvo frente a la botica.

—¿Quiere que la acompañe, milady? —preguntó Rowena desde el pescante.

—No, gracias, no es necesario. —Lady Miranda comprobó unos papeles en su bolsito. Estaban garabateados con indicaciones y medidas. Debían ser las recetas—. Vale, lo tengo todo. Será solo un momento. ¿Tú quieres quedarte aquí? —Le preguntó a ella—. No tardaré. Solo voy a encargar las medicinas para tu hermano.

—No, no. —Ni hablar. Solo iba a tenerla un rato para ella sola, no iba a desaprovechar ni un segundo—. Voy contigo.

Harriet bajó tras su madre, ayudadas por Jackson. Como era habitual, la gente que pasaba por la acera se volvió a admirarlas y algunos hasta murmuraron entre ellos. En realidad, lo hacían por lady Miranda, que era una mujer de una belleza que nunca pasaba desapercibida. Incluso agotada por una

noche sin dormir, como estaba en esos momentos, llamaba poderosamente la atención.

Además, como iba a Gysforth House, aunque solo fuera a dejar a su hija, se había preparado con esmero, y llevaba el vestido de seda azul que tan bien le sentaba, y una chaqueta de terciopelo con unos bordados exquisitos, a juego con el sombrero que dejaba escapar un buen número de rizos dorados.

¿Se habría acicalado para seguir manteniendo el interés de lord Gysforth?

Harriet miró de reojo a su madre.

De pronto, una figura se acercó a buen paso por su derecha. Harriet la contempló sorprendida. ¡Era la florista! La misma que había visto a pocos pasos de su casa. Pero, ¿cómo? Para llegar allí en tan poco tiempo, debería haber ido en coche. Se volvió hacia la calle. Desde luego, al otro lado había un coche pequeño, parado. ¿Era el mismo de antes, del que la vio bajar? Qué raro...

Su madre apenas prestó atención a la florista. Negó con la cabeza y trató de mantenerla alejada con un gesto mientras caminaba con determinación hacia la puerta de la botica, revisando otra vez sus papeles, pero la mujer insistió.

—¡Unas margaritas, milady! —exclamó, con un tono de voz estridente—. ¡Nadie con el cabello de oro puede decir que no a unas margaritas!

Su madre se detuvo en seco y se volvió a mirarla. Harriet frunció el ceño, intrigada. ¿Pasaba algo? Debía ser, porque las mejillas de lady Miranda habían perdido todo color. Cogió el ramo y le dio unas monedas.

—Entonces, me las quedaré. Gracias.

La mujer retuvo su mano y se inclinó hacia ella, para susurrarle:

—Tenga cuidado, milady. —Y añadió algo más, en francés, algo que Harriet no pudo entender, aunque lo hablaba también perfectamente. Fue un susurro demasiado bajo.

Lady Miranda asintió, cogió a Harriet de la mano y tiró de ella de vuelta hacia su carruaje. Jackson, el cochero, viendo que su señora volvía sobre sus pasos, saltó de nuevo al suelo para ayudarlas.

—¿Vamos a algún otro lado, lady Trammheran?

—Todavía no lo sé. Entra, Harriet.

Subieron otra vez al coche. Nerviosa, su madre buscó entre las margaritas. Había un papel.

—Oh... *Mon dieu* —susurró, al leerlo. Lo aplastó entre los dedos.

Debía ser algo realmente terrible, porque su madre solo hablaba francés en la calle cuando estaba muy nerviosa. Harriet sabía que Inglaterra y Francia habían estado mucho tiempo en guerra, por culpa de un tal Napoleón, que ahora estaba preso en una isla cuyo nombre no recordaba, pero había gente que no estaba contenta con ese arreglo, y a lady Miranda no le gustaba dar pie a complicaciones.

—¿Ocurre algo, mamá?

—No, tranquila. —Alzó algo la voz—. ¡Rowena, baja, ven! —La doncella bajó del asiento del conductor al momento y se asomó a la ventanilla desde fuera, sorprendida. Harriet vio cómo su madre le entregaba los papeles del bolsito—. Aquí están las indicaciones del médico, lo que tienen que preparar. —Buscó más y añadió algunas monedas y billetes—. Y toma dinero. Espera a que esté listo, tomas un coche de alquiler y lo llevas a casa. Ve lo más rápido posible, coges a Andrew y te lo llevas a casa de tu hermana. ¿Entendido? Yo iré a buscaros allí.

—Pero...

—No tengo tiempo para explicaciones, Rowena. Vete.

—Muy bien, milady.

—Gracias. —Lady Miranda dio una dirección a Jackson y el vehículo se puso en marcha. Llevada por un impulso, Harriet se asomó a la ventanilla y miró hacia atrás. En los años siguientes, recordaría muy a menudo la imagen de Rowena, en la acera, observando cómo se alejaba el coche.

Al darse cuenta de que Harriet se asomaba, la doncella alzó una mano para despedirse, con una sonrisa. La niña devolvió el saludo.

Querida Rowena... No imaginaba que ya nunca volverían a verse.

—¿Mamá? —Volvió a sentarse bien—. ¿Qué pasa?

—Nada, cariño. Déjame pensar.

Lady Miranda miró por su ventana y no habló durante todo el trayecto. Harriet decidió dejarla en paz, porque el asunto parecía serio, así que también se dedicó a contemplar el paisaje cambiante de Londres por la otra. El vehículo se movió a buena marcha hacia las afueras de la ciudad, cruzó un pequeño puente y se internó en una zona de grandes edificios, muy antiguos. Finalmente, se detuvo más o menos a la mitad de una calle elegante y poco

transitada, ante una mansión de aspecto magnífico que se alzaba tras un muro de piedra.

A la izquierda de las grandes puertas enrejadas, que permitían ver un jardín y el camino hacia la escalera de entrada a la casa, había un escudo esculpido.

En él, le pareció ver un dragón.

—Espera aquí.

Su madre bajó del coche. En el asiento, dejó olvidado el ramo de margaritas. De hecho, iba tan precipitada que no se dio cuenta de que se le había caído el mensaje misterioso al suelo.

—¡Mamá! —la llamó, pero no debió oírla, porque no se giró. Lady Miranda caminó rápida hacia la reja, esperó a que uno de los sorprendidos guardias le abriera y entró. Durante un momento, fue un bosquejo de seda azul en el caminito hacia la casa. Luego, entró.

Harriet recogió el papel, curiosa, y lo extendió para leerlo.

El hijo de Rutshore lo ha descubierto. Lo siento, amor mío. Intentaré daros tiempo suficiente, pero sabes mejor que yo lo peligroso de esta situación. Vete cuanto antes, huye rápido y cuida de Harriet y Andrew.

Sed felices y nunca, nunca, olvides lo mucho que os he amado.

Era la letra de su padre, la reconoció al momento, pese a que parecía algo distinta, como temblorosa. Pero, daba igual, la hubiera identificado entre miles, no en vano había tenido que leer demasiadas cartas, por culpa de todos los viajes que se veía obligado a realizar.

«Papá», pensó, confusa, y asustada. ¿Qué significaba aquello de que «el hijo de Rutshore lo ha descubierto»? Le sonaba el nombre. El marqués de Rutshore era un colega y amigo de su padre, que les había visitado alguna vez en Oxford. No sabía que tenía un hijo. ¡Maldito fuera! ¿Qué había hecho aquel desconocido? ¿En qué había metido las narices?

¿Y a dónde se suponía que tenían que llevarlos a Andrew y a ella? ¡No se quería ir a ningún sitio! Bueno, sí, a Oxford, pero intuía que su padre no se refería a algo como eso.

«Huye rápido».

Harriet se estremeció. El miedo, un miedo auténtico, de verdad, muy distinto de todos los que había experimentado hasta entonces, le encogió violentamente

el estómago, como si fuera una gran mano que apretase los dedos con saña. Era una sensación nueva, terrible. De pronto, no estaba segura de nada.

Entonces, su madre volvió a aparecer. Salió del edificio acompañada de un hombre rubio, pálido y delgado, aunque no faltó de atractivo. «Así debe ser Lucifer», pensó Harriet. Fascinador, bello, pero con la mirada turbia. Iban discutiendo acaloradamente. Al cruzar el umbral de la verja, él quiso sujetarla por el codo, aplacarla, pero ella se soltó de golpe y le debió decir algo terrible en un susurro, algo espantoso, porque se quedó rígido, clavado en el sitio.

Lady Miranda se alejó de él un par de pasos y se giró, para mirar hacia la fachada del edificio. Hacia arriba.

Harriet siguió la dirección, alzó la vista y descubrió al hombre, en una balconada de piedra.

No podía distinguir bien sus rasgos, pero era enorme: gordo, feo y desagradable, y estaba casi completamente calvo. Le odió al momento. El desconocido estaba contemplando a su madre con ojos llenos de veneno; luego, quizá porque sintió su mirada, volvió las pupilas hacia ella.

Harriet se sobresaltó. Todavía era una niña, y había vivido siempre muy protegida, rodeada de personas que la apreciaban. Ni siquiera conocía gente que se hubiese mostrado directamente antipática con ella... Bueno, sí, admitió, al acordarse de lady Palmer, la tía de Ruthie, y de su cuñada, lady Forrest. Ambas mujeres eran gruñonas como pocas. Raro era que no se pusieran a reñirlas por cualquier cosa, en cuanto las encontraban.

Pero lo que captó en las pupilas de aquel hombre, fue algo muy distinto. Solo con los años llegó a la conclusión de que había sido un odio descarnado. Una decisión asesina.

—A casa —ordenó lady Miranda, subiendo al vehículo por sí misma, sin darle tiempo a Jackson a ayudarla. El coche se puso en marcha casi al momento. Su madre miró por la ventanilla, como si temiera que fuese alguien detrás. Harriet se asomó por la otra.

Efectivamente, al cabo de unos momentos, avistaron un coche que les iba comiendo terreno. Era un *curricle*, un vehículo de dos caballos de los usados para algunas carreras, muy rápido. Si no avanzaba más deprisa era porque en él iban tres hombres, dos en el asiento y uno encaramado en la parte trasera, y

todos eran bastante fornidos. De hecho, tenían un aspecto muy amedrentador.

—Acelere, Jackson, por lo que más quiera —ordenó lady Miranda. Les estaban siguiendo, pero no se ponía histérica, observó Harriet. Al contrario, parecía mantener una gran calma—. Diríjase hacia el oeste y métase por Brambles. Vamos a cruzar por los callejones de Peeby.

—¿Qué? ¿Con este coche? ¡Es muy mala zona, milady!

—No me importa.

—Además, esos tipos nos alcanzarán antes. Son mucho más rápidos que nosotros.

—Lo sé. ¿Qué puedo decirle? Intente evitarlo. —Jackson gruñó—. En el pasadizo, reduzca la velocidad. Mi hija y yo nos bajaremos en ese momento.

—Tendré que parar, y parar allí...

—No. Solo reduzca la velocidad, nos bajaremos en marcha. Usted continúe sin más hacia nuestra casa, como si siguiésemos en el coche.

Jackson giró la cabeza para mirarla, desconcertado.

—No lo dirá en serio, milady.

—No se preocupe, usted está a salvo.

—Pero...

—No me falle, Jackson —le cortó ella—. Haga lo que le he dicho y no se detenga por nada. ¡Por nada! ¡Vamos!

El cochero asintió, aunque poco convencido, y azotó más todavía a los caballos.

—¿Qué está ocurriendo, mamá? —volvió a preguntar Harriet, cada vez más ansiosa. Lady Miranda debió darse cuenta, porque su expresión se ablandó.

—Lo sabrás en su momento, te lo prometo. Pero ahora, escúchame bien, *chérie*. Vas a tener que ser muy valiente y muy rápida. Harás lo que yo te diga y no te quejarás, ¿de acuerdo?

—Sí, mamá.

—Bien. —Tendió una mano hacia ella—. Ven aquí.

Harriet pasó a su asiento. Pensó que iba a abrazarla y consolarla, pero no. Para su asombro, su madre levantó el otro, en el que había estado sentada, como si fuera la tapa de un arcón. ¡Hala! ¿Ese escondrijo había estado ahí siempre? ¡Increíble! Jamás lo había visto.

Dentro del asiento había bastante espacio, el suficiente para esconderse

alguien, pero estaba lleno de trajes y telas. Lady Miranda sacó una capa gris, una prenda burda, muy vulgar, y se la puso, ocultando la hermosa seda azul de su vestido.

El coche dio un bandazo.

—Intentan adelantarnos.

—Si lo logran nos cerrarán el paso. —Rebuscó en el arcón y sacó una pistola. La ocultó entre los pliegues de su vestido—. Harriet, quiero que te sientes abajo, en el suelo, a mi espalda.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo. Vamos. —Harriet obedeció, cada vez más asustada—. Quieta ahí y cierra los ojos.

No obedeció, por eso lo vio todo, y fue como si estuviera viviendo un sueño o, mejor dicho, una pesadilla. El coche que les perseguía apareció por la ventana de la izquierda. A través de su rectángulo enmarcado en negro, pudo ver el rostro de un hombre que las miró con expresión seria y decidida. Pensó que era como un retrato, pero uno extraño, que no le gustaba.

El individuo apenas le concedió un vistazo a ella, sus ojos se volvieron de inmediato a lady Miranda. Echó mano a la portezuela de su vehículo y empezó a forcejear con la manilla para abrirla.

Sin pestañear, sin dudar ni un momento, lady Miranda alzó la pistola, apuntó y disparó, acertándole entre ceja y ceja.

Harriet gritó. El hombre cayó hacia atrás y abajo, entre los dos coches, y la niña se vio zarandeada de un lado a otro cuando le atropellaron. Al menos, gracias a eso, el *curricle* perdió algo de velocidad.

—Estamos llegando —le advirtió su madre—. Atenta. Solo tendremos una oportunidad. No podemos desaprovecharla.

Los callejones de Peeby eran un entramado de calles estrechas que conectaban dos barriadas miserables de las afueras de Londres, siempre muy concurridas por las numerosas tabernas cercanas. El coche hubiera tenido que reducir velocidad en cualquier caso, porque la gente se hacinaba por todos lados y hubiese resultado peligroso ir más rápido, pero por lo menos siguió avanzando sin llegar a detenerse en ningún momento.

Tras un brusco giro a la izquierda, Jackson metió el vehículo por un pasadizo entre edificios. Su madre eligió ese momento para abrir la puerta.

—¡Vamos, vamos! —la instó, con urgencia—. ¡Abajo!

Sin esperar a más, se deslizó fuera, mantuvo ágilmente el ritmo del vehículo y se volvió para cogerla. Harriet se agarró a su cuello y se sintió levantada en volandas. Una vez estuvo fuera, lady Miranda cerró de nuevo la portezuela.

Fue visto y no visto. En un segundo se encontraban en la calle, caminando entre la multitud. Su madre la cobijó bajo su capa, dando la espalda a la entrada del pasadizo y, para cuando el imponente vehículo de los Trammheran salió por el otro lado, ya eran invisibles, dos figuras grises perdidas entre el gris de la multitud.

Jackson apenas giró el rostro un momento para asegurarse de que habían bajado sin hacerse daño y siguió camino.

—Vamos —repitió su madre, echando a andar. Harriet avanzó como pudo, aferrada a su mano. Miró hacia atrás justo a tiempo de ver cómo surgía el otro vehículo del pasadizo, intentando abrirse paso en persecución del suyo. Ahora iban dos hombres, uno delante y otro detrás, intentando no perder de vista su objetivo. No se percataron de la maniobra de lady Miranda.

Ella también comprobó la situación de reojo y siguió caminando. En la hora siguiente, recorrieron una buena distancia. Harriet se sentía tremendamente cansada, le dolían los pies y tenía frío, y mucha hambre, pero había prometido no quejarse, así que no lo hizo.

Finalmente, llegaron a Wych Street. Harriet nunca había estado allí. Su madre se detuvo ante una puerta y llamó. Tenía un cartel a la derecha.

«Perceval, abogados», leyó. Les abrió una mujer vestida de negro, quizá un ama de llaves. Su madre ni le dio tiempo a saludar.

—Tengo que hablar con sir Alan —dijo—. De inmediato.

La mujer debía estar acostumbrada a situaciones así, porque se apartó, las dejó entrar y las condujo hasta una salita pequeña pero acogedora, en la que esperaron un momento. La doncella volvió casi enseguida y las hizo pasar a un despacho en el que, tras un escritorio cubierto por un caos de papeles, había sentado un hombre que le pareció muy mayor, porque tenía el pelo completamente blanco.

En una mesita cercana, mucho más pequeña, un muchacho de unos veinte años, con un grave problema de acné, examinaba una pila de documentos.

—Lady Trammheran... —dijo el anciano, como saludo, con expresión

sorprendida—. Qué agradable sorp...

—Sir Alan, discúlpeme, pero no tengo tiempo para cortesías —le interrumpió su madre. Miró de reojo al chico—. Tengo que hablar con usted a solas.

—Dwight es mi sobrino. Es de absoluta confianza.

—A solas.

Sir Alan dudó. Miró al muchacho y le hizo un gesto. Él se ruborizó, se levantó y salió.

—La escucho —dijo sir Alan.

—Me temo que han surgido algunas complicaciones y no estoy segura de cómo vamos a poder solucionarlas, mi esposo y yo. Tiene que sacar a Harriet de Inglaterra, inmediatamente. Nosotros iremos en cuanto nos sea posible.

Harriet la miró con los ojos muy abiertos.

—¡Mamá! —¿Qué pretendía, adónde quería mandarla ahora? ¿Estaba intentando deshacerse de ella otra vez?—. Pero ¿qué dices? ¡Yo no voy a ningún sitio sin ti!

—Tú harás lo que te digamos, *chérie*. Sabes que todo es por tu bien. —Volvió a centrarse en sir Alan—. Llévela cuanto antes con mi padre, se lo ruego. Tiene usted el dinero necesario, y toda la información.

—Sí, por supuesto. —El abogado hizo un gesto contenido—. Sabe que mantengo buena amistad con su padre, y nos escribimos prácticamente todas las semanas. A veces se le escapan... detalles. Si lo que pienso es cierto, si a pesar de todo ha seguido usted... colaborando con la causa equivocada, en ese asunto que hay en marcha para sacar de cierta isla a cierto caballero, la que tiene que salir de Inglaterra, de inmediato, pero de inmediato, es usted.

Lady Miranda palideció.

—No, yo no voy a irme sin Richard. Ni sin Andrew.

—¿Y qué va a hacer? ¿Dónde está?

—No lo sé. El hijo de Rutshore cree que le ha descubierto. ¡Cree que el espía es él! —Espías... Harriet abrió los ojos más todavía—. Ha conseguido enviarme un mensaje, pero no sé más. Iré a Oxford de inmediato.

—¿Y su hijo? ¿Andrew?

—Lo he dejado al cuidado de la doncella. Es una buena muchacha, de total confianza. Andrew está enfermo, un problema en sus pulmones. En cuanto se

encuentre lo bastante fuerte para viajar lo mandaré también a Francia. Pero para eso queda tiempo. Usted ocúpese de Harriet.

—Por supuesto, lady Trammheran, me ocuparé del bienestar de la niña. De hecho, la acompañaré personalmente a Francia. Así aprovecharé para hablar con el señor barón, y me aseguraré de dejarla bien instalada.

—Gracias. Sé que estos asuntos deben ser difíciles para usted.

Sir Alan hizo un gesto ambiguo.

—No lo niego. Pero mi lealtad está con la gente que aprecio, ante todo. Además, soy un Perceval. La caballeridad es una exigencia.

Lady Miranda sonrió.

—Gracias. —Se dirigió hacia ella. Le puso las manos en los hombros—. Ahora, tenemos que despedirnos, Harriet.

—¡No, por favor, mamá! —Odiaba llorar, pero ya no pudo seguir conteniéndose. ¿De verdad iba a abandonarla en aquella casa, con aquel desconocido?—. ¡No me dejes aquí! ¡Seré buena, te lo juro! ¡No volveré a quejarme de Andrew! ¡Iré a Oxford contigo y te ayudaré a buscar a papá!

—Harriet... *Ma chère Henriette*. —Lady Miranda la abrazó y luego se inclinó hacia ella, para mirarla a los ojos. También estaba llorando. Harriet jamás había visto llorar a su madre. Sintió más miedo todavía—. Ya no eres una niña. Sabes que esto me rompe el corazón, que nunca lo haría de no ser necesario. ¿Verdad?

Claro que sí, ¿cómo podría ignorarlo? Su madre la amaba, su padre la adoraba. Siempre habían sido una familia feliz, unida por lazos tan profundos que había llegado a creer que serían eternos. Que jamás se separarían unos de otros, porque no existía en la vida semejante posibilidad.

Harriet se mordió los labios, intentando controlar las lágrimas.

—¿Dónde vas? ¿Qué está ocurriendo?

—No puedo decírtelo, no ahora. Es por tu propio bien. Pero lo sabrás, te lo prometo. —Le secó las lágrimas con los dedos y la besó en la mejilla—. Obedece a este caballero, él te ayudará en todo cuanto necesites, ¿de acuerdo? —Volvió a abrazarla con fuerza—. Siempre has querido ir a Champfleuri. Ahora es la ocasión.

—¿Voy al castillo de Champfleuri? —Aquello cambiaba las cosas, al menos un poco. Harriet había crecido oyendo las historias de aquel lugar, que en su

mente era un paisaje casi mágico.

—Exacto —estaba diciendo su madre—. Va a gustarte, verás. Hay mucho sol, y bosques, y los campos están llenos de flores. Margaritas. —Le apartó un mechón de la frente—. Me encantaría ir ahora contigo, pero debo ocuparme de Andrew y buscar a papá. No podemos dejarles aquí solos, y si tengo que estar pendiente de ti, no podré solucionarlo todo lo más rápido posible. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí... —Claro que lo entendía. Tenía miedo por Andrew, por ella y por su madre, pero sobre todo, por su padre. Aquella nota la había dejado muy preocupada.

—Bien. ¿Qué te tengo dicho?

—Alzar la barbilla, erguir la espalda. —Se llevó una mano al pecho—. Aquí vive el orgullo de los Saint-George.

—Así es. —Le acarició la mejilla—. Dile a tu abuelo que le quiero muchísimo y que sigo fiel a los principios que me inculcó. Sé buena y obediente, *chérie*. Y nunca, nunca olvides lo mucho que te amamos tu padre y yo, porque estaremos pensando en ti. Reza cada noche, como te he enseñado. —Unió sus frentes—. Yo también lo haré, para que muy pronto volvamos a estar juntas, así, como ahora.

Harriet captó su inseguridad, pero no tuvo opciones a seguir protestando. Su madre le dio otro beso manchado de lágrimas y se marchó, en un revuelo de azules y grises.

Cuando la puerta se cerró, sir Alan y ella se miraron, inseguros, un poco a la expectativa.

—Bien, bien, qué te parece... —dijo él, tras un carraspeo de hombre de edad poco acostumbrado a tratar con jovencitas—. Vamos a tener que congeniar de algún modo, lady Harriet. ¿Quieres un caramelo?

—No. —Ya no era una niña, no quería dulces. No quería nada que no fuese volver a su vida de siempre. A su habitación. A sus muñecas. ¡Su collar! ¡Qué desastre! Lo había dejado todo. No pudo evitarlo: volvió llorar con ganas, si es que se había detenido en algún momento—. Quiero irme a casa. ¡Mamá!

Él la miró, comprensivo. Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo tendió. Ella lo cogió, pero solo fue capaz de estrecharlo entre los dedos.

—De momento, eso no va a poder ser, pequeña.

—¿Todo bien, tío? —preguntó Dwight, volviendo al despacho. Miró a Harriet con apuro, apenado, como preguntándose qué hacer para que dejase de llorar—. ¿Le traigo agua, milady?

—¡No! —sollozó Harriet.

—Se repondrá, muchacho. El tiempo pasará y todo esto solo será un triste recuerdo. —No estaba segura de entenderle, pero no dijo nada—. Hazme un favor, pídele a la señora Randall que haga mi equipaje porque la jovencita y yo vamos a salir de viaje, a primera hora de la mañana.

—¿La jovencita y usted? —Ahí cambió todo. El muchacho torció el gesto y la miró, y Harriet se vio a sí misma reflejada en aquella cara. Esa debía ser su expresión de envidia y celos, cuando miraba a Andrew. «Andrew», se dio, al recordarle. ¿Volvería a verle? ¿Se pondría bueno? Y qué más daba, ¿ahora venían los lamentos? ¡Si quería que se lo llevaran las hadas!

Se mordió los labios, las mejillas empapadas de lágrimas. ¡Qué niña más mala y egoísta había sido! ¡Normal que Dios la estuviese castigando!

—A *la belle France* —estaba diciendo sir Alan. Al ver que Dwight no le entendía, aclaró—: A Francia.

—¡Francia! —El muchacho abrió mucho los ojos—. Pero... ¡Siempre he querido ir, usted lo sabe! ¿No puedo acompañarles?

—Ahora no, imposible. Te necesito aquí, ocupándote de todo esto. Además, es un viaje peligroso. Si te pasa algo, mi cuñada me mata. —Se volvió hacia Harriet—. Y, visto lo visto, niña, lo mejor será que vayas con otro nombre, otra identidad. —Reflexionó un momento—. Dime, ¿te gusta disfrazarte?

Ella le miró sorprendida, y algo interesada, a su pesar.

—Sí.

—Ah, estupendo, estupendo, porque a partir de ahora, vas a ser mi sobrino pequeño. Dwight, consíguele algo de ropa a tu hermanito, algo tuyo, que la señora Randall te ayude a arreglarla a su medida. —Sir Alan le tendió la mano—. Encantado de conocerte, Harry.

**Cuando manda el corazón, no importa lo que suceda
alrededor, él sabrá a quién le pertenece.**

Amor platónico



Lady Daisy Hamilton no será la típica joven que deslumbrará en su presentación en sociedad ni en las siguientes invitaciones a fiestas que tenga. Sin embargo, dos hombres quedarán encandilados con ella cuando la magia de Clarissa, su cuñada, obre en ella. Buscar marido es el objetivo de dichos eventos, pero no será fácil para Daisy, pues su corazón clama por su caballero desconocido, ese hombre que logró enamorarla gracias a un inusual intercambio de cartas.

Lord Andrew Bladeston, vizconde de Bradford, cerró su corazón al amor cuando la joven a la que creía amar le dio la espalda. Por eso, decidió nunca confiar en una mujer y seguir con su vocación: el estudio de manuscritos antiguos. Pero su estabilidad emocional se verá truncada cuando reciba una misteriosa carta y comience a sentir que puede volver a enamorarse.

Ambos jóvenes se conocen desde niños, pero entre ellos nunca hubo una amistad que pudiera unirlos. Y volverán a reencontrarse cuando Daisy haga un hallazgo que la pondrá en peligro. Juntos emprenderán algo más que una aventura, pero que, al parecer, estaba destinada para ellos.

Eva Benavidez Tengo veintinueve años. Vivo en Cordoba, Argentina, junto a mi esposo y mi hijo. Estudié Relaciones públicas, ceremonial y protocolo. Mi pasión es la escritura desde que a los doce años leí un libro que marcó mi vida: *El diario de Ana Frank*. Comprendí entonces que la lectura, pero sobre todo la escritura, iban a ser el refugio y la constante en mi vida. Dios es la fuente de mi inspiración y mi sostén. Mi motivación mi familia, y mi vocación poner en letras las voces de mi alma.

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2018, Eva Benavídez

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-971-3

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

NOTAS

- [1] Daisy significa *margarita* en inglés.
- [2] El córnico (en español), Kernewek (en inglés), es una lengua celtabritónica hablada en el condado británico de Cornualles (en inglés, Cornwall; en córnico, Kernow). El córnico aparece hacia el 600 d.C. como resultado del desarrollo independiente del dialecto sudoccidental britónico tardío. Tradicionalmente se divide la historia del cornualles en cuatro fases: Córnico primitivo: oscilaría entre el 600 y el 800 d.C. y de esta etapa no hay registros escritos. Córnico antiguo: desde el 800 al 1200, etapa de donde procede el Vocabularium Cornicum. Córnico medio: desde el 1200 al 1575; de la segunda mitad de este período proviene la mayoría de la literatura tradicional cornuallesa. Córnico tardío: desde el 1575 al 1800, a veces también referido como córnico moderno, por analogía con el inglés moderno, francés moderno, etc. Desapareció como idioma de uso habitual en el siglo XVIII, sustituido progresivamente por la lengua inglesa y es habitual creer que prácticamente se extinguió cerca del año 1800.
- [3] Asimismo, se destaca en este siglo un galés muy docto, cuyo nombre era Edward Lhuyd, a quien se lo considera como el padre del estudio moderno de las lenguas celtas. Escribió un libro importantísimo titulado *Archæologia Britannica*, que se publicó en 1707. Para realizar esta obra, que trataba de los idiomas celtas, viajó por Cornualles, Irlanda, País de Gales y por Bretaña. En este libro, se encuentra un prólogo bastante largo en córnico y un cuentecillo filosófico llamado *Yowann Chi an Hordh* (Juan de la casa del carnero), en *Kernewek Kemmyn* (córnico común).
- [4] A finales del siglo XVIII se extinguía el córnico como idioma hablado, pero durante el siglo siguiente fueron publicados varios textos en córnico por celtistas como Edwin Norris, Whitley Stokes.
- [5] Ídem.
- [6] Antigua frase popular escrita en lengua celta, modificada por la autora que sustituyó algunas palabras por otras escritas en córnico original.
- [7] *Leda y el cisne*: Pintada en 1530 por Miguel Ángel. Se cree que fue entregada al ayudante del pintor, Antonio Mini, y él podría haber vendido la pintura, ya que fue vista por última vez en la colección real de Fontainebleau a principios de 1535.
El pintor de la corte, Rosso Fiorentino, pintó una copia de esta, que es la única versión existente que se mantiene.
- [8] Fragmentos de Poemas pertenecientes al libro *Sonetos de amor*, de William Shakespeare.
- [9] Fragmentos de poemas pertenecientes al libro *Sonetos de amor*, de William Shakespeare.

Índice

DULCE AVENTURA

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO FINAL
EPÍLOGO
DULCE MISTERIO
AGRADECIMIENTOS

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...
SOBRE ESTE LIBRO
SOBRE EVA BENAVIDEZ
CRÉDITOS